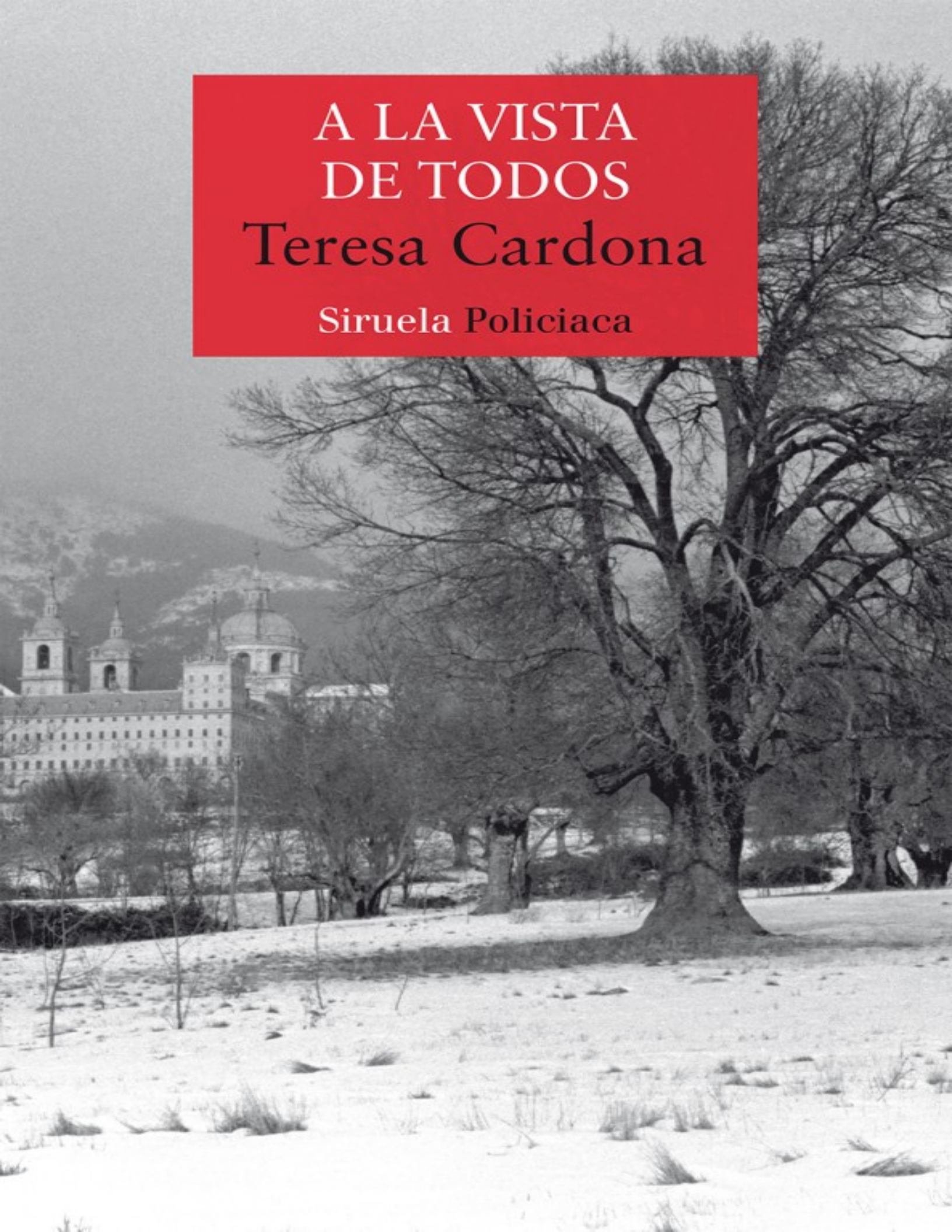


A LA VISTA DE TODOS

Teresa Cardona

Siruela Policiaca

Teresa Cardona

A LA VISTA DE TODOS

Siruela
Nuevos Tiempos Policiaca

Edición en formato digital: abril de 2025

En cubierta: fotografía de © Carlos González Ximénez
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© Teresa Cardona, 2025
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-05-9

Conversión a formato digital: María Belloso

A Tatiana Recoder Vallina, in memoriam

«Entonces el esclarecido Héctor se quitó el casco de la cabeza y lo depositó, resplandeciente, sobre el suelo. Después, tras besar a su hijo y mecerlo en los brazos, dijo elevando una plegaria a Zeus y a los demás dioses: "¡Zeus y demás dioses! Concededme que este niño mío llegue a ser como yo, sobresaliente entre los troyanos, igual de valeroso en fuerza y rey con poder soberano en Ilio. Que alguna vez uno diga de él: 'Es mucho mejor que su padre', al regresar del combate. Y que traiga ensangrentados despojos del enemigo muerto y que a su madre se le alegre el corazón"».

HOMERO, *Ilíada*, VI

Hic dormit qui semper vigilavit.

Inscripción en la lápida de Fray José de Sigüenza,
Monasterio de San Lorenzo de El Escorial

«Todos nuestros defectos pueden transformarse en virtudes y nuestras virtudes en defectos, y estos últimos son precisamente los más peligrosos».

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

1

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

La teniente Karen Blecker cerró el ordenador y se frotó los ojos. Seguía viendo bien, pero se cansaba si pasaba muchas horas ante la pantalla. Se preguntó por qué se asombraba, pues sabía que la edad afecta a la vista. A lo mejor, se dijo, es por un optimismo intrínseco, o por exceso de confianza en el buen destino de uno mismo, que nos sorprendemos ante los signos de la edad, pero seguimos comprando lotería, aunque las posibilidades de ganar sean ínfimas. Se propuso buscar unas gafas diferentes a esas finitas que se guardan en pequeñas fundas y que venden los supermercados o los chinos, con la esperanza de no convertirse en una de esas mujeres que buscan discretamente unas gafitas que ni siquiera se ponen, sino que usan a modo de lupa para descifrar las líneas y las guardan inmediatamente después con el afán de ganar una batalla perdida desde el principio. El culto a la juventud, en los tiempos del bótox y de las redes sociales, es implacable, por mucho que la población envejezca cada vez más y los años de juventud supongan un porcentaje cada vez más pequeño en relación con la esperanza de vida actual. Sonrió al recordar una frase que había leído, en la que una actriz decía que no se sabía lo que era la discriminación hasta que se cumplían los cincuenta años delante de la pantalla.

Miró por la ventana del despacho, vio que el monte estaba oscuro, y al abrir la ventana le llegó una corriente de aire helado, a pesar de que, en la primavera de San Lorenzo, durante el día, las temperaturas suben hasta permitirte estar en mangas de camisa bajo el sol en la plaza. Recordó las primaveras pasadas en Holanda, cuando trabajaba para la Europol, evocó la exuberancia de la

vegetación centroeuropea, y se dijo que la española no tenía nada que envidiarle. Apagó la luz y salió cerrando la puerta.

Del despacho de su segundo, José Luis Cano, salía el murmullo de una conversación. Tocó suavemente, oyó cómo dejaba de hablar y entró. El brigada estaba reclinado en su silla, con las largas piernas estiradas, sin chaqueta delante de la pantalla apagada del ordenador. Se despidió y dejó el móvil sobre la mesa al verla entrar.

—No tenías que haber colgado, perdona —se excusó Karen—. Era sólo para decirte que me iba.

—No te preocupes —contestó él estirándose—, no era nada importante. ¿Has acabado?

Karen asintió y se dejó caer en una silla enfrente del brigada con el abrigo entre los brazos.

—Me iba a subir a casa, si quieres vamos juntos —dijo Cano mientras apilaba unos papeles.

—Estupendo.

Karen hizo un cálculo rápido: ya llevaba casi dos años en aquel lugar al pie de la sierra de Guadarrama. Observó el perfil de Cano mientras recogía y se dijo que nunca habría pensado que llegaría a tener una amistad tan estrecha con un compañero. Su relación con el doctor Maus, su mentor en Colonia, siempre había sido buena, pero diferente, casi paternofilial. Se preguntó por qué pensaba en el doctor Maus como en un padre, pero supuso que se debía a la sensación de haber aprendido a andar bajo su vigilancia, a analizar y a ver las cosas por sí misma, a ser autónoma y a responsabilizarse de sus decisiones. Fue él quien la había dejado acercarse al precipicio para sujetarla después, no sin hacerle antes pasar miedo, que notara el viento del vacío en la cara y lo reconociera más tarde, aunque se disfrazara de brisa. Sin su muerte, no habría pedido el traslado a la Europol en La Haya, no habría conocido a Philippe y no habría acabado, tras pedir plaza en Madrid, en el cuartel de la Guardia Civil de San Lorenzo de El Escorial.

—¿Te pasa algo? —preguntó Cano mientras cogía su chaqueta.

—No, estaba pensando en un amigo.

—A ver si Gonzalo se va a tener que preocupar —dijo divertido.

Karen lo miró extrañada y se dijo que incluso Cano, que era la tolerancia personificada, tenía de vez en cuando unos rasgos paternalistas que la sorprendían. No contestó.

En el mostrador de la entrada se despidieron de la guardia Romero, una joven que llevaba poco más de un año en el cuartel y se había convertido en una magnífica rastreadora. Estaba tecleando unos datos y los despidió con un seco «hasta el lunes».

—¿No está Suárez? —preguntó Karen, extrañada de no ver al guardia desde hacía unas horas.

—Una emergencia, seguro —replicó Cano.

—No, o bueno, sí —respondió Romero—. Anda con las historias de las procesiones.

La teniente no se extrañó, ya que, a pesar de que la Guardia Civil no participaba sino en una procesión, el guardia Suárez ayudaba, a título personal, en muchas de las preparaciones.

—Lo han llamado porque había un «problemilla» —continuó la guardia irónica— con uno de los pasos, pero se ha subido hace dos horas y no ha vuelto a dar señales de vida…

La mujer sólo refunfuñó un poco y Karen pensó que se estaba adaptando al ritmo de la sierra. Cuando ella llegó de la Europol, las ausencias permanentes del guardia también la habían asombrado, hasta que comprendió que Ricardo Suárez era la mejor tarjeta de visita del cuartel de San Lorenzo. Si todo el tiempo que invertía en la población se reflejase como horas de servicio, ganaría el premio, si existiese, al trabajador del año, y tendrían serios problemas con sus horas extras.

Suárez se ocupaba de todas las emergencias del pueblo, conocía San Lorenzo de El Escorial, sus calles y a sus habitantes como nadie, lo que llevaba a que, cada vez que alguien llamaba al cuartel con un problema que habría sido desviado a los bomberos, a los servicios sociales o incluso a los familiares, se enviase a Suárez directamente, pues lo solía resolver de manera pragmática y eficaz, ganándose el cariño incondicional de la gente. Aparecía con las manos negras de

cambiar neumáticos, con el uniforme rasgado por subirse a un árbol o meterse entre las zarzas, o, como hacía unas semanas, con un olor a humo que parecía salido directamente de un ahumador. Una anciana que había quedado viuda hacía poco había intentado encender la chimenea un día que nevó y su vivienda se había llenado de humo. Asustada porque sus hijos querían ingresarla en una residencia, y podrían considerar que no estaba capacitada para vivir sola, llamó al cuartel, tartamudeando de miedo, en vez de a los bomberos. Suárez la escuchó, la mandó con un abrigo a la terraza y subió disparado a la casita de la mujer. Abrió el tiro de la chimenea, que se había atascado, acomodó el fuego, retiró la nieve de la entrada y al día siguiente volvió con un deshollinador, un amigo suyo de Segovia, que limpió el tiro. Le llevó un saco de piñas para que el fuego prendiese mejor y le partió la leña en pedazos más pequeños. No hubo que llamar a los hijos, que, cuando llegaron el fin de semana a ver a su madre y se la encontraron ante un alegre fuego, con unas paletillas de cordero en el horno y una bandeja de leche frita delante, no osaron mencionar la idea de la residencia.

Al principio, llegaban para Suárez al cuartel desde jamones hasta cajas de vino, que eran rechazadas como ordenaba la ley de transparencia. Fue una mujer, a la que el guardia había ayudado a llevar a su marido al hospital, la que instauró la costumbre: angustiada porque creía que su marido estaba sufriendo un ictus y su marido se negaba a escucharla, llamó al cuartel. Suárez fue a su casa y con métodos poco ortodoxos de los que después no se habló demasiado llevó a la pareja al hospital, salvándole la vida al antiguo mecánico del Patrimonio Nacional. Agradecida, la mujer se plantó en pleno verano delante del cuartel con una bandeja de dulces, y decidió no moverse del sitio hasta que se los aceptasen. Ante la disyuntiva de detener a la terca anciana, llevarla al hospital por una insolación, o aceptar sus rosquillas, se decidieron por el mal menor. Así, al cuartel de San Lorenzo llegaban pastas, bizcochos y todo tipo de dulces que el guardia compartía con sus compañeros.

—Es un cabrón… —murmuró Romero cuando salían.

Karen y Cano se detuvieron y la miraron atónitos. La guardia, a pesar de ser una magnífica persona, no era simpática, pero normalmente se llevaba muy bien con Suárez y era ella quien lo cubría en muchas de sus ausencias.

—Joder, no se puede ser así —continuó amarga—. ¡Es corrupción! —soltó—. Es fácil decir que no al billete que te ofrecen, porque eso lo rechazo sin pestañear. Pero va el cabrón y me coloca delante una bandeja de torrijas. Coño, que llevo un mes intentando adelgazar…

Karen reprimió una carcajada y se acercó a su mesa, donde la guardia le tendía ya un rollo de papel de aluminio que guardaba en uno de los cajones junto a los formularios de las denuncias. Hizo dos paquetes con algunas torrijas y llevó la bandeja a la esquina que utilizaban de cocina para evitarle la tentación a Romero, que se despidió de ellos con un bufido. Cuando cerraron la puerta, echaron a reír.

—Parece que se va acostumbrando —dijo Cano con lágrimas en los ojos.

—Sí, ya no protesta, sólo gruñe —coincidió Karen divertida.

—¿Te dejo en casa?

—Sí, viene Gonzalo. ¿Y tú?

—He quedado en Madrid con un amigo.

—Ah, parece que va en serio…, ya van tres fines de semana seguidos…

—Ya veremos —cortó el brigada con una sonrisa.

La carretera que subía al pueblo iba bastante llena de coches, muchos de ellos monovolúmenes familiares de veraneantes que utilizaban sus segundas residencias también los fines de semana. Cano suspiró.

—Acabamos de salir del belén y ya entramos en Semana Santa… Verás cómo se va a poner el pueblo otra vez.

—No protestes, Cano. San Lorenzo estaría mucho menos animado sin la gente que viene los fines de semana. Imagínate lo que sería para la gastronomía.

—Ya, ya, pero el pueblo se pone imposible. El otro sábado pasé a

comprar en La Carpetana dos cosas y tuve que esperar veinte minutos.

—Haz como yo y levántate pronto —respondió la teniente—. Entonces te tomas un café solo y compras en un minuto. Pero como has cogido esa costumbre de bajarte a Madrid los viernes para irte de fiesta… También, si ya estás allí, disfrutarías del sábado por la mañana: si te levantas pronto, la ciudad está vacía y te podrías dar un paseo maravilloso.

—Ya, levantarme pronto… No tengo tus costumbres germánicas.

—Entonces, Cano, disfruta como los españoles de las colas y de los sitios repletos… ¿No es eso lo que me dices siempre? ¿Que el sitio que está lleno tiene que ser el bueno? Pues ya sabes… —rio—, o compra entre semana.

El brigada contestó con un gruñido similar a los de Romero y no habló hasta que llegaron ante una gran casa cerrada. La teniente descendió del vehículo, se despidió con la mano y empujó la verja de hierro, que rechinó. Avanzó rodeando la mansión y se dirigió a un pequeño pabellón al fondo del jardín en el que lucía un farolito sobre la puerta que había instalado con un sensor.

Cuando decidió mudarse a San Lorenzo, Cano le había encontrado esa casita, la vivienda de los guardeses, según el nombre oficial, o el antiguo picadero del dueño, según las malas lenguas. Los propietarios no iban nunca, pero no la querían vender y estuvieron encantados de alquilar el pabellón a la nueva teniente de la Guardia Civil, calculando que así, además de ingresar una suma, tendrían vigilancia gratuita al estar habitada.

Se sacudió los zapatos, se los quitó y los dejó en la entrada. La casa estaba fría y apiló unas piñas, maderitas y troncos en la chimenea. Acercó la cerilla y observó unos segundos cómo las llamas prendían las piñas y las convertían en un esqueleto incandescente. Sintió cómo sus hombros se relajaban, se dirigió a la cocina, se quitó la chaqueta, abrió una botella de vino y se sirvió una copa. Volvió al salón, fijó sus ojos en las llamas y se resistió a la tentación de dejarse caer en el sofá, que parecía llamarla a voces.

No sentía hambre, pero supuso que más tarde tendría apetito y que Gonzalo llegaría hambriento. Miró el fuego y el exterior oscuro y se dijo que no le apetecía nada salir. Se imaginó a Cano duchándose y acicalándose para montarse en el coche y recorrer los cincuenta kilómetros hasta la capital, y sólo pensarlo la agotó. Se sirvió una segunda copa y abrió la nevera. Se felicitó por la previsión que había tenido por la mañana, cuando ya se había imaginado que no tendría ganas de salir y había sacado del congelador un paquete de carne picada y unas láminas de hojaldre. Picó unas cebollas y un ajo y los puso a pochar en la sartén. Puso un concierto de piano en el reproductor y sintió, mientras salteaba la carne, cómo la tensión del día desaparecía. Añadió un poco de salsa de tomate, sazonó con pimienta de Cayena y picó perejil para añadirlo al final. Colocó una lámina de hojaldre en una fuente, extendió el relleno encima y lo cubrió con la otra lámina. Lo pintó con yema de huevo y utilizó los recortes para hacer unas hojitas que le quedaron tan mal que las tuvo que retirar, dejando la masa arrugada. Metió el pastel de carne en el horno y se dijo que, a pesar del calor que emitía, hacía fresco. Fue al dormitorio, se cambió los pantalones por unos de lana abrigada y se puso un jersey de cuello vuelto sobre la camisa.

La verja chirrió y Karen pensó que nunca necesitaría un timbre exterior mientras no engrasase el portón. Sacó una copa más y sirvió vino. Abrió la puerta y esperó, frotándose los brazos hasta ver la mata blanca de pelo de Gonzalo acercarse por el camino. El hombre sonrió al verla y la abrazó. Enterró la cara en su cuello, la besó, y sólo cuando una ráfaga de aire recorrió los pinos y se coló entre los dos la condujo hacia el interior con un brazo rodeándole los hombros y una pequeña maleta en la mano del otro. En la cocina se lavó las manos y Karen le tendió la copa de vino.

—Huele fenomenal, qué maravilla. —Suspiró—. Estoy agotado, ya no tengo edad para viajes de un día.

—Esta mañana me he dado cuenta de que necesito cada vez más las gafas —añadió ella.

Gonzalo hurgó en su chaqueta y sacó un estuche.

—Yo ya no me separo de ellas… Lo que está en el horno tiene un aspecto maravilloso.

—Es un pastel de hojaldre relleno de carne, así nos podemos sentar y no hay nada más que hacer. Para evitar que te empeñes en salir…

—¿Yo? —dijo Gonzalo dejándose caer en el sillón con un resoplido de satisfacción—. Cena, chimenea y cama. Mejor plan, imposible.

—Cano se bajaba a Madrid —comentó Karen levantando la voz mientras iba a la cocina—. No sé cómo consigue acostarse a las cuatro viernes y sábado y levantarse el lunes… Es como si te fueses una vez a la semana a Nueva York y tuvieras que luchar después con el cambio horario.

—A Cano —replicó Gonzalo desde el salón— le sacas diez años y yo, desgraciadamente, casi veinte. Aunque, si yo tuviera que conquistarte, también bajaría a Madrid. —Rio mientras se levantaba y colocaba dos manteles individuales en la mesita de madera—. ¿Te ha dicho algo nuevo? —preguntó curioso.

Karen pensó en el brigada y en el nerviosismo que sufría las dos últimas semanas. Se lo había contado a Gonzalo y ambos estaban de acuerdo en que se había enamorado de la cabeza a los pies. Estaba distraído y Karen lo sorprendía mirando a lo lejos con una satisfacción que no podía explicar el estado del patio del cuartel.

—Espero que funcione, está muy ilusionado —contestó—. ¿Y ahora que me has conquistado, ya no bajarías? —contestó Karen con los cubiertos en la mano.

—No te equivoques, iría contigo, pero, si me preguntas, prefiero quedarme aquí. Si dudas, te puedo demostrar mi amor cortando leña… —dijo señalando el cesto casi vacío.

—No hace falta que cortes, pero puedes meter unos troncos mientras traigo el resto de las cosas.

—Voy —dijo Gonzalo levantándose para salir.

Cenaron, recogieron la mesa y se sentaron ante el fuego.

—La carretera estaba abarrotada —dijo el hombre con los ojos fijos en el fuego—. En cuanto mejora el tiempo, medio Madrid sube a la sierra…

—Estás igual que Cano, que no hace más que protestar de cómo se llena el pueblo.

—¿Y eso me lo dices tú, que le has cogido una tremenda manía al belén?

Karen abrió la boca y la cerró. Cuando llegó a España y vivía en Madrid, no notaba la invasión como ahora. Los habitantes de San Lorenzo, habituados a convivir con el monasterio a todas horas, estaban acostumbrados a la presencia continua de extraños. Habían conseguido mantener un pueblo genuino, con su panadería, su librería y su peluquería, y evitar las tiendas de regalos turísticos que proliferaban en Madrid o en ciudades como Toledo, y que vendían tanto la pulserita de tela de la Virgen del Pilar como la bailarina flamenca, que en la sierra madrileña no había sido vista en los más de cuatrocientos años que llevaba el monasterio en pie. Sin embargo, el éxito del casco histórico, conservado durante siglos sin muchos cambios, no hacía más que crecer, y celebraciones que habían comenzado como eventos populares se habían convertido en manifestaciones de interés cultural a las que acudían masas de gente de toda España, siendo sus puntos álgidos el belén navideño y la Semana Santa. La invasión durante esta última Karen se la había perdido otros años al estar de vacaciones, pero pensó en que ese no se salvaría. Gonzalo observaba su cara divertido.

—Me encanta cuando tu lado germánico analiza una situación. Te estás acordando de lo que protestaste del belén y estás pensando que en Semana Santa va a ser igual y que no has sido ecuánime con Cano, ¿verdad? —Le cogió la barbilla y acercó la cara a la suya para besarla—. Te puedes disculpar con él la semana que viene. Vámonos a la cama y aprovechamos para dar un paseo tempranero. Después se llenará todo entre los excursionistas y los veraneantes, protestarás y tendrás que entonar un *mea culpa*.

Karen se acurrucó contra él.

—Buena idea. ¿Y qué hacemos con el resto del día?

—Como la canción de Lou Reed, ya sabes, un *perfect day*: volver a casa, comer cualquier cosa y echarnos una siesta —propuso—. Lo único que no te puedo ofrecer es lo de darles de comer a los animales del zoo… Aunque si encontramos algún cisne, le podemos dar un mendrugo.

—Han desaparecido los cisnes —replicó Karen—, me dijeron que a uno se lo ha comido un zorro.

—Qué poco romanticismo.

Permanecieron unos minutos en silencio. Karen sintió un escalofrío y se volvió para mirar a la chimenea.

—Se está apagando el fuego…

Gonzalo la apartó con suavidad.

—Voy a por leña. Mañana cortaré más, aunque no sé si te parecerá excitante si me cojo una contractura y me tienes que untar Voltarén en las lumbares… —dijo riendo.

Karen se despertó cuando aún no había salido el sol, fue a la cocina a prepararse un café, cortó un poco de melón y metió dos rebanadas de pan en el tostador sin empujar aún la palanca. Se duchó, se lavó el pelo y disfrutó de la sensación de no tener prisa en acabar. El baño estaba lleno de vapor y tuvo que abrir la ventana para conseguir mirarse en el espejo y poder secarse el pelo. El aire, que olía a tierra mojada y a pino, entró por el ventanuco y la hizo tiritar. Se envolvió en el albornoz, se secó el pelo, recogió las toallas y cerró la ventana. Cuando abrió la puerta, se topó con Gonzalo. Él la abrazó y Karen sintió su cuerpo, aún caliente por el sueño, contra el suyo.

—Me has dado un susto, creía que dormías.

—Como el que me has dado tú cuando has abierto la ventana… Creía que alguien entraba en el dormitorio.

La ventana del baño era antigua y se atascaba fácilmente; cuando se abría, temblaban los muros y Karen se dijo que llevaba

demasiado tiempo viviendo sola.

—Lo he hecho para que te despertaras —dijo volviéndose hacia él y metiendo las manos bajo los faldones de la camisa que él había utilizado para dormir. Sintió la piel cálida del hombre.

—Hueles muy bien —susurró él.

Se dejó caer en la cama aún caliente y Gonzalo se tumbó encima de ella.

—¿No querías salir pronto?

—No tardamos nada —susurró Gonzalo— si dejo la leña para después.

2

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Desayunaron rápido, se vistieron y se calzaron los zapatos de andar. El sol estaba saliendo y la mañana era clara.

—¿La Herrería, Abantos o La Horizontal? —preguntó Gonzalo ante el antiguo colegio de las Carmelitas.

—Hace tiempo que no vamos a La Herrería —propuso ella—, ¿te parece? Y si el tiempo se mantiene, podemos subir a la silla de Felipe II.

Atravesaron la plaza y bajaron hacia la universidad. Los sillares redondeados por el tiempo parecían dorados por la mañana, el aire era limpio y corría una fresca brisa entre los castaños. Se cruzaron con unos ancianos que subían la cuesta a buen paso y entraron en La Herrería, los antiguos bosques reales. Tras un rato de marcha sin encontrarse más que a dueños de perros, cruzaron la carretera para subir al sitio desde el que, según la tradición, controlaba Felipe II las obras del monasterio, aunque también se hablaba, como le había contado a la teniente el guardia Suárez, de que había sido un altar de sacrificios paganos. Ascendían por la carretera asfaltada cuando el teléfono de Karen sonó. Se detuvo con un gesto contrariado, lo sacó del bolsillo interno de su chaqueta y, alejándolo un poco, miró el nombre.

—Es el juez —dijo extrañada, deslizando el dedo sobre la pantalla —. ¿Señoría?

—Buenos días, teniente —carraspeó el juez Javier Martín Aciago—. Siento mucho molestarla en fin de semana. Hubiese llamado al cuartel, pero me ha parecido más simple… ¿Está usted en San Lorenzo?

—Sí…, bueno, voy camino de la silla de Felipe II. Dígame.

—Me acaba de llamar una letrada, Inés Puerto, a lo mejor la conoce usted.

Karen intentó ponerle un rostro al nombre y creyó recordar a una mujer más o menos de su edad a quien había visto alguna vez en los juzgados.

—Creo que nos hemos visto alguna vez, sí.

—Bien, me ha llamado porque esta mañana ha ido a ver a una amiga, Maya Vargas, y se ha encontrado con la vivienda allanada y a ella muerta. —Karen guardó silencio—. ¿Teniente?

—Sí, señoría, estoy aquí. Se la ha encontrado muerta y lo ha avisado a usted —respondió sorprendida.

—Sí, por eso la he llamado —dijo sin dar ninguna explicación sobre el extraño camino que había elegido la abogada para denunciar el presunto delito. Karen suspiró y miró a Gonzalo—. La puedo recoger en la carretera —propuso el magistrado—, será lo más rápido. Siento fastidiarle la excursión.

La teniente, fastidiada, dio una patada a una piedrecita del camino, que rebotó y aterrizó ante una caminante que subía equipada con bastones nórdicos y que la miró enojada. Karen hizo un gesto de disculpa y se volvió hacia el bosque.

—¿La abogada está en la casa? —preguntó mirando el camino con pena.

—Sí, ya le he dicho, aunque no es necesario, es una letrada muy competente, que no toque nada.

—Lo espero en la carretera, pues.

Colgó, miró desolada a Gonzalo, que la cogió de la barbilla y la besó.

—No te preocupes, subo y te mandaré la foto. De todas maneras, me viene bien trabajar algo. Ayer en el tren me dormí y no hice nada. Compro algo para comer y, si no llegas, siempre lo podremos cenar. Y, si me queda tiempo, puedo cortar leña.

—Ni se te ocurra: a ver si vuelvo y te tengo que dar fricciones —contestó ella riendo mientras marcaba el número de Cano.

—Hombre, pues un masaje sensual esta noche…

—¿Sensual? —repetía divertida cuando oyó la voz somnolienta del brigada.

—¿Karen? —contestó—. ¿Sensual? —repitió atónito.

—Cano, perdona, no, sensual no; no estaba hablando contigo. Siento levantarte al alba, pero me acaba de llamar Martín Aciago. Una abogada, que se acaba de encontrar el cadáver de una amiga en su casa y lo ha avisado.

—¿Un cadáver? ¿Nuestro? ¿Y ha llamado al juez? —preguntó más despierto.

—Sí y sí, parece que es nuestro. Una mujer, Maya Vargas.

—¿Maya Vargas? Es la dermatóloga… de la clínica Velázquez. Creo, vamos —dijo tras carraspear.

—Me recoge el juez, ¿dónde estás tú?

—En Madrid…

—Ya, lo siento. ¿Te puedes venir hacia acá? —De fondo se oyó un suave gemido y Karen sonrió—. Perdona… Te envío la dirección en cuanto la sepa; nos vemos allí.

—No te preocupes, me ducho y voy para allá. Llama a Romero mientras tanto, creo que está de servicio, para que esté avisada. Pero… —dijo extrañado— ¿ha llamado al juez y no a nosotros?

—No sé más, Cano —respondió irritada—, te cuento luego.

Karen se iba a despedir de Gonzalo, que insistió en bajar con ella, y descendieron a buen paso el tramo que habían subido. Llamó al cuartel, donde, efectivamente, estaba Romero de servicio, y le explicó la situación. Dudó si pedirle que llamase a la Científica, pero pensó que lo más rápido sería avisar a Benavides directamente. Mientras marcaba, se dio cuenta de que estaba haciendo lo mismo que el juez con ella y se enfadó consigo misma, pero no colgó. Se colocó en la entrada de la carretera mientras Gonzalo esperaba un poco apartado, y miró con envidia a los excursionistas que subían hacia la silla. El forense respondió con voz despierta, aunque con tono de sorpresa, al segundo timbrazo. Le explicó la situación y Sebastián Benavides le aseguró que estaría lo antes posible allí. Un

coche se acercó a poca velocidad y la teniente reconoció el todoterreno del magistrado. El juez, un hombre de unos cincuenta años, con barba y gafas de montura de pasta, se detuvo a su lado. Bajó la ventanilla del lado del copiloto y saludó.

—Perdone, teniente. —Divisó a Gonzalo detrás de Karen y frunció un momento el entrecejo entre sus pobladas cejas como un gesto leve de saludo en su dirección.

Karen iba a preguntarles si se conocían cuando apareció por la carretera el autobús que une Robledo con El Escorial. Se apresuró a montarse en el vehículo y le hizo un gesto de despedida a Gonzalo.

—Según he entendido —empezó el magistrado mientras arrancaba —, la causa de la muerte parece ser un golpe en la cabeza con un objeto contundente. La letrada no ha podido aproximarse más, le dije que se apartara del cadáver para que no se contaminen las posibles pruebas.

Karen guardó silencio. El juez no añadió nada más, tomó un desvío hacia la carretera que avanzaba serpenteante hasta el cruce desde el que se divisaba el puerto de la Cruz Verde, por el que ya subían las primeras motos. Cogió la carretera que llevaba a San Lorenzo y allí giró para entrar en una calle con edificios de pisos a un lado, y al otro, más elevadas en la montaña, unas antiguas casas de granito rodeadas de jardines. Algunas persianas estaban levantadas y se cruzaron con un corredor matutino y con un hombre que subía una bicicleta por las escaleras exteriores de uno de los bloques de apartamentos y se metía en uno de ellos. El juez tomó una calle secundaria, donde las casas eran más pequeñas y no había edificios de pisos. Karen envió la localización a Cano, a Romero y a Benavides.

Una mujer morena, delgada, de unos cuarenta y cinco años, esperaba fumando ante una verja de hierro verde. El juez se detuvo a su lado, bajó la ventanilla, la saludó y le presentó a la teniente, que bajó del coche, se acercó a ella y le tendió la mano.

—Teniente Blecker, Guardia Civil. Creo que ya nos conocemos.

La mujer iba vestida con unos pantalones vaqueros, unas zapatillas

de deporte y un jersey gris de lana gruesa, que, al sentirse observada, ocultó de manera automática cerrándose la chaqueta. Apagó el cigarrillo, lo tiró a la alcantarilla y se atusó el pelo, corto y aún un poco húmedo, con un gesto nervioso.

—Sí, nos hemos encontrado, pero no nos habían presentado. Soy Inés Puerto. —Cruzó una mirada con el juez y volvió a mirar a la teniente—. Es por mi amiga… Habíamos quedado a desayunar y… está tirada en la cocina… muerta.

Karen miró instintivamente la hora. Aún no eran las diez, el juez la había recogido en la carretera y había necesitado por lo menos diez minutos para llegar desde El Escorial, donde vivía. Se dijo que Inés y su amiga Maya debían de ser más tempraneras aún que ella.

—¿Tiene usted llave? —preguntó.

Inés negó con la cabeza, pero sacó un llavero de anillo oxidado del bolsillo del que colgaba una llave y se la tendió.

—No tengo, pero Maya guarda una en un macetero del jardín. Como no me abría, he ido a la terraza a mirar por los ventanales y la he visto tirada en el suelo de la cocina, y todo revuelto. He cogido la llave del tiesto y he entrado, pero está muerta. Por eso no he llamado a una ambulancia. No he tocado nada, si lo llego a saber no habría entrado, pero sí —dijo cansada—, estoy segura de que está muerta.

Karen sonrió para sus adentros y pensó que la letrada debía también odiar esa frase recurrente: «¿Está segura?». Un coche verde de la Guardia Civil se detuvo ante la casa y Romero descendió de él muy erguida. Se acercó a ellos, saludó con un gesto e, inclinándose hacia Karen, susurró:

—He avisado a Suárez, pero no me ha contestado todavía.

—Benavides y Cano están de camino también —la informó Karen antes de dirigirse a Inés—. Muéstrenos el camino, por favor.

La mujer empujó la puerta de hierro con la manga y ascendió los peldaños de granito hasta una casa antigua de pequeñas dimensiones con un balcón que cubría la entrada y protegía al visitante de las inclemencias del tiempo. La puerta era de madera

verde, parecía bastante nueva y no dejaba ver el interior. Antes de abrir, Romero fotografió la hoja y el marco sin descubrir daños. Karen tomó los guantes y las calzas que le tendía la guardia y abrió la puerta, que se deslizó sin ruido, para encontrarse en el recibidor. Los abrigos, que debían haber colgado del perchero, cubrían el suelo en una masa informe. También había un cuenco, varias llaves, unos sobres cerrados y una bolsa de golf con los palos fuera. Al recibidor daban dos puertas, ambas abiertas, por las que entraba la luz de la mañana. Karen se volvió y miró a la abogada, que se había mantenido fuera. Ella señaló una de las puertas y dio unos pasos inseguros hacia atrás hasta apartarse de la entrada.

—¿Me necesitan ahí dentro otra vez? —preguntó con voz apagada.

La teniente negó con la cabeza, se giró y avanzó evitando lo que había desparramado por el suelo. Entró en una sala grande que daba a la terraza y se dividía entre una moderna cocina y una mesa de comedor de madera, con un par de manzanas y unas peras esparcidas por la superficie que debían de haber estado en un frutero de madera de olivo ahora volcado.

Maya se encontraba tras la isla de la cocina. Tenía el rostro cubierto con mechones de una larga melena rubia que se extendía por el suelo, a un lado, y por el otro se apelmazaba en un charco de sangre coagulada. Karen se dijo que llevaría por lo menos, si se fiaba del color de la sangre, doce horas muerta. No la tocó, aunque le resultaba extraño no poder verle la cara. La mujer llevaba unos pantalones de cachemira color arena y un amplio jersey a juego, y la teniente pensó que, como ella la tarde anterior, se había puesto algo cómodo y caliente al llegar a casa.

Acuclillada todavía, barrió la estancia con la mirada, sin reconocer a primera vista algo que pudiera ser el arma homicida. Se incorporó. La cocina no mostraba evidencias de que allí se hubiera preparado una cena. Se acercó a la cristalera de la terraza sin abrirla y comprobó que, desde ahí, desde donde supuestamente había mirado la letrada, no se veía el charco de sangre reseca, pero sí se apreciaba el cuerpo en el suelo y el desorden. Unas gafas de concha

marrones cerradas le llamaron la atención sobre un aparador y se dijo que a la muerta, como a ella, también le debía estar empezando a fallar la vista. Se quedó mirando el cadáver un instante, cruzó la cocina y entró por la otra puerta del recibidor al salón, donde los sillones tenían los asientos levantados y unas plumas que habían volado de los cojines se mecían sobre su dorso. A pesar del desorden, se apreciaba que la estancia estaba amueblada con buen gusto: el suelo era de una madera cálida y una alfombra de lana gruesa, de un tono arena a juego con las cortinas, unía los sillones y la mesa de cristal del centro. La chimenea estaba limpia y sin usar. Karen cerró la puerta con suavidad y subió, seguida por Romero, al piso superior, en el que encontraron tres puertas.

Tras la primera había un dormitorio doble que Karen supuso el principal, con una cama de matrimonio cubierta por una colcha con motivos azules y un resaltado más oscuro. Los almohadones estaban en el suelo. Las mesitas de noche antiguas de caoba tenían un tablero de mármol y las puertas abiertas. En uno de los lados había en el suelo una pila de libros y en el otro lo que identificó como unas revistas de arquitectura y el mando de la televisión, que colgaba de la pared. Había también una butaca, tapizada con la misma tela que la colcha de la cama. El baño, inundado por la luz de la mañana, daba al jardín. Unas cremas de belleza de las que venden en las farmacias habían sido apartadas y las puertas del armario disimulado tras el espejo estaban abiertas; en el lavabo, una colección de tiritas, pastillas y maquillaje. Unas toallas color piedra colgaban perfectamente dobladas del radiador.

La siguiente habitación parecía el dormitorio de un joven estadounidense, con ropa y libros por el suelo. Del techo colgaba una lámpara ventilador de madera; una bandera amarilla de una conocida universidad americana lucía sobre la cabecera de la cama de madera oscura, con su mesilla de noche a juego, y cubierta con un edredón a cuadros de diferentes tonos de verde. En otra de las paredes había un grabado de un barco de vela y, en la de enfrente, un *collage* de fotos donde un joven de unos dieciocho años había ido

pegando las imágenes de su vida. Había vistas de ciudades icónicas en las que Karen reconoció varios museos. En algunas aparecía en compañía de los que supuso sus progenitores y se acercó a estudiar el rostro de la muerta, que le resultó vagamente conocido y le hizo preguntarse dónde la había visto. Maya tenía unos rasgos equilibrados, una piel tersa y una melena rubia larga que en todas las fotos parecía cuidada y recién lavada; a su lado, un hombre bien parecido, de cejas oscuras y una barba de varios días que le daba un aire desenfadado. El cuarto tenía también un baño, este interior y de piedra verde. Las toallas eran del mismo color y seguían en el toallero. Bajo el lavabo había un armario del que habían sacado los enseres clásicos: crema de afeitar, unas cuchillas y varios rollos de papel higiénico.

La última habitación era un despacho que daba a la terraza sobre la entrada de la casa. Tenía dos escritorios y en ninguno había un ordenador. Una de las paredes estaba cubierta con una estantería de la que habían sacado con violencia la mayoría de los libros.

Se oyeron ruidos abajo y Karen supuso que el doctor Benavides, que vivía en una de las localidades que jalonan la salida de la A-6, habría llegado ya. Bajaron y se encontraron al forense en la entrada junto al juez.

—Buenos días, teniente —dijo mientras le tendía la mano—. ¿Qué tal está usted?

Como cada vez que se encontraban, Karen sintió la tranquilidad que emanaba de él y en su saludo no palabras vacías, sino sincero interés. Ya había trabajado con él otras veces y sabía que era un hombre exacto y ecuánime, padre de familia numerosa y profundamente religioso. Se la estrechó calurosamente.

—Muchas gracias por acudir tan rápido.

—No se preocupe, me imagino que usted también tenía otros planes —dijo tras lanzarle una mirada a los zapatos—. La sierra debe estar preciosa esta mañana.

Benavides llevaba un mono de protección blanco bajo el que aún se veían unos pantalones de pana claros, una camisa de cuadros y

un jersey de pico verde caza. Olía a una colonia fresca.

—Siento fastidiarle el sábado —dijo Karen señalando la cocina.

El hombre asintió sin responder y entró en la estancia para inclinarse ante el cadáver mientras sus dos ayudantes, también con la misma indumentaria, lo seguían con sendos maletines.

La teniente salió al jardín. Consideraba inútil entorpecer la escena del crimen, el equipo forense trabajaba mejor y más rápido sin interrupciones. Romero se había apostado en la puerta y el juez se mantenía apartado con su secretario, que acababa de llegar.

Sonó su móvil y el nombre del brigada Cano apareció en la pantalla.

—Karen, ya estoy en el Valle de los Caídos. ¿Dónde estáis?

—¿No te ha llegado la localización? Es al lado de Timoteo Padrós, si subes desde la carretera del Club, la primera a la izquierda. Ya está Benavides, nos verás rápido. —Se alejó por el jardín y continuó —: Parece un robo con posterior homicidio, la casa está patas arriba. Es Maya Vargas, una mujer de unos cuarenta y bastantes. Rubia, de pelo largo.

—Sí, es ella —contestó Cano convencido—. Es la dermatóloga del centro privado de la calle Velázquez, ya sabes, la que sube a la parroquia.

Karen recordó que el pueblo tenía, además del centro de salud y el hospital, una pequeña clínica que atendía a los que tenían seguros de salud privados. Muchos habitantes acudían ahí en caso de no conseguir cita rápidamente en el sistema público. Hacían análisis, tenían pediatra, otorrino y, según parecía, también dermatóloga.

—Ya, sé dónde está. ¿La conocías?

—Fui una vez, hace algunos años —reflexionó—. Antes de que vinieras, así que lo menos dos o tres años, probablemente más. No recuerdo haber hablado mucho con ella; es más, creo que era bastante parca en palabras.

—Le podemos preguntar a Suárez —propuso Karen volviendo los ojos hacia Romero, que sacó su teléfono y se apartó para llamar.

—Andaba con los pasos de las procesiones… —Cano resopló—. En

un cuarto de hora estoy ahí.

Karen colgó y volvió junto al juez y el secretario. Observaban en silencio a Inés, que fumaba de nuevo sentada en un murete de granito. Romero, que había colgado, le hizo una seña a la teniente para que se acercase.

—He llamado a Suárez —dijo la guardia—, me lo ha cogido una señora muy borde.

Karen la miró con curiosidad: para que la guardia Romero, que era de todo menos simpática, encontrase a alguien borde, debía haber sido extremadamente arisca.

—Le he dicho que era de la Guardia Civil y no le ha importado nada —continuó indignada—, le he pedido que me pasase a Suárez y me ha contestado que estaba sujetando a la Virgen y que no había nada más urgente que eso. —Karen iba a soltar una carcajada, pero se contuvo ante el rostro irritado de la guardia—. «Aunque sea un muerto, señorita», me ha soltado. ¿Te puedes creer? ¡Me ha llamado señorita!

—Pero —respondió Karen asombrada— ¿le has dicho que era por un muerto?

—¡Qué dices! Lo ha soltado ella cuando he mencionado que era una emergencia. Que, aunque fuese por un muerto, Ricardo no podía soltar a la Virgen, pero que se lo diría en cuanto la tuvieran amarrada. Hay que joderse. Entonces he oído unos gritos y va la mujer y me cuelga, encima. Sin decir ni adiós.

—No te preocupes —dijo Karen, que seguía enforzándose por no reír—, seguro que se lo dicen y nos llama.

—Señorita, dice la otra… —rumió la guardia.

Karen se palpó los bolsillos y no encontró nada para escribir. Romero, sin decir nada, conocedora de las manías de la teniente de apuntar todo lo que decían los testigos, no de grabarlos, sacó un bolígrafo y un cuaderno de la guerrera y se lo tendió. Karen la miró agradecida. Anduvo unos pasos y fue hacia la abogada, que seguía sentada en el murete del jardín con la mirada fija en el suelo.

—Inés —dijo abriendo el cuaderno—, por favor, cuénteme

exactamente cómo ha encontrado el lugar y lo que sepa de la muerta.

El juez se apartó unos pasos seguido por su secretario y Romero avanzó hacia la teniente. La mujer levantó unos ojos vacíos hacia ellas.

—Quedé ayer con Maya —dijo con la voz cansada—. Cuando llegué y no contestaba al timbre, pensé que podría no oírlo. Le gustaba ponerse música clásica y a veces no escuchaba el pitido.

—¿Se oía algo desde fuera?

Inés negó con la cabeza.

—No. Por eso he pasado por la terraza, para ver si estaba en la cocina. Cuando lo he visto todo revuelto, me he asustado, y sólo entonces he buscado la llave. Al verla en el suelo he comprendido que estaba muerta.

—¿La llave estaba en el jardín?

—Sí, bajo un tiesto. Siempre la guardaba ahí por si David se la olvidaba alguna vez, para que pudiese entrar.

—¿David es…?

—Su hijo. —Inés asintió con la cabeza y guardó silencio un instante; luego continuó—: Hablé con ella ayer por la tarde y quedamos en desayunar en su casa.

—¿Un sábado, tan pronto? —preguntó Karen extrañada.

Inés volvió a asentir antes de responder.

—Maya se levanta muy pronto.

—Y su familia…

—Sergio, Sergio Gavilán —la interrumpió y se encogió de hombros —. Supongo que estará en Madrid.

—¿Estaba casada?

—Sí. Casada con Sergio. Tienen un hijo, David.

—Y era médico.

—Dermatóloga, sí. Trabajaba aquí, en la clínica de la calle Velázquez.

—Y su marido…

—Sergio es arquitecto —explicó Inés—. No vive continuamente

aquí, por eso no está ahora. Por su trabajo, tienen un piso en Madrid y la casa de San Lorenzo. Como ella trabajaba aquí, pasaba la mayor parte del tiempo en el pueblo. El fin de semana se veían —se apresuró a aclarar— aquí o en Madrid.

—Entonces —resumió Karen—, Maya pasaba la semana en San Lorenzo y el fin de semana en Madrid, ¿lo he entendido bien?

—No siempre…, a menudo los pasaban aquí también.

La teniente apuntó sus datos y dónde vivía. Contenta de conocerse ya un poco más las calles, reconoció la calle de Inés como la que habían recorrido para llegar.

—Vive usted aquí al lado, entonces. —La mujer señaló con el dedo y asintió—. ¿Vio ayer algo que le llamase la atención? Algún coche, a alguien merodeando.

—No, nada. Volví del trabajo hacia las ocho y no salí después.

—¿Qué más nos puede decir de su amiga?

—No sé qué más decirle. Era de lo más normal, trabajaba, se ocupaba de su hijo, le gustaba leer, la música y hacer deporte.

—¿Sabe si el matrimonio se llevaba bien? —espetó la teniente.

—Intentaban pasar todo el tiempo posible con David y se llevaban muy bien —respondió Inés.

—Y su hijo está…

—En Madrid —dijo inmediatamente—, con su padre. Lo sé por mi hija, que es muy amiga suya. Ya sabe, a los jóvenes les gusta más salir en la capital que por aquí.

—¿Tiene sus teléfonos y su dirección?

—Claro —dijo Inés sacando el móvil.

Se los dictó, y cuando la teniente los estaba apuntando, apareció el brigada Cano. Le presentaron a la testigo y dejaron a Romero con ella. Karen se apartó un momento con él y le entregó el cuaderno con sus notas. Cano miró lo escrito y resopló.

—Me vas a tener que ayudar a transcribirlo —dijo el brigada ante los trazos prácticamente ilegibles.

Una de las ayudantes de Benavides apareció en la puerta y los avisó. Romero se quedó con Inés, que cada vez estaba más pálida.

Entraron, seguidos por el juez y su secretario. Cano saludó a Benavides con un gesto y entró en la cocina. El forense sacó una tableta y empezó a recitar:

—Mujer, de unos cuarenta y cinco años. Recibió un golpe contundente en la cabeza con un objeto plano que, a primera vista, le causó una fractura de cráneo con posterior hemorragia. La muerte fue instantánea. Calculo que sucedió hacia las ocho de la noche, debe de llevar unas trece o catorce horas muerta. No les puedo decir aún la naturaleza del objeto, pero cuando la examine en el Instituto, les daré más detalles. La ventana del salón que da a la terraza está forzada, hicieron palanca, probablemente con un destornillador, sobre el marco de madera. También, a primera vista, un robo. La dueña los debió descubrir, tenía un cuchillo de trinchar bajo el cuerpo. Pudo intentar defenderse y sus atacantes la mataron. No hay señales de violencia sexual. La casa está revuelta, debían buscar joyas o efectivo. El bolso de la víctima se encuentra en la entrada y falta el billetero. Estamos tomando todas las huellas.

—¿Se han llevado también el ordenador y el teléfono? —preguntó Karen.

Benavides negó con la cabeza.

—No. El teléfono lo tenía en un bolsillo del pantalón, apagado, se debió quedar sin batería. Hay un portátil bajo los abrigos, en una funda. Aunque no es de extrañar, son ambos dispositivos de alta gama, y si tiene las localizaciones activadas, se pueden rastrear fácilmente y borrar de manera remota. El valor de esos aparatos es limitado si no se consigue acceso a las contraseñas, y si tienen localización, son un riesgo para los ladrones. Mejor dinero o joyas: son más fáciles de vender.

El juez cambió unas palabras con su secretario y Karen y Cano se dirigieron a la cristalera.

—Son ventanas de seguridad —dijo la teniente—. No sé cómo pudieron abrirlas sólo haciendo palanca —dijo observando los herrajes del perfil del marco.

—A lo mejor salió a la terraza a por leña y se olvidó de girar la

llave —contestó el brigada señalando el cierre y un montón de madera.

—¿No hubiese sido más fácil romper el cristal? —preguntó la teniente.

—Probablemente no eran profesionales —sugirió Cano—. No habrían entrado con ella dentro.

—No —confirmó Benavides—, el registro tampoco ha sido sistemático.

—Vamos a precintar. Tenemos que avisar al marido y al hijo… —Karen suspiró—. Tengo la dirección; en cuanto acabemos aquí, preguntamos a los vecinos si vieron algo y nos bajamos a Madrid.

Salieron de nuevo y vieron que el equipo de Benavides ya había metido una camilla en la casa. El juez levantó acta y la Científica retiró el cadáver. Tomaron los datos de Inés y quedaron en llamarla en el transcurso del día.

3

Madrid, 1982

En la función de Navidad, la obra de teatro, el espectáculo gimnástico, el baile regional, el coro navideño y las palabras de agradecimiento de la directora daban paso a la lectura del cuento premiado. Todas las clases participaban y el orgullo de verse nombrado era sólo comparable a la medalla del colegio, que premiaba la sociabilidad y el tesón y era entregada en junio. Maya ganaba a menudo los premios académicos, pero nadie habría pensado en concederle el galardón estival a la niña con el nombre de la abeja de los dibujos, pero sin una pizca de su simpatía.

Era rubia y de tez clara, ojos marrones en una cara proporcionada, y tenía un cuerpo alto y desgarbado que hacía que la colocaran siempre, para que no desentonase, al final de las colas de la clase. A lo mejor fue ese lugar que tuvo que ocupar desde los primeros cursos lo que provocó que desde pequeña se empeñase en aprender antes a leer, a trazar las letras y a realizar los cálculos de manzanas y peras que les proponían en el parvulario. Sabía leer de corrida de párvula, sabía restar llevando cuando las niñas de su clase luchaban con las sumas de una cifra y siempre la colocaban al lado de aquella que no sabía tanto, según la maestra, para la que la ayudase; según Maya, para que dejase de preguntar.

Aunque tampoco eso pudo evitar sus preguntas, porque su mano alzada era un clásico, y sólo cuando la profesora había interrogado al resto de la clase y nadie, a pesar del tiempo de espera y las pistas que daba, respondía, sólo entonces, con aburrimiento, señalaba el largo brazo que se mantenía en alto, impávido y desafiante. Tras preguntar a todas, las pistas habían sido tantas que la respuesta de

Maya ya no tenía valor; aun así, ella quería darla.

Cuando una de las niñas con dificultades no bastó para calmarla, le colocaron dos, una a cada lado, que se ocupaban de interrumpirla y de ocuparla para que hiciera menos preguntas. Incluso entonces, cuando pedía responder, la animaban a enseñar a sus compañeras, a no ser egoísta, a compartir. Cuando fue un poco más mayor y se atrevió a preguntar por qué a ella no se la sacaba nunca al encerado, por qué nunca podía recitar la lección, la respuesta de la maestra fue que ya sabía que ella la conocía.

Su única venganza, a medida que fue creciendo, era escribir exámenes eternos, llenos de detalles que, a lo mejor, la profesora tendría que consultar, con una letra cada vez más pequeña, para obligar así al que corrigiera a que le dedicara el tiempo que en clase le negaban.

Maya se preguntaba, año tras año, qué hacía que Lorena, una criatura estúpida que no sabía recitar bien ni «La canción del pirata» de Espronceda, consiguiera la medalla al mérito. La observaba con un tesón que bien le hubiese valido el galardón, para comprender por qué esa niña era siempre elegida para el papel de Virgen María en la función, por qué ganaba regularmente la medalla —excepto algunos años, pocos, para darles la oportunidad a otras, siempre en aras de ese compañerismo repetido hasta la saciedad— o qué hacía que todas se pelearan por compartir cuarto con ella en las excursiones.

No se podría afirmar que Maya no fuese popular: el hecho de que fuese muy buena alumna y dejase copiar era un aliciente para mostrarse amable con ella, pero no era tonta y sabía perfectamente que las invitaciones antes de los exámenes de latín, o la barrita de chocolate que se deslizaba en su mano un lunes por la mañana, previa a la entrega de los deberes de matemáticas, no era por ella, sino por sus dotes académicas.

Y Maya sabía, en lo más profundo de su ser, que era una impostora. Cuando su tutora escribía en las observaciones que era una niña muy avanzada, cuando la profesora de Literatura le pedía

que hiciese un comentario de un texto complicado, o el de Matemáticas la sacaba al encerado para resolver algún problema cuando ninguna otra se ofrecía y las otras la miraban con aburrimiento, ella se alegraba. Se alegraba porque cada minuto tenía pavor de que una de ellas gritase que era una mentirosa, una impostora, y cada día se metía en la cama con un suspiro de alivio, contenta de haber sobrevivido un día más sin que nadie se diera cuenta de que no era tan lista como decían. Y no es que no lo dijese, incluso lo repetía: «El examen me ha salido fatal, he tenido que repasarlo todo durante mucho tiempo en casa»; pero ya se había hecho a la idea de que era como Casandra de la *Ilíada*, a la que nadie creía.

La profesora de Literatura avanzó unos pasos en el escenario hasta llegar al micrófono. Alabó a todos los participantes, y añadió que, aunque todos los cuentos eran fantásticos, «excepto las payasadas de costumbre» —un coro de risas recibió esta apostilla entre los espectadores—, tras muchas discusiones, se habían decantado por un relato corto —el aplauso aislado que siguió a la palabra *corto* hizo que la profesora frunciera el ceño— magnífico y que cumplía todos los requisitos, tanto estilísticos como temáticos. Hizo una pausa y sacó un papel de un sobre.

El público aplaudió, pero, tras casi tres horas de función, mostraba claros síntomas de cansancio. Los padres parloteaban entre sí y los alumnos, ya liberados de la obligación de participar, reían en sus sillas, que se movían sobre el linóleo del gimnasio con un ruido similar al de un frenazo en carretera. Maya notó que el sudor se acumulaba en las palmas de sus manos. Susurró, para disimular su inquietud, algo indescifrable en la oreja de la niña que estaba a su lado, que ni se esforzó en preguntarle qué había dicho. Su corazón se aceleró al oír su nombre. Se volvió hacia atrás para buscar entre los padres el rostro de los suyos y vio a Lorena, que ya se había quitado el velo que la convertía en protagonista de la función y

sacaba la lengua. Se estremeció, aunque, para ser justa, no pensó que el gesto fuera para ella. No, porque Lorena reía a carcajada limpia y ni siquiera había prestado atención al nombre elegido. Maya se preguntó si no se habría esmerado en el cuento, si no habría escrito, como ella, una y otra versión tarde tras tarde, si no querría adornar su cuarto con ese pergamino con aire de decreto de paz, adornado con un lacre, que le acababan de conceder a ella.

Las palmas de las profesoras consiguieron levantar unos tímidos aplausos en el gimnasio que, con un escenario de madera, hacía dos veces al año de salón de actos. Sonaron espaciados, y la niña a su lado le dio un fuerte codazo. Maya se levantó y subió las escaleras de madera lo más erguida posible y sin vencer a la tentación de mirar al fondo, donde suponía que estaba su madre. Habían retirado las palmeras y las casitas que hacían de decorado del belén y Maya se sintió ridícula, como una cantante que se presenta a una audición y la comienza con un gallo. Un gallo que no se detiene, que es incapaz de controlar y que genera la risa de los espectadores. «Ahora —se dijo—. Ahora van a saber que todo es mentira».

La profesora de Literatura pidió silencio golpeando la regla contra el atril que habían colocado ante ella. Maya buscó de nuevo a su madre, que había dicho que acudiría. El escenario estaba iluminado y el gimnasio en penumbra y no veía muy bien, pero, esforzándose, reconoció su melena rubia: estaba de pie ante la puerta cerrada de la sala. La profesora la miraba y Maya, que no había oído la pregunta, murmuró un «gracias» inaudible que provocó que la directora se acercase a ella a ajustar el micrófono. Reconoció su folio, el resto de las líneas a lápiz que había borrado para conseguir unas frases rectas sobre el fondo blanco, y tuvo miedo. Tuvo miedo del gallo, tuvo miedo de su historia, tuvo miedo de que no gustase, de sus personajes y de su voz. Una carcajada cristalina ascendió desde las sillas y la profesora la cortó con un siseo furioso.

Maya carraspeó, colocó una mano sobre el folio, que empezó a humedecerse bajo sus dedos, y otra sobre el pliego enrollado y atado con un lazo de raso rojo. Miró a la profesora, que esperaba

expectante, y pensó que había puesto muchas esperanzas en ella y que leería lo mejor que pudiese. Hizo pausas en las comas, unas más largas en los puntos. Hizo otra, como recomendaba la maestra en clase, antes del párrafo final para levantar expectación. Cuando bajó la mirada para leer el desenlace, el público, convencido de que había acabado, empezó a aplaudir. Abrió la boca, pero la gente ya había empezado a levantarse, y la cerró de nuevo. La profesora se levantó para detenerlos, pero la directora, que llevaba muchos años en su puesto, sabía que sería imposible sentar a toda esa gente de nuevo y hacer que se callaran para escuchar el último párrafo de un cuento. Aplaudió con énfasis, se acercó a Maya, le dio dos besos y su premio: unos libros. La niña bajó la cabeza, descendió las escaleras y se dirigió al final de la sala con una sonrisa, clavándose las uñas en la palma de la mano libre. Su madre la esperaba de pie, indiferente a la marabunta de padres que pasaban a su lado charlando entre ellos. Se abrazó a ella con un grito, como hacían sus amigas, y disimuló cuando ella la apartó de su abrigo rosa agarrándola con fuerza por los hombros. Se tragó las lágrimas, sacó las notas del bolsillo y las sacudió ante ella.

—Todo sobresaliente —gritó para hacerse oír y que los padres a su alrededor tuviesen la oportunidad de escuchar y mirar a su madre con admiración, pero la gente se agolpaba en la salida y su voz murió entre el sonido de las sillas y los gritos circundantes.

Su madre cogió el pliego y lo guardó en su bolso. La profesora de Literatura se abrió paso entre los alumnos y se acercó a ellas.

—Es un cuento estupendo —le dijo a su madre mientras se sujetaba los rizos con las horquillas—, ha sido una pena que no haya podido terminar, pero seguro que tendrán la posibilidad de escucharlo durante las fiestas.

Maya levantó los ojos hacia la profesora y asintió, aunque sabía que las Navidades en las casas de las otras niñas eran diferentes a la suya, al igual que lo eran los cumpleaños, los santos y los Días de la Madre.

Sus padres eran agnósticos convencidos, y lo único que

diferenciaba la Navidad de los días laborables era la vajilla, que Josefina, su niñera, dejaba preparada antes de irse a su pueblo. Eso, y que sus padres pasaban la tarde en la biblioteca trabajando, ya que la clínica y el despacho de su madre estaban cerrados.

Jon, el padre de Maya, había crecido en un orfanato tras perder a toda su familia en un bombardeo, y, probablemente, fue la vida con los curas y su año en el seminario lo que había hecho crecer en él una aversión por la religión y sus fechas señaladas. A través de becas y trabajos de enfermero nocturno, se había abierto camino en la Facultad de Medicina y, tras acabar la carrera, había hecho todas las guardias habidas y por haber para conseguir por fin lo que quería: dedicarse en cuerpo y alma a la investigación en el campo de las prótesis. Nunca lo decía, pero en su mente habían quedado grabadas las imágenes de los cuerpos mutilados, sobre todo el de su hermana mayor, que lo llevaba de la mano y se echó encima de él para protegerlo. Perdió un brazo y se desangró, pero en el recuerdo de Jon, Ainhoa murió porque en este mundo, sin brazo, no tenía cabida.

Su madre, Silvia, sí tenía familia: una hermana, la tía Alicia, que había quedado retratada en la celebración del nacimiento de Maya, pues su padre se negó a bautizarla y fue ella quien la sostuvo sin muchas ganas en brazos sentada en su silla de ruedas. Tampoco lo contaba, pero fue esa silla de ruedas lo que empujó a Silvia a estudiar la carrera. Las dos hermanas fueron marcadas ya en su nacimiento con la cicatriz de la vacuna de la viruela. Cuando el remedio contra la polio llegó a España y los niños fueron vacunados, Alicia estaba en cama con un severo resfriado, provocado por haber sido lanzada al estanque por su hermana mayor. Silvia se vacunó y a Alicia la hubiesen vacunado inmediatamente después, pero un accidente de coche envió a la tumba a sus abuelos y, con la desgracia, la nueva vacuna se olvidó. Cuando contrajo el mal, una enorme sensación de culpa anidó entre ellos. Las desgracias pueden unir o separar. La enfermedad de Alicia separó a sus padres, que se culpabilizaban por haber olvidado vacunarla, y separó a Silvia de

todos ellos, que siempre veía en su mirada un mudo reproche por haber sido ella quien la lanzó al estanque. Silvia no podía soportar ver el rostro de su hermana y menos su cuerpo enfermo. Estudió Medicina y soportó a duras penas el trato obligado con los pacientes hasta que pudo dedicarse a la investigación y desarrollo de nuevas vacunas.

A Maya, su familia no le había extrañado nunca, y sólo cuando empezó a escuchar las historias de las niñas de su clase se enteró de que existían vidas diferentes. Hasta entonces, la palabra *casa* en labios de otra niña era sinónimo del piso en el que vivía junto a sus padres; un piso de las mismas dimensiones y con los mismos muebles. El sofá de su salón y las sillas del comedor eran, en su mente infantil, un sinónimo de la silla y el diván que amueblaban todas las casas. Sólo cuando Josefina la llevó una vez a la de su hermana, se percató de que no todas eran iguales.

Hasta entonces, siempre había pensado que también todos los padres se parecían: trabajaban día, noche y fines de semana, y las madres viajaban a congresos y pasaban horas y horas documentándose o escribiendo conferencias. Fue en el colegio donde aprendió que no todas las niñas tenían una Josefina que se ocupaba de ellas, que existían madres que no trabajaban y padres que volvían a casa tras la campana del colegio y no se llevaban toneladas de cartillas de pacientes para revisar a la biblioteca de casa. También existían abuelas que mimaban a sus nietos, madres que hacían pasteles con sus hijos, jugaban con ellos, e incluso algunos padres que explicaban matemáticas y también jugaban con sus hijos. Había madres que recogían a los niños en el colegio, que compraban las manualidades, las labores de costura e incluso sabían hacer una vainica. A Maya, que no tenía dotes manuales, se la hacía Josefina, que compraba de su sueldo el panamá y las ceras que mandaban en el colegio y nunca estaban en la lista que se entregaba a principio de curso, por lo que su madre se negaba a comprarlas, amén de que replicaba que no tenía tiempo para esas tonterías de asignaturas, como decía tras levantar la mirada de una

de sus ponencias.

Sus padres no celebraban nunca sus cumpleaños, y menos el suyo, que pasaba desapercibido excepto por el regalo de Josefina. Cuando caía en fin de semana, no tenía ni eso hasta la vuelta de su niñera los lunes por la mañana. Maya la esperaba, antes de ir al colegio, en la puerta de atrás, y hurgaba en el gran bolso de imitación de cuero negro que Josefina arrastraba por todas partes y que contenía el bonobús, pañuelos de papel, un trozo de lapicero y una rebeca para que Maya no pasara frío, además del monedero gastado, que se abría con un clic mitigado por los años y del que salían monedas de cinco duros con las que compraba las gominolas y las palmeras prohibidas; hurgaba, pues, hasta que encontraba un paquetito envuelto en papel fino, con dibujos de juguetes y un poco arrugado por el traslado. Lo esperaba con ansiedad, para no tener que mentir si le preguntaban qué le habían regalado, aunque rara vez alguna niña lo hizo. Como no celebraba sus cumpleaños con una fiesta ni llevaba bolsas de caramelos para el recreo de ese día, nadie en su clase sabía cuándo era.

Su madre no le untaba el pecho con una pasta que olía a menta cuando tosía, no le daba friegas ni le hacía tomar tisanas cuando no se encontraba bien, aunque la llevó al dentista cuando descubrió una caries en su boca, y se mantuvo a su lado sin decir nada cuando le clavaron esa inyección y le hicieron tanto daño que parecía que le iba a estallar la mejilla. No cambió de expresión cuando, entre ese ruido como de sierra, la fresadora le perforó el diente, ni mostró la más mínima compasión cuando salieron y le dijo que le había dolido mucho. Se detuvo, se inclinó hacia ella y dijo: «Maya, en la vida las cosas que hacemos tienen consecuencias. Sabías que el azúcar corroe los dientes. A pesar de todo, elegiste comer dulces. Bien, sufre ahora las consecuencias».

Sus padres no iban a las reuniones de profesores ni estaban en la asociación de padres, no pedían citas con la tutora ni protestaban por el menú. Cuando Maya era pequeña, Josefina acudía a las celebraciones y, a pesar de que se ponía el traje de los domingos,

levantaba miradas de asombro que la obligaban a explicar que no era ni su madre ni su abuela, que era, simplemente, Josefina.

Maya se había esmerado a fondo en el cuento, había leído todos los cuentos de Navidad que se encontraban en la biblioteca para inspirarse y, dado que al final del trimestre ninguna niña quería perder el tiempo en esas tonterías, pensó que tendría alguna posibilidad. Fue el pliego lacrado lo que le hizo desear ganar más que nada en el mundo. La biblioteca de su casa, el reducto en el que se encerraban sus padres a trabajar, estaba decorada con cuadros con pliegos similares, escritos con una letra extraña y picuda, algunos en otros idiomas, pero todos con el aspecto del pergamino y protegidos con un cristal.

Sus notas nunca habían causado la admiración ni la gratitud que provocaba que una niña apareciera con un reloj nuevo por su nota en Matemáticas, o contara que sus padres le habían comprado los vaqueros de la etiqueta roja por un simple notable en inglés; pero Maya se dijo que si conseguía el galardón, el pergamino, podría llenar el hueco que quedaba entre los libros de anatomía de su padre y los de virología de su madre. Intentó explicárselo a sus padres en la comida del domingo, pero, a pesar de que describió el premio con todo lujo de detalles, fue incapaz de convencerlos. «¿En día laborable, justo antes de los festivos?», preguntaron. Esas profesoras se creían que el dinero que se les pagaba crecía en los árboles. Josefina se ofreció de nuevo a ir, pero aquella vez Maya no quería a Josefina, que no se interesaba más que por las revistas del corazón y a la que le había leído el cuento en todas sus versiones mil veces mientras lo escribía. Le suplicó que hablase con su madre, que la convenciese por una vez, una única vez, de que fuera. No supo qué fue lo que la decidió, si las palabras de la niñera o que Maya dijese por la noche que, de todas maneras, en el colegio todos creían que Josefina era su madre. El resultado fue que Silvia salió de su despacho en un taxi para asistir a la función del colegio de Maya. Llegó tarde no porque hubiese salido con retraso, Silvia Salazar no llegaba jamás con retraso, pero al montarse en el taxi perdieron un

tiempo precioso en buscar en el callejero la dirección del centro en el que estudiaba su hija desde el parvulario.

La masa de padres y alumnos se dirigió a la salida y Maya los siguió junto a su madre hasta el comedor, donde el ruido era ensordecedor. Las niñas habían aportado pasteles y el colegio las bebidas, que se servían en vasos de plástico. Maya localizó el pastel que había hecho con Josefina la noche anterior y le llevó a su madre un trozo. Buscó con la mirada a alguna de las niñas de su clase, pero estaban lejos y sus madres charlaban entre ellas relajadas, mientras que la suya había sacado la agenda y escribía unas líneas, concentrada y con el ceño fruncido.

—Maya, tengo que trabajar, me tengo que ir. Dijiste que sólo era la entrega de premios.

La niña recorrió de nuevo la sala con la mirada: su madre nunca se juntaría con las otras y las niñas de su clase habían desaparecido en una esquina.

—¿Te ha gustado el cuento? —preguntó.

La madre cerró el bolígrafo con cuidado, lo encajó en la goma de la agenda y la cerró.

—Un poco sentimental, se ve que te has inspirado en Dickens. No ha estado mal, aunque te deberías haber esforzado más en el final. —Maya se lo iba a explicar, pero su madre ya se había vuelto hacia la puerta—. ¿Coges tus cosas, por favor? Nos tenemos que ir.

Maya desistió, corrió a su clase y recogió sus libros y su abrigo. Volvió a la sala a buscar a su madre, pero en la esquina en la que se habían colocado sólo quedaba el trozo de pastel sin tocar y, bajo la mesa, en el suelo, el rollo de pergamino. Salió a la entrada y la encontró vigilando la calle para parar un taxi.

4

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Dejaron a Romero en la casa de la víctima esperando a Suárez, que había llamado al fin diciendo que estaba de camino, y se dirigieron a las casas circundantes. La primera tenía las persianas bajadas y no contestó nadie al timbre. En la segunda, a pesar de que unos juguetes de niños pequeños y unas herramientas de jardín abandonadas les hicieron suponer que sus dueños estaban, tampoco abrieron.

Karen decidió entonces intentarlo en el apartamento donde había entrado el hombre de la bicicleta. Una mujer vestida con unos pantalones de licra rosas y una camiseta blanca apareció en la puerta. Llevaba el pelo recogido con una goma y unos mechones le cubrían parcialmente la cara. Detrás de ella, en el suelo del salón, se podía apreciar una esterilla de yoga y supusieron que la habían interrumpido en pleno saludo al sol. Hizo movimientos circulares con la cabeza mientras mantenía la puerta abierta.

—Buenos días, Karen Blecker, Guardia Civil.

—¿Ha pasado algo? —preguntó la mujer alarmada—. ¡Pablo! —llamó.

El hombre al que había visto la teniente apareció vestido con un polo y el pelo mojado, como si acabara de ducharse. Se presentaron y él los miró con curiosidad.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó.

—Nos hemos cruzado, sí, cuando volvía usted con la bicicleta —respondió Karen.

—Ah, ya… ¿Qué ha pasado?

—Un allanamiento de morada.

—¿En el edificio?

—No, en una de las casas de las calles adyacentes, pero no hemos encontrado a ningún vecino. Y como a usted lo he visto entrar aquí…

—Me ha tocado el gordo y hasta el reintegro —dijo divertido—. Si lo sé, me escondo.

—No, no se preocupe, en principio no tiene que hacer nada. Con que nos responda a unas preguntas nos vale. —El hombre, que no había dejado de sonreír, la miró afable—. ¿Estuvieron ustedes ayer por la noche en casa?

Ambos se miraron y negaron a la vez.

—Era la hora bruja de Croché, ya saben, el mago, y habíamos reservado mesa con unos amigos. Salimos a cenar pronto, antes de las ocho, porque el mago es a las once, y cenamos en la plaza. Llegaríamos a casa hacia la una…

—¿Conocen ustedes a Maya Vargas?

El hombre miró a la mujer, que se había recogido los mechones, y negó con la cabeza.

—No, no me suena. ¿Vive cerca?

—En la calle de arriba, sí. —Se volvieron a mirar y negaron de nuevo—. Al salir a cenar, ¿les llamó algo la atención? Algún coche, alguien extraño, cualquier cosa. Aunque sólo sea una persona que paseaba nos puede ayudar… —dijo Karen frustrada.

—¿Nos cruzamos con alguien? —preguntó el hombre a su mujer—. Déjeme pensar… No sé…

—Es raro no encontrarse absolutamente a nadie —dijo Karen—. Cuando la calle está desierta, todo está silencioso y nos llama la atención. Y un viernes, a esa hora, sería raro no ver a nadie.

El hombre cerró los ojos y se concentró.

—Recuerdo sólo ver a un señor mayor andando a buen paso, pero lo vi por detrás. Y era eso, un señor mayor, con abrigo verde —dijo contento.

—¡Pablo! —exclamó la mujer—. Vimos también a la parejita, a los jovencitos que iban acaramelados, acuérdate que nos parecieron monísimos… —El hombre la miró extrañado y la mujer insistió—.

Que sí, hombre, que te dije que qué bonito es el primer amor, ¿no te acuerdas? Pero si fue cuando me dijiste que le habían dado un golpe a la puerta del coche y que si había sido yo… Pero no, que no lo he tocado. Ha debido ser aquí, en la calle, que pasan muchas bicicletas…

—Pues sí, ahora que lo dices…

—¿Y los podrían describir? —preguntó Karen, esperanzada.

—Ideales —dijo la mujer—. Iban enlazados del brazo, las cabezas inclinadas hacia el otro. Una monada.

—¿Y su aspecto?

—Pues ella llevaba una chaqueta gorda, unos vaqueros y unos botines bien monos de ante marrón. Con unos flecos y poco tacón, pero un poco, lo justo para poder andar, ya me comprende… Lo sé tan exacto porque me parecieron ideales. En él me fijé menos, pero diría que una chaqueta oscura y vaqueros también…

—¿Les vio la cara?

La mujer negó con contundencia.

—No, los vimos sólo por detrás… Iban de paseo y no creo que atendieran absolutamente a nada más que ellos, porque hacía frío y yo me arrepentí de no haber cogido un abrigo más gordo, y ellos iban andando como si nada. La verdad es que nada más…

Les dejaron una tarjeta con su teléfono, les agradecieron su colaboración y salieron de nuevo a la calle.

—Nada como una mujer para describir a un testigo —dijo Cano divertido.

—Nada como un testigo que ve algo que le llama la atención, brigada. Pablo no se fijó en los botines, pero si hubiera pasado una bicicleta de carreras, nos habría descrito el calzado del deportista a la perfección.

—Debe de ser un forofo, así que seguro que nos habría podido decir hasta la marca —admitió Cano—; la bici es de carbono, debe de costar un pastón.

—Pero los tortolitos no le interesaban, y menos si acababa de ver que le habían dado un golpe al coche. Tampoco el señor mayor; él

es bastante joven, su padre a lo mejor está muy bien y todavía no tiene interés por los ancianos.

—Ya. Creo que necesito un café antes de seguir.

—Doble, sí. Vámonos a Madrid. ¿Quieres que conduzca yo?

—No, así me mantengo despierto. Joder, otra vez a Madrid… Si lo sé, no subo.

—Por lo menos vamos en contradirección: no encontraremos atasco —dijo Karen.

Tomaron la bajada hacia la universidad para rodear el monasterio, y mientras esperaban su turno para atravesar el arco, que sólo permitía el paso de un vehículo, se cruzaron con Suárez, que iba en su moto. El guardia utilizaba para moverse por el pueblo una antigua Vespa, con la que se ahorraba tener que buscar sitio en el casco antiguo. A Karen le daban escalofríos cuando lo veía con una simple chaqueta y el reglamentario casco subir por las calles empedradas a una temperatura en la que ella llevaría puesto el anorak. El guardia los reconoció, pero llevaba varios coches detrás y continuó su camino tras saludarlos con la mano.

Por la carretera de Guadarrama ya subía a San Lorenzo una hilera de vehículos y, entre coches y ciclistas, la circulación era intensa.

—¿Qué te parece? —preguntó Cano mientras adelantaba a unas bicicletas.

—No sé —contestó Karen dubitativa—. Coincido en que parece un robo, pero ¿estás de acuerdo en que los rateros no suelen matar?

—Tampoco entran en casas habitadas —respondió Cano pensativo —, es un peligro innecesario. ¿Las luces estaban apagadas cuando llegasteis?

—Sí —afirmó Karen con seguridad—, me fijé al entrar. Le pregunté a Inés y me dijo que ella no las había apagado; cuando llegó, había luz natural suficiente y ni siquiera se planteó encenderlas.

—Entonces, a lo mejor los ladrones no vieron que la víctima estaba dentro.

—¿Crees que estaba a oscuras? No han cambiado la hora todavía: hacia las ocho, que es cuando supone Benavides que entraron, era noche negra.

—Puede que estuviese en el piso de arriba —conjeturó el brigada.

—Llega de trabajar cuando hay luz todavía, sube a ducharse y a ponerse algo más cómodo. No enciende las luces de la parte de abajo. Al dar el baño al jardín y no a la fachada de la entrada, los ladrones pudieron pensar que era una segunda residencia y que los dueños aún no habían llegado… Lo que implicaría que no la vigilaron antes ni sabían nada sobre quién vivía allí, si no, habrían reconocido el coche, que estaba aparcado en la puerta y que, por cierto, tampoco se llevaron, a pesar de estar la llave en la casa y bien visible. Apunta, por favor, que preguntemos cuándo salió la muerta de trabajar.

—Fuerzan la puerta de la terraza, ella los oye desde arriba, baja, coge el cuchillo y los intrusos la matan de un golpe.

—Posible, aunque lo lógico hubiese sido que los ladrones escaparan con lo poco conseguido o con las manos vacías al enterarse de que había alguien —argumentó la teniente—. A ver cómo se lo explicamos a la familia; el hijo no debe llegar a los dieciocho años, pobre.

5

Madrid, 1987

Los exámenes de junio acabaron y las notas fueron entregadas en mano a las alumnas. La directora la felicitó y le recordó la fecha de celebración de la entrega de diplomas. Maya asintió, a sabiendas de que no acudiría a ese tormento nunca más. Sus padres tampoco habían preguntado, así que no tuvo ni que mentir. Se bajó del autobús y se topó con la madre de Rebeca, una niña de su clase a la que ayudaba con las matemáticas y con la que había hecho unos trabajos. Al principio de su vida escolar, había sufrido una barbaridad con los trabajos comunes, ya que sus compañeras no se aplicaban como debían y, cuando quedaban, charlaban más que otra cosa. Cuando se lo contó a su madre, esta le aconsejó que eligiese a las peores alumnas y que hiciese los trabajos ella sola, para poco antes de la presentación, darles un resumen que habrían de leer íntegramente. Así se unió Maya con Rebeca, que, además, tenía la ventaja de vivir cerca. Compartieron un trabajo, o, más bien, Maya lo preparó sola ante la indiferencia total de su compañera, y fue a su casa a explicarle lo que tenía que decir el día antes de la exposición.

Al revés que su hija, la madre de Rebeca se desvivió por hacerle la estancia en aquella casa lo más agradable posible. Le ofreció un bollo de la panadería que Maya, tras su experiencia en el dentista, rechazó; le agradeció lo que hacía por su hija y le preguntó si daba clases particulares ante la mirada de horror de Rebeca. Maya contestó que tendría que consultarlo con sus padres, y su asombro fue mayor cuando su madre aceptó. «Siempre tienes dudas de haberlo entendido bien. La mejor manera de aprender es enseñar a otros», le dijo.

Maya empezó a darle clases a Rebeca, que, si bien aceptaba la ayuda gratuita, en el colegio hacía como si no la conociera. Explicaba y argumentaba y, a pesar de que nunca consiguió que las notas de su alumna pasaran de un seis, la madre seguía desviviéndose para agradecérselo, llegando incluso a invitar a los padres de Maya a cenar, quienes declinaron de manera educada aludiendo a sus compromisos profesionales. La madre de Rebeca, que los había visto un par de veces por el barrio, suspiró de alivio y se contentó con regalarle a Maya un par de veces al año algo de la ropa como pago.

Tras la entrega de notas, Maya se topó con la madre de su compañera en la calle.

—¡Maya, cariño! —dijo plantándole dos besos en las mejillas—. No sabes cómo te agradezco todo lo que has hecho por Rebeca. Nunca hubiese aprobado de no ser por ti. Ahora sólo le queda la selectividad, a lo mejor podéis repasar un poco juntas… ¿Te vas a cambiar? ¿Quieres venir a arreglarte a casa?

Maya la miró extrañada. Había oído que las niñas iban a salir, claro, lo habían hablado en su presencia, pero nadie le había dicho que fuese ni dónde habían quedado. Pensaba que esas quedadas de fin de semana se reducían al grupo de Lorena y sus amigas, las populares de la clase. Pero que el tarugo de Rebeca estuviese también invitada era una novedad. No le dolió más que un poco, ya que con el tiempo se había acostumbrado a la indiferencia de sus compañeras. Negó con la cabeza.

—Tengo que estudiar —dijo—, aún queda la selectividad.

La madre de Rebeca asintió con la cabeza, comprensiva.

—Tú siempre tan responsable, hija. Ya me gustaría a mí que mi Rebeca… A lo mejor podrías echarle una mano, ya sabes cómo es: ha entrado en el modo vacaciones…

Maya pensó en las tardes que había pasado junto a su compañera; en los años en los que se la habían colocado al lado en clase para que la ayudara; en su voz, tímida al principio, exigente después, que reclamaba que le explicase las cosas con el argumento de era su

obligación, por eso la habían puesto junto a ella; en todos los trabajos que había hecho para ella y las horas que había pasado explicándole conceptos que ya le había explicado antes; en cómo copiaba sus exámenes y después se reía de ella en los recreos. Se imaginó a Rebeca, que había salido del colegio con ella y se había separado en la esquina porque, como le dijo, tenía que hacer un recado, acicalándose para salir con Lorena y su grupo. Sonrió. No le hubiese costado nada invitarla, sabía, o debería, que Maya habría dicho que no. Si no se hubiese encontrado a la solícita madre de Rebeca, no se hubiese enterado y ni lo hubiese pensado, pero la mirada compasiva de la mujer, que había elegido un nombre de película, como explicaba orgullosa, para su hija, le dolió en lo más profundo del corazón. Se sintió sola y que habían abusado de ella. La madre leyó la decepción en su cara e intentó arreglarlo.

—Ya sabes lo desastrosa que es mi hija, seguro que se le ha olvidado decirte dónde quedaban. Vente a casa si quieres —dijo bajando un poco la voz—; te dejo mis pinturas y te ayudo a pintarte y a peinarte —le propuso.

Maya sabía que lo haría. También que Rebeca se encerraría con un portazo en su cuarto, furiosa de tener que cargar con ella. Sabía que su madre le recordaría la selectividad y que Rebeca, ni con esa espada sobre la cabeza, aceptaría salir con ella. Sabía que la madre la amenazaría y Rebeca acabaría por dar su brazo a torcer; y, por un momento, tuvo la tentación de decir que sí, para fastidiarle la tarde a su compañera. Pero se dijo que la tortura de salir con un grupo que no la quería y se dedicaría a beber sin sentido no le merecía la pena.

—No, muchas gracias, tengo que estudiar.

—¿Vendrás entonces un día de estos? Mañana, si te viene bien —dijo la madre como de pasada.

Maya negó con la cabeza.

—Lo siento, tengo mucho que estudiar, ya se lo dije a Rebeca (era mentira, pero, total, no la volvería a ver en la vida). Y no se preocupe, que, como llevo tanto tiempo dándole clase, seguro que

sabe cómo prepararse —añadió con una sonrisa sibilina.

Se despidió y se dirigió a su casa. Iba a entrar en el portal cuando se volvió y vio a Rebeca avanzar con una sonrisa hacia su madre, que se había quedado petrificada en la calle. La madre la cogió por los hombros y la sacudió mientras la chica hacía una mueca y negaba con la cabeza. Maya entró en el portal y cerró la puerta tras de sí.

Llegó a su casa en silencio y se dirigió a la cocina, donde Josefina, sentada a la mesa, pelaba las judías de la cena. Dejó sus libros apartados, se lavó las manos, se tomó la merienda junto a ella y se bebió dos vasos de agua para no saltarse la regla de no llevar comida ni bebida a la biblioteca que pudiera manchar los libros. Cogió sus manuales, que parecían nuevos, y pensó que su madre tenía razón y que era imposible estudiar con libros sucios y maltratados. Los de Rebeca, llenos de hombrecitos, rayas y subrayados sin sentido, amén de páginas dobladas y esquinas destrozadas, le vinieron a la mente. El asco que sentía al pasar esas hojas le hizo arrugar la nariz y pensó, contenta, que nunca más tendría que tocarlos. Cuando empezó a ayudarla, pensó en llevarse los suyos, pero Rebeca, que estudiaba en una mesa repleta de papeles y de tonterías acumuladas que tenía en su dormitorio, se llevaba allí la merienda, leche con Cola-Cao y un bocadillo, y sus libros tenían en algunos capítulos marcas de chocolate o manchas transparentes de la grasa del chorizo que su madre alternaba con la Nocilla.

Se dirigió a la biblioteca, abrió la puerta, la más pesada para insonorizar la estancia, y encendió la luz. Dejó los libros en una pila en su sitio e iba a cerrar cuando oyó el timbre del portal. Josefina hacía la compra por la mañana, y por las tardes ese sonido anunciaba, normalmente, alguna carta certificada que Josefina no podía aceptar. Asomó la cabeza y escuchó la voz de su niñera. Fue a la cocina y la vio con el telefonillo en la mano, que cubría con la mano.

—Es esa chica, Rebeca. Que viene a ver si puedes salir.

Maya negó con la cabeza.

—No es amiga mía, dile que no estoy.

Josefina, con su voz más seca, contestó que Maya no se encontraba en casa y ella volvió a la biblioteca y se sentó con una sensación de libertad.

Volvió a ver a Rebeca en los exámenes de selectividad. Se apellidaba Vidal y le tocó en la mesa de al lado. Cuando entregaron el folio con las preguntas, su compañera la miró con cara de súplica. Maya leyó muy tiesa el examen, cogió el bolígrafo nuevo y, colocando el brazo al lado de la hoja, respondió a las preguntas en la mitad del tiempo exigido. Volvió los folios y cerró los ojos. Cuando tuvieron que entregar, lanzó una mirada al examen de su compañera, repleto de tachones y borrones. Entregó el suyo con una sonrisa, se levantó y no le dijo adiós a ninguna de sus compañeras.

6

Madrid, abril de 2017

El marido de Maya vivía en el barrio de Chamartín, en un edificio que parecía una pirámide hecha con terrazas de hormigón tras un parque. Tuvieron que dar varias vueltas hasta conseguir aparcar y Karen se sobresaltó varias veces con los pitidos. Enfrente de la casa de Sergio había un mercado y se cruzaron con varias personas cargadas con bolsas que atravesaban la calle entre los coches detenidos. Se acercaron al portal que les había indicado Inés y buscaron al portero sin éxito. Tocaron el timbre y, tras una corta espera, les respondió una voz masculina.

—¿Sí?

—¿Sergio Gavilán?

—Soy yo, sí —contestó—. ¿Es un paquete?

—No, Guardia Civil, queríamos hablar un momento con usted.

—¿Guardia Civil? —preguntó, extrañado.

Sonó un pitido y la puerta se abrió sin que tuvieran que dar más explicaciones. Subieron en el ascensor hasta el quinto, donde los esperaba el hombre que habían visto en el mural de fotos de San Lorenzo. Tenía unos cincuenta años e iba vestido con una camisa y unos vaqueros. Los miró inquieto.

—¿Qué ha pasado?

—Se trata de su mujer, Maya. Anoche hubo una intrusión en su casa de San Lorenzo. Siento mucho comunicarle que ha muerto.

—¿Maya?

El hombre se quedó con los ojos muy abiertos en el marco de la puerta y sólo cuando dieron unos pasos hacia él, entró en el piso y se dejó caer en una silla. Los observó con la mirada vacía, en la que

se mezclaban incredulidad y angustia.

—David —susurró.

—Su hijo, ¿verdad? —preguntó Karen con suavidad—. ¿Quiere que avisemos a un psicólogo?

Sergio negó con la cabeza con decisión.

—No, no. ¿Cómo ha pasado?

—Parece que entraron en el domicilio forzando la puerta de la terraza. Su mujer intentó defenderse, tenía un cuchillo de trinchar bajo el cuerpo. —Sergio los miró asombrado—. La casa está revuelta, hicieron un registro, pero todavía no sabemos lo que falta, excepto la billetera. Le podemos contar muy poco —se excusó Karen —, sólo nuestras primeras impresiones. Estamos al principio de la investigación, por eso necesitamos información sobre…

Se oyeron unos pasos por el pasillo, Karen se calló y el hombre se puso rápidamente en pie. Un joven de pelo castaño oscuro revuelto, con una leve sombra de barba en el rostro y los miembros largos y desgarbados apareció en el vano. Iba vestido con unos calzoncillos y una camiseta y tenía aspecto de haber salido en ese momento de la cama. Parecía todavía medio dormido, y cuando su padre se acercó a él y lo abrazó, se mantuvo con los brazos colgando mientras este susurraba a su oído unas palabras. El padre posó la mano en su nuca y le inclinó la cabeza hacia su hombro. El chico empezó a respirar con dificultad. Sergio le acarició la cabeza y el joven, con un movimiento brusco, se deshizo de los brazos de su padre, levantó los suyos y pareció que iba a barrer todo lo que se encontraba a su alrededor. El padre intentó sujetarlo, pero el joven lo rechazó con fuerza hasta que estalló en llanto y aquel se pudo acercar y le colocó un brazo sobre los hombros. Karen y Cano esperaron incómodos.

—Supongo que quieren hablar con nosotros —dijo Sergio sin soltarlo—, pero no es el momento.

—Lo siento mucho —dijo Karen—, intentaremos reducir las preguntas al mínimo indispensable, pero necesitamos ciertos detalles para poder comenzar a investigar. ¿Cuándo habló por última vez con su mujer?

—Ayer por la tarde, al salir del trabajo, serían las siete aproximadamente.

—¿Le contó algo que le pareciera extraño?

—Nada fuera de lo normal —contestó con seguridad—. David se vino aquí, pero eso también es habitual. ¿Te llevó mamá a clase ayer? —preguntó en un susurro.

El joven asintió con la cabeza y tragó con dificultad.

—¿Llamó a alguno de ustedes al salir de trabajar? Perdonen, pero es para delimitar los horarios.

David miraba al vacío con ojos vidriosos y Sergio se irguió.

—Miren, yo les comprendo, pero ¿no ven que para él es una tortura? No se encuentra en estado de responder nada. Por favor —suplicó.

Karen asintió con la cabeza.

—Si le parece, podemos volver en otro momento.

—Claro.

—Le llamamos a usted mañana, si le parece bien.

El hombre asintió y la pareja se dirigía a la puerta de salida cuando Sergio los detuvo.

—¿Quién la ha encontrado? Hoy no iba la asistenta…

—Una amiga suya, Inés Puerto.

La cara de Sergio mostró sorpresa y la de David, que levantó la mirada, dolor.

—¿Inés la ha encontrado? —dijo Sergio—. ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Habían quedado a desayunar —explicó Karen— y, al no abrir su mujer, pasó por la terraza, la vio en el suelo y entró con una llave que hay escondida en el jardín.

—Pobre Inés. ¿Cómo está? Son muy amigas.

—Muy afectada. No nos ha podido decir mucho más. Es importante que intente recordar lo que le dijo su mujer, a lo mejor le hizo algún comentario sobre alguien o algo que le llamara la atención.

El marido asintió y su cuerpo tembló con un escalofrío. Se levantó, le apretó el hombro a su hijo y los acompañó a la entrada. Entornó la puerta de comunicación con el salón y bajó la voz.

—Dios, pobre Maya. ¿Sufrió?

Karen negó con la cabeza.

—Fue rápido, murió de un golpe. No hay más daños visibles a primera vista. —Evitó decir la palabra *violación*.

—¿Han hablado con los vecinos? Son bastante curiosos, a lo mejor ellos vieron algo. No viven ahí permanentemente, pero el fin de semana suelen estar.

—Los tenemos en nuestra lista, sí, pero esta mañana no estaban. ¿Con quién más diría que tenía su mujer amistad, o relación?

—Maya estaba muy volcada en su trabajo. Era muy amiga de Inés. Y David, claro —dijo con una mueca de dolor—. Puede que Adriana, la asistenta, si estuvo ayer, les pueda decir algo más, lleva más de quince años con nosotros. Y sus padres… —Pareció darse cuenta de que tendría que avisar a sus suegros y sus rasgos se derrumbaron.

—¿Quiere que se lo comuniquemos nosotros? Puede que resulte más fácil, tenemos un servicio de atención psicológica —dijo Cano señalando con la barbilla el salón, desde el que se oía el rumor de unos sollozos.

Sergio sonrió con tristeza.

—Me gustaría que se lo dijesen ustedes, pero no me parece bien. —Bajó la mirada—. Si hubiera sido yo, habría preferido que fuera ella quien… Perdonen, pero me tengo que ocupar de David.

Un teléfono sonó y los tres se miraron para buscar el origen del pitido. El móvil de Sergio estaba sobre la mesa de la entrada, junto a las cartas sin abrir, y pudieron ver en la pantalla la palabra *Mamá*. Él se sobresaltó y le dio al botón de colgar.

—Es mi madre —explicó.

—Bien, le mantendremos informado. Por favor… —El móvil sonó de nuevo y Sergio volvió a rechazar la llamada.

Abrió la puerta principal mientras otro teléfono sonaba en el interior de la casa con insistencia. Se despidieron de él y el hombre cerró la puerta. El pitido paró. Esperaban al ascensor, que se había puesto en movimiento con un sonido susurrante, cuando oyeron de nuevo el timbre del móvil de Sergio.

—Las madres —dijo Cano sonriendo.

Lo oyeron responder y supusieron que seguía en la entrada.

—Mamá —dijo exasperado. Se hizo una pausa—. No, no vamos. ¿El cordero?…

El ascensor se detuvo con un chasquido. Sergio debía de haberse adentrado en la casa porque dejaron de oír su voz.

7

Madrid, 1990

La vida de Maya en la universidad no fue muy distinta a la del colegio, sus días se reducían a levantarse, desayunar, acudir a la facultad en metro y volver a estudiar a casa.

Una mañana, en la que habían anulado una clase, se quedó haciendo unas fichas y cogió el metro un poco más tarde. Al no ser hora punta, encontró un sitio para sentarse. Un joven entró haciendo malabarismos con una maqueta y una bolsa en la mano y ella le cedió el asiento. Se puso en pie, se agarró a la barra y concentró su mirada en la oscuridad tras la ventana mientras en su cerebro repetía patologías. Sus ojos descansaban concentrados en el negro túnel y, cuando un grafiti apareció en la pared de hormigón, parpadeó y se preguntó quién estaría detrás de esa firma, si viviría en un piso normal, si despacharía en un supermercado o por el contrario sería un estudiante, y, si así era, cómo podía perder el tiempo en esas cosas que no llevaban a nada. Cuando un pitido avisó de la llegada a la estación de la facultad, Maya se dirigió a la puerta y sólo se detuvo cuando oyó un golpe seguido de un taco. Se volvió y vio que el chico de la maqueta se había levantado y que su bolsa había cedido. Unos libros estaban en el suelo y la parada estaba a punto de llegar. Reaccionó rápido, recogió los libros y los puso junto a los suyos mientras el joven, que había dejado la maqueta en el suelo, la miraba con agradecimiento mientras cogía su proyecto con ambas manos. Subieron a la calle y el joven se presentó.

—Soy Sergio, estudio Arquitectura. Muchas gracias, tenía que haber cogido la mochila, pero se la presté a mi primo y no me la ha

devuelto —dijo con una carcajada en la que no había ningún rencor —, y los libros pesan más de lo que pensaba…

—Maya, Medicina —respondió, asombrada del buen humor que mostraba el joven ante el aprovechado de su primo. Ella no tenía hermanos ni primos y sus padres siempre habían tenido claro a quién pertenecía cada cosa y a nadie se le hubiera pasado por la cabeza coger ni un lapicero que no fuese con toda seguridad suyo.

En la biblioteca de su casa, el único espacio que compartía con sus padres, cada uno tenía un sitio preestablecido y tanto sus padres como ella podían dejar cualquier cosa con la absoluta seguridad de que nadie la cogería. Cuando a Maya se la aceptó en la biblioteca familiar para que hiciera los deberes, ya sabía que no podía tocar los lugares de trabajo de sus progenitores, que no podía dejar un libro abierto, ya que los lomos se estropeaban, y que, si borraba algo, debía decírselo a Josefina para que dejase la superficie de madera de nuevo lisa y brillante, sin virutas de goma que interrumpiesen la concentración.

—Me lo estaba preguntando —dijo Sergio sacándola de sus pensamientos con una alegre risa—. Me he tirado todo el camino sin mirar tus manuales para ver si acertaba y cuando hemos salido del metro y he visto ese esqueleto —señaló el libro de anatomía— me he felicitado a mí mismo.

Maya sonrió, bajó la cabeza y se fijó en los libros del otro, que no estaban pintados en los lomos ni tenían las esquinas destrozadas.

—¿Eres de aquí? —inquirió Sergio ante su mutismo.

—Sí, siempre he vivido en Madrid.

Maya tenía todavía un poco de tiempo, ya que siempre salía con suficiente margen por si alguna eventualidad la retrasaba, y lo acompañó hasta la facultad. En la entrada, cuando Sergio pudo posar la maqueta, le devolvió sus libros. Él iba a preguntarle si le apetecía tomar tras las clases un café, o si le apetecía quedar, pero Maya se despidió y desapareció. Sergio pensó en seguirla, pero tenía que elegir entre abandonar la maqueta o los libros, y se dijo que la joven no parecía tener mucho interés en él. Uno de sus compañeros

lo vio y se acercó a ayudarlo. Soltó un resoplido al ver los libros.

—Joder, qué bien. ¿Tienes el de electrotecnia? Me lo he dejado en casa…

Sergio, con la maqueta entre las manos, asintió.

—Mira tú, debería estar.

El joven los revisó, cogió uno y miró a Sergio extrañado.

—Coño, ¿qué haces con un libro de medicina?

—Mierda —exclamó él—, es de Maya, que me ha ayudado con la maqueta porque… Joder —dijo mientras consultaba el reloj—, tengo que presentar el trabajo, no me da tiempo a llevárselo.

—¿Está buena? —preguntó el otro.

Sergio lo miró con un falso reproche.

—Muy buena.

—Si quieres, se lo llevo yo, tengo tiempo —propuso.

—Ni de coña. Iré yo después de presentar el trabajo, no me la vayas a pisar.

Cogieron los libros y la maqueta y entraron riendo en el aula.

Josefina oyó el ascensor, encendió el fuego para calentar la comida y canturreó una copla. Cuando Maya entró por la puerta, vio en su rostro la angustia.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó preocupada.

—He perdido un libro y lo necesito para estudiar. Como hay exámenes, no lo tienen en la biblioteca, los han prestado todos.

—¿Se puede comprar en algún sitio? —inquirió la antigua niñera.

Maya iba a romper a llorar, pero se controló y se preguntó si en la librería especializada en medicina lo tendrían. Josefina podría ir a por él y sólo habría perdido las fichas. Sintió el mismo alivio que cuando tenía que hacer una labor para la clase de costura y su niñera se la hacía por la noche.

—Escríbeme bien el título y dime adónde ir —dijo la mujer, feliz de poder ayudarla. Le acarició la cabeza con un gesto rápido y le sirvió el plato—. Come, hija, que quedarte sin comer no ayuda —añadió.

Maya consiguió acabarse el plato y se bebió el café.

—Vete a estudiar, corazón —dijo decidida—, que yo te lo consigo.

Maya se abrazó a su cintura como cuando era pequeña y a Josefina se le llenaron los ojos de lágrimas. Fue a buscar su bolso, cogió unos billetes del cajón de su ropa interior y salió feliz.

Maya se encerró en la biblioteca y no oyó la puerta de la entrada volverse a abrir unos minutos más tarde. Cuando Josefina apareció, levantó la cabeza asombrada, ya que no le había dado tiempo ni a leer el primer capítulo. La mujer la miró divertida.

—Te traigo tu libro —dijo con una sonrisa, apartándose del vano y dejando pasar al joven de la maqueta.

Maya se puso en pie de un salto. Sergio le tendió el libro.

—Perdona, me lo he debido quedar cuando me has ayudado. Te lo hubiese traído antes, pero tenía que presentar un trabajo y, como en él está tu dirección, he pensado que sería más rápido venir aquí que buscarte por la facultad.

Josefina vio brillar los ojos de Maya y se dijo que el joven bien podría haber dejado el libro en el portal o habérselo entregado a ella cuando se encontraron. Sonrió feliz y le ofreció un café.

8

Madrid, abril de 2017

Cano resopló cuando salieron a la calle.

—Joder, qué papelón. Necesito un café, Karen, que me acabo de meter en la cama, como quien dice.

En la acera frente al mercado se acumulaban mesas alineadas ante un bar. Se sentaron en una libre y le pidieron al camarero que se acercó inmediatamente dos cafés, un pincho de tortilla, que se anunciaba como la mejor de Madrid, y una pulga de jamón. Cano revolvió su café con leche y Karen retiró el azúcar del suyo mientras observaba el edificio.

—Pobres, menudo palo —dijo Cano.

—Sí, debían ser una familia muy unida. He visto las fotos en el cuarto del hijo, hay varias de viajes y excursiones.

—Pero un poco raro, ¿no? Que la madre viva con el hijo en San Lorenzo y queden los fines de semana…

—¿Te parece raro? —dijo Karen mientras daba un mordisco a la pulga—. La verdad es que en La Haya conocí a muchas parejas que se encontraban los fines de semana si tenían el trabajo en sitios diferentes.

Karen recordó que, si había niños, normalmente la casa en la que vivían estos se convertía en la residencia principal y a ella acudía el progenitor que no vivía ahí durante la semana a pasar los días libres. Funcionaban muy bien, incluso mejor que muchas parejas que convivían día tras día, pero, al llegar a España, había tenido la impresión de que esa no era, en la península, una relación habitual.

—Pues sí, no sé… Hay mucha gente que vive en San Lorenzo y trabaja en Madrid. Si te llevas bien, es lo normal, vamos, me parece.

—¿Qué es normal, Cano? Los hay que se llevan fatal y se ven todos los días… No sé si estar pegados continuamente fundamenta una buena relación. Supongo que depende de las personas. Si tú tuvieras una relación más estrecha y tu compañero trabajase en Barcelona, no te parecería extraño.

—No, claro, pero con hijos —replicó el brigada—, sí intentaría que fuese continua.

—Por el bien de los hijos, entonces.

—Sí, para que tuvieran una familia unida.

Karen rompió a reír.

—No te imaginaba tan tradicional… No creo que dependa de la cantidad de tiempo, sino de la calidad. ¿No te han parecido unidos Sergio y su hijo?

—Sí, en algunos casos puedes tener razón, no digo que no. Pero también empiezas a verte sólo los fines de semana y acabas por verte una vez al mes…

—Venga ya, Cano. Un padre está con su hijo todos los días, a la hora del desayuno y de la cena, pero esos momentos los pasa frente a la televisión o el móvil. Están juntos, pero no. No creo que exista una pauta ni una receta perfecta. Por cierto, esta pulga está buenísima —añadió limpiándose la boca—. Vale, ¿por dónde empezamos?

—Es un robo; yo empezaría por lo que pueden haber sustraído y por las tarjetas… Y por los vecinos.

—También puede ser un homicidio que nos intentan colar como robo. Intentarán vender algo de lo robado, pero si es una cortina de humo…

Cano levantó las cejas mientras se tragaba un bocado de tortilla. Se echó para atrás en la silla y lanzó un resoplido de satisfacción.

—Sí que está buena… Me encantaría desayunar tortilla todos los días, me ha hecho revivir —dijo mientras llamaba la atención del camarero para que le llevase otro café—. Tenemos que hacer una lista de los bienes sustraídos y para eso necesitamos la ayuda de la familia. O de la asistenta, que puede que sepa también lo que tenía.

¿Una cortina de humo?

Una gitana se acercó sacudiendo unos billetes de lotería. Cano no levantó la vista, pero Karen la miró, lo que llevó a que la mujer se acercara a ella.

—Venga, cómprame uno, que te va a tocar —empezó. La teniente negó con una sonrisa—. ¿A que no sabes cuántos hijos tengo? Venga, que te va a tocar, verás… Uno nada más, que es para el sábado…

La teniente sacó la cartera pensando que, si no, no los dejaría en paz, y le tendió un billete que la mujer se guardó en un bolsillito de tela. Cuando le dio la vuelta, faltaban unos euros, pero la mujer sonrió, dejando ver un diente dorado, y dijo:

—Para mis hijos. Y si te toca, me das una buena propina.

Se alejó renqueante hacia otra mesa, dejando a la teniente con la boca abierta y a Cano riendo.

—Eres una guiri todavía, mi teniente, caes en todas…

Karen alzó las cejas y sonrió, guardándose el billete que le había dado la gitana de vuelta.

—La familia no nos dará la lista de lo robado hasta mañana o dentro de unos días. No sé cuándo se sentirán capaces de volver a la casa, podemos probar con la asistenta. Pero me gustaría…

Cano suspiró y encendió un cigarro.

—Quieres investigar las dos posibilidades.

Karen asintió y Cano hizo una mueca.

—Venga, brigada. Estás demasiado cansado para salir esta noche otra vez. No nos cuesta nada, es ampliar un poco los interrogatorios.

—Podríamos hablar de nuevo con Inés —propuso el brigada—, que, además, está en San Lorenzo. Si eran íntimas, sabría qué cosas de valor tenía y nos puede contar un poco más de ella. —Abrió el bloc, puso «Maya» en la parte de arriba, dividió la página en dos y escribió «personal» en un lado y «laboral» en el otro. Karen sonrió —. En lo personal, el marido, Sergio, y el hijo, David. Su amiga Inés Puerto. Sus padres, que deben de vivir los dos. ¿Hermanos?

—Debe de ser hija única, creo que el marido los hubiera

mencionado. Pero no lo podemos descartar.

—La asistenta. Podemos llamar al marido para preguntarle…

—O preguntarle a Inés, así no le tenemos que molestar. Y llamar al centro médico donde trabajaba Maya, pero en sábado, imposible.

Karen pensó en con quién podrían hablar que les diera una visión más amplia de la muerta sin desplegar todo un dispositivo que convirtiese el suceso en algo aún más horrible para la familia al relacionarla con una investigación, a lo mejor, innecesaria. Se preguntó si no sería una paranoica, miró el cuaderno abierto de Cano y dudó, pero se dijo que no perdían nada por hablar un poco más con las personas cercanas a la muerta. Los padres estarían rotos por el dolor, pero, al no tener que ocuparse de un adolescente destrozado, probablemente serían más capaces de responder a sus preguntas en aras de ayudar a resolver el crimen.

Fumaron en silencio y acabaron sus cafés mientras el sol se elevaba en un cielo de un azul que parecía irreal. La teniente levantó los ojos con la mano haciendo visera y se dijo que su calidad de vida había mejorado significativamente desde que vivía en España. En Holanda y en Alemania, el tiempo que pasaba fuera al aire libre era menor, mientras que en Madrid, raro era el día en que no se sentaba en una terraza o en un parque o daba un paseo. Abrió un poco los ojos y se dijo que todos los días eran malos para recibir la noticia de la muerte de un ser querido, pero que debían de serlo mucho más cuando la naturaleza reía exultante, que en un entorno lluvioso y gris, donde tienes la impresión de que esta se apiada de ti y te acompaña en el sentimiento.

—Ella se apellidaba Vargas Salazar —dijo Karen—, lo he visto en la página del centro médico. No es muy común, no perderemos mucho tiempo en buscar a los padres, quizás quieran hablar con nosotros.

Cano abrió el buscador del teléfono, metió Salazar, que le pareció menos común, y esperó a los miles de resultados. Los acotó en Madrid y eligió ver las fotos. Entre diversas entradas de Facebook que no coincidían con la supuesta edad de los padres de Maya, que mostraban abogadas, consultoras e incluso una lectora de tarot,

encontró a una mujer de más de sesenta años que se mantenía erguida como una vara y sonriente ante un cartel de la Universidad Complutense que invitaba, en cooperación con una institución estadounidense, a un simposio sobre inmunología.

—Bingo —dijo Cano mostrándosela con desgana—. La madre también es médico: la misma melena, una constitución similar.

Karen se inclinó hacia el teléfono y asintió al mirar la imagen.

—La he visto hoy en el mural del nieto. A ver si conseguimos su teléfono. Venga, Cano, no tardamos nada; al fin y al cabo, no tenemos nada mejor que hacer.

—Eso serás tú —rumió él—; a mí se me ocurren muchas cosas.

Cano le escribió un mensaje a Romero reenviándole los datos y esperaron. Tras unos minutos, un silbido anunció la llegada de un mensaje.

—Tenemos el teléfono de la madre y su dirección, en Chamberí. Pero ¿no te parece que nos estamos precipitando? Si es un robo y los descerebrados la mataron porque los sorprendió… —El brigada suspiró.

—Ya, Cano. ¿Y si no? Has entrado en la casa, ¿verdad? —El brigada asintió.

—Sí, todo revuelto…

—Los cajones y los libros. Los cojines —Cano la miraba intrigado— y hasta el frutero de la mesa. No sé, me parece como si quisieran que pensásemos que ha sido un robo. Ya comprendo que la gente tiene unos escondites de lo más singulares, pero ¿te imaginas que alguien esconda dinero o joyas bajo las peras del frutero? Me parece todo un poco demasiado clásico, el escenario de un registro como los que se ven en tus series… —Rio al ver su cara. Cano, que había agriado el gesto, lanzó una carcajada.

—Eres mala, te aprovechas de las debilidades de tus inferiores. Que sepas que muchas de esas cosas que veo en «mis series» —dijo dibujando unas comillas imaginarias en el aire— me sirven para aprender qué no debo hacer… Ya me contarás cuando te enganches a una. Pero puede que tengas razón —concedió—. ¿No podríamos

hablar con la asistenta antes de molestar a los padres? Mándale al marido un mensaje y pídele el teléfono.

Karen tomó el móvil, buscó a Sergio y le envió la pregunta. Debía de estar cerca del teléfono, ya que les mandó el contacto de Adriana, la asistenta, pasados unos segundos. Marcaron y lo dejaron sonar hasta que saltó el contestador, en el que dejaron un mensaje.

—¿Qué hacemos? —preguntó el brigada—. Si no vamos a hablar con los padres, nos podemos subir a San Lorenzo. A lo mejor Adriana nos contesta entre tanto.

—Va a ser lo mejor. E intentar quedar con Inés de nuevo, a ver si echa algo en falta. Casi es mejor que dejemos a la familia por ahora, estarán rotos e inseguros. Si Benavides consigue hacer la autopsia hoy y sabemos algo más, les podremos devolver el cuerpo pronto. Debe de ser terrible no tener ni el escape de la organización de las exequias. No pueden ir al tanatorio ni planificar el entierro. Acabarán todos juntos mirándose y preguntándose cómo ha podido pasar y por qué a ellos. Voy a llamar a Benavides, él lo comprenderá.

El forense respondió inmediatamente.

—Teniente.

—Era sólo para preguntarle cuándo cree que se va a poner con el cuerpo… Es por la familia, por decirles algo.

—Ya me lo había imaginado y he venido directamente al Instituto.

Karen lanzó un suspiro de alivio.

—Muchísimas gracias.

—La llamo luego para que no tenga que bajar; también querrá disfrutar del fin de semana.

—Estamos en Madrid; si no le importa, nos pasamos.

—Claro, aquí estoy.

Karen sacó la cartera de nuevo y buscó un billete. Levantó la cara para avisar al camarero y ante ellos desfiló una mujer entrada en años, con un corte de pelo años veinte, muy pintada y vestida con una falda extremadamente corta y una chaqueta ajustada de lentejuelas, todo de lo menos adecuado para pasear un sábado por la mañana. Tenía las mejillas tirantes y tersas, pero el cuello y las

manos marcados de arrugas.

—En el centro de salud, no sólo podremos hablar con sus compañeros, sino pedir que localicen a sus pacientes, a ver si alguno quiere hablar voluntariamente sin que tengamos que solicitar una orden —añadió Cano mientras observaba a la mujer alejarse sobre sus tacones plateados.

9

Madrid, 1992

Silvia olfateó el aire y se volvió hacia ella justo cuando Josefina entraba en el comedor con la fuente del pescado.

—¿Ha venido alguien? —preguntó.

—Debe de haber sido esa chica que ha venido a que le explicaras —contestó Josefina sin enrojecer—. Traía una peste a tabaco…

—No te juntes con gente que fuma, Maya. Es signo de una falta tremenda de disciplina —observó su padre.

Maya suspiró aliviada y se propuso hablar con Sergio para que dejase de fumar.

—Maya —dijo su madre escudriñándola—, ¿te pasa algo?

—No, mamá, nada.

—¿No has salido a correr?

Ella bajó los ojos. Se sintió como cuando una vez, hacía varios años, en que estaba acatarrada y había llevado una taza de té a la biblioteca. Al abrir un libro, esta se había derramado y había mojado uno de los de su madre. Lo secó con el secador, pero siempre que lo miraba, temía que su madre observara el canto, no tan liso como debería, y la pequeña mancha de infusión en las últimas hojas. Pensó en mentir, pero se dijo que la mirada de su madre sabía más de lo que decía. Se preguntó si Josefina habría dicho algo, pero negó al instante.

—No he visto la ropa en el lavadero. Maya, ¿por qué no has salido a correr?

—Ha llovido mucho, las calles están muy mojadas y he pensado que podría resbalar.

—Juiciosa, Maya —dijo su padre—. Justo la semana pasada vino un hombre que había resbalado en el asfalto mojado. Se ha roto el fémur.

—Vaya, qué faena —respondió su madre.

La conversación quedó ahí, pero Maya se dijo que, si volvía a saltarse la hora de deporte, debía dejar la ropa en el lavadero. Sobresaltada, pensó que por primera vez había mentido a sus padres.

10

Madrid, abril de 2017

El tráfico en las calles era menor que en los días laborables, pero en cuanto se acercaron a las vías de salida de la capital, la afluencia de vehículos aumentó considerablemente.

—Y a muchos de estos nos los encontraremos en la plaza esta tarde —protestó Cano— y, antes, en la carretera.

—Venga ya, Cano, se reparten bastante. Además, supongo que querrás echarte la siesta… —apuntó Karen al tercer bostezo del brigada.

—Joder, es que no he dormido más que tres horas…

—Los dos cafés deberían empezar a hacer efecto… ¿Lo pasaste bien, por lo menos?

Cano lanzó un gruñido que ocultó su sonrisa.

El Instituto Anatómico Forense, en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, les pillaba de camino en la salida de Madrid hacia la A-6, y aparcaron sin dificultad. Cano bostezó una vez más al salir del coche y se detuvo ante el edificio haciendo visera con la mano.

—Hemos tenido suerte de que no sea domingo…, no le íbamos a estropear la misa, seguro que no se la saltaba —dijo con resquemor.

Karen sonrió ante la pulla de su segundo dedicada al forense. La animosidad del brigada venía de lejos, aunque la teniente siguiese sin saber qué le molestaba tanto a Cano del médico. Se lo había preguntado muchas veces, pero nunca le había dado una respuesta convincente.

—Me parece que el que está más molesto por la interrupción eres tú. Puede que él lo vea como una penitencia…

—Penitencia la mía, haberme acostado a las seis y estar aquí observando un fiambre un sábado.

—«Cuerpo», Cano, «cuerpo». Seguro que Benavides la trata con más respeto.

Bajaron las escaleras hacia la morgue y sus pasos resonaron en el edificio desierto. No habían llamado aún a la puerta cuando Marta, la asistente de Benavides, salió a recibirlos. Debía de haberlos oído acercarse.

—El jefe ya está cosiendo.

—¿Ya tiene una idea?

La joven asintió a la vez que se quitaba la bata y el gorro protector. Los guio hasta unas puertas de acero con el rótulo NO PASAR y las empujó con el hombro. Atravesó la sala vacía y tras una puerta de metal con un cristal enrejado se detuvo.

—¿Quieren entrar?

Karen asintió y abrió la puerta. Benavides se encontraba tras el cuerpo, también con una bata que le quedaba, debido a su altura, un poco escasa, y con el pelo corto escondido bajo un gorro similar al de Marta. Al oír la puerta levantó la voz sin volverse hacia ellos.

—Cinco minutos y acabo.

El médico se afanó un rato más en la cabeza y soltó, causando un leve ruido, una aguja curva en un recipiente metálico. Se quitó los guantes y se giró.

Sobre la mesa de acero reposaba el cuerpo de Maya Vargas, cubierto con una sábana azul hasta los hombros. Ahora que le veía bien la cara, Karen supo de qué la conocía: era la mujer que se encontraba a menudo en el llamado Camino de las Embarazadas. Siempre corría a buen ritmo y era tan tempranera como ella, ya que muchas veces se la había encontrado bajando la cuesta cuando acababa de amanecer. Nunca habían hablado, pero, tras encontrarse

un par de veces, se dedicaban un gesto de saludo al cruzarse.

Maya tenía los ojos cerrados y la mitad derecha de su cara parecía dormir, mientras que la izquierda estaba deformada por el golpe. Benavides le había afeitado el pelo en el lado dañado y unas guedejas rubias reposaban sobre una bandeja metálica. No iba maquillada y tenía la piel tersa y blanquecina. El forense señaló la cabeza.

—Intentaré recomponerle el cabello lo mejor que pueda, y Marta es una artista: retocará el golpe y la familia prácticamente no lo verá. —Se detuvo un momento y se quedó mirándole la cara, apenado. Carraspeó—. Bien, unos cuarenta y cinco años, muy buen estado físico. Llevaba puesto un conjunto de cachemir compuesto por pantalón y jersey, una camiseta y ropa interior debajo. No llevaba joyas, puede que se las quitaran. Tiene perforadas las orejas —dijo señalándolas— y una pequeña marca en los lóbulos que apunta a algo redondo, como unas perlas. Reloj tampoco, aunque tiene una línea en la muñeca un poco más clara —añadió mientras levantaba con cuidado la sábana—. La alianza en la izquierda, también por la marca. La muerte —explicó señalando el lado de la cabeza dañado—, causada por un objeto plano que le alcanzó el parietal con fuerza, provocó el hundimiento del hueso y con ello la muerte. En cuanto al objeto, no se encontraba en el lugar de autos, pero a la bolsa de palos de golf caída en la entrada le falta uno de los hierros, el seis, que podría coincidir con la contusión por tamaño, pero no lo puedo confirmar sin el palo. Si aparece y mis suposiciones son ciertas, les digo. Buscaré uno también, por si acaso. No hay señales de violación ni de que intentasen arrancarle la ropa, o de que se acercara su atacante para forcejear.

—Excepto el cuchillo.

—Sí. Lo debió coger y blandirlo ante el intruso. Este, para mantener la distancia, la atacó con el palo. Creo que es posible que ocurriera así. —Suspiró—. En conclusión: puerta de la terraza forzada, aunque no estaba cerrada del todo: es de seguridad, y si los cierres se hubiesen insertado en el marco, la palanca no habría

sido eficaz en poco tiempo. Es más, habría tenido tiempo de sobra para llamar a alguien; además, la palanca, en una puerta acristalada, hace ruido. He empezado por el examen craneal, pero, para poder darles toda la información, he realizado la autopsia completa, aunque la causa de la muerte me parece clara. Estaba en muy buena forma, podría haber vivido hasta los cien. Piel muy clara —señaló el médico—, no parece haber tomado el sol en su vida.

Karen observó el cuerpo, que, como decía Benavides, era musculoso y elástico. Las pequeñas arrugas que marcaban el escote de muchas mujeres a partir de una edad eran prácticamente invisibles y lo único que llamaba la atención era una larga cicatriz que le cruzaba el vientre de lado a lado, separada por la incisión del forense.

—Era médico, dermatóloga —explicó Cano.

—Eso explica el cuidado de la piel —afirmó Benavides—. Cuando has visto los melanomas causados por el sol, te andas con cuidado…

La teniente señaló la cicatriz.

—¿Eso? —respondió Benavides—. Una histerectomía de hace unos veinte años. Le extirparon el útero. ¿Cuántos hijos tenía? —preguntó entristecido.

—Uno.

El forense suspiró.

—Pobre… No hay mucho más que aportar, necesitaría el arma homicida para encontrar alguna huella, aunque no soy muy optimista. No tengo los resultados aún, hay huellas repartidas por toda la casa, aunque supongo que el o los atacantes llevarían guantes. Hemos recogido lo que hemos podido para solicitar pruebas de ADN, pero nada que nos llamara especialmente la atención. Ya saben que tardan por lo menos tres días, cuatro porque hoy es sábado. El análisis toxicológico lo he enviado ya, pero tampoco cuenten con él antes del martes. Hemos puesto su móvil a cargar, no se lo llevaron, lo tenía ella en la ropa, y si consiguen la clave, lo podremos abrir más rápido; si no, se lo mandaremos al informático.

—¿Y del atacante?

—Me gustaría hacer más cálculos con el hierro que falta, pero la debía rebasar en altura, y por la fuerza y el lugar del impacto me decanto por un hombre. Diestro —añadió.

Se despidieron de Benavides, que les entregó unos folios con sus primeras conclusiones, y salieron a la calle. Karen miró su teléfono y vio un mensaje de Gonzalo: se había encontrado con unos amigos, habían salido a comer y estaban tomando algo en el pueblo. Le respondió que todavía tenía que trabajar y que se verían por la noche en casa. Abrió la mano en dirección a Cano y este le tendió las llaves. Se sentaron en el coche, la teniente arrancó y el brigada sacó el informe del forense.

—Llama a Romero —pidió la teniente. El teléfono sonó a través del altavoz dos veces y la guardia contestó—. Romero, salimos de Madrid. Benavides ya ha hecho la autopsia, fue el golpe en la cabeza. ¿Puedes mirar cuántos robos con violencia contra los ocupantes de las viviendas ha habido en San Lorenzo, e incluye El Escorial, por favor, en los últimos… —dudó—. Empieza por un año atrás y después miras el anterior.

—Claro, no os preocupéis, ahora mismo me pongo.

11

Madrid, 1992

Maya anduvo a buen paso hacia la Facultad de Arquitectura. Había grupitos de alumnos fuera, pero no les prestó atención hasta que estuvo más cerca. Sorprendida, reconoció a Sergio en uno de ellos. Charlaba animado con otros jóvenes y reía a carcajadas. Iba hacia él cuando el movimiento de una joven de larga melena rizada que bajaba las escaleras la distrajo. Sergio, que también había visto a la chica, se apartó del grupo y se acercó a ella. Se dieron dos besos y se volvieron hacia el edificio, por lo que Maya no pudo ver sus caras. Sintió un escalofrío, se ocultó tras uno de los nuevos expositores de anuncios y se dedicó a observarlos. Reconoció la confianza en cómo él tocaba su brazo o en cómo ella le daba un golpecito en el hombro. Sintió miedo, cerró los ojos y tuvo unas inmensas ganas de llorar. La cabeza de Sergio estaba unida a la de la chica de los rizos y, desde su escondite, Maya intuyó por el ligero movimiento de la cabeza de él que se reía. Apartó la mano de la superficie de plástico y vio la huella de sus dedos en la superficie. Volvió sobre sus pasos y, abatida, decidió regresar a la seguridad de su casa.

Comió, no contestó a las preguntas de una Josefina preocupada y se encerró en la biblioteca. Las fichas que hacía no tenían la calidad de costumbre y los trazos del bolígrafo se incrustaban en la cartulina. No oyó el timbre, por lo que se sobresaltó al abrirse la puerta de la biblioteca y ver a Sergio.

—¡Maya! Te he estado esperando casi una hora —dijo con aire molesto—. ¿No habíamos quedado como siempre?

Maya levantó unos ojos inexpresivos hacia él.

—He acabado el examen mucho antes y pensaba que tendrías

otras cosas que hacer —respondió.

Sergio se fijó en el tono seco y en la cara seria, y se dijo que el examen debía de haberle salido mal. Su enfado se disipó, se acercó a ella y la besó.

—Si lo llego a saber… —contó mientras besaba todos los centímetros de su cara—. Nos han anulado la última hora y he tenido que hacer tiempo, aunque al final me ha venido hasta bien: tengo que presentar un proyecto con una chica de clase y así hemos podido discutir las líneas principales.

Maya abrió los ojos y sintió el calor abrirse paso por su vientre.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sergio, preocupado—. ¿Te ha ido mal el examen?

Se levantó y se abrazó a él, tomó su cara entre las manos y lo besó.

Sin embargo, soñó con la joven de los rizos. Sola en su cama, se revolvía de un lado a otro y no conseguía conciliar el sueño. La melancolía y la pérdida que sintió al verlos habían hecho mella en ella y se decidió a ir a buscarlo por sorpresa. Él se llevó una alegría mayúscula cuando la vio esperándolo en la puerta de la clase. A partir de ese día, la chica alta y rubia se convirtió en habitual en el edificio. Se topó con Sofía, la joven de los rizos, varias veces y, a pesar de que Maya la vio salir de su portal con otro chico y besarse con él, no le gustaba cómo lo miraba.

Un viernes que celebraban las notas de los parciales, Sergio le anunció que saldría con sus compañeros. Maya se imaginó a Sofía entre ellos; sus padres estaban de viaje y se decidió a acompañarlo. Habían quedado en un bar y, cuando llegó con Maya, los otros empezaron a dar golpes en la barra con sus cañas riendo.

—Ya creíamos que Sergio nos tomaba el pelo y que desaparecías por las tardes —dijo uno mientras la besaba.

Maya observó el comportamiento de las otras chicas e intentó imitarlas. Rio con ellas, se esforzó por tomar una copa y notó como

el alcohol se le subía a la cabeza. En el bar, tras el primer *gin-tonic*, pidió una tónica, pero, cuando llegaron a la discoteca, Sergio fue a la barra y le llevó otro. Su cabeza daba vueltas, entre el alcohol, la música y las conversaciones a voz en grito. Sergio charlaba animadamente con sus compañeros y las chicas del grupo reían entre ellas. Se sintió sola y vulnerable, incapaz de integrarse y sin saber qué decir. Pensó en argüir que estaba cansada, pero vio a Sofía, que reía a carcajadas. Se empujó la cutícula del pulgar hacia el dedo y apretó los dientes.

Parte del grupo salió a bailar y Maya se dijo que, en la pista, su silencio no llamaría la atención. Nunca había bailado, pero había ido a clases de *ballet* y pensó que aquellos movimientos desacompasados no serían más complicados que adaptar sus piernas a las notas de Chopin. En la pista las luces parpadeaban y una bola plateada se movía sobre sus cabezas lanzando reflejos. Maya bailó copiando los movimientos de los que parecían que lo hacían mejor y sintió cómo su cuerpo reaccionaba: los músculos parecían querer escapar de él con una sensación de libertad desconocida. Estuvo en la pista hasta que pusieron una canción lenta y Sergio se acercó a ella para encerrarla entre sus brazos. Se abandonó a él.

La acompañó a casa y él pensó que la noche había acabado muy bien, a pesar de la tensión del principio.

—No me habías dicho que te gustaba tanto bailar —le dijo él—. Lo haces fenomenal, yo no puedo… —Se rio. Maya lo miró sorprendida —. Sólo los lentos, que no hay que hacer mucho —añadió y la apoyó con delicadeza en un muro para besarla.

—Josefina no está —murmuró Maya— y mis padres están de viaje —explicó asombrada ante sus palabras—. ¿Quieres subir?

Sergio la miró perplejo y dudó, ya que al día siguiente debía salir pronto hacia Ávila para celebrar la comunión de una de sus primas.

—No te preocupes —se apresuró Maya a decir al verlo vacilar.

—No, no, claro, me encanta —dijo él de inmediato—. Sólo he dudado porque mañana tengo la comunión en Ávila y salimos

prontísimo, ¿te acuerdas?

—Sí —recordó Maya—, lo dijiste.

—¿Y si te vienes? —propuso—. Así conoces a mi familia.

Maya dudó. Sus padres no estaban y no había exámenes la semana siguiente, pero sí el próximo mes. Llevaba adelanto y se sabía bien las materias; aun así, era una irresponsabilidad que se añadía a la salida, en la que no sólo había bebido, sino que estaba volviendo a casa pocas horas antes de la que se levantaba en fin de semana. Un pequeño diablillo le susurró al oído que sus padres no llegaban de Canadá hasta el domingo, no llamarían, entre el cambio de horario y el avión de vuelta, y, si lo hacían, pensarían que estaba en la biblioteca, donde no había teléfono, estudiando. Josefina había partido a su pueblo y no regresaría hasta el lunes. Se dijo que no sería tan productiva como de costumbre al haberse acostado tarde y que podría recuperar el domingo, ya que Sergio le aseguró que regresarían a Madrid el mismo día tras la comida. A pesar de todo, la razón se impuso e iba a declinar la invitación cuando el diablillo le susurró que Sofía seguro que aceptaría. Pensó en su risa, en cómo tocaba a Sergio; hacía unos días que no la veía con el chico con el que se había besado ante el portal.

—Sí, me encantaría —contestó segura.

Él la abrazó ilusionado. A pesar de la hora, llamó al piso que compartía con sus primos y hermanos y avisó a su hermano Martín: le pidió que los pasaran a recoger ahí y que le llevasen ropa para cambiarse. Martín, al oír que Sergio llevaba a su novia, que se había convertido en la comidilla del piso, se despejó al instante y apuntó en mayúsculas la dirección de Maya asegurándole que él mismo pasaría a buscarlos.

12

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Habían cogido la salida de la autovía y estaban frente al Valle de los Caídos cuando Romero les devolvió la llamada.

—Ya tengo lo que queríais. Robos, unos cuantos, tanto en San Lorenzo como abajo. Este invierno ha habido en dos de las casas de Abantos, uno del lado de La Horizontal y otro por la presa, pero ambos entre semana, con los dueños fuera. Del verano pasado hay una serie en la que entraron en las casas mientras estaban los dueños. Era una banda que aprovechaba la hora de la siesta y desvalijaba a la gente aprovechando que las puertas de los jardines estaban abiertas. Se llevaban el dinero que encontraban y, si había marcos de plata o algo de valor, arramblaban con ellos, pero los cogimos.

—¿Eran violentos?

—No; es más, tenían una ganzúa, pero ningún arma. Ya sabes cómo están de versados ahora. Por si los cazan, van limpios, para que no se diga que tenían intención de lastimar a nadie. Así la condena es sólo por robo, sin agravantes…

—¿Muertes violentas en San Lorenzo?

—¿Los últimos años? Esperad… —Se oyó teclear y a la guardia carraspear—. En 2015, Lourdes Martín, en noviembre. —Karen y Cano se miraron al recordar el cuerpo inmóvil de la religiosa en el camino de La Horizontal—. Más tarde uno en el monte: apareció colgado de un árbol, pero fue un suicidio. En verano del 16, un hombre, este os lo conocéis, ya fue vuestro caso. El último fue el de la carretera del club, también nuestro. Y este —zanjó.

—¿Nada más? —preguntó Karen—. ¿Ningún intento de

allanamiento con violencia?

—No —afirmó Romero con seguridad—. Hay allanamientos, sí, pero excepto este que os acabo de contar, siempre en ausencia de los dueños. Y, bueno, tenemos también los robos a turistas y algún atraco desalmado, como aquel de los pensionistas, ya sabéis, el de Suárez. También hemos tenido alguna incursión de alguna banda que desvalijaba a los jóvenes, pero, qué os voy a contar, esto es un pueblo y es complicado dedicarse al robo sin que te pillen rápido. No os puedo ayudar más.

Colgaron y cruzaron una mirada divertida al recordar el caso de los pensionistas. Cuando atracaron a un anciano a la salida del banco de la calle del Rey, la noticia corrió por el pueblo como la pólvora. Se comprobaron las cámaras, pero las había evitado poniéndose una gorra con visera, y el anciano se había llevado tal susto que no había podido describirlo bien. Suárez se vistió de civil y en los primeros días del mes, cuando los ancianos van a sacar el importe de su pensión, se escondió en la tienda de ropa frente al banco y desde allí observó cómo hacían cola antes de la apertura. Habló con la cajera para que retrasase el pago entre uno y otro, para que le diese tiempo a seguir al primero que había cobrado y volver a vigilar a los otros cuando este ya estuviera seguro en su hogar. Siguió a varios, hasta que una mujer con un andador subió la calle de los Valencianos, una cuesta bastante tranquila del casco antiguo. Cuando un hombre, que la había seguido desde Juan de Leyva, se le acercó, Suárez se lanzó sobre él dándole a la mujer, que no se había percatado de nada, un susto de muerte. El atracador tenía una navaja en la mano, pequeña pero suficiente para aterrar a la octogenaria, que le habría entregado el dinero sin dudar. No le hacía falta alguna porque todo el pueblo ya lo conocía, pero, si no, el episodio habría bastado para ganarse el amor de todos. Cuando mandaron a un coche para llevarse al ratero y Suárez condujo al ladrón esposado a la calle del Rey para que se subiera en él, un corro de gente, incluidos los otros ancianos que esperaban pacientemente en la cola del banco, se reunió para aplaudirlo,

aunque el guardia entonces tuviera que proteger al atracador de las imprecaciones de odio generalizadas.

Karen frenó ante una pareja de ciclistas y fijó los ojos en la carretera.

—Un robo con homicidio aquí sería una novedad, pero seguro que si ampliamos el círculo… —empezó a decir Cano.

—Cano, sí, si ampliamos a Madrid, seguro —dijo sarcástica—. Aquí se sale de lo común —afirmó aumentando la velocidad—. ¿Por qué meterse en casa de la dermatóloga del pueblo? ¿Qué pensaban que iban a encontrar? La casa está bien, pero no tiene nada que ver con otras. Y con alguien que vive ahí es una temeridad. Incluso si pensaban que tenía algo, la desvalijas mientras trabaja, no un viernes por la tarde cuando está dentro y los vecinos pueden haber llegado a pasar el fin de semana. Te concedo que sea un robo, pero ¿cómo explicas que los ladrones sean tan idiotas para entrar un viernes por la tarde y no un martes por la mañana? Aceptando incluso que se arriesgan porque buscan algo determinado, lo que sea. ¿Debajo del frutero? ¿Entre las peras y las manzanas?

—Que sí, que estoy de acuerdo —concedió Cano—. Lo del frutero se te ha quedado grabado —añadió divertido—. A lo mejor algún vecino más vio al señor mayor del abrigo verde o a los tortolitos, pero deberíamos ir mañana pronto a preguntar, muchas de esas casas son segundas residencias y puede que sus propietarios o inquilinos se vuelvan mañana a Madrid.

Karen miró la hora.

—Son sólo las cinco, podemos pasar ahora; de todas maneras, ya tenemos el sábado fastidiado y no te vas a bajar otra vez a Madrid, supongo.

—Lo que necesito es una cama, que no he dormido nada —protestó Cano.

—No te vas a acostar a las cinco de la tarde… —Cano abrió la boca para decir algo y la volvió a cerrar—. Si vamos ahora, igual los pillamos en casa, recién salidos de la siesta —añadió con sorna—. Igual mañana están en misa —concluyó divertida— y tenemos que ir

a la iglesia.

El brigada respondió con un gruñido y la teniente sonrió. Entró en el pueblo por el Laberinto, llamado así porque era un lío de señales de «ceda el paso» en el que todos los visitantes se perdían sin entender bien quién tenía la prioridad. Había un autobús detenido y un grupo de gente mayor descargaba sus maletas en la calzada y cruzaba la rotonda ante los pitidos de los coches que intentaban atravesarla. Rodearon el monasterio, donde una gran cantidad de turistas deambulaba por la lonja y la cola de entrada llegaba hasta la torre norte; atravesaron el arco y tomaron la carretera del club. Tras lanzarle una mirada de pena a las Machotas, que ya estaban entre sol y sombra, Karen tomó una callejuela y subió hacia la casa de Maya.

13

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

La teniente detuvo el coche ante la casa y se fijaron en las vecinas. Eran también unifamiliares y, aunque en una las persianas seguían bajadas, de la otra salían voces de niños y los juguetes que habían visto por la mañana estaban en otro sitio. Se acercaron a la verja, antigua y sin telefonillo, la empujaron y comenzaron la ascensión por una escalera de granito hasta la puerta, donde tocaron el timbre. Una mujer de unos treinta y cinco años acudió a abrir mientras se secaba las manos con un trapo. Los miró con curiosidad.

—Buenas tardes.

Se presentaron y la mujer les franqueó el paso, guiándolos hasta una cocina que parecía salida de una revista de decoración campestre, incluida la lámpara de cuadros rojos y blancos. Estaba preparando unos bocadillos, que untaba con rapidez con una crema de chocolate que tenía sobre la encimera.

—Perdonen, pero tengo que llevar a los niños a clase de pádel —dijo mientras continuaba—. Vienen por nuestra vecina, ¿verdad? Qué horror, que te maten en tu casa para robarte… Y eso que este es un barrio muy tranquilo. Que pasen estas cosas en Madrid…, pero aquí…

Dos niños pequeños irrumpieron vestidos de deporte y su madre los envió fuera a esperar con los bocadillos.

—¿Estuvo usted en casa ayer por la tarde? ¿Vio algún coche fuera de los habituales o a alguien que le resultase desconocido? —preguntó Karen.

—No —negó la mujer con decisión—. Pero llegamos de Madrid hacia las seis y tuve que hacer la compra, así que, entre eso y abrir

la casa, tampoco estuve muy atenta. No me fijé, la verdad.

Karen dudó si continuar el interrogatorio, pero consideró que no perdían el tiempo pues había una duda razonable de que fuera una cortina de humo y ocultara un homicidio.

—¿Qué relación tenía con su vecina?

—Poca, muy poca. Compramos esta casa hace tres años y venimos sólo los fines de semana y las vacaciones. Al principio pensé que sería estupendo tener a alguien al lado, por si pasa algo o hay que abrir a un operario, que claro, si no, hay que pagar a alguien del pueblo a tiempo completo y no están las cosas como para eso… Cuando acabamos la reforma, hicimos una fiesta de inauguración y la invitamos con los otros vecinos. Ya sabe, si están aquí, no les pueden llamar a ustedes protestando del ruido —añadió con una risita cómplice—. Ahí conocí a su marido, un arquitecto, pero no hace cosas normales. Le pedimos una ampliación para el salón y no quiso ocuparse, nos dijo que él hacía edificios más grandes. No estuvo muy amable, no. Ni ella, aunque no esté bien decirlo, pero, al fin y al cabo, son ustedes los que me han preguntado y quieren saberlo todo, ¿no es así? Pues la verdad es que era bastante borde.

Karen y Cano la miraron sin pestañear y la mujer continuó.

—Ya les he dicho que, cuando nos mudamos, me alegré mucho de tenerla al lado. Encima, médico, que eso con los niños es un tesoro. ¿Tienen ustedes niños? A lo mejor no —se respondió ella misma escudriñándolos— y por eso no lo pueden entender… Pero, vamos, que con niños es una bendición. Pues nada, yo feliz cuando llegamos y va y nos dice que vive aquí. —Cerró el tarro, recogió las migas y pasó un trapo por la encimera—. Estábamos en plena reforma y, además, había que vigilar a la cuadrilla, que eran una panda de extranjeros que casi no hablaban español, y yo me pasaba el día subiendo y bajando de Madrid. Y encima, que ahí fue donde le pedí ayuda porque había que pagarles al final de la semana, y va, a pesar de que le había mandado ya unos detallitos, y me dice que no. Y no es porque no estuviera en casa, ¿eh?, que ya le dije que, si había que adaptarse a su horario, pues que se adaptaban. Como esa gente

tampoco tiene adónde ir, les da igual esperar aquí una hora que en la Elíptica…

—¿La Elíptica? —repitió Cano.

Karen lo miró y estuvo a punto de esbozar una sonrisa, pero se contuvo a tiempo, contenta de no escuchar ningún tono crítico en su segundo, a pesar de estar en completa tensión.

—La plaza Elíptica —explicó la mujer—. Si necesitan algún trabajito, está muy bien, se encuentra de todo. ¿Ven esos estantes? —preguntó señalando unas baldas de madera en una alacena que estaba abierta—. No son de medidas normales y un serbio me las hizo genial. Tengo su número si quieren… Pues nada, a lo que iba, que va y me dice que no. Pero, claro, como estaba obsesionada con el crío, todo el día llevándole de aquí para allá, que tanto decir que esto es un pueblo y ella le llevaba hasta al club. Y, además, se quedaba toda la clase, ¿eh? Yo, si pago por las clases de los críos, pues me voy a tomar algo con una amiga. Pero ella no, no fuese a ser que le raptase alguien. Una mujer muy rara —repitió—. Aunque ya se sabe, los hijos únicos… Pero, según dicen, parece que le interesaba algo más.

—¿A qué se refiere?

La mujer vigiló que estuviesen solos y susurró:

—Se dice que tenía interés en el profesor…

—¿El profesor de golf?

La mujer asintió.

—Para que vean cómo era: después de la fiesta que dimos, ahí donde conocí al marido, que parecía simpático, le llevé una planta enorme, una azalea que debía costar un ojo de la cara, y le quise dejar la llave para que pudiese, nada, abrir a un operario o echar un vistazo si había saltado la alarma. Pues va y me dice que no, que estaba muy ocupada. Me recomendó a una chica, pero cuando la llamé, me dijo que sí, pero que quería un sueldo fijo al mes. Pues imagínese —dijo indignada—. ¿Y si no pasa nada?, que le intenté explicar, porque para los fines de semana me traigo a la mía y no me hace falta nadie… No iba a estar pagando por un servicio que no me

da, ¿no? Pues nada, ella en sus trece, que quería algo, pero al mes. Así que le dije que no, que es que no saben en el mundo en el que vivimos. Son las españolas, claro, que eso con otras no te pasa… A la nuestra, yo le regalo a veces unos billetes de metro y la chica feliz… Eso, en este pueblo, sí que es pesado, porque en Madrid haces así —chasqueó los dedos— y encuentras a alguien. Pero aquí… Total, que nada de espíritu vecinal. Y después lo del marido —añadió con rencor—, que me dice que él no hace reformas. Y, ya les digo, era una ampliación de nada.

—Así que no tenían mucho contacto.

—Pues no. Sólo si un crío se ponía malo, que antes de llevarle a la seguridad social y esperar horas, pues la llamaba a ella.

—Si no quiere esperar, se lo digo como alternativa —dijo Karen—, está el centro de la calle Velázquez, que atienden por lo privado.

—¡Eso me dijo ella también! —dijo lanzándole una mirada torva—. Pero cobran ciento veinte euros la consulta y, aunque tengo un seguro privado, tiene franquicia. Por unas anginas, ciento veinte euros… Y, además, los críos se suelen poner malos por las noches.

—Claro —dijo Karen sarcástica—, más fácil la vecina. Comprensible.

La mujer asintió contenta sin percatarse del tono.

—Oigan, que me tengo que ir a llevar a los niños… ¿Quieren saber algo más?

—Sí; si estuvo usted en casa ayer, si vio luces encendidas o alguna señal de vida en la casa de la señora Vargas. O a alguien pasear por los alrededores.

—Ya no veo su casa. Antes sí se veía, pero plantó unos árboles delante y no vemos nada. Lo que les digo, no tenía espíritu vecinal, porque le propuse que podíamos hacer una puertecita en la verja y el chico sacarse unos euritos haciendo de *babysitter*. Yo pensaba que le hacía un favor, pero tampoco. Claro, que el hijo tampoco es que sea muy normal… Me ha contado el profesor de pádel que es que está enfermo —dijo bajando la voz—. Yo pensaba que de la cabeza —dijo señalándose la sien—, y ahí ya entendí lo de la verja,

pero no, es algo del corazón. Y una amiga del club, que tiene a los niños más mayores y juega al golf, me dijo que no quedaba con nadie, ni en verano, ¿eh? Bueno, sólo con una chica que vive aquí cerca. La hija de una que también vive aquí, una abogada que me han contado que es bastante de izquierdas y se dedica a ayudar a los de la cárcel. Vamos, qué les voy a decir a ustedes, pero digo yo que, si están ahí, será por algo. Y no es que estén mal, que hasta tienen piscina y pista de tenis, que ya me gustaría a mí. ¡Hasta gimnasio! Les tenían que tocar las cárceles de otros sitios, eso le digo yo siempre a mi marido.

Karen posó su mano en el brazo de Cano, suponiendo que estaba llegando al límite de su aguante profesional.

—Y en la calle ¿no le llamó nada la atención?

La mujer reflexionó.

—No. Cuando llegué de la compra, que serían las siete y media, su coche ya estaba aparcado en la puerta. Antes, cuando llegué de Madrid, no estaba. Después, nada. No oí a nadie, ni gritos, ni ruido. Si quieren, le pregunto a Ángel, que él llegó antes. Ahora está jugando al golf, pero si me dejan un teléfono, los llama después. Y les mando el teléfono del serbio, que ya les digo, es estupendo. Si no necesitan más, les dejo, que no llego al pádel.

Karen negó, le dio su tarjeta con su número de teléfono a la mujer y esta salió, llamó a los niños, que se montaron en el monovolumen, y se despidió de ellos con un saludo desde el coche.

Quedaron ambos en la calle y la teniente se volvió sonriendo hacia su segundo.

—Ahora, Cano, ahora.

—¡Joder! —Miró el reloj—. ¿Cuánto tiempo hemos pasado con ella, quince minutos? Menuda tía. Así que se encuentra de todo en la Elíptica. Y claro, como no quieres pagar al médico, lo mejor es que te trate gratis la vecina. No me extraña que plantase cipreses —dijo señalando la verja.

—Una mujer muy desagradable, sí.

Cano continuó indignado.

—Y como te regalo una plantita, pues vas y me arreglas los trapicheos.

—Era después de la fiesta, debió aprovechar uno de los regalos… —añadió Karen divertida.

—Y como el niño no te quiere hacer de *babysitter*, resulta que es rarito. Mañana voy y la denuncio.

—No sé si vas a tener mucho éxito…, dudo que el pobre serbio la acuse de nada.

—Karen, ¿has pasado alguna vez por la Elíptica por las mañanas? ¿No? Pues yo sí. Es como un mercado de esclavos. Todos los ilegales que no encuentran nada se colocan ahí a lo que caiga. Y la gente se aprovecha y después encima no les paga. Pero como son ilegales, a quién van a denunciar… Lo que te digo, un mercado de esclavos moderno.

—¿Qué es lo que nos ha dicho de Maya?

Cano refunfuñó y abrió el cuaderno. Se ajustó las gafas y suspiró.

—No ha visto nada, excepto el coche hacia las siete y media, a las seis no. La conocía poco, Maya debía estar hasta los cojones de ella, que se creía que por vivir en San Lorenzo le iba a hacer de portero y a solucionar sus trapicheos… Joder, ya se la podían haber cargado a ella…

—No seas bruto, Cano. Mira a ver si la asistenta nos ha contestado, llevaba muchos años con ellos, quince, dijo el marido.

El brigada sacó el teléfono y lo revisó.

—Nada. Pero es sábado, igual no está aquí.

—Mañana.

—Karen, mañana es domingo. Ya —dijo al ver su cara—, no digo nada. De todas maneras, estoy tan destrozado que lo único que quiero es meterme en la cama.

—No sé, Cano, algo me dice que no estamos mirando bien.

—Yo no veo más que el momento de caer en la cama.

—Bien —suspiró Karen—, si te parece, mañana volvemos a la casa. Puede que veamos algo que se nos ha pasado que apunte a robo armado o a otra cosa. Pero duerme antes y quedamos aquí a las

doce. Yo tengo tiempo de andar y tú de recuperarte.

14

Madrid y Ávila, 1992

Maya se despertó con dolor de cabeza. El calor del cuerpo de Sergio le molestó y se levantó, con la mano en la frente, a hacerse un té. Se sentía sucia y le pareció que apestaba al tabaco que se fumaba en el bar y en la discoteca. Se lavó el pelo y se pasó el secador, y al mirarse al espejo no notó nada extraño. En la cocina vio la radio de Josefina y la encendió. Unas coplas inundaron la estancia y movió la rueda hasta escuchar una de las canciones que había bailado la noche anterior. Dio unas vueltas danzando por la cocina mientras hervía el agua. En uno de los giros, chocó con una silla y, al colocarla, se vio en el reflejo del cristal de la ventana y se sintió ridícula. Colocó la silla, se alisó el pelo y, cuando vertió el agua en la tetera, recordó la comunión a la que iban a ir. Se arrepintió al instante de haber aceptado.

Sergio se despertó y miró asustado el reloj. No eran más que las ocho, habían quedado a las nueve y suspiró aliviado. Le llegó un rumor de música de la cocina y lo siguió buscando a Maya. Cuando llegó allí, la vio en albornoz observando su rostro en el cristal. La abrazó por detrás. Maya, al sentir el contacto inesperado, se puso en tensión. Sergio besó su nuca apartándole el pelo y notó cómo se relajaba.

—¿Cuándo te has levantado? —preguntó él con la voz ronca.

—Hace un rato. He hecho té; si te apetece.

—Ya he dejado de fumar, casi no bebo y me voy a acabar aficionando al té —murmuró.

Cuando la noche anterior la abrazó, se había preguntado si llevar a Maya a una celebración multitudinaria era la mejor manera de

presentarla a su familia. Por mucho que hubiese intentado participar en las conversaciones, y a pesar de sus esfuerzos por incorporarla al grupo, la ronda de bares había sido un desastre y la noche habría acabado con un regusto amargo si no hubiesen terminado en la discoteca, donde Maya se reveló como una bailarina nata.

Ella se volvió.

—¿De verdad quieres que vaya?

—Claro, mujer; si no, no te lo hubiera dicho. Podremos volver pronto, una comunión no es una boda. Iremos a la iglesia, a comer, y después cada mochuelo a su olivo.

Maya lo miró a los ojos y Sergio le sostuvo la mirada.

—¿Qué? Quiero que vengas, Maya, aunque sólo sea para que conozcas a mis hermanos, que creen que no existes —dijo bromeando.

Ella asintió con la cabeza, fue al dormitorio y volvió con un elegante vestido rosa que había comprado su madre para un homenaje que le hicieron a su padre.

—¿Te parece adecuado?

—Estarás maravillosa.

A las nueve en punto estaban en el portal; él con un aspecto un poco desastrado al llevar la camisa del día anterior; ella como un regalo por un nacimiento al que sólo faltaba el lazo. Martín detuvo el coche a su lado, su otro hermano, Juan, el copiloto, se bajó, fue a silbar, pero se contuvo, y saludó a Maya con dos besos mientras le tendía a Sergio, sin apartar los ojos de la joven, la camisa limpia, la chaqueta y la corbata.

—Joder —protestó él—, me has traído una corbata que no va…

—No jodas —respondió Martín desde el coche—, ya bastante que la hemos buscado. No sabes lo que ha sido esta mañana. Suerte has tenido de que hayamos salido tan pronto. Juan ha tenido que coger la del colegio, la de la goma y el botoncito…

Este último le abrió la puerta trasera a Maya y, con una pequeña reverencia, la dejó pasar antes que a Sergio—. Pasa, a ver si este se pone a tono.

Durante las dos horas que duró el viaje, Martín y Juan se dedicaron a enhebrar historietas de la familia y le evitaron tener que participar. Maya no soltó palabra en todo el trayecto y cuando Martín empezaba a entonar las canciones de la tuna, el cartel que anunciaba que habían llegado a Ávila apareció ante sus ojos.

Martín aparcó en las cercanías de una iglesia románica y, cuando Maya no escuchaba, Juan soltó al oído de Sergio el silbido que llevaba aguantándose desde Madrid.

—Menudo bombón, macho.

Él le dio un golpe cariñoso.

—Ni acercarte.

—Ya deben de estar dentro —dijo Martín.

Sergio se alegró del retraso y se colocó con Maya al fondo de la nave. Ella no había pisado una ceremonia religiosa desde pequeña, hasta que la ley cambió y sus padres exigieron que dejara de recibir clase de religión para hacer ética, y el rito le causó una tremenda impresión. Se estremeció al oír el órgano, observó fascinada una imagen en la que la Virgen ascendía a los cielos sobre una nube sostenida por angelotes, y cuando el coro de niños alzó sus voces, sintió ganas de llorar. Se fijó en Sergio, que había bajado la cabeza en la consagración, y se sintió fuera de lugar cuando él fue a comulgar. Los niños del coro cantaron de nuevo, el sacerdote los invitó a irse en paz y salieron a la explanada ante la iglesia. Maya se aferró a la mano de Sergio con fuerza y se dedicó a mirar a los asistentes. Cuando vio a un hombre alto, erguido y con barba, a Maya no le hizo falta preguntar para saber que era el padre de Sergio. Se apartó unos pasos hacia un coche.

Jacobo se acercó tras coger del brazo a una mujer más baja que él, vestida con un traje de chaqueta rojo que realzaba el tono de sus mejillas y a quien Maya identificó como Nieves, la madre, que abrazó a su hijo y le dio varios besos, cortos y seguidos, poniéndose de puntillas sobre sus tacones. Cuando su madre lo soltó, Jacobo se fundió en un abrazo con él.

—Qué alegría, hijo, hacía tiempo.

—Papá, no han pasado ni dos semanas…

—Eso es porque os echamos en falta, la casa está demasiado silenciosa.

—Papá, mamá, esta es Maya, ya os he hablado de ella —dijo tirando suavemente de ella para que se aproximara.

Maya no participó en las conversaciones de la mesa, pero rio con las bromas y los primos, todos muy unidos, estaban tan animados que su silencio no llamó la atención. Martín sacó una guitarra y Maya bailó con Sergio, sintiéndose de nuevo relajada tras la tensión sufrida durante la comida.

Nieves propuso pasar por casa a tomar algo antes de que se fueran para que se llevaran una empanada y unas croquetas que les había hecho. No estaban lejos y, tras unos minutos en el coche, Sergio descendió para abrir una cancela de hierro y entraron a un jardín. Cerró de nuevo y un labrador se lanzó a su encuentro. El perro corría y saltaba a su alrededor ebrio de felicidad. Ladró al coche y cuando Martín descendió, el animal observó un segundo a los dos hermanos, desesperado por no saber a quién saludar. Se acercó y olfateó a Maya, que se atrevió a acariciarle la cabeza y se sobresaltó al notar el palpitar de la vida bajo la piel. Nieves les cogió las chaquetas y las colgó en un perchero repleto.

En la entrada, los olores eran tan intensos que Maya, apabullada, cerró los ojos. La casa olía a madera quemada, a cuero, un poco a monte y a mantequilla caliente. Observó las brillantes baldosas de barro bajo sus pies y se dijo que el leve olor a cera debía de venir de ellas. Jacobo siguió a su mujer a la cocina; otro de los hermanos, Juan, que ya estaba en la casa, salió a coger madera con Martín, y Sergio y Maya se quedaron solos en el pasillo. El joven la siguió en silencio mientras esta recorría con los ojos las imágenes que adornaban las paredes. Sonrió enternecida al reconocer a Sergio con sus padres y hermanos, el último en brazos de su madre con el faldón del bautizo ante la misma iglesia en la que habían celebrado

la comunión hoy. Se acercó a la foto y se fijó en que Nieves y Jacobo estaban de la mano.

—Es nuestra iglesia, por así decirlo… Todo lo celebramos ahí —susurró Sergio en su oído.

Le dio un empujoncito y pasaron al salón, una gran habitación con sillones un poco descoloridos por el uso que parecían llamar a los visitantes para acogerlos entre sus cojines de plumas que se vencían al sentarse y parecían proteger al que se sentaba en ellos de todo mal exterior. Maya pensó en el salón de su casa, donde no había sino asientos de cuero negro individuales en los que uno estaba obligado a sentarse erguido, sin tocar el respaldo, ya que sus padres decían que para descansar estaban las camas.

Jacobo prendió la chimenea y Sergio encendió unas lamparitas bajas. Maya miró las cómodas castellanas, en las que, además de fotos, había enmarcados dibujos infantiles, todos de vivos colores. Sergio señaló uno que mostraba la casa, incluida la cancela y la fuente de piedra. El dibujante se había esforzado en reflejar fielmente la arquitectura y la perspectiva, y cuando Maya se acercó un poco más, reconoció tras una de las ventanas la cara de Nieves. Sergio rio.

—Este dibujo fue mi consagración como futuro arquitecto… —explicó.

En las mesitas, Maya vio recuerdos de los que vendían en las tiendas turísticas: una campana metálica, un termómetro con la leyenda «Te quiero, mamá», y un trozo de madera con el nombre de Nieves.

—Parte de los horrores que les traíamos de las excursiones —explicó Sergio al ver lo que miraba—. Nos pasamos la vida diciéndole a mamá que los tire, pero dice que le da pena.

Maya se sentó al lado de una labor de punto y un cesto de ropa, del que sobresalían unos pantalones y unos calcetines preparados para remendar, y sintió el calor de las llamas en el rostro. Nieves llamó desde la cocina y Sergio se levantó para acudir a su encuentro. Maya se levantó de golpe y lo siguió por temor a

quedarse sola. Atravesaron el comedor, con una enorme mesa de madera y doce sillas con respaldo de cuero a su alrededor. Se detuvo ante las paredes repletas de diplomas y se sorprendió al ver un certificado de oficial militar colgado junto a una medalla de bronce por una competición infantil de saltos de natación.

Ayudaron a llevar las bandejas y volvieron al salón. Nieves sirvió café, unas copas de anís y les ofreció unas pastas. Maya rechazó el licor, pero no quiso desentonar y tomó una pasta. La mordió y se deshizo entre sus dientes. Degustó el sabor de la mantequilla, las almendras y el azúcar fundiéndose en su boca. Sergio, sentado en el brazo del mismo sofá, tomó su mano, la apretó y sintió una felicidad completa.

Era ya de noche cuando se montaron en el coche, con el maletero repleto de alimentos. Nieves había desaparecido y, cuando Sergio preguntó dónde se había metido, salió con un paquetito. Se lo tendió a Maya.

—Unas pastitas para ti, hija, que he visto que te han gustado.

Jacobo abrazó a sus dos hijos mayores y les recomendó tener cuidado en la carretera y, al llegar a Maya, la acogió también en sus brazos de oso. Nieves repartió besos sin olvidar a Maya y los despidieron desde la puerta. Martín arrancó con un concierto de pitidos y salieron a la carretera.

15

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cuando llegó a su casa, Karen se miró los pies, calzados aún con las botas de andar, y se dijo que parecía una excursionista volviendo después de un paseo por el monte. Estaba cansada, aunque sabía que dormiría mal y que echaría de menos no haber andado en toda la jornada. El sol estaba cayendo, las luces de la casita estaban apagadas, y sólo cuando se acercó, se encendió el farolillo con sensor de movimiento. Dejó las llaves en la mesa, fue a la cocina y se puso una copa de vino de la botella que había abierto la noche anterior. Vio los platos del desayuno en el lavaplatos y le pareció que hacía una eternidad que había salido por la mañana, llena de energía y de ganas de pasar el día con Gonzalo. Pensó en llamarlo, pero no se sentía con fuerzas de discutir por negarse a acudir al restaurante donde estuviera con sus amigos. Se dejó caer en el sofá y con un suspiro de alivio se quitó las botas.

Descalza, retiró la ceniza del día anterior de la chimenea, acumuló unas maderitas y unas piñas bajo unos troncos, junto a una pastilla de parafina, y la prendió. Se imaginó a Gonzalo con un hacha cortando la leña y sonrió. No había comido nada excepto la pulga de jamón en Madrid en todo el día y sintió hambre. Sacó de la nevera un trozo del pastel de carne que había hecho el día anterior, lo colocó en un plato, lo cubrió con otro y lo metió en el microondas, a pesar de que sabía que la masa se reblandecería, pero sin ganas de hacerse nada más.

Con la copa y el plato en una bandeja, se sentó ante el fuego y dejó reposar los ojos en las llamas, muy vivas por las piñas y la pastilla de parafina. Subió los pies a la mesa y, al verlos sin zapatos,

recordó los de Maya en la mesa de autopsias de Benavides. Cogió un cuaderno que tenía en la mesa e intentó recordar lo que le había dicho Inés, la primera persona relacionada con Maya que había conocido. Debían de ser muy buenas amigas, más aún si creía lo que había contado la vecina insoportable: que ambos hijos pasaban mucho tiempo juntos. Inés estaba, si creían a esa mujer, separada, y Maya vivía sola durante la semana, lo que podía haber estrechado el vínculo, además de tener hijos de las mismas edades. En cuanto a Sergio, su marido, le había parecido sincero en su dolor, aunque nada le habría impedido disimular. Se preguntó si Cano podría tener razón y la relación, a causa de la distancia, no era estable, pero se negó a aceptar sin más que sólo por el hecho de no trabajar en el mismo sitio y no compartir el desayuno se tuviesen que llevar mal. Apuntó el nombre de la asistenta de nuevo y el de los padres de Maya: seguro que podrían contarle más sobre la relación de su hija con su marido. El consultorio de la calle Velázquez cerraba los domingos, pero el lunes podrían interrogar a enfermeras y médicos.

Bebió un sorbo más de vino y sintió cómo su cuerpo agradecía el silencio, la empanada y el calor del fuego. Se imaginó a la familia de Maya, todos juntos y en silencio. ¿Qué se dirían? ¿Prepararían el funeral? ¿Se olvidarían de comer? ¿Es posible pensar en comer cuando tu madre o tu mujer ha muerto? ¿Se es capaz de elegir en la carta de un restaurante cualquier plato cuando tu madre acaba de morir? Recordó cómo había salido a comer con sus padres y toda la familia tras la muerte de un hermano de su madre, pero este rozaba los setenta y había muerto de un infarto que le había dejado en el sitio mientras salía a buscar setas. Habían ido todos a un restaurante que frecuentaba con sus abuelos e incluso habían brindado por el tío ausente, los sobrinos entristecidos, los mayores con pena, pero todos con cierta envidia, con una sensación de pérdida, sí, pero una que se había adelantado sólo a lo esperable.

Pero Maya era más joven que ella, y si pensaba en cómo corría, sólo la tragedia de una enfermedad o un accidente habrían podido arrancarle la vida. Un amigo le había dicho una vez que la muerte es

una bella mujer envuelta en gasas que nos acoge en sus brazos cuando ya no podemos más y nos mece hasta dormirnos. Le encantaba imaginársela así, pero con Maya la muerte se había despistado.

Se puso en pie, buscó el paquete de tabaco y salió a la terraza tras echarse por encima el abrigo. El jardín estaba a oscuras y sólo se oía pelear a dos ardillas en un árbol. Encendió un cigarro y observó cómo el humo se perdía en la noche. Al volver al interior, pensó en cómo reaccionaría si hubiese alguien en la casa. Miró la mesa baja del salón y vio el plato con el cuchillo. Si entrase alguien, se preguntó, ¿cogería el cuchillo o intentaría escapar? ¿Cuál sería su reacción? Escapar, pensó sin dudar. Desde la terraza saldría corriendo. No llevaba zapatos, se dijo mirándose los pies, y sería una presa fácil. Maya llevaba unas zapatillas de estar en casa, habría podido correr y, dado el ritmo que llevaba por las mañanas, habría sido complicado cogerla, aun con ese calzado. Entró y cerró la puerta de manera automática. Si Maya había entrado, ¿por qué no cerró? Tenía unas ventanas y una puerta de seguridad que le habrían costado una fortuna. Si las instalas, es comúnmente por miedo, reflexionó, y entonces las utilizas. Maya pudo salir a buscar leña y dejar la puerta entornada, como lo acababa de hacer ella. Pero, cuando volvió a entrar, lo normal habría sido que la cerrara. Y la chimenea no había sido utilizada. Desde la cocina debió ver a los asaltantes forzando el marco. No escapó por la puerta principal, sino que cogió un cuchillo y decidió enfrentarse a ellos. ¿Se enfrentaría ella a varios? Se dijo que no. ¿Uno a lo mejor? Ni eso. Saldría corriendo. Y Maya tenía la puerta a sus espaldas. A lo mejor eran dos, los había visto y no la querían dejar escapar. O en el peor de los casos, como la encontraron en casa, la acorralaron para violarla y, al defenderse, la mataron.

Llevó el plato a la cocina, lo metió en el lavaplatos y, dejando una luz en la entrada para Gonzalo, decidió irse a la cama, aunque sabía que su cabeza volvería continuamente a la imagen de los mechones de pelo rubio sobre la bandeja de Benavides y le costaría conciliar el

sueño.

Karen abrió los ojos con los primeros rayos de sol. Pensó en levantarse, se acordó de que era domingo y se acurrucó contra el cuerpo caliente de Gonzalo, sorprendida de no haberlo oído llegar. Cerró los ojos y se volvió a dormir. Cuando se despertó, lo oyó trajinando en la cocina y se dijo que debía estar tan cansada como Cano para no haberse despertado. Saltó de la cama y se topó con él, que volvía al dormitorio con un café.

—Ya me he imaginado que te despertaría… —dijo cogiéndole la barbilla y besándola—. ¿Qué tal te fue ayer? —Karen hizo un gesto indiferente para no tener que relatar el día—. Podemos subir a La Horizontal —continuó Gonzalo sin hacer ningún comentario—, ahora no habrá mucha gente. Y, si te parece, nos vamos después de excursión. Hace mucho que no voy a Ávila o a Segovia. La carretera debe estar maravillosa hoy.

Karen bajó la cabeza por mala conciencia.

—El paseo sí, pero después he quedado con Cano para volver a la casa de la muerta, no estoy segura de que fuese un robo. Ávila mejor lo dejamos para otro día…

—Bueno —suspiró el hombre—, me conformo con el paseo y después me bajaré a Madrid: me voy mañana de viaje muy pronto.

Karen lo miró sorprendida.

—¿Te vas de viaje? —preguntó arrepintiéndose al instante.

Desde que conocía a Gonzalo, su vida había cambiado. Pasaban a menudo el fin de semana en su casita, pero, durante la semana, cada uno de ellos mantenía su libertad. Karen se preguntó cómo habían llegado a ese equilibrio y cuándo habían decidido que sería sabio separarse los domingos para reencontrarse de nuevo el viernes. Sonrió al pensar que Gonzalo recorría poco más de un kilómetro hasta su vivienda y que, entre semana, se encontraban, si sus trabajos lo permitían, en el pueblo, cenaban algo y acababan de manera improvisada en casa de uno o de otro, pero nunca de

manera planeada. Hasta el momento, la libertad que la relación le permitía había sido maravillosa y no quiso empezar a planificar lo que era espontáneo con preguntas sobre su agenda. Sorprendida, pensó que Maya seguía las mismas pautas.

—A Barcelona, sí. Estaré unos días, pero volveré el jueves. Mis hijos han dicho que vendrían el sábado.

Karen no dijo nada. Subieron la cuesta que llevaba a La Horizontal y se alegró al no ver más que unos coches aparcados. El paseo estaba todavía solitario y anduvieron en silencio. Pensó que nunca más volvería a encontrarse a Maya y tuvo una sensación de pérdida, a pesar de no haber hablado jamás con ella. Pasado el primer arroyo, que bajaba con un buen caudal a causa del deshielo, se detuvieron y observaron la vista del monasterio desde arriba.

—¿Lo pasaste bien ayer? —preguntó Karen al ver el club de golf a lo lejos—. Perdona, cuando llegué estaba agotada.

—Sí, hacía tiempo que no los veía. Uno propuso comer y decidimos ir al club. Comimos bastante bien, la verdad.

—La muerta también iba al club —dijo Karen con los ojos perdidos en la lejanía—. Benavides cree que la pudieron matar con un palo de golf.

—¿Con un palo? —se sorprendió Gonzalo.

—Falta un hierro del seis —afirmó—. ¿Sabes que corría por las mañanas? Me di cuenta al ver el cadáver en el Anatómico Forense; nos habíamos cruzado un montón de veces.

—¿A tus horas? —dijo Gonzalo extrañado.

Karen asintió con la cabeza. Siguieron andando y se cruzaron con unos corredores y con algunas personas paseando a sus perros. Se detuvieron a disfrutar de la vista, que alcanzaba desde las torres de Madrid hasta el campo de golf, la presa y las Machotas.

—¿Entonces, no ha sido un robo? —preguntó Gonzalo. Karen se encogió de hombros—. ¿Quién la hereda?

—Supongo que el marido y el hijo.

—¿Y cómo es el marido?

—Un arquitecto. No debe ganar mal, no me puedo imaginar que la

matase por dinero. Por otra cosa a lo mejor, pero no por dinero.

Gonzalo no contestó y cogió su mano.

—Había pensado en llevar a mis hijos al club el sábado. —Hizo una pausa—. A lo mejor te apetece venir.

Karen levantó las cejas y no respondió. Echaron a andar de nuevo y se cruzaron con tres hombres que charlaban animados entre ellos. El más alto, fuerte y con un bigote blanco, llevaba del brazo a otro y le iba indicando el camino con exactitud. Los observó, vio la confianza absoluta con la que este último se apoyaba en su amigo y se preguntó si se abandonaría de la misma manera con sus hijos, si los tenía.

Su teléfono vibró. Se detuvo y, al ver que era Cano, respondió. Escuchó, dijo que iría directamente y colgó.

—Ha llamado la asistenta de la muerta —explicó—, Cano ha quedado con ella en la casa a las doce.

Gonzalo miró el reloj y aligeró el paso en la cuesta. El antiguo hotel Felipe II se erguía en la ladera y las ventanas brillaban al sol. Karen se sorprendió al ver unos coches de época y un cartel de URGENCIAS en una de las puertas.

—Seguro que están rodando una película —explicó Gonzalo—. Para las escenas de época, San Lorenzo es maravilloso: pones un coche o una carroza de la época pertinente y trasladas al espectador a donde quieres. Venga —dijo cogiéndole la mano—, si bajamos ahora nos da tiempo a tomar un café.

Gonzalo le puso el brazo sobre el hombro, la acercó hacia sí y le depositó un beso en la sien. Así abrazados, tomaron la calle que llevaba al pueblo, que en unos días se había cubierto con una techumbre arbórea. Los rayos de sol se colaban entre las ramas e iluminaban los adoquines de manera suave e indirecta. Se cruzaron con algunos habitantes que volvían del centro con el periódico y una barra de pan.

La plaza tenía ya muchas de las terrazas montadas y varias de las mesas estaban ocupadas por personas solas que desayunaban con el periódico. Un olor a masa frita bajó por la calle del ayuntamiento y

se asomaron a la churrería, que tenía una gran cola delante.

—Ven, han abierto un nuevo café —dijo Gonzalo—, me lo contaron ayer.

La cogió de la mano, cruzaron la calle y rodearon el antiguo palacio de los Alba hasta llegar, por una calle peatonal, a una terraza montada con unas sillas con almohadones reciclados de sacas de café. Una mujer con pelo claro y acento eslavo salió a atenderlos. Cuando Karen pidió un café, su gesto cambió.

—¿Colombia o Nicaragua? —preguntó—. El primero es más suave, el de Nicaragua es más potente, un poco más amargo. Si no están seguros, les pongo los dos y así los prueban…

Asintieron convencidos y se echaron hacia atrás.

—¿Te apetecería venirte el sábado a comer con nosotros? —preguntó Gonzalo inclinándose hacia ella y tomándole la mano.

La mujer volvió con dos cafés en tazas de diferente color y una tartita de manzana que había pedido Gonzalo. Karen se soltó para dejar hueco en la mesa. Él cogió el tenedor, probó la tarta y le ofreció el plato.

—No estás aquí —dijo, cariñoso, al no recibir ni una mirada.

—Perdona, no hago más que pensar en esa mujer —mintió.

—¿A qué hora has quedado con Cano?

—A las doce, hay tiempo todavía.

—Venga, acábate el café y volvemos andando tranquilamente. Podemos comer pronto, si tienes tiempo. No tiene sentido esperar a esta noche; de todas maneras, no vas a estar…

Karen pensó que no sería una buena compañía y que, aunque estuviera con él, su cabeza estaba en otro sitio. Se levantó, fue a pagar, y cuando la dueña del café le preguntó cuál de los dos cafés le había gustado más, no supo qué responder.

16

Madrid, 1992

Sergio, que se había vuelto a quedar a dormir, se despidió de ella con un beso en la puerta y quedaron al día siguiente en la facultad.

Maya volvió a la cama, se metió entre las sábanas tibias, e intentó recuperar el olor del joven en la almohada. Cerró los ojos y se imaginó su brazo sobre su cuerpo durante la noche. Se durmió. Cuando despertó, pensó que soñaba al oler el fuego de la chimenea, pero, al volver la cabeza, se percató de que el humo debía haberse quedado en su pelo. Pensó en lavárselo, pero quiso guardar el recuerdo y pensó que sus padres no se acercarían más que en la mesa y no lo notarían.

Se iba a sentar en la biblioteca cuando oyó la cerradura. Salió al encuentro de sus padres, que miraron el reloj y a ella extrañados.

—Hola, Maya. ¿Cómo nos has oído? ¿No estabas estudiando?

Su padre miró el correo y su madre se despojó del abrigo y lo llevó a la terraza de la cocina.

—Hay que ver la cantidad de olores que se acumulan en los aviones, qué gusto llegar a casa.

Lo colgó y vio sobre la lavadora el vestido rosa. La miró y Maya bajó la cabeza.

—Me invitaron ayer… —dijo culpable.

—¿Saliste por la noche? —dijo Silvia asombrada—. ¿Con el vestido del homenaje de papá?

Maya enrojeció.

—Era una comunión…

—¿A una comunión? —exclamó Silvia cada vez más atónita—. ¿Fuiste a una iglesia? ¿Una comunión de quién?

Se dijo que era el momento de hablar de Sergio, a quien había ocultado. Josefina, sin tener que hablarlo jamás con Maya, al ver que seguía igual de responsable que siempre, había evitado nombrarlo convencida de que su niña parecía cada vez más feliz.

—De la hermana de una compañera —mintió arrepintiéndose al instante—. Fui a explicarle unas cosas y me invitaron, para que pudiéramos trabajar después.

—¿No tienes exámenes el mes que viene?

—Sí, pero como voy adelantada… Y si lo explico, aprendo a la vez.

—Nunca se va lo bastante adelantada, pero es cierto que explicar afianza los conocimientos, como siempre te digo. Aunque lo de apuntarte a la comunión me parece excesivo.

—¿Os ayudo con algo? —preguntó solícita Maya para zanjar el tema.

—Vete a estudiar, hablaremos en la comida.

Se sentaron en el comedor y su madre sirvió el estofado que había dejado preparado Josefina. Maya escuchó las novedades que traían de sus respectivos congresos y se revolvió un poco en la silla de diseño negra.

—¿Te pasa algo? —preguntó su madre.

—No, nada.

—Estás cansada.

—No, a lo mejor es porque he dormido más de lo habitual.

—Romper el ritmo nunca es bueno —zanjó su padre—. ¿Has acabado el ensayo?

Maya bajó la cabeza y pinchó un trozo de carne.

—Maya, tu padre te está hablando. ¿Cómo vas con la documentación?

Enrojeció y pensó en los papeles de la universidad americana en la que quería acabar sus estudios para poder homologar el título. Sus padres dejaron los cubiertos cruzados sobre sus respectivos platos y fijaron su mirada en ella.

—Estoy en ello —susurró—, pero…

—Maya, acaba las frases —le recriminó su madre.

—Había pensado que podría…

Las palabras murieron en su boca. Sus padres la miraban irritados. Levantó los ojos hacia Jon, pero tenía las pobladas cejas fruncidas y los ojos clavados en ella. Silvia dobló la servilleta de hilo con cuidado por los pliegues y la deslizó en el servilletero de aro. Puso las manos sobre el mantel individual y retiró una mota de polvo de la superficie sin dejar de mirar a su hija.

—Había pensado —se lanzó— que en vez de ir a Estados Unidos podría acabar aquí.

Sus padres cambiaron una mirada, se levantaron y la dejaron sola. Maya recogió la mesa, hizo café, se tomó uno y dejó la cafetera en la cocina por si sus padres querían también. Vio el paquete de las pastas en una esquina, escuchó por si oía algún ruido y lo abrió con cuidado para coger una. Con el sabor de la mantequilla todavía en la boca, se dirigió a la biblioteca, donde sus padres ya estaban instalados. Se sentó en su sitio y, al lado de sus libros, vio la carpeta en la que había ordenado la documentación para solicitar el ingreso en Stanford. Abrió un libro, cogió una ficha e intentó concentrarse, pero sus pensamientos volaban. Miró a sus padres, ambos concentrados en sus papeles, y apartó los folios en inglés unos centímetros. Respiró profundamente, tiritó e intentó oler el aroma de su casa. Recordó los olores de la de Sergio y suspiró, provocando que sus padres levantaran irritados la mirada de sus libros.

Los documentos estaban extendidos en la mesa de la biblioteca. Silvia los recorrió con la mirada y observó el sobre preparado con la dirección, escrita en letras mayúsculas que parecían de imprenta. Asintió con la cabeza. Maya los reunió y los deslizó en el sobre.

Se despidió de sus padres en la puerta y se dirigió a la oficina de Correos, que no había abierto aún. Se sentó en la terraza de un bar con el sobre quemándole las manos y pidió un café, aunque ya había

desayunado. El sabor amargo le hizo pensar en Sergio y su cuerpo se llenó de calor. Bajó la mirada y miró el sobre. La oficina seguía con la persiana bajada y se dedicó a mirar a la gente que pasaba por allí. Una mujer andaba con prisa golpeando con fuerza el cemento de la acera, miró el reloj, descendió a la calzada y paró un taxi. Otra mujer pasó con dos niñas de uniforme de las manos. Se detuvo y se inclinó a ver algo que una de ellas guardaba en el puño. La niña mostró una canica y se la tendió a su madre, que sonrió y besó su cabeza. La otra tiró de su mano y la mujer repitió la operación con ella. Maya sintió ternura. Varios hombres con carteras avanzaban a grandes zancadas y uno con un mono azul se sentó, relajado, en la terraza, sacó un cigarro y lo encendió. La puerta de un portal se abrió y un hombre mayor salió seguido por una mujer de su misma edad. Se detuvieron en el escalón y el hombre le tendió la mano para darle estabilidad. Ella lo miró con cariño y, cuando salvó el obstáculo, mantuvo su mano en la de él. Anduvieron unos pasos hasta una panadería y se soltaron. La mujer entró para salir al poco tiempo con una barra de pan. El hombre cogió la bolsa donde la había metido, la miró y le hizo una torpe caricia en la cara. Otra vez de la mano se alejaron de su vista. Una mujer entró en un portal vecino y, poco más tarde, Maya oyó el ruido de una persiana. La ventana se abrió y la mujer, con una bata blanca, sacó la cabeza por la ventana un momento antes de volver a entrar. Oyó el ruido de una verja y vio que Correos estaba abriendo. Se levantó, pagó su consumición y, antes de cruzar la calle, se acercó al portal donde había visto entrar a la mujer y observó la placa de latón atornillada en la piedra: «Doctora Eulalia Martín, dermatólogo, cita previa, de lunes a viernes de 10 a 14 y de 17 a 20. Viernes por la tarde cerrado». Entró en Correos y se puso a la cola con sus manos aferrando el sobre. Tenía a dos personas delante y se reprendió a sí misma el haber perdido tanto tiempo. Uno de los clientes se fue y ya sólo quedó uno. Pensó en Sergio, cerró los ojos. Un carraspeo la obligó a abrirlos y avanzó hasta la ventanilla. La mujer la miró comprensiva.

—Si sigues pensando en el novio, se te van a colar —dijo tendiendo la mano.

Maya le dio el sobre.

—Está abierto —dijo la mujer—. Anda, ciérralo bien y asegúrate de que no te falte nada, que estás en Babia —añadió cariñosa—, y con lo que cuesta mandar esto…

Maya tomó el sobre para cerrarlo. Sacó los documentos hasta la mitad y observó las páginas repletas de su escritura picuda y los formularios en inglés. Cerró los ojos un momento, los volvió a abrir, sacó uno de los papeles y lo cerró. Se lo tendió a la mujer, que la miró extrañada, pero lo aseguró con papel celo y rellenó por ella la tarjeta de certificado. Maya pagó y salió.

Cuando llegó la carta de Stanford rechazándola por presentar la documentación incompleta, Silvia se pasó una tarde intentando comunicar con ellos para aclarar lo que había pasado. Aseguró que lo habían revisado todo y que el documento estaba incluido, que tenía que ser un error de su parte. Solicitaron el documento de nuevo, pero por mucho que Silvia propuso mandarlo por fax y más tarde enviar el original por correo urgente y certificado, la universidad le dijo que debería mandarlos el curso siguiente.

Maya acudió a pagar las tasas del MIR con un extraño sentimiento de felicidad mezclado con uno de pérdida. Quedó con Sergio para pasear, ya que este había acabado la carrera y hacía prácticas en un estudio de arquitectura y ya no se veían en la facultad. Cuando le contó que la habían rechazado en Stanford, su novio la miró asombrado.

—¿Te querías ir fuera? —preguntó anonadado.

Maya negó con la cabeza.

—Pero ¿habías pensado en irte y no me habías dicho nada? —repitió enfadado.

—No, no quería.

—Pero enviaste los documentos.

—Estaban incompletos.

—Maya —dijo Sergio, que comprendió la maniobra—, no puedes seguir mintiéndote a ti y a tus padres. —Soltó la mano que le había cogido—. Ya comprendo que no quieres presentarme, pero la verdad es que no lo entiendo, no sé si es que te avergüenzas, si te parezco poco, pero… —Vio su cara asustada y esbozó una sonrisa—. Sé que tus padres quieren lo mejor para ti, que buscan la excelencia. Has sacado unas de las mejores notas de la Complutense, deberían estar orgullosos. Y es cierto que yo no he sacado el primer premio, pero mis notas han sido buenísimas y ya estoy en un estudio de arquitectura de renombre…

—No lo entiendes —estalló ella—, no tiene nada que ver contigo, ellos querían otra cosa.

—Sí, Maya, pero ¿qué quieres tú? ¿Quieres investigar como ellos, quieres vivir entre la industria y las farmacéuticas como tu madre o tirarte el día operando como tu padre, cuando no está en un congreso de prótesis? Hay otras opciones, se puede ejercer la medicina y tener una relación, tener hijos y disfrutarlos —exclamó.

Maya recordó la placa de Eulalia Martín y sus horarios. Pensó en los diplomas que colgaban de las paredes de la biblioteca y se dijo que ninguno suyo podría ya colgar de ellas. Escondió la cara entre las manos y se echó a llorar. Sergio se las retiró, irritado.

—¿Querías ir a Stanford? —dijo mirándola a los ojos.

Maya levantó la cara bañada en lágrimas.

—Sí… No —se contradijo, indecisa—. ¡No lo sé! Da igual, ya no puedo.

—Maya —dijo agarrándola con fuerza de los brazos y levantando la voz—, contesta, por Dios. ¿Querías que nos separásemos e ir a Stanford?

Ella negó con ímpetu. Sergio la rodeó con sus brazos, le besó la cabeza y le secó las lágrimas con sus labios.

—Te quería preguntar algo, que habría sido improcedente si hubieras decidido marcharte —empezó—. He pasado mis seis meses de prácticas y Rafael me ha dicho que podría trabajar en el estudio.

Tendré un sueldo, no mirífico, pero un sueldo. Quería buscar un apartamento. Había pensado que si juntábamos lo que vas a ganar en la residencia…

—Pero —dijo Maya asustada— ¿cómo estás seguro de que me va a tocar Madrid?

—Si no lo sacas tú, quién lo va a sacar… —dijo con una carcajada —. Había pensado pedirte que nos casemos el verano que viene. Ya conocerás los resultados y los dos tendríamos un sueldo. Podríamos alquilar un piso más grande… Perdona —dijo al ver su cara, diciéndose que no estaba siendo nada romántico. Se inclinó hacia ella, juntó su cara con la suya y le cogió ambas manos—. Maya, ¿quieres casarte conmigo?

17

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cano estaba apoyado contra el muro de la casa de Maya, con mucho mejor aspecto que el día anterior, tecleando algo en su teléfono cuando Karen apareció. La teniente observó la casa vecina, pero seguía con las persianas cerradas y se dijo que si llevaba cerrada sábado y domingo, era improbable que los dueños hubiesen estado el viernes.

—Ya he tocado —dijo Cano al ver su mirada—, pero no hay nadie. En cambio, la esclavista ha salido con los críos. Estaba el marido también, el ejemplar complementario perfecto.

—¿Le has preguntado si vio algo el viernes?

—No ha hecho falta, me lo ha contado él solito. Enfadado porque el barrio no está más protegido. Un descontento de verdad, me he llevado un disgusto que no veas —añadió con aspecto compungido mientras sacaba la libreta—. Ángel Ruiz, abogado. Llegó a San Lorenzo a las siete y, mientras su mujer compraba, estuvo en su casa solo. Oyó coches, pero nada fuera de lo normal y no vio a nadie extraño merodeando. Siempre que les llama la atención algo llaman a la policía, se toman muy en serio su condición de ciudadanos, según me ha dicho.

Karen contuvo una carcajada ante el rostro del brigada, que rezumaba inocencia y bondad por todos los poros.

—Ya veo que os habéis hecho íntimos.

Cano asintió con la cabeza repetidamente.

—Fíjate, tanto que hasta hemos discutido incluso aspectos de su trabajo. Ya sabes, las posibles multas por contratación ilegal, por explotación de personas vulnerables… Oye, fíjate que el tío sabía,

¿eh? Bueno, no tanto como yo, que me lo miré todo anoche, pero así hemos podido aumentar nuestros conocimientos y enriquecernos mutuamente.

La teniente sintió cómo se enfadaba, se contuvo y observó la cara de falso inocente de Cano, que, cuando se topaba con una situación de explotación, era imparable. Ya habían tenido algún encontronazo en el que el brigada, al que la teniente le daba en su fuero interno la razón, había intimidado a algún testigo por sus observaciones, ya fuesen denigrantes o claramente racistas.

—Y todas esas cuestiones legales, ¿las has comentado antes o después de preguntarle si había visto algún movimiento sospechoso en casa de la muerta?

—No te preocupes —respondió irónico—, ha sido después. Ya sé cuáles son tus prioridades.

—Las nuestras, brigada, las nuestras —dijo más tranquila.

—Además, me ha dicho sin que le preguntase que «a Maya la conocía como su mujer —recitó tras sacar su cuaderno—, de la fiesta que dieron y de cuando fue a examinar a uno de los niños». La veía también en el club, él es jugador. Jugaba bien, según dice, muchas veces en pareja con el hijo, que también es muy bueno. No tenía más relación con ella, aunque a veces se la encontraba en el edificio del club tras salir al campo, sola con el hijo o con el marido y el hijo. He aprovechado y le he preguntado por el marido, por si acaso, como sospechas que no es un robo…, pero no tenía más relación con él que superficial.

—¿Has hablado con Adriana, la asistenta?

Cano miró el reloj.

—Tiene que estar al llegar. Es una mujer del pueblo y ya sabía de la muerte, aunque no es de extrañar: ya sabes, San Lorenzo tiene muchas cosas maravillosas, pero las noticias corren con una rapidez que a veces te preguntas si no tienen una red propia para contarse los chismes.

Karen notó amargura en su voz y recordó cómo el brigada le había recomendado, cuando conoció a Gonzalo, que salieran del pueblo si

querían quedar. Cuando se encontraron la primera vez en el paseo de La Horizontal y tomaron una copa después en el restaurante del mismo nombre, Suárez no había tardado ni doce horas en enterarse. Y sabían su nombre, su ocupación y su estado civil. Se alegró de vivir un poco apartada del casco antiguo, protegida por los altos muros y los árboles de la gran propiedad donde se encontraba el pabellón que había alquilado.

Tras ponerse los guantes de látex, sacó la llave de una bolsa de pruebas y, tras empujar la cancela, subieron las escaleras.

La puerta se abrió sin ruido. El equipo de Benavides había retirado el cadáver, pero el desorden seguía presente. En la cocina ronroneaba el frigorífico y Karen lo abrió, diciéndose que no había mejor manera de conocer a alguien que observando el interior de su nevera y su basura. Cano se había dirigido a la basura y estaba levantando capas con un cuchillo. La nevera parecía de un anuncio de electrodomésticos. *Tuppers* apilados, una sola botella de salsa preparada, ningún plato tapado con plástico o un bol con un resto olvidado que no se tira por la mala conciencia de desperdiciar alimentos, pero que se sabe que caerá en cuanto su aspecto deje de ser fresco, momento en el que se puede tirar con la buena conciencia de evitar una intoxicación alimentaria. Varias frutas, verduras y dos cogollos de lechuga. Sólo en la puerta, junto con unas cervezas, agua mineral. Ni un refresco, ni una botella de vino, ni un dulce comprado.

—Se cuidaba… ¿En tus series no destripan los congeladores? —bromeó Karen.

—No siempre, pero sí, es un clásico, el congelador… Las joyas con los guisantes o los paquetes de dinero con el helado.

—El congelador está, por lo que parece, intacto —dijo la teniente divertida tras abrir la puerta inferior.

Cano silbó.

—Esta mujer era una maníaca —dijo al ver los recipientes marcados con lo que contenían y las bandejas, también etiquetadas y con fechas en los cajones.

—No, Cano, era ordenada —respondió Karen pensativa—. ¿Te has preguntado por qué viviría aquí?

—Trabajaba aquí —respondió el brigada.

—Sí, Cano, pero era dermatóloga. Podría haber encontrado trabajo en Madrid, vivir ahí y venir los fines de semana.

El timbre sonó y ambos se sobresaltaron. Fueron a abrir y se encontraron a una mujer con unas llaves en la mano. Era menuda, de unos cincuenta años, con arrugas muy marcadas en la cara que la hacían parecer mayor de lo que debía de ser.

—Buenas, soy Adriana. Iba a entrar, pero he pensado que… —Interrumpió la frase al ver el interior—. Dios todopoderoso, qué han hecho. ¿Está…?

Le explicaron que el forense ya había retirado el cuerpo y la hicieron pasar al comedor. Cano le señaló una silla y se sentaron frente a ella. La mujer alargó la mano e iba a recoger instintivamente el frutero cuando la teniente la detuvo con un gesto.

—Por favor, no toque nada.

La mujer se aferró a las llaves, iba a colocar las manos sobre la mesa y, con un respingo, las puso sobre el regazo mientras giraba su alianza.

—¿David? —preguntó.

—Está bien, con su padre. Mire, Adriana, en los casos de muerte, seguimos un protocolo, así que le vamos a hacer unas preguntas que, aunque le parezcan extrañas, nos gustaría que nos contestara. —La mujer asintió—. Usted trabaja ya desde hace tiempo para la familia —afirmó Karen mientras Cano sacaba el cuaderno y apuntaba.

La mujer hizo un gesto de asentimiento, miró hacia el techo y calculó.

—Dieciséis años.

Karen sonrió ante la parquedad serrana y se dijo que Maya habría contratado a la mujer para ocuparse del niño mientras trabajaba.

—Con el niño de bebé.

—Bueno, sí, pero no me contrató por el David. Excepto en casos de

emergencia, nunca cogía a nadie para el crío. No se fiaba.

Karen la miró con curiosidad. La mujer había hecho la observación sin ningún tono crítico, es más, comprensivo hasta cierto punto, aunque parecía una mujer capaz y, por mucho que hubiese tenido quince años menos, ella la hubiese dejado sin dudar con un bebé.

—Yo tampoco quería, que a ver si pasaba algo… —continuó levantando las manos—, como estaba tan malito…

—¿David?

La mujer suspiró como si tuviera que repetir algo evidente.

—Maya se vino aquí porque el niño andaba mal de los pulmones. Ya saben que San Lorenzo tiene muy buen aire, que hasta teníamos un hospital de tuberculosos. Había heredado la casa de su tía y al principio venían sólo los fines de semana, pero como el crío estaba así, decidió quedarse. Por eso, para que respirase el aire puro de la sierra.

—Así que el niño tenía una enfermedad pulmonar —dedujo Karen.

—Y del corazón, que eso es lo gordo. Que San Lorenzo le podía curar el pulmón, pero lo otro ya eran palabras mayores. Tiene una enfermedad de esas raras y, además, no se puede operar hasta que sea mayor. Pero no se le nota, ¿eh?, que el chico es normal, ni rarito ni nada. Un sol de chico. Y más tranquilo… Claro, el pobrecito. Toda la vida sin correr y sin hacer burradas. Pero Maya era una madre maravillosa, nunca —dijo con énfasis— he visto nada parecido.

—Cuéntenos algo más de Maya —pidió Karen.

La mujer la miró un poco enfurruñada.

—Pues tampoco sé… Eso, era muy buena madre, la pobre, que siempre hablamos del niño y ella andaba todo el día de aquí para allá, que si el hospital, que si los análisis, que si come esto y deja lo otro… David también es celíaco y tiene una barbaridad de alergias… Y es muy buena médico —levantó un dedo—, no se dejen decir lo contrario. Saben, tengo una sobrina que tenía un eccema feísimo, y Maya la trató y nada, no se la ve nada. Y lo tenía en la sien, bien feo que era —dijo señalándose un sitio un poco por encima de la oreja.

—Así que era una buena madre —afirmó Karen—. Y una buena

profesional. —Adriana afirmó repetidamente con la cabeza—. ¿Quién dice lo contrario?

Adriana levantó los ojos sorprendida.

—Sí —continuó Cano con una sonrisa cómplice—, ¿no nos está avisando de que no hagamos caso a las habladurías? Ya sé que la gente de San Lorenzo es maravillosa, pero a hablar no los gana nadie… Me lo va a decir a mí —dijo comprensivo—, que soy de aquí…

La mujer hizo una mueca.

—Nada, bueno —concedió—, una loca, que tenía una mancha y fue a ver a Maya. Ella la mandó a hacerse más exámenes a Madrid y la mujer eligió irse de vacaciones. Después, cuando vieron que era un cáncer, dijo que era culpa de Maya. Pero aquí nadie se lo cree, no se apuren.

—¿Y cómo se llamaba esa mujer?

—No sé, no era de aquí. Ella trabajaba en… un centro de esos de cuidados.

—¿En la residencia de mayores? —intentó precisar Cano.

—¡No! Uno de esos que hacen maquillaje permanente, que ya no hay que pintarse… Y otras cosas, pero lo que hacía ella era eso. Pero cerró.

—Pero vive aquí —inquirió Cano.

—Puede que viviese aquí —dijo encogiéndose de hombros—, pero no sé ahora, hace tiempo que no la veo. Una mala mujer, que de qué lanzar esas habladurías cuando has sido tú la que no quisiste ir…

Karen vio cómo Cano apuntaba los datos de manera casi estenográfica y retomó la conversación para darle un respiro.

—¿Cómo se llevaba Maya con su marido?

—¿Con el marido?

Suspiró ante la eterna repetición de preguntas que no necesitaban mayores explicaciones, pero vio cómo Cano se sacudía la muñeca y esperó.

—Pues bien…, aunque yo tampoco los veo mucho juntos. Sergio viene los fines de semana y yo ahí no trabajo.

—¿Y los viernes?

—Bueno, depende. No siempre, según como ande de trabajo. Unos fines de semana se bajaban a Madrid también, para comer con los padres de ella. Los veía por el cumpleaños del David, que siempre lo celebraban aquí. Los dos son médicos también, pero no me pregunten de qué. A mí, si me preguntan, me gustan más los de él, que también los veía en los cumpleaños, pero también es que son de Ávila y el padre de él es militar, como mi padre, que en paz descanse. La abuela cocina la mar de bien. Lo sé porque cuando iban a Ávila, traían un *tupper* de la comida del domingo, pero a Maya le debía de parecer muy grasiento, ella era de comidas ligeras, ensaladitas y cosas así —dijo con una mueca—, ¿saben?, y me lo daba. David pasó las últimas vacaciones ahí y vino, él que siempre ha sido un suspiro, rellenito… Pero, claro, como Maya se enfadó tanto…

—¿Se enfadó Maya? —preguntó Karen sorprendida.

—No porque hubiese engordado —explicó—. Fue por lo de la piel. Ella es muy contraria al sol, por lo del agujero y el cáncer. Y tendrá razón, no le digo que no, pero mi marido el otro día fue al médico porque se sentía debilucho y, ¿sabe qué?: falta de vitamina D. Al sol, que le dijo el médico del centro.

—Maya trabajaba en el centro de salud.

—En el privado, sí, el de la calle Velázquez. Pero mi marido no, él fue a la Seguridad Social.

—¿Cómo era un día de su vida? Lo que usted sepa.

—Pues eso es fácil. Era muy ordenada. Corría muy pronto por la mañana, desayunaba con David de esos granos que venden en el herbolario. Bueno, ahora los venden por todas partes, pero ella los tomaba desde hace años, que se los pedía a Guillermo, saben, el de la plaza. Los mezclaba con fruta y zumo y eso tomaban. Ni una magdalena, ni un bollo. Esas cosas no le gustaban nada, decía que tenían no sé qué, ni siquiera compraba las de la Malpartida, que son hechas en casa. A lo mejor como el David no podía, ella se dijo que ella tampoco… —Se secó una lágrima—. Se llevaba al crío al cole, a

Boadilla, y volvía para ir a trabajar.

—¿Sabe con quién tenía relaciones? Amigos, compañeros de trabajo…

La mujer la miró asombrada.

—Yo de eso no sé… Por la tarde, iba a por David, desde casa o desde el centro médico. Y cuando llegaba él, ya no hacía otra cosa. Cuando era chico, jugaba y leía con él, le ayudaba a los deberes o le llevaba al golf. —Se apartó una lágrima de la mejilla—. Siempre han estado muy unidos, pobre David, no quiero ni pensar cómo lo estará pasando. Ahora también se sentaba con él y hacía unos cálculos rarísimos que ni me pregunten, porque ni los signos entendía, que a veces dejaban los papeles usados en la basura y excepto los números no entendía nada de nada.

—¿Amigos?

—Oigan, que ya le digo que yo trabajaba aquí, no vivía con ella. Lo del David lo sé porque ella, que como jefa era muy buena y me dejaba venir a las horas que pudiese apañarlo, por eso lo sé. Hay muchas casas que no quieren que vaya por las tardes, que tampoco sé la manía que tiene la gente, siempre a partir de las nueve y por la tarde, nada. A Maya la daba igual y cuando venía por la tarde no la importaba, pero claro, el crío no llegaba hasta pasadas las cinco y yo a esa hora, si me quedaba algo, era plancha y no molestaba.

—¿Y nunca vio a alguna amiga?

—Bueno, sí que tenía una amiga. Una chica de su edad, Inés, que tiene una cría de la edad de David, Celia, son muy amigos desde chicos.

—¿Sabe de alguien con quien tuviera una relación —Cano carraspeó— más cercana? ¿Que no fuese su amiga?

La mujer se enderezó.

—Miren, si ustedes quieren prestar oídos a los enredos y chismes, allá ustedes. Maya era una buena mujer y, a estas alturas —los miró con conmiseración—, no iba a andar con líos.

—Nos gustaría dar una vuelta con usted por la casa y que se fije en si, a primera vista, falta algo.

Barrió con los ojos la estancia y meneó la cabeza.

—Su bolso lo dejaba siempre en la entrada. Y siempre tenía efectivo.

Le preguntaron si sabía de la existencia de una caja fuerte, a lo que la mujer contestó que había visto, limpiando, una pequeña en la estantería tras los libros, pero que nunca le había visto abrirla. Subió con ellos, pero la caja no había sido descubierta y estaba cerrada.

—¿Sabría de alguien que pudiera quererla mal? ¿O caerle mal?

La mujer reflexionó.

—Hombre, caerle mal…, claro que alguno habría, pero nadie mata porque le cae mal el vecino.

—¿El vecino? —repitió Karen.

—Es un decir —dijo la mujer—, aunque tampoco se llevase bien con ellos… Pero nada del otro mundo. Cuando vinieron aquí quisieron que Maya se ocupara de sus cosas y que el David les hiciese de niñera. No me lo contó Maya, me lo dijo la chica que tienen, que me la encontré un día al salir y me dijo que su señora se había enfadado mucho. Pero yo, para esa mujer, no trabajaba ni aunque me doblara el sueldo. Y la chica que tiene porque está sin papeles y no le queda otra… La verdad es que no sé, había gente que se quejaba porque iba muy rápido en las consultas, pero cuando veían que les escuchaba de la enfermedad, pero no de otras cosas, se acababan acostumbrando. Nada grave. Oigan…, es domingo y…

—Sí, claro.

—¿Se pueden quedar con mis llaves? No es por nada, pero una no quiere problemas. Si me avisan cuando pueda entrar a limpiar…

Asintieron con la cabeza y se despidieron de la mujer.

—¿Creen que puedo llamar al David? —preguntó ya desde abajo.

—Claro. Se alegrará de hablar con usted.

Estudiaron la caja fuerte, que no parecía muy complicada: era de código y no de llave.

—No les daría tiempo a encontrarla —dijo Cano—, escondida tras

los libros.

Cerraron, le mandaron a Sergio un mensaje preguntándole por la caja y salieron a la calle inundada por el sol. Hacía calor, olía a primavera y Cano estornudó.

—¿Te vas a casa? —preguntó.

—Sí —contestó Karen acelerando el paso—. Gonzalo se va de viaje. Si quieres, podemos tomar algo esta tarde. Cano, no entiendo por qué desvalijar a una mujer que debía tener una cantidad limitada de efectivo en casa y no llevarse el coche, por ejemplo.

—A lo mejor no encontraron las llaves —conjeturó Cano.

—Tenían que estar en la puerta, en la entrada o en el bolso. Si hasta ahora algo sabemos de Maya es que era muy ordenada.

—¿Quieres dejar el robo de lado?

—No quiero dejar nada de lado, pero el robo es una posibilidad entre muchas y casi me parece una poco probable.

—Hombre, un asesinato en San Lorenzo, así como probable…

—El asesinato es un hecho aislado y puede tener muchas causas. Si lo fuese, no me imagino que lo hicieran para robarle joyas, ni parece una millonaria oculta en un pueblo. Cuanto más lo pienso, menos probable me parece que una banda de ladrones que entran en una casa sin grandes expectativas maten a la dueña.

Cano se encogió de hombros. Anduvieron juntos por Timoteo Padrós y observaron los edificios de pisos de uno de los lados.

—Inés Puerto debe vivir en uno de estos —dijo Karen—. Deberíamos hablar con ella otra vez.

—¿Ahora? —respondió Cano mirando el reloj—. Si se va Gonzalo, para no coger atasco, querrá comer pronto.

La teniente asintió.

—Vamos a casa a comer y la llamamos esta tarde.

18

Madrid, 1992

Maya se armó de valor y el domingo, cuando puso el estofado encima de la mesa, se decidió a hablar.

—Mamá, papá —empezó—, he conocido a alguien.

Sus padres la miraron benevolentes, casi orgullosos.

—¿Sí? Cuenta —dijo su padre interesado.

—Es arquitecto, trabaja en el estudio de los que han hecho la reforma de la estación de tren de Atocha.

Extrañados, sus padres la miraron.

—¿Has ido a una conferencia de Rafael Moneo? La verdad es que ha quedado muy bien, es un hombre de talento —dijo Silvia.

—Bueno —contraatacó Jon—, no esperaba que hicieran algo tan disruptivo como el Museo d'Orsay, pero la verdad es que no está nada mal.

Silvia sirvió el estofado y rio.

—Jon, los madrileños no son los parisinos. ¿Te imaginas una pirámide de cristal ante el Prado? Maya, eso es interesante, ¿no decían que Moneo iba a hacer una reforma en el Prado?

Sus padres empezaron a discutir sobre la estructura de cristal que había sido inaugurada en el patio del museo francés y Maya se sintió desfallecer. Al ver que no participaba en la conversación, su madre se dirigió a ella.

—No habrán pensado en reformar la Complutense, ¿verdad?

—No caerá esa breva —refunfuñó Jon—. Las reformas de las universidades aquí se hacen de siglo en siglo. Acabo de oír que en Stanford han inaugurado un laboratorio nuevo.

Un silencio incómodo se hizo entre ellos.

—No habéis oído nada nuevo, ¿verdad? No me lo puedo explicar —dijo Jon.

Silvia negó con la cabeza.

—Bueno, será el año que viene. Cuando Maya esté ahí, podremos visitar el laboratorio. Por cierto —dijo mirando a Maya—, he pensado que este verano podrías…

—No he conocido a Moneo.

—No, claro. Es siempre así: el arquitecto de renombre firma el diseño y tiene un ejército de arquitectos detrás —dijo Silvia comprensiva.

—Acuérdate de las discusiones que hubo por la ópera de Sídney —dijo Jon.

Maya cerró los ojos, pensó en las frases que había preparado y se lanzó.

—Trabaja en el estudio de Moneo, pero no ha hecho lo de Atocha. Me quiero casar con él.

Si Maya hubiese dicho que se volvía ardiente seguidora de los testigos de Jehová, sus padres no se habrían sorprendido más. Se hizo un silencio en la mesa. Silvia reaccionó la primera.

—¿Quién? ¿Dónde?

Maya se enderezó orgullosa.

—Se llama Sergio Gavilán, es arquitecto. —Hizo una pequeña pausa—. Ha sacado una de las mejores notas de la Complutense y lo han aceptado en el estudio de Moneo.

Su madre soltó el cuchillo y, a pesar de no haberlo dejado caer, el ruido del metal contra la porcelana sonó como un disparo. Su padre dejó la servilleta sobre la mesa y la miró, pero fue Silvia la que habló.

—Así que por eso no vas a Stanford —dedujo—. Supongo que fuiste tú la que sacaste el documento que faltaba.

Bajó la cabeza y un pequeño resoplido de su madre le indicó que se lo había tomado como una confesión. Jon, con las manos sobre la mesa, bajó la voz un poco más de lo habitual y su hija se encogió.

—Maya, ya no entro en el tiempo y el dinero que nos has hecho

perder —dijo con la voz contenida—. Es tu oportunidad.

Algo se revolvió en Maya, apartó su plato con brusquedad y sus padres la miraron asombrados.

—Me voy a casar con él. Este verano. Preferiría que estuvierais de acuerdo, pero si no lo estáis, lo haré igualmente.

—¿Desde cuándo lo conoces?

—Desde hace más de un año —contestó, intentando reducir su traición pero evitando darles el argumento de la brevedad.

—¿Has estado un año saliendo con alguien sin decirnos nada? —preguntó Silvia anonadada. Al ver que su hija guardaba silencio, volvió a la carga—. Maya, contesta. —Ella bajó la cabeza—. Siempre hemos confiado en ti, has tenido más libertad que muchos otros, también más responsabilidad. Siempre hemos hablado de todo, no puedo comprender cómo nos enteramos más de un año después —dijo colocando los cubiertos en el plato.

—No habláis conmigo —susurró.

—¿Qué dice? —preguntó Jon—. No la oigo.

—No habláis conmigo —repitió más alto—. Hablamos de medicina, pero no habláis conmigo.

Maya tocó la superficie lisa de la mesa, vio sus manos sobre ella y las de sus padres a los lados de sus platos. Pensó en cómo las de Sergio cogían las suyas y en la torpe caricia de los ancianos de la panadería.

—No voy a cambiar de opinión —afirmó con la voz temblorosa, cogiéndose una mano con la otra.

—No tiene sentido lo que dices. Tienes que concentrarte en el MIR.

—Llevo toda la vida concentrándome, encerrada en la biblioteca.

Su madre la miró asombrada.

—¿Encerrada dices?

—Es verdad que llevas un tiempo sin viajar —dijo Jon—. Tengo un congreso en Milán, te podrías venir —propuso—. Podíamos ir a la ópera y visitar Bérgamo.

—No quiero ir a Milán —respondió Maya intentando contenerse—. Me voy a casar.

Su madre dejó la servilleta con un golpe sobre la mesa y se levantó. Jon la imitó. Maya sintió cómo sus ojos se llenaban de lágrimas, se inclinó hacia delante e intentó coger la mano de su madre, que la apartó al instante como si le quemase.

—No estarás embarazada, espero —dijo Silvia con frialdad—. Sabes que eso sólo tiene al principio una solución, así que más vale que lo digas ya.

—No estoy embarazada —dijo con la voz trémula.

Sus padres lo intentaron todo, pero, por primera vez en su vida, Maya hizo oídos sordos y no cambió de parecer.

Sacó el MIR con una buena nota, aunque no la mejor y, ante la desesperación de sus padres, a los que les pareció incluso peor que la boda, escogió dermatología. No tenía predilección por ninguna especialidad, pero escogió esa en recuerdo a la doctora Eulalia Martín, que, en cierto modo, había marcado su futuro.

19

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Karen acompañó a Gonzalo a la verja, oyó persianas cerrarse y se dijo que los vecinos también estaban preparando su partida. Se abrazó a él.

Gonzalo se montó en el coche y Karen sonrió al oír el rugido del motor del antiguo Porsche.

—Ten cuidado y no te saltes la velocidad, Romero está de servicio…

—Le dijo la sartén al cazo… Creo que nunca hemos comentado ese momento épico en el que estuvo a punto de darme un infarto al ver tus luces acercándose a toda velocidad por el puerto de Galapagar…

—¿Yo? Jamás —dijo Karen riendo mientras Gonzalo metía primera.

—Mira a ver si puedes arreglarte para el sábado.

Levantó la mano para despedirla y ella se quedó en la calle hasta verlo doblar la esquina pensando en cómo había cambiado su vida desde que se había cruzado con él. Se dijo que le había ofrecido tres veces comer con sus hijos el sábado y se preguntó por qué era incapaz de responder.

El sol estaba descendiendo y una ráfaga de viento barrió la calle. Se frotó los brazos, empujó la verja gris y entró en el jardín. El camino tenía pinaza acumulada y aprovechó para acumularla con una escoba que tenía escondida. Se reprochó no decirle la verdad: que le encantaba pasar tiempo con él, pero que no quería empezar a entrar en una rueda en la que se convertiría en «la pareja de» y menos aún en una extraña relación de madrasta con hijos adultos. No quería esforzarse por caerles bien y menos que hubieran de gustarle o, lo que era peor, que no los soportase y lo tuviese que ocultar. Se estremeció y pensó que incluso alguno podría tener hijos

o estar a punto de tenerlos, y la idea de empujar un cochecito por el pueblo con cara de joven abuela iluminada la llenó de espanto.

Metió la pinaza en un saco y lo dejó en la puerta. Con el esfuerzo no había sentido frío, pero la temperatura, entre el viento y la caída del sol, había descendido y echó de menos una chaqueta más gorda. Pensó que tenía unos días para hablarlo con él, entró en la casa y llamó a Inés. La abogada no estuvo muy locuaz, pero aceptó que pasaran por su casa. Karen avisó a Cano, cogió la chaqueta gorda y el abrigo del perchero y salió cerrando tras de sí.

El brigada la esperaba a la entrada de la calle donde vivía Inés Puerto, vestido con unos vaqueros, un jersey gordo y una chaqueta acolchada. Karen se arrebujó en su abrigo y bajaron la calle, flanqueada por un lado de grandes chalets y por el otro de edificios de pisos. Comprobaron los números y tocaron en un portal con aspecto de haber sido construido en los setenta. La puerta se abrió y subieron por la escalera hasta el segundo piso. Inés, vestida también con unos vaqueros y un jersey de cuello vuelto, los esperaba a la entrada y los invitó a pasar. Karen se asustó al verla y se preguntó si habría enfermado. El día anterior, la abogada estaba nerviosa, pero ahora su rostro tenía un tinte ceniciento, grandes semicírculos negros bajo los ojos y un pequeño temblor en el párpado inferior de un ojo. Si el día anterior Karen la había identificado como coetánea, ese día la abogada parecía tener diez años más.

El piso no era grande, pero estaba amueblado de manera acogedora. Tenía una mesa de comedor redonda en la que podrían caber cuatro personas y dos sofás de color naranja ante la ventana que daba al valle. El suelo era de un parqué claro, y los sofás contrastaban con él de tal manera que le daban un toque de calidez. De las paredes colgaba un retrato suyo que la mostraba mirando al pintor directamente a los ojos. En otro, que en un principio les pareció una imagen de la Virgen y el Niño, la volvieron a reconocer, pero, al acercarse un poco, vieron que no era un niño lo que había

en su regazo, sino una niña de ojos negros y vivos. Inés percibió a dónde dirigían la mirada e hizo una mueca.

—Un cliente, que es un estupendo pintor. Cumple condena en el Centro Penitenciario de Soto del Real.

Les ofreció tomar asiento en los sofás.

—¿Quieren tomar algo? —dijo nerviosa.

—No, muchas gracias.

—Es la hora tonta, ¿verdad? Tarde para el café, temprano para la copa de vino. Maya se habría tomado un té —susurró.

—Inés —dijo Karen—, no hace falta que le explique los procedimientos, y en caso de muerte…

—Sí, claro —respondió con aire cansado—, tienen que comprobarlo todo. Lo comprendo. Maya era mi mejor amiga —respondió en voz baja.

—Sus hijos también son muy amigos, parece —dijo Karen señalando una cómoda en las que había varias fotos, entre ellas varias de David y una niña. Aparecían de pequeños riendo en la plaza del pueblo, y ya más mayores ante un tablero de ajedrez, sosteniendo un premio en lo que reconocieron, por el suelo, como una de las grandes salas del monasterio.

—Sí, desde pequeños. —Se llevó las manos a los ojos y se los tapó.

Parecía agotada, había perdido la seguridad del día anterior y parecía sufrir un tremendo dolor de cabeza a juzgar por cómo se masajeaba las sienes.

Oyeron un ruido de un mueble al moverse en otra habitación e Inés se puso de un salto en pie.

—Perdonen, mi hija no se encuentra bien —dijo, y salió un momento de la habitación. Los dejó unos segundos solos y se acercaron a ver las fotos. Inés volvió a entrar.

—¿Qué puede decirnos de la relación de Maya con su marido? —preguntó Karen.

—Era buena, Sergio es muy buena persona y muy buen padre. Que viviesen separados durante la semana, que creo que es lo que

les llama la atención, no quiere decir nada. Se llevaban muy bien —repitió—. No pensarán que…

—Estamos comprobando todas las posibilidades. Hemos oído que había ciertas habladurías sobre un profesor de golf. ¿Podría decirnos si hay algo de cierto?

Se dejó caer en un sofá con aire derrotado.

—Como den pie a todos los chismes de este pueblo… No, claro que no. Se entendían bien, pero nada más. Es el profesor de golf de David. Tenía buena relación con él y David mucha confianza, pasan muchas horas juntos. Maya consideraba el deporte fundamental en la educación. *Mens sana in corpore sano*… —dijo ahogando un sollozo y enterrando la cara entre las manos.

—Dígame —preguntó la teniente—, ¿por qué cree que murió su amiga? ¿Cuál sería su teoría?

Inés se llevó las manos a la frente, se la masajeó con los dedos y cerró los ojos con fuerza.

—Lo llevo pensando desde ayer —dijo agotada—. No se me quita de la cabeza y no me lo explico de otra manera que a través de un robo. Debieron pensar que no estaba, a lo mejor estaba arriba y no vieron la luz. Eran varios y se apostaron en las dos puertas, por lo que no pudo huir. Puede que les viera la cara, puede que la amenazasen. No creo que entrasen con intención de matar, no es lo habitual. Tengo un cliente muy ilustrado que se dedica «al ramo», si me permiten utilizar sus palabras, que afirma que en los robos de las casas *primum non nocere*: primero no hacer daño. Puede que se asustasen, tuvieran miedo de que los reconociese y la matasen. ¿Con qué le dieron? ¿Han encontrado huellas o un ADN que no coincida con el de la familia?

—Parece que fue con un palo de golf —explicó Cano—. En la bolsa que estaba caída en la entrada falta uno.

Inés asintió, aunque un escalofrío le recorrió el cuerpo y se abrazó.

—Es posible que Maya cogiese lo más cercano que tenía, el palo de golf, y que los atracadores se lo arrebatasen —conjeturó mientras tragaba con dificultad—. El que usasen esa arma es un indicio claro

de falta de premeditación, si me lo permiten. No querían matar, pero se vieron obligados, ya fuese por la amenaza de Maya con el palo o porque los había visto o identificado. Me decanto por dos intrusos, inexpertos o temperamentales. Puede que, sin intención de homicidio, simple mala suerte, uno le diese en mal sitio. Se llevaron el arma con lo que habían encontrado y salieron lo más rápido que pudieron de ahí.

Del fondo del piso se oyó ruido de nuevo e Inés se levantó. Abrió la puerta y oyeron unas arcadas. Inés se fue a atender a su hija y los dejó solos. Oyeron su voz tranquilizadora, correr el agua de un grifo y una cisterna. Un murmullo llegó hasta ellos e Inés volvió.

—Perdonen.

—Si Maya estaba sola el viernes por la noche, ¿por qué no quedó entonces con ella?

—Lo hubiese hecho, pero tenía un cliente que atender y la cosa parecía que iba para largo.

—¿Cuándo llegó a casa?

—Hacia las ocho. Salí antes de lo que esperaba del juzgado, se lo puede confirmar el juez. Sabía que estaba de guardia, por eso lo llamé antes que a ustedes.

—¿Y no hubiese sido mejor quedar con su amiga entre semana? —preguntó Karen.

Inés negó con la cabeza y tomó aire.

—Maya era muy madrugadora. Siempre salía a correr muy temprano y, aunque Sergio hubiese subido, nos habría dado tiempo a desayunar tranquilamente.

—¿Sabía que Sergio no subiría?

Se encogió de hombros.

—A veces se quedaba en Madrid los viernes y David con él. Celia pensaba acompañarlo y me lo dijo.

—Pero su hija no bajó.

—No —dijo señalando al fondo del apartamento—, Celia se quedó en casa porque no se encontraba bien.

—Y usted el viernes… —preguntó Karen.

—Cuando volví de trabajar me encontré con Celia enferma. No cenamos y nos fuimos pronto a la cama.

—¿Cree que podríamos hablar un momento con ella?

Inés pareció dudar, pero se levantó y salió dejando abierta la puerta. Oyeron un rumor de voces y volvió a aparecer seguida de una joven de unos dieciocho años vestida con una camiseta blanca de manga larga y un pantalón de deporte. Si la tez de su madre estaba cenicienta, la de la hija estaba amarilla y tenía aspecto de haber dormido mal. Era una joven alta, de rasgos equilibrados y con una melena corta que la hacía parecer mayor de lo que debía ser. Entró y su madre la tomó de la mano.

—Celia, es la Guardia Civil, están investigando la muerte de Maya. Tienen unas preguntas.

La joven se sentó en uno de los sillones y su madre se colocó a su lado sin soltarle la mano.

—No te preocupes, no será más que un momento —dijo Karen.

—Al tener una relación tan estrecha con David, verías a Maya a menudo. ¿La viste el viernes o esa semana?

Celia se tapó los ojos y se los frotó, y reconocieron el mismo gesto de su madre. Ella le acarició la cabeza, le tomó la barbilla con delicadeza y se la levantó.

—Sí, claro. La vi esa semana. David viene a menudo, pero yo voy también a su casa. No sé si fue el miércoles o el jueves, estuve con ella. —Se colocó la mano en el estómago, su madre la miró y se levantó.

—Una última cosa. ¿Te pareció que se comportaba de una manera rara o viste a alguien por la calle, algo que te llamara la atención?

Negó con la cabeza y una náusea le subió a la garganta. Se levantó a toda prisa y desapareció en el baño, desde donde la oyeron vomitar y tirar de la cadena. Inés se puso de pie.

—¿Necesitan algo más de ella?

Negaron con la cabeza, se levantaron y se despidieron.

20

Madrid, 1999

El médico colocó al recién nacido en brazos de su madre, que acarició la piel blanquecina y bajó la cabeza para besar la cabecita. Sergio intentó verle la cara, atusó el pelo mojado de la criatura y el húmedo de su mujer. Levantó la mirada sorprendido por los ruidos que emitían lo aparatos a los que estaba conectada su mujer y vio la cara seria del ginecólogo. Se volvió hacia Maya: había cerrado los ojos y estaba muy pálida. Una enfermera retiró al niño y lo metió en una cuna. Nadie dijo nada, pero los gestos rápidos de los sanitarios indicaban que algo no iba bien.

—Avisa a quirófano, está perdiendo mucha sangre —dijo el ginecólogo.

Las enfermeras se movieron como en una coreografía bien ensayada y a Sergio le pareció que el niño se había dado cuenta de la situación y había dejado de llorar. El médico salió a toda prisa tras decirle que había que operar. Sergio se levantó para seguirlo, pero lo detuvo con un gesto que quería tranquilizarlo y que le causó terror. Se quedó en la sala de partos con una enfermera que le colocó en los brazos al recién nacido. Miró cómo Maya desaparecía tras la puerta, con el cabello rubio que le salía del gorro desechable, el rostro pálido y la bata empapada de sangre.

Tras más de una hora de angustia, el médico entró en la sala de espera donde Sergio esperaba ya sin su hijo, al que habían llevado a la sala de neonatos.

—No te preocupes —dijo con una media sonrisa—, Maya está bien.

—Pero ¿no ha perdido mucha sangre? —dijo Sergio.

El médico le apretó el brazo.

—Sí, hemos tenido que extirparle el útero —admitió bajando la cabeza—, no había otra solución. Pero está bien, y el niño también, que es lo fundamental. Le hemos hecho una transfusión, la tenemos en vigilancia y, con un poco de suerte, esta noche la tienes en la habitación. Ahora, puedes acompañarme a verla un momento.

La UCI estaba tranquila y lo único que se oía era el pitido de los aparatos. Sergio se acercó a su mujer y la besó. Estaba pálida todavía, pero no tanto como en el paritorio. Maya abrió los ojos.

—¿Qué me habéis hecho? —le preguntó al médico en voz baja.

El médico le cogió la mano.

—Lo siento, Maya, estaba completamente rasgado. No he tenido otra opción.

Ella rompió a llorar. Las lágrimas descendían por sus mejillas, pero ningún sonido salía de su boca. El médico le apretó el hombro y se retiró. Sergio se sentó en la cama y, sin decir nada, le tomó la mano y se la acarició. Maya volvió la mirada hacia otro lado y ahogó un sollozo. Pensó en el cuadro de la Virgen y los angelotes de la iglesia de Ávila, pensó en la foto del bautizo de Sergio. Pensó en la madre de las dos niñas que pasaron por delante de ella cuando esperaba a entrar en la oficina de Correos. El corazón se le encogió, se dijo que jamás llevaría a dos niños de la mano y un grito de desesperación rasgó el silencio.

21

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cerraron la puerta de Inés con cuidado y salieron a la calle.

—Puede que lo del profesor fuese un chisme —dijo Cano.

—No creo que Inés nos mienta, pero a lo mejor no lo sabía. Por muy amigas que sean, puede que tuvieran secretos. Tenemos que hablar con él.

—Parecía mucho más afectada que ayer —observó el brigada.

—Comprensible. Lo de encontrarte muerta a tu mejor amiga, en el primer momento puede hacerte reaccionar de una manera racional, pero después…

—La hija está fatal.

Karen asintió.

—David tampoco tenía buen aspecto el otro día; a lo mejor comieron algo en mal estado juntos. ¿Has visto las fotos? Hacen muy buena pareja.

—Sí, parecen hermanos —dijo Cano.

—Celia debe de estar verdaderamente enferma; si no, estaría en Madrid con él.

No se cruzaron más que con dos personas de camino al pueblo y el brigada lanzó un resoplido de satisfacción.

—Menos mal, ya se han ido… Qué silencio. No hay como San Lorenzo los domingos por la tarde.

Karen observó a varias parejas que paseaban por la plaza y a unos ancianos que charlaban bajo los últimos rayos de sol. Se dirigieron a los soportales, donde, si volvía el viento, estarían más resguardados. El Mesón había puesto sus mesas y sus estufas fuera y se sentaron. Al contrario que otros muchos sitios del pueblo, en los que contaban

con varios camareros, fue el dueño, un hombre de pelo gris, con un jersey marrón y una camisa de cuadros que irradiaba tranquilidad, el que salió a preguntarles qué deseaban. Cuando pidieron una copa de vino blanco y otra de tinto, recitó una retahíla de opciones, entre las que escogieron, Karen un blanco *chardonnay* y Cano un tinto rioja. El hombre encendió la estufa, les acercó un cenicero al ver sendos paquetes de tabaco sobre la mesa y entró en el local para aparecer de nuevo con las copas y una tapa de longaniza y queso.

—Supongo que la vecina aprovechó que sus hijos estaban en clase para informar al personal —reflexionó Karen aludiendo a las habladurías.

—Ya lo saben demasiadas personas. No creo que hayan sido ni Inés ni Adriana; seguro que ha sido ella. Inés parece muy afectada, pero su teoría del robo no es mala… —observó el brigada.

—Sí, aunque…

—Ya lo sé —dijo Cano interrumpiéndola y sonriendo—: el frutero.

—Hay cosas que no concuerdan —protestó ella—, aunque puede que sólo las tengamos que comprender. No quiero partir de la base del robo, investigaremos mal las otras posibilidades.

—Si lo del profesor de golf fuese cierto —reflexionó Cano—, y el marido se lo olió o se enteró en este pueblo tan discreto —dijo sarcástico—, a lo mejor tuvieron una discusión que acabó mal.

La teniente miró hacia el banco en el que se solían sentar los ancianos.

—A veces me gustaría preguntarle a Suárez si no corren habladurías sobre nosotros —dijo pensativa.

—¿No sabías que eres mi coartada? —dijo él riendo.

La teniente lo miró curiosa. Cano no solía hablar de su sexualidad abiertamente; es más, había tardado más de un año en hacerlo con ella, y eso que se pasaban todo el día juntos. El brigada se levantó, señaló su copa casi vacía y entró en el bar a pedir que se las rellenasen.

—Cano, ¿por qué vives en San Lorenzo? —le preguntó a bocajarro cuando volvió.

Él encendió un cigarro y dejó escapar el humo lentamente.

—Es una de esas cosas que no acabo de comprender de mí mismo. Estuve una época viviendo en Madrid y me iba fenomenal. A pesar de todo, echaba de menos el pueblo, sus calles; no sé, la verdad. No te puedo decir lo que era. Cuando el propietario de mi piso de Madrid quiso hacer obras, me volví aquí a una habitación, se suponía que sólo temporalmente y porque encontrar allí para unos meses era muy complicado. Una cosa llevó a la otra: el piso de Madrid subió de precio una barbaridad, los que había cerca del antiguo no me acababan de gustar y, en cambio, el piso de mi edificio, que me encantaba, se quedó vacío. Y encima —lanzó una carcajada—, cuando paseaba por mi barrio en Madrid para buscar otro piso, me parecía que todo el mundo chillaba, que había mucho ruido. Incluso los colores me parecían chillones, así que imagínate. Y llegaba a San Lorenzo y me tranquilizaba el sonido de los coches al circular sobre los adoquines, y el del metal de los carretillos al golpear las aceras. Y coño, ¡las campanas! —El tañido de las horas empezó desde las del monasterio, interrumpiéndolo—. No me parecían ruidos. Todo se conjuró contra Madrid… Aun así, llega a ser un piso enfrente de la parroquia y probablemente no me hubiese quedado mucho, porque es verdad que ahí ves y te encuentras a todo el pueblo, pero ya conoces mi casa: una calle tranquila, un poco fuera del pueblo, y encima mis vecinos no son oriundos de aquí y, aunque hablen de mí entre ellos, no lo comentan con el resto.

Karen lo miró y se dijo que lo de San Lorenzo debía de ser como un virus, porque ella, cuando bajaba a ver a sus padres, también encontraba Madrid chillón, ruidoso; le molestaba el pavimento de las aceras, demasiado liso y perfecto, y el asfaltado de las calzadas, que permitía una conducción suave y sin sobresaltos. Se preguntó si Maya habría tenido esa misma sensación tras pasar un tiempo, a causa de la enfermedad pulmonar del niño, en el pueblo, y eso la había empujado a mudarse al Real Sitio.

—Puede que Maya sintiese lo mismo y por eso buscase trabajo aquí… Bien —dijo—. Tenemos que enterarnos de lo que pasó con la

mujer del centro de belleza, a la que le diagnosticaron el cáncer de piel. Debió pasar algo importante si Adriana lo ha mencionado. Si hubo un posible fallo médico, merece la pena investigarlo.

Cano bebió un sorbo de su vino y se echó hacia atrás en la silla.

—Pues la teoría de Inés no es mala…, pero deberíamos entrevistar bien al marido.

—Y acudir al centro médico y conocer al profesor de golf. Sea o no cierta la aventura, una cosa es segura y es que se conocían bien. Ah, y los padres…

El sol se había puesto y la calle, a pesar de estar más animada, daba una sensación de vacío provocada por los múltiples sitios libres en las terrazas, adaptadas a la enorme cantidad de turistas de los fines de semana que desaparecían en su mayoría los domingos por la tarde.

—Mañana podemos ir lo primero a su trabajo, ellos sabrán lo que ocurrió con esa mujer. A lo mejor hasta tienen sus datos. Luego vemos al profesor de golf, y después bajamos a Madrid a ver al marido de nuevo —propuso Cano.

22

Madrid, 2000

Maya se sentó en la consulta del pediatra apartada de las otras madres que esperaban con sus hijos y miró a un niño de unos dos años que saltaba entre las sillas. Tenía la cara enrojecida y la nariz le moqueaba. Pensó en todos los virus que emitía y sintió una ira intensa contra la madre, que leía una revista y movía acompasadamente un cochecito. Apretó los dientes, se cambió de sitio y extendió una gasa sobre el cochecito de David para proteger a su hijo.

La enfermera salió y la llamó. La consulta estaba plagada de dibujos, de felicitaciones de Navidad y de comunicaciones de nacimientos. Maya miró una foto que mostraba a tres niños de diferentes edades y sintió una tremenda desazón. Reconoció entre ellas a sus sobrinos, los hijos de Carmen y Juan, que luchaban por pagar la hipoteca, ahora que los intereses habían subido, y que hacían malabarismos para conseguir encontrar a alguien que cuidase a los niños las horas que Carmen debía trabajar. Se mordió el labio.

La enfermera le señaló la camilla y le pidió que fuera desnudando al bebé. Maya sacó al niño con cuidado del cochecito y le retiró la ropa. El médico entró con una cartilla en la mano.

—Hombre, David, el primo de Juanito —exclamó tragándose el «otra vez»—. Estás preocupada —dijo dirigiéndose a ella.

—Sí, me parece que tiene los bronquios tomados.

El médico auscultó al niño y le obligó a abrir la boca, provocándole el llanto. Maya se estremeció y le cogió la mano. El hombre tiró la espátula de madera y sonrió.

—Tiene un catarro, nada fuera de lo normal. ¿Come bien?

Maya asintió. Cuando nació David, Sergio propuso el mismo pediatra de sus sobrinos. Era un hombre mayor que tomó al niño como si fuese un juguete y lo obligó a hacer unos malabarismos que la pusieron enferma. Había acudido ya varias veces a él, y el hombre, sin perder jamás su cordialidad, la enviaba cada vez a casa intentando restar importancia a sus preocupaciones.

—Ya lo puedes vestir —dijo dándole al niño una palmadita.

—¿No te parece que puede tener un principio de neumonía? —preguntó Maya.

El hombre alzó las cejas un poco, pero auscultó al niño de nuevo, aunque estaba seguro del diagnóstico. Se quitó el estetoscopio y la miró.

—Maya, está perfectamente, sólo es un catarro.

—Como hace dos días estaba peor, a lo mejor el antibiótico le ha hecho efecto.

El pediatra levantó la cabeza.

—¿Ha estado tomando antibióticos?

Maya asintió.

—Como era fin de semana, pensé que era mejor empezar inmediatamente.

—David no tiene neumonía, Maya —antes de que pudiese contradecirlo, continuó—, y no, no es que el antibiótico lo haya mejorado, se seguiría oyendo algo a pesar de haberlo tomado. Creo que —dijo con suavidad— ya habíamos hablado de que antes de medicarlo, me avisarías.

—Era fin de semana y te intenté localizar.

El médico pensó en la cantidad de veces que lo había contactado esa madre. Trató de recordar si el fin de semana había recibido alguna llamada suya, pero no pudo acordarse: lo informaba tanto de supuestos problemas de crecimiento como de diarreas que no eran más que deposiciones un poco sueltas. Suspiró y se dijo que, aunque las madres primerizas se preocupaban, en general, demasiado, Maya se llevaba la palma.

—No hace falta que te explique a ti que los antibióticos sólo se

deben administrar en caso de necesidad y Dios sabe que no soy contrario a ellos. Pero lo que tiene David es un simple catarro. ¿Qué le has dado? —Maya nombró el antibiótico—. Sé que algunas cosas pueden parecerte, en un bebé, preocupantes, pero no debes —levantó un poco la voz— medicar al niño sin consultar. Eres médico, pero no pediatra. No te pondrías en manos de tu dentista si necesitaras una prótesis —añadió para restar acritud a sus palabras —. David es un niño sano, no necesita medicación.

—No sabes cómo estaría si no le hubiese dado el antibiótico.

—Como empezaste a dárselo ayer, si hubiese estado tan mal, se escucharía algo.

—Me quedaría tranquila si le haces una placa y un análisis.

El médico, que empezaba a perder la paciencia, se negó.

—No le voy a hacer una placa a un niño sin razón. Y tampoco hay ninguna para pincharlo y sacarle sangre.

—Entonces me iré a un hospital.

El doctor se encogió de hombros.

—No te dirán nada diferente a lo que te he dicho —continuó, intentando ser amable—. Maya, David está bien. Llevo casi cuarenta años en esta consulta —añadió exasperado—: es un niño sano y puedes estar tranquila.

Maya apretó los dientes.

—Me gustaría un pediatra que se tomara en serio los síntomas de sus pacientes.

—Me tomo en serio a mis pacientes —dijo el médico, que había llegado al límite de su paciencia— siempre que estén enfermos.

Ella asintió y terminó de vestir a David. El hombre cerró el expediente y guardó silencio. La enfermera entró y le propuso fechas para las próximas vacunas, pero Maya tomó a David, lo estrechó entre sus brazos y dijo que ya llamaría.

23

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Karen estaba haciendo café cuando oyó el chirriar de la verja y vio al brigada avanzar por el camino con una bolsa de papel en la mano. Puso la leche a hervir y encendió de nuevo la máquina, contenta de volver a la rutina.

—Buenos días —dijo Cano cuando le abrió—, están calentitos…

Karen sonrió, dejó la puerta abierta y entró a servir el café de su segundo. Lo colocó en la mesa, apartó las sillas y puso un plato vacío en el centro. Mientras tanto, Cano se limpió los zapatos en el felpudo y colgó la chaqueta en el perchero. Pasó a la cocina y vació la bolsa de churros en el plato. Cogió la taza y enlazó las dos manos sobre la porcelana.

—Hace un frío que pela; tenía que haber cogido el gorro. —Bebió un sorbo, lo dejó sobre la mesa y se dejó caer en la silla—. ¿Avisamos a Sergio? —preguntó el brigada—. Creo que me has contagiado, cada vez me da más mala espina…

—Cuando estemos cerca —dijo sonriente Karen mientras mordía una porra—. Lo llamamos desde ahí. Supongo que estará en su casa o trabajando. Qué placer, Cano, están recién hechas.

—¿En la oficina si se le acaba de morir su mujer?

—Cada cual reacciona como puede. Creo que yo también lo haría, aunque sólo fuese para despejarme la cabeza. —Se acabó el café y se levantó para mirar por la ventana.

—Podemos pasar por el centro de salud, que ya estará abierto, y lo del profesor de golf y los padres lo dejamos para más tarde; así nos ahorramos el atasco de entrada —propuso.

Karen guardó las cosas en el lavaplatos, cogieron sus chaquetas y

salieron a la calle.

Cano dejó el coche con el freno de mano puesto a milímetros del bordillo de granito en un hueco frente al centro de salud, un edificio de ladrillo nuevo un poco alejado del casco antiguo de San Lorenzo, situado en una cuesta empinada. Un coche de autoescuela pasó a su lado y Karen se dijo que, si se aprendía a aparcar en San Lorenzo y a desenvolverse en el laberinto, no habría problema al volante que no se pudiese solucionar. Un coche salió, el de la autoescuela se detuvo y tuvo que arrancar en cuesta. Se oyó el rugido protestón del motor, pero continuó hacia la parroquia sin calarse y sin mayores percances. Cano, que había oído el ruido, lanzó una carcajada.

—Es un principiante todavía, no le sube por la Cañada Nueva…

La Cuesta del Hielo, nombre que se le da en San Lorenzo a una parte de la Cañada Nueva, es una calle que salva un desnivel de casi cuatrocientos metros en poco más de un kilómetro, y tiene partes que casi llegan al veinticinco por ciento. Los ciclistas que corren la Vuelta a España la llaman «el Muro».

—¿Los suben por ahí? —preguntó Karen espantada.

—A todos, también a mí me subieron en su día. ¿Cómo vas a moverte por este pueblo si no aprendes a apañártelas bien con las cuestas? Hubo una época en la que se decía que era mejor que sólo se examinase en plano, que se los llevasen por calles como Floridablanca, porque no estaban en igualdad de condiciones con los otros. Fue un desastre… No sabían arrancar en las cuestas y se les calaba el coche cada dos por tres, por no hablar de aparcar.

—Posponer dificultades que se van a presentar de todas maneras siempre es inútil —argumentó Karen.

—Pues es de una actualidad pasmosa.

Subieron las escaleras y se encontraron ante un mostrador tras el que una enfermera de movimientos rápidos hablaba por teléfono mientras imprimía unos documentos. Había varias personas en la sala de espera que levantaron la vista en cuanto oyeron la puerta.

Un hombre no demasiado alto, de tez oscura y un poco grueso, salió de la primera consulta con una lista en la mano. Cano se dirigió a él antes de que llegase hasta los pacientes, que observaron la maniobra y desistieron de protestar al ver sus uniformes. Le pidieron pasar a su consulta un momento y, aunque el médico dudó, accedió tras echarles un vistazo de nuevo.

—Ustedes dirán —dijo un tanto arisco mientras se sentaba tras la mesa—. Pero, por favor, hay gente que tiene que ir a trabajar en la sala de espera y tienen prisa.

—Se trata de Maya Vargas.

El hombre se relajó y se levantó sin ocultar su alivio.

—Yo no soy dermatólogo; si la quieren ver a ella, hagan el favor de concertar una cita —zanjó satisfecho.

—No se trata de eso. La hemos encontrado muerta en su casa. Murió el viernes por la noche —explicó Karen.

—¿Perdón? —Se dejó caer de nuevo en la silla. Los guardias civiles asintieron con la cabeza sin decir nada—. ¡Pero si la vi el viernes y estaba perfectamente!

—Ha sido asesinada e investigamos las posibles causas de la muerte.

La cara del hombre cambió.

—Asesinada…

Karen pensó que por lo menos no había repetido el participio con una pregunta, lo que le resultaba siempre asombroso, pero era habitual que los testigos llenaran el silencio así para ganar tiempo y digerir la noticia.

—¿Nos puede contar algo de ella? —preguntó Cano.

—No teníamos mucha relación fuera del trabajo —dijo con tono de excusa—. Llevo unos cuatro años trabajando aquí y ella bastantes más, pero, al margen del entorno laboral, no nos veíamos.

—¿No se llevaban bien?

El médico levantó las manos en un gesto de negación.

—¡No, no! —exclamó—. Nos llevábamos muy bien, pero Maya era una mujer muy ocupada y cuando trabajaba no hacía otra cosa. Muy

rara vez, sólo en alguna fiesta, iba con el resto a tomar algo. Nunca salía por las tardes y, si lo pienso, tampoco iba a las comidas de Navidad… o, bueno —pareció recordar—, a esas sí, a la comida de este año fue. Es… —Hizo una pausa y se corrigió—. Era muy buena profesional, muy meticulosa. Una mujer admirable.

—¿Nos podría decir si tenía alguna relación más íntima con alguien de la plantilla?

—Era una mujer muy amable, pero hasta cierto punto inaccesible y poco dada a permitir confianzas. Si le quieren preguntar a alguien, Lorena, la enfermera de la entrada, lleva aquí más de veinte años y les podrá decir más que yo, aunque la que pasaba más tiempo con ella es su ayudante, Beatriz. Y ahora, si me lo permiten, tengo que seguir con mis pacientes.

—Sí, claro —dijo la teniente—, pero permítame una última pregunta: ¿vio a Maya salir de aquí el viernes?

El hombre tecleó en el ordenador y levantó la cabeza.

—Salió a las seis.

—¿Cómo está tan seguro? ¿La vio?

El médico sonrió confiado.

—No, no la vi. Pero Maya era como un reloj suizo. Tenía las horas planificadas y si su plan, que actualizaba durante el día, decía hasta las seis, salía a las seis. Aunque no solía quedarse tanto —reflexionó —. Los retrasos, que en nuestra profesión son habituales —dijo girando la cabeza hacia la sala de espera y lanzándoles una mirada de reproche—, la sacaban de quicio. No los permitía y sus pacientes lo sabían. Calculaba el tiempo necesario para cada uno según sus dolencias y así lo inscribía y se dejaba la última hora libre para compensar lo que se le hubiese acumulado durante el día. —Lanzó una carcajada—. Con eso sí que nos reíamos, porque tenemos pacientes que son expertos en la impuntualidad, algunos cinco minutos, otros veinte, con la excusa de que no pueden aparcar. ¿Saben? Eso sí es extraño: a nadie le extraña llegar al AVE tarde y que no le dejen pasar, o al cine y que haya empezado la película, pero con el médico sí… Este era el ejemplo que ponía ella. Cuando

un paciente se retrasaba por sistema, lo citaba media hora antes de lo que registraba en su agenda y le hacía esperar. Si el que llegaba tarde era el último de ese día, le decía que volviera al día siguiente. Al final los educaba, como dice Lorena… Ella siempre salía a su hora y no esperaba, como me pasa a mí con algunos pacientes, que se retrasan veinte minutos y más, y ella jamás se quedaba hasta las ocho por los impuntuales… Aunque no sé por qué saldría tan tarde ese día: normalmente, los viernes por la tarde no trabajaba.

—Tendría alguna urgencia, supongo —dijo Karen—. ¿Qué hacía entonces?

El médico meneó la cabeza.

—En dermatología, las urgencias son raras. Además, tenía montado un sistema genial, no les digo que no. Fíjense: veía a un paciente y le recetaba una crema. Ya saben cómo son las cosas: algunos se la aplican y otros no porque creen que con ir al médico y comprarla el proceso de curación ha comenzado. Pues Maya tenía un día de consultas telefónicas y le pedía al paciente que la llamase pasados unos días para ver cómo iba. Esto ya lo obligaba a aplicarse la crema, saber que tenía que llamarla y explicarle los cambios. Apuntaba en las fichas lo que le decían, las palabras exactas del paciente. —Sonrió—. Ya saben cómo difiere el lenguaje de unos a otros… Yo le pregunto a un señor que debe adelgazar lo que desayuna y me contesta que nada, que lo normal: una tostada y un café con leche. Cuando le pido que a la siguiente consulta me traiga la tostada —esto me lo sugirió Maya—, va y me trae media hogaza de pan de pueblo y un paquete de chorizo. —Se echó a reír—. Y, evidentemente, a él le parece normal…, ¡se lo ha tomado siempre! Maya tenía un seguimiento impecable y les preguntaba, según los adjetivos que utilizaban, por su mejoría. Como sistema era fantástico, no sé dónde lo aprendió: funcionaba. La verdad, no me puedo imaginar quién ha podido cometer una barbaridad semejante. Y ahora si me perdonan…

—Una última pregunta. Hemos oído que Maya tuvo un problema con una paciente. ¿Sabe usted algo?

El hombre se revolvió en su silla.

—Fue un caso muy desgraciado, hubo un juicio y Maya ganó. No sé mucho más, en esa época yo estaba de baja y a ella no le gustaba hablar del asunto; Beatriz les podrá decir más.

Salieron al recibidor tras agradecerle su tiempo y vieron que en la sala de espera se habían acumulado bastantes pacientes que esperaban con los ojos fijos en sus móviles, y que levantaron la mirada en cuanto oyeron la puerta abrirse. Algunos los mantuvieron clavados en el doctor y otros los bajaron inmediatamente, como si no fuese con ellos, y la pareja de guardias civiles dedujo que serían pacientes de otro médico. Se acercaron al mostrador, donde la enfermera, Lorena, supusieron, atendía a una mujer con la cara roja y pelada, como si se hubiese quemado con el sol.

—No ha llegado todavía —decía la enfermera—. La he llamado varias veces, pero no contesta. Le debe de haber pasado algo, no es normal.

La recepcionista mandó a la mujer a la sala de espera y volvió la cabeza hacia ellos. Le explicaron en voz baja lo ocurrido y se llevó la mano a la boca.

—¡Por eso no ha llegado! —exclamó, como satisfecha de haber resuelto un acertijo complicado.

Karen se dijo que Maya debía de haber sido tan extremadamente puntual que sólo la muerte era una explicación plausible para su retraso. Se dijo que cada vez le caía mejor, que seguro que a ella también le crisparían las expresiones como «ratito» o «momentito», que no definían el tiempo de manera exacta y a las que le costaba tanto habituarse.

—¿Qué nos puede contar de ella?

La puerta se abrió y entraron otros pacientes más. La enfermera los miró desalentada.

—Esperen un momento fuera, por favor —dijo dirigiéndose a los recién llegados en tono premonitorio.

Uno de ellos protestó: sólo venía a por unos análisis y, mostrando un casco de obra, dijo que se tenía que ir a trabajar, a lo que la

enfermera le respondió, seca, que los otros también habían ido sólo a una consulta o a que les sacaran sangre, pero le preguntó el nombre, tecleó en el ordenador e imprimió dos hojas que le entregó tras comprobar el DNI.

—Era una mujer muy capaz —dijo consternada al irse el hombre con sus resultados—. La verdad es que daba gusto, porque con ella no había horas extra, ni pedía cosas en el último momento: todo el instrumental que iba a necesitar un día lo pedía el anterior. No se quedaba sin gasas ni tenía que pedir ayuda en medio de una consulta… No había retrasos, por eso me he quedado tan de piedra. Si se retrasaba, llamaba antes, y eso no pasaba casi nunca.

—¿La vio el viernes? ¿Fue un día normal?

Unas arrugas se formaron en la frente de Lorena.

—Ahora que lo dicen, no. Llamó por la mañana para avisar de que se retrasaba por lo menos dos horas, lo que en ella era una barbaridad. Se le desbarajustó la agenda, pero se quedó por la tarde y la recuperó. Como jefa era estupenda.

—¿Y como persona?

—Era muy buena —respondió sin dudar—, aunque no la clásica con la que te vas a tomar unas cañas después. Ya ni siquiera se lo decíamos, porque era que no y, además, eso lo veíamos en las comidas de Navidad, que no es que fuera una aguafiestas, pero nadie se atrevía a desmelenarse en su presencia, ¿comprenden? Era muy seria, muy precisa, muy perfecta. Tanto, que relajarse demasiado en su presencia resultaba…, no sé cómo decirlo, a lo mejor la palabra es «inapropiado»… Sí, era inadecuado hacer bromas delante de ella, como si estuviesen fuera de lugar.

—¿Y con sus compañeros?

—No solía hablar de los compañeros —dijo Lorena tajante—, y si tenía un más o un menos con alguna enfermera, lo aclaraba directamente antes de que la otra pudiese protestar o comentar.

—Así que era una persona seria y responsable, se llevaba bien con sus compañeros y, a pesar de tener una tendencia marcada al perfeccionismo, no criticaba a los otros a sus espaldas —resumió

Karen.

La enfermera dudó. Sólo fue un gesto más duro en su rostro, pero suficiente para que lo viesen.

—Tampoco me entiendan mal, y no quiero decir nada malo porque cada uno somos como somos y ella era así, pero cuando creía que tenía razón en algo y tenía claro que alguien había hecho algo mal era implacable, no cejaba hasta enderezar lo que estaba mal. —Suspiró—. Antes de Beatriz, que es su asistente, compartía enfermera con los otros, y si había una un poco más lenta o que no se concentrase cien por cien en lo que estaba haciendo, saltaban chispas. No les quiero decir si veía a una con el móvil o pitaba un mensaje… —Sacudió la mano—. Pero después se quedó con Beatriz, que ya estaba acostumbrada a ella. Se conocían desde hace años y funcionaban juntas como una máquina bien engrasada. Cuando Beatriz se tomó la baja por maternidad y otra enfermera tuvo que suplirla, fue un desastre, pero, claro, la chica era muy jovencita, poco experimentada, y Maya estaba acostumbrada a Beatriz, que se formó con ella y sabía lo que necesitaba antes de que lo pidiese.

—Y Beatriz ¿está aquí?

Lorena negó con la cabeza tras echar un vistazo al reloj.

—Deja a los críos en el colegio y entra a trabajar un poco más tarde.

—Pero —objetó Karen—, si era su mano derecha y ella ya tenía citas…

Lorena sonrió.

—Ya, pero estaba organizado así. Cuando Beatriz, al nacer su último hijo, quiso trabajar menos horas, Maya estuvo a punto de tener un síncope. Soportó la baja porque eran unos meses, pero día sí, día no, tenía problemas con la suplente. Por eso quedó con Beatriz en que podría entrar más tarde, que ella se las arreglaría con los primeros pacientes sola y después Beatriz haría todas las horas de un tirón, sin pausa. Así esta ganaba el sueldo completo, trabajaba las horas que los niños estaban en el colegio y salía a tiempo para recogerlos. Pero debe de estar a punto de llegar. —Miró

el reloj que había colgado en la pared y especificó—: En diez minutos la tienen aquí.

La mujer de la cara roja se acercó de nuevo al mostrador.

—Perdón, ¿cómo es que no está la doctora? Había quedado con ella para la biopsia…

Lorena carraspeó y los miró indecisa.

—¿Podríamos pasar a una consulta vacía? —preguntó Cano.

—Claro, claro —dijo Lorena, contenta de quitárselos de encima—. Pasen a la tres, es la de la doctora Vargas.

Karen se dirigió a la mujer que esperaba.

—¿Quiere venir con nosotros?

Los miró extrañada, pero los siguió y se sentó en la silla destinada a los pacientes.

—¿Qué le ha pasado a la doctora? —preguntó inquieta.

—Ha muerto —espetó la teniente—. El viernes por la noche. —La mujer abrió la boca y la volvió a cerrar—. ¿Es usted paciente suya desde hace tiempo? —preguntó Karen.

—Hace ya ocho años, sí. Tengo una enfermedad congénita —dijo señalándose la cara—, ictiosis. Antes iba por la Seguridad Social, pero una amiga me recomendó a la doctora y desde entonces, aunque es de pago, no he vuelto a cambiar. Lo mío no tiene curación, pero ella leía todo lo nuevo que salía y hasta pedía cremas fuera, aunque las tuviera que usar sin la aprobación de la Agencia Europea del Medicamento. El verano pasado aprovechó para ir a un congreso de expertos en ictiosis en Dallas y estoy probando uno nuevo. Era impagable, pero consiguió que me considerasen parte de una cohorte experimental, a pesar de estar en España. Lo único que tengo que hacer es venir una vez a la semana a hacerme una biopsia y rellenar unos cuestionarios. El medicamento me sale gratis y las biopsias no las tengo que pagar, así que para mí ha sido una salvación.

—¿Y funciona? —preguntó Cano curioso.

La mujer echó a reír y se señaló la cara.

—Les parece que estoy mal, ¿verdad? —Sacó el teléfono y buscó

entre las fotos para volver la pantalla hacia ellos.

Karen había visto un caso de ictiosis en Colonia y pensó que el de la paciente de Maya era una versión leve, pero Cano hizo un leve gesto involuntario hacia atrás al ver en la pantalla la imagen del rostro de un rojo profundo y sembrado de escamas.

—Por eso se llama ictiosis —explicó la mujer sin inmutarse ante la reacción del brigada—, porque nuestra piel forma escamas, como las de los peces. Pero somos tan pocos que a las grandes farmacéuticas no les merece la pena investigar. Normalmente, nos enchufan corticoides y una batería de cremas de por vida y nos mandan a casita. Por eso apreciaba tanto a la doctora, era la única que se molestó en buscar algo más. —Se le humedecieron los ojos y buscó rápidamente un pañuelo de papel con el que se secó las lágrimas con unos golpecitos—. Perdonen, pero llorar es fatal para la piel. Maya se implicó muchísimo en mi caso y ahora no sé qué va a pasar. Es raro encontrar a alguien que se interese tanto por enfermedades raras, pero ella…, a lo mejor por lo de su hijo —suspiró.

—¿Lo de su hijo? —preguntó Karen curiosa.

—Tenía también una enfermedad rara, pero él coronaria. Nunca me lo contó en detalle, pero sí me dijo que le daba mucha rabia que nadie quisiera investigar las enfermedades singulares.

Sonaron unos golpes en la puerta y una enfermera de unos treinta y cinco años apareció en la consulta. Tenía los ojos enrojecidos y supusieron que su compañera ya la había puesto al tanto. Les lanzó una mirada, pero se dirigió a la paciente con un tono neutro.

—Marina, ya sabes que la doctora no está. No te preocupes, está todo preparado para la biopsia, te la puedo hacer yo. ¿Has rellenado los cuestionarios?

—Sí, lo hice *on-line* —dijo levantándose.

—Si nos perdonan un momento, voy a tomar la muestra y ahora mismo estoy con ustedes.

Ambas salieron de la habitación y los dejaron solos. Karen observó a Cano, que se había sentado en la camilla y parecía un paciente abandonado.

—Joder —dijo Cano—, como para decir algo, menudo sargento.

—No tardará más que unos minutos y de la paciente ya sabemos bastante.

El brigada se levantó y se acercó a una lámina que mostraba el cuerpo humano. Se detuvo a observarla.

—Estoy empezando a recordar cuando vine a esta consulta. Puede que por eso no me acordase de mucho, yo creo que me hizo unas preguntas, me miró la piel y me mandó a casa. No tardó ni cinco minutos. Pero me pidió que la llamase a los tres días para decirle cómo iba. —Sacó el móvil—. Te citaba a una hora y sólo tenías que llamarla y explicar el tono y la reacción de la piel. La verdad es que no lo hice, estaba mucho mejor y se me pasó.

—Me parece un sistema fantástico —dijo Karen—. Debía de ser una estupenda médico.

—Sí, ¿habías oído hablar de esa enfermedad? —preguntó Cano.

—Conocí a una mujer que la sufría en Colonia. Hay diversos grados, pero los enfermos lo pasan fatal. Las afecciones de la piel siempre son llamativas y generan rechazo, pero esta es muy visible por el enrojecimiento del rostro y porque parece que se van pelando, lo que es imposible de ocultar. Lo que me pregunto es qué hace una mujer que se dedica a seguir simposios en Estados Unidos y se interesa por las enfermedades raras en una consulta de una clínica privada en San Lorenzo. La vería más en un hospital más grande, por lo menos en Madrid.

24

Alicante y Madrid, 2001

Sergio estaba trabajando en Alicante cuando llamó Maya.

—David se ha puesto enfermo.

—No será nada, ¿verdad? —respondió él inquieto.

—No lo sé todavía. Lo he traído al pediatra, dice que es un virus intestinal. Lo debió coger en la consulta el otro día: ¿te acuerdas que te dije que no me gustaba el aspecto que tenía?

—Cojo el primer tren que encuentre —dijo—. ¿Quieres que le pida a mi madre que te eche una mano?

Maya se imaginó a su suegra y todos sus consejos de andar por casa y negó inmediatamente.

—No, ni se te ocurra, no la molestes, me arreglo bien. El pediatra ha dicho que no serán más que unos días.

—A mí me pareció un hombre sensato —dijo Sergio—, y con experiencia. Me dijo Juan que tenía cinco hijos, así que habrá visto de todo…

—Ah, no te lo había comentado: estoy yendo a otro. Con Castilla no me sentía a gusto, no me tomaba en serio.

Sergio iba a decir que a él sí que le había gustado y que el hombre le había recordado al doctor Gil, su antiguo médico, un hombre mayor con las orejas un poco puntiagudas y los pelos blancos hirsutos que le crecían a los lados de la cabeza como alas, y que antes de cambiarlo podría habérselo comentado, pero se calló y se dijo que quién era él para inmiscuirse, encima siendo su mujer médico. Se despidió preocupado, y cuando Maya llamó para decir que lo tenían que ingresar, canceló las noches de hotel que había reservado y cogió un taxi a la estación.

Eran ya pasadas las siete cuando llegó al hospital. Maya estaba al lado de la cuna con los ojos fijos en el niño, al que habían puesto un gotero y que vestido sólo con el pañal parecía más vulnerable aún. Al oír la puerta se volvió, se lanzó en brazos de Sergio y empezó a llorar.

—No hacía más que devolver, por eso lo he traído…

—¿Cómo está? —preguntó Sergio asustado—. ¿Por qué estás sola?

Maya se secó los ojos con un pañuelo de papel.

—Está mejor desde que le han puesto el gotero. Mi madre se ha ido hace un rato.

Una enfermera entró en la habitación y se acercó a la cuna. Observó al niño y sonrió a los padres.

—Está mejor —sentenció—. Has hecho bien en traerlo —le dijo a Maya—, estaba muy deshidratado, el pobre pequeñín. Y ahora que está papá aquí, todo va a ir a mejor —exclamó animosa.

Durmieron a ratos vigilando al niño y a la mañana siguiente el pediatra que pasó a verlos les confirmó la mejoría. David chupó el biberón con ansia, aunque con poca fuerza, y hubo que despertarlo acariciándole la mejilla varias veces. Cuando acabó, cayó en un sueño profundo.

—Sergio —dijo Maya—, vete a casa y duerme algo, tienes un aspecto horrible y el niño está mejor.

Discutió un poco, pero se dijo que una ducha le vendría bien y, si dormía un par de horas, podría sustituir a Maya, cuyo rostro estaba ceniciento y marcado por ojeras oscuras y que se negaba a apartarse de la cuna. Salió al pasillo, y al pasar por el cuarto de las enfermeras, una de ellas lo detuvo.

—Cuide mucho a su mujer; cuando llegó, pensamos que la teníamos que ingresar de lo angustiada que estaba. Es una madraza, no se ha separado ni un momento del niño.

Cuando volvió al hospital y abrió la puerta con cuidado por si uno dormía, se encontró a David en brazos de su madre con la mirada fija en su rostro. Le pareció que era una imagen tan bella que, al no tener cámara, intentó grabarla en lo más profundo de su memoria.

El niño dejó de vomitar, los periodos despierto aumentaron con el paso de las horas y cuando entró el médico y observó los cambios, sonrió confiado.

—Por mí os lo podéis llevar… Como en casa, en ningún sitio. —Se dirigió a la cuna y miró al niño—. David, a ver si te portas, que menudo susto nos has dado —dijo risueño—, pero parece que la mano de tu madre obra milagros.

25

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

La puerta se abrió y Beatriz entró en la habitación. La mujer parecía afligida, pero se mantenía serena.

—Perdonen, ya estoy con ustedes.

Sacó un taburete que había bajo una mesa auxiliar, miró hacia la silla huérfana arrimada a la mesa, y se sentó. Karen repitió que estaban obligados a investigar todas las muertes y por eso le harían unas preguntas que le podrían resultar extrañas.

—¿Quién querría hacerle algo a Maya? —preguntó la asistente consternada.

—Eso queremos indagar. ¿Qué nos puede contar de ella?

La enfermera suspiró.

—Mi relación con ella era intensa porque pasábamos la jornada laboral juntas, pero, a pesar de eso, no puedo decir que la conociera mucho. Les digo lo que sé. Era una increíble profesional. Ya sé que hay gente por ahí que dice que no se tomaba el tiempo de hablar con sus pacientes, pero no era cierto. No hablaba de su vida, pero sí de sus dolencias y de lo que podía provocarlas. ¿Saben? —suspiró—. Hay muchas personas muy solas que aprovechan cualquier ocasión, y el médico es de las mejores, para contarle a uno su vida: que los hijos no llaman lo que deberían o que ven a los nietos, con suerte, sólo en Navidad. Maya decía que perder el vínculo con los hijos era trágico, pero que escucharlo no iba a subsanarlo. —Se encogió de hombros—. Era rápida, pero no sólo eso: tenía desarrollado un sistema de preguntas muy preciso. No se sabía los nombres de sus pacientes, pero sí los detalles de sus dolencias y así los identificaba. Puede que, a los que vienen al dermatólogo como a la consulta del

psicólogo, les pareciera fría, pero las cosas le afectaban, claro que sí. Sólo que no creía que mostrar pena pudiese arreglar el mal. Es como con Marina, a la que acaban de ver. De ella sí que se sabía el nombre porque lo había rellenado mil veces para el estudio, pero poco más. Eso sí, no creo que nadie en el mejor hospital de Madrid hubiese hecho más por ella que Maya. No se crean que meterla en ese estudio fue moco de pavo: luchó como una jabata porque los americanos no querían ni atados. Le he preguntado si les puedo enseñar su ficha médica, para que se hagan una idea de cómo trabajaba, y me ha dado permiso.

Se acercó al ordenador, tecleó una clave y, cuando apareció el portal, insertó el nombre de la paciente. Volvió la pantalla hacia ellos y les mostró las anotaciones que hacía Maya en cada visita, notas sobre una silueta humana. La pantalla les mostraba sólo las últimas dos visitas y los comentarios eran exhaustivos: medía en una escala el tono de rojez, la cantidad de escamas, y anotaba el tratamiento que había seguido o las interrupciones del mismo. Leyeron unas líneas: «No sigue el tratamiento de exfoliación durante dos días [las fechas] por causas ajenas al estado de la piel. Las escamas se multiplican, pero dice que se retiran bien. Actualmente no hay variación. Le comunico que una interrupción de 48 horas no tiene mayores consecuencias».

—¿Ven? —dijo Beatriz—. Sí que escuchaba, pero le daba igual si la interrupción había sido por una boda o simplemente por desidia. Ella decía siempre que se ocupaba de la piel y de las causas de la dolencia, pero que la vida de sus pacientes no era cosa suya. Aprendía de ellos, tenía una base de datos en la que consignaba sus observaciones sobre las enfermedades y la actualizaba continuamente.

—Usted trabajaba con ella desde hace tiempo, ¿no?

—Desde hace ocho años, sí. Al principio estaba en la recepción y era un poco la chica para todo. Tenía los niños pequeños y ya saben lo que es eso. Maya no tenía enfermera fija y la única que se llevaba bien con ella se jubiló. Como era la nueva, me tocó ayudarla más.

Las otras le tenían miedo y la verdad es que yo también porque podía ser muy dura ante los errores, pero si quería mantener el trabajo, no me quedaba otra. Así que me tocó y —sonrió— todavía recuerdo el miedo que tenía el primer día. Lo primero que me dijo es que sabía que tenía niños pequeños.

—No debía llevar bien las eventualidades —dijo Cano comprensivo.

La mujer lo miró con desprecio.

—No ha entendido usted nada. En su momento, me eché a temblar, porque es verdad que todos hablan de conciliación, confianza y apoyo y después —dijo con amargura— todo es mentira. Los más amables, los más simpáticos, son los peores, esos que te dicen que te quedes cuando te han llamado del colegio para que vayas a por el crío. Ella no. Cuando me dijo que sabía lo de los niños, pensé que me iba a echar un sermón como los otros, pero fue todo lo contrario. Me dijo que ella también tenía un niño y que era lo primero, pero que no era culpa de los pacientes que nosotras tuviéramos que conciliar, por lo que tendríamos que formar un equipo. Me preguntó si aprendía rápido y le dije que en el colegio había sido muy buena. —Sonrió orgullosa—. Me mandó su base de datos para que me familiarizase con su método de trabajo, las preguntas que hacía y lo que tenía que rellenar. Me dijo que debería aprender a seguir el esquema exacto de sus preguntas y a apuntar lo que ella observaba sin cambiar una sola palabra, además de las palabras exactas que utilizaban los pacientes para describir sus síntomas.

»Cuando llegué a casa y abrí la base de datos, me eché a llorar porque eran muchísimas cosas. Me acosté a las tres de la mañana y al día siguiente me sabía veinte. Cuando se lo expliqué, me miró asombrada y me dijo que lo que tenía que aprender era el método, no el detalle de cada enfermedad, pero que si había podido con veinte en una noche, sin dormir casi, como observó, podría aprender sin dificultades dos al día. Me dijo que quería poder confiar en mí y que para eso tenía que estar al cien por cien: ni llamadas ni mensajes durante el trabajo. Que podía elegir si irme a tomar café

con las otras o trabajar de corrido con una pausa de veinte minutos para comer. Que si elegía esta opción, llegaría al cole a por los niños. Me dijo que se adaptaría a mis horarios, que si dejaba los cuestionarios y pruebas preparados, podría entrar más tarde y dejar al pequeño en la guardería. Y así empezamos… —Se echó a llorar. Enterró la cara entre las manos y con un largo suspiro levantó la cabeza y se limpió los ojos—. Ha sido la mejor jefa que he tenido jamás y una fantástica médico. No es porque lo diga yo —dijo con orgullo y apartando dos lágrimas rebeldes—, tenemos una barbaridad de pacientes, vienen muchos hasta de Guadarrama y de Galapagar, la mayoría recomendados. En la primera consulta, la gente reaccionaba sorprendida porque Maya no era dada a charlar, pero cuando veían que sabía lo que se hacía, no cambiaban a otro médico.

—Marina nos ha contado que hacía cursos de formación fuera.

—En verano, sí. Mandaba al niño a Estados Unidos y ella se iba con él: aprovechaba para estar cerca del crío y para hacer el curso. Así hizo varios.

—¿Qué sabe de su vida privada?

—No mucho, la verdad. Me enteré de la enfermedad de su hijo después de bastante tiempo, y eso porque el niño tuvo un problema en el colegio y se tuvo que ir. Dejó todo lo que estaba haciendo, me llamó desde el coche y me dio instrucciones para algunos pacientes crónicos. Al día siguiente, cuando le pregunté, me dijo que el niño tenía una enfermedad del corazón, pero no me explicó más. Maya no era muy dada a las confianzas; durante los veinte minutos que pasábamos sin trabajar, comentábamos más la evolución de los pacientes que cosas personales. Nunca me preguntaba por los críos ni quería ver fotos. Sólo una vez, que yo estaba preocupada por mi hija porque estaba siempre enferma y no encontraban lo que era, me preguntó más detalles.

—¿Y la mandó a un especialista?

—No. Me hizo unas preguntas y le mandó unos análisis, que le hicimos aquí. Tenía razón: era mononucleosis.

—¿De Sergio, su marido, sabe algo?

—Lo vi con ella alguna vez por el pueblo, pero contadas con los dedos de la mano. Ya le digo: no teníamos mucho tiempo para hablar de nuestra vida privada y la respetábamos al máximo.

—Perdone, pero hay algo que no entiendo —preguntó Cano—: se llevaba usted muy bien con Maya, trabajaban mano a mano ocho horas al día y confiaban la una en la otra y ¿nunca se iban a tomar algo juntas?

Las cejas de Beatriz se alzaron en un reproche mudo.

—No lo entienden. —Beatriz miró a Cano con rabia—. En las horas que pasábamos juntas éramos como hermanas. Si hubiese tenido un problema, lo que pasó más de una vez, hubiese acudido a Maya sin dudar. Cuando mi pequeña estuvo malita, se volcó. Y fue ella la que me instó a apuntar a los críos a unos cursos de inglés y de matemáticas. Tengo muchas colegas que me preguntan por los niños y quieren ver fotos, y comentan que qué monada. ¿Es eso amistad? Maya no me decía tonterías ni hacía comentarios de lo grande que está la niña. Es más, no creo que supiese ni cómo se llaman y tampoco me regaló el clásico osito cuando nacieron. Pero se preocupaba si uno estaba enfermo y me empujaba a que los formase de tal manera que no les pase como a su madre —dijo con un deje de amargura—, que hubiese podido estudiar Medicina si los últimos años de colegio me hubiese concentrado en lo importante en vez de hacer el imbécil. Pero es verdad que no hablábamos fuera del entorno laboral y no nos íbamos de cañas juntas. Seguro que hay trabajos mucho peores que el nuestro, pero esto no deja de ser estresante y agotador, son ocho horas seguidas de completa concentración en las que no podemos cometer errores. Cuando salimos de aquí, cada una necesita su tiempo, lo que Maya llamaba «descompresión», para poder volver a nuestro segundo trabajo y hacerlo bien.

La miraron asombrados y Beatriz esbozó una sonrisa.

—Es lo que Maya decía. Tenemos dos trabajos, uno práctico y el importante y, al igual que no soportaba fallos en el trabajo, no

comprendía los fallos en la educación. Claro que algo puede salir mal, decía, pero es como estudiar una carrera. Si te ocupas, si te aplicas, si no te dedicas a salir todas las noches, lo normal es que apruebes, aunque alguna asignatura se te dé mal. Ella decía que si los humanos solemos afirmar que lo más importante es la familia, no entendía cómo nos ocupamos tan poco de ella. Y no se crean que era de esas mujeres que se abandonan, todo lo contrario. Tenía un día libre a la semana y aprovechaba para dedicárselo: iba a la peluquería, hacía sus compras. Y no, ese día no lo utilizábamos para quedar; me animó, en cuanto pudiese organizarlo, a hacer lo mismo que ella. —Sonrió de manera culpable.

—Entonces, fuera del entorno laboral, no quedaban —confirmó Karen.

—¿Para qué íbamos a quedar? —preguntó la enfermera—. Pasábamos ocho horas juntas y si había algo que teníamos que contarnos, siempre teníamos unos minutos al colocar los instrumentos o mientras los pacientes se desvestían. No sé si lo entenderán, pero nos conocíamos tan bien que si a una le pasaba algo, no hacía falta decirlo: se notaba por cómo arrastraba la silla al sentarse o con sus movimientos.

—El viernes… —empezó a decir Karen cuando tocaron a la puerta y la mujer de la recepción metió la cabeza al abrirla levemente.

—Perdonen. Beatriz, tienes a cuatro pacientes en la puerta que ya no me caben en la sala, ¿qué les digo?

La enfermera se enderezó, carraspeó y se colocó el uniforme.

—Son unas biopsias, los citó Maya para que saliesen a primera hora. Se las puedo hacer yo y que las firme el doctor Medina.

La recepcionista asintió y salió de la habitación cerrando la puerta. Beatriz rodó en la silla hasta la mesa de la doctora, abrió el cajón, sacó unos documentos ya impresos y cuatro tarros de plástico ya con sus etiquetas y se puso en pie.

—Perdonen… —dijo levantándose—, ya vamos con retraso.

—Llámenos cuando tenga un momento, por favor, es importante.

Beatriz tomó su número, asintió, abrió la puerta, se dirigió a los

pacientes que esperaban en la sala ante la puerta y les explicó que Maya no estaba, pero que ella realizaría las pruebas en su lugar, ya que la doctora había dejado todo estipulado.

Karen observó a la mujer y se despidieron de ella. Beatriz asintió, iba a decir algo, disimuló un sollozo con un estornudo, miró al paciente, se limpió la nariz y secó los ojos y abrió la puerta de la consulta.

26

Madrid, 2002

Maya entró en casa y oyó la batidora. El motor se detuvo y escuchó el llanto del niño. Se dirigió a toda prisa a su cuarto y Josefina apareció tras ella secándose las manos en el delantal. Tras empezar Maya a trabajar, la mujer, que ya no quería estar interna, se había ofrecido a cuidar de David. Sacó al niño del corralito y lo abrazó. Josefina la miró enternecida y volvió a la cocina.

Besó a David y notó que estaba un poco caliente. Le puso el termómetro y vio que tenía unas décimas. Se dirigió a la cocina, donde sonaba una copla que la mujer canturreaba.

—Josefina, David está caliente, ¿cómo no me has avisado?

—¿Está caliente? —dijo acercándose al niño para ponerle la mano en la frente.

Maya se volvió con él en brazos y lo llevó a la camita.

—Ha estado jugando en el parque fenomenal… —empezó a decir la mujer.

—¿Le has puesto el verdugo?

—No, bueno, sí, pero hacía mucho sol y se lo quitaba sin cesar. Debía tener calor, el pobrecito.

Maya apretó los dientes.

—Quedamos en que le pondrías el verdugo —dijo seca.

—Maya —intentó razonar la mujer—, no hacía frío. Se iba a poner a sudar y me he dicho que…

—Josefina —dijo enfadada antes de desaparecer en el cuarto—, no eres su madre.

La mujer entró en la cocina, recogió los restos del puré y luchó con las lágrimas que amenazaban por escaparse de sus ojos caídos.

Maya volvió a la cocina, sacó un jarabe del armario y la cuchara medidora y se fue. Josefina la miró, con la olla mojada entre las manos.

Una gota de agua cayó sobre su pie y bajó la mirada. Colocó la cazuela en el fregadero y tomó un pedazo de papel para secar el suelo mojado. Se inclinó y lo pasó por las baldosas cuando vio dos gotas más caer sobre el piso. Las frotó, se puso de pie y se secó los ojos. Recordó a Maya de bebé, aferrada a su mano dando sus primeros pasos, saltando por la calle y disfrutando con los bollos prohibidos que le compraba. Recordó su pena cuando se iba los fines de semana y cómo la esperaba en la puerta los lunes. Los ojos brillantes de la niña al abrir su regalo de cumpleaños. La sensación de placer cuando la bañaba y le cepillaba el pelo, y cómo retrasó lo indecible el dejarla sola en el baño. Las fiestas del colegio a las que la acompañaba y su enorme tristeza cuando Maya le dijo que quería que fuese su madre a la función de Navidad en la que después había ganado el premio por el cuento, que sintió como si fuese suyo. Las horas pasadas con ella haciendo las labores y su felicidad cuando vio a Sergio la primera vez y la mirada luminosa de su niña. Josefina se enamoró con Maya, mintió con y por ella y saltó de alegría cuando no la aceptaron en esa universidad americana. Se sintió la madre de la novia cuando fue con ella a probarse el vestido, lloró en la boda y, al nacer David, estrechó al bebé entre sus brazos y se dijo que era abuela. Maya siempre la había llamado por su nombre y ella, en ausencia de Jon y Silvia, la tildaba de «mi niña». Siempre, hasta ese día, se había sentido algo: madre, confidente, amiga.

Apagó la radio, recogió la cocina y se acercó al cuarto de David a decir adiós. Maya, inquieta, daba vueltas por la habitación y escuchaba la respiración del niño. Cuando vio a Josefina encogida en la puerta, sintió remordimientos de conciencia por haber sido tan brusca y sonrió a su niñera. Josefina se había acercado a ellos y fue a acariciar al niño cuando este sufrió una arcada y su madre lo recolocó asustada. La niñera dejó caer la mano, convencida de que Maya no quería que lo tocase. Se cerró el abrigo y salió del piso.

27

San Lorenzo de El Escorial y Madrid, abril de 2017

En la calle, Cano se volvió hacia la teniente.

—¿No hubiese sido mejor insistir?

—¿Crees que hubiésemos tenido una respuesta detallada en este momento? Mejor que nos llame cuando pueda.

Se montaron en el coche y salieron a la carretera.

—Esa mujer era una máquina… —dijo Cano—. ¿Cuánto tiempo hemos estado con la enfermera? No llega a treinta minutos y ya tenía cinco pacientes… —dijo Cano.

—Muy estructurada, sí —dijo Karen con la mirada fija en las encinas de la carretera.

—Eso sí, debía de ser más rara que un perro verde…

—¿Por qué? ¿Porque no se iba de cañas después?

—No sé, ¿no? No quedas con nadie del trabajo, no vas a las fiestas de la oficina… Puede que en la Europol eso sea lo normal, aquí, no.

—Supongo que como en todas partes habrá de todo —dijo un poco molesta—. ¿Sabes, Cano? Me encanta España, y me parece fenomenal que la mayoría salga en grupo y que sea normal ir a tomar algo después del trabajo. Pero no que esa forma de vida sea la única considerada normal.

—Joder, Karen, parece mentira, con el tiempo que llevas aquí… Todo el mundo —empezó a decir.

—¿Qué quieres decir? —interrumpió Karen.

Cano la miró asombrado.

—Pues eso, que todo el mundo…

—¿Quién es todo el mundo? ¿Tú? ¿Tú y yo? ¿Nosotros y Maya?

Cano suspiró y se dijo que las precisiones de la teniente le ponían

de los nervios.

—Que sí, Karen, vale, que no es bueno generalizar. Ya lo sé. A lo que me refiero es a que hasta yo sé más de ti.

La teniente se volvió con una expresión contrita hacia él.

—Sí, yo pensaba que manteníamos una buena amistad al margen del trabajo.

—Ya. Eso ahora, porque lo que es al principio, igualita que ella.

—Supongo que siempre he sido partidaria de separar lo laboral de lo privado, creo que es más fácil trabajar —dijo pensativa—. Y te equivocas: creo que seguimos aislando las dos facetas, lo que no quiere decir que no seamos amigos, digo yo. Tampoco es que tú seas muy comunicativo con tu vida privada…

—A lo mejor por eso nos entendemos tan bien. Debió ser ese lado germánico tuyo tan discreto lo que me tentó —respondió el brigada, arisco.

Pensó en Pablo y escondió la sonrisa de felicidad en una mueca. Recordó cómo se habían encontrado en un bar de Chueca, cómo habían estado casi media hora uno al lado del otro antes de atreverse a hablar. Cómo habían entrado en conversación tras cantar el *Cumpleaños feliz* con los de otra mesa, y cómo habían mentido los dos diciendo que eran funcionarios. Tras el segundo *gin-tonic*, Pablo había hablado de la boca de metro de Guzmán el Bueno y Cano pensó que podría ser funcionario de Hacienda, pero, con un escalofrío, se dijo que también podría currar en la Dirección General de la Guardia Civil. Recordó su cara de alerta cuando tanteó un poco más y le preguntó más detalladamente por su trabajo, y cómo lo miró cuando ya estuvo seguro y lanzó una carcajada al comprender. Él, en principio un poco molesto, se echó a reír al mencionar Cano el bar cerca de la Dirección General y comprender que pertenecían al mismo Cuerpo y habían hilado mentiras similares. Había vuelto de ese fin de semana con una sensación de felicidad desconocida, pero no le había dicho nada a su compañera, pensando que era demasiado bonito para ser verdad y que, si no funcionaba, sufriría el doble si Karen lo sabía.

La teniente guardó silencio y pensó que Cano a veces soltaba frases que debían tener un trasfondo mucho más importante de lo que él mismo quería reconocer. Volvió a pensar en la escasa sociabilidad de Maya. Cuando Karen llegó a España, le pareció maravillosa la unidad entre la gente. Siempre veía grupos: familias en los restaurantes, compañeros de oficina en el desayuno, el grupo del cuartel en el bar o los niños en el recreo, que corrían ante las niñas. En el banco de granito de la plaza, los ancianos. La peña que organizaba la romería, las amigas que salían a andar y se encontraban en La Horizontal, los amigos que quedaban para jugar al fútbol, al pádel, para correr o para viajar. En España, pensó, la gente iba en grupo. Los restaurantes tenían una gran cantidad de mesas de cuatro, de seis y de ocho inexistentes en Alemania u Holanda si no era con reserva anticipada; los bares que tenían más éxito eran los que acumulaban más gente y una terraza sin ella «no estaba animada», lo que llevaba a elegir la otra en la que los camareros tardarían el doble en acudir y la mesa sería peor, pero «estaba animada». El fútbol era el deporte nacional, donde los jugadores no eran sólo los que estaban en el césped, sino que eran también cada uno de los asistentes en las gradas. La cara oscura, se dijo, era probablemente tanto una pérdida de intimidad como una presión generalizada para adaptarse a lo socialmente considerado como normal: incorporarse al grupo pertinente. Y que aquel que era un poco diferente, como la médico celosa de su intimidad, llamaban la atención.

Miró a Cano, que le había parecido molesto por algo, pero el brigada sonreía.

El teléfono de Karen vibró y ella lo desbloqueó poniendo el altavoz. La voz de Suárez llenó el vehículo.

—Mi teniente, han llamado los municipales de Madrid, de la comisaría de Moncloa. Les han entregado un billetero con los papeles de Maya Vargas. Falta el efectivo y las tarjetas de crédito, pero el DNI, tarjeta sanitaria y carné de conducir están. —La teniente cambió una mirada con Cano, que salía de la rotonda para

tomar la A-6—. Lo han encontrado unas estudiantes, tenían un trabajo que hacer y han ido muy pronto a la universidad. Cuando una iba a tirar un envoltorio, lo ha visto en la papelera. Nos han llamado al ver que estaba empadronada aquí. Ya les he preguntado y me dicen que las papeleras de la Ciudad Universitaria probablemente no las vaciasen desde el viernes tarde, que los servicios de limpieza pasarían esta mañana y esas chicas han ido antes. Lo han tocado varias de las jóvenes, no creo que encontremos muchas huellas que sirvan. ¿Les digo que nos lo manden?

—Gracias, Suárez —dijo la teniente—. Estamos de camino, nos podemos pasar por la comisaría y lo recogemos nosotros. ¿Los puedes avisar?

—Claro, ahora mismo los llamo, preguntad por Carlos.

Colgó y miró la autopista, que iba bastante vacía.

—Entramos por la Universitaria —propuso Cano— y lo recogemos. Supongo que se harían con el efectivo y las tarjetas, pero ¿por qué esperar a Madrid y dejarlo en una papelera de la universidad?

—Es un sitio desangelado por las noches —aventuró Karen.

—Sí, pero hay más riesgo de llamar la atención y de que lo encontrase alguien si no echan más cosas por la noche en las papeleras… Si yo tuviese que deshacerme de algo un viernes, lo haría en Fuencarral, en el centro o en Malasaña; ahí estaría seguro de que al día siguiente está en el vertedero. Parece como si quisieran que lo encontrásemos, aunque a lo mejor no se rompieron la cabeza, volvieron a Madrid y lo tiraron en el primer sitio que encontraron.

Entraron en la comisaría de Moncloa y cuando se iban a presentar al oficial que estaba de servicio en la puerta, este salió de su cubículo y les estrechó la mano.

—Venís de parte de Suárez, ¿verdad? Soy Carlos. Qué tío, hacía años que no sabía de él.

—¿Os conocéis? —preguntó Karen asombrada.

—Joder, desde hace años. Estuvimos juntos en una academia, ya

sabes, para la oposición. Es un tipo genial, siempre te echaba una mano. Fue una pena que se decidiese por los picoletos, aunque no os creáis, no tengo nada en contra vuestra, ¿eh? ¡Qué tío! Vaya alegría cuando llamo a San Lorenzo y me contesta él… Ya hemos quedado a tomar algo esta Semana Santa. Bueno —carraspeó y continuó con un tono oficial—, a lo que venís. Ya me ha dicho que tenéis a una muerta. Un robo, ¿no? Le he dicho que, si queréis, os saco lo que tengamos de bandas que operen por aquí, aunque ya sé que tiráis primero para casa…

—Sería estupendo, porque la verdad es que estamos dando todavía palos de ciego —contestó Karen agradecida, y como siempre asombrada de que los tentáculos sociales de Suárez llegasen a la mitad de la geografía nacional.

—Pues a mandar, que para eso estamos —dijo el policía—. Voy a por vuestra cartera, esperad un momento. ¿Queréis un café?

Asintieron y se sentaron en una inhóspita sala a esperar. No habían pasado unos minutos cuando el policía volvió con una bolsa de pruebas donde se reconocía un billetero de mujer, de color crema, con el logo de una conocida marca impreso en la tela, y con dos cafés. Sacó unos guantes de debajo del mostrador, los puso encima de la mesa y los empujó con ambas manos hacia ellos, junto con la bolsa. Karen se los puso y sacó la cartera. Pesaba poco y estaba un poco dada de sí. El lado de las monedas, que estaba vacío, mostraba en el cuero unas pequeñas manchas producidas por el metal. Como les había dicho Carlos, conservaba la documentación de Maya y ninguna tarjeta del banco. En uno de los bolsillos interiores había una pequeña cartulina con una cita médica en un hospital privado. En otro aparecieron tres fotos: una de los que debían de ser sus padres, pues la mujer era, indudablemente, la madre de Maya. Otra mostraba a Sergio, que tenía un brazo sobre los hombros de Maya y a David, de unos seis años, agarrado de la mano de sus padres. La última mostraba a David, ya adolescente, solo ante el Golden Gate, con una gorra con la bandera de Estados Unidos y una camiseta de Stanford. Debía tener unos quince años y sonreía a la cámara, los

ojos no se apreciaban bajo la sombra de la visera. Karen las puso sobre el mostrador. Carlos las miró y soltó un gruñido.

—Joder, se han cargado a una familia feliz. ¿Y para qué? ¿Qué encontrarían en la cartera? ¿Trescientos euros máximo? Pobre chico; que muera tu madre es un horror, pero a esta edad creo que peor que cuando eres pequeño.

—¿Tenéis muchos casos en Madrid en que entren a robar y maten al dueño de la casa? —preguntó Karen.

Carlos negó inmediatamente.

—No. Hay atracos que acaban mal porque la víctima se pone gallito, y hay asesinatos por encargo, pero eso ya son mafias. Los robos en viviendas con posterior asesinato son más raros, aunque alguno hay. Los ladrones de casas son profesionales, van a lo que van, saben de alarmas, no quieren líos y, sobre todo, no quieren encontrarse con los dueños. Tuvimos una banda de gitanillos, unos críos que los padres mandaban a robar y se metían por los sitios más insospechados. Esos sí que entraban con los dueños en casa, en verano, por ejemplo, cuando la gente deja las terrazas abiertas o duerme con las ventanas abiertas para hacer corriente. Pero eran críos que no llegaban a los diez años; esos no matan a nadie. Son unos mandaos, en lo que se conviertan después es otra cosa, pero a esa edad no asesinan. ¿Estáis seguros de que fue un robo y no otra cosa?

—Eso justo estamos investigando.

En la comisaría entró una mujer con la nariz sangrando y el policía se despidió de ellos a toda prisa, no sin decirles que lo avisasen para cualquier cosa. Firmaron la recepción de la cartera tras consignar lo que había dentro, la cogieron y salieron a la calle soleada.

28

Madrid, 2003

Llegó a la consulta cuando todavía estaba cerrada y se dispuso a esperar en el portal. Poco más tarde apareció la enfermera, que la miró sorprendida.

—David tiene una tos muy fea, no ha podido dormir en toda la noche, creo que es una bronquiolitis.

La enfermera sonrió, le dijo que sería sólo un catarro, la hizo pasar y sentarse en la salita solitaria. Oyó la puerta abrirse y a la enfermera hablar con el médico, que entró en la sala aún de calle y la invitó a ir con él a la consulta. Se despojó del abrigo, se puso la bata y, tras unas palabras tranquilizadoras, sentó al niño en la camilla. David tosió y el hombre lo observó preocupado. Le pidió a Maya que lo desnudara de cintura para arriba, le auscultó pecho y espalda y se quitó el estetoscopio.

—Tienes razón, Maya, es bronquiolitis. Te voy a recetar unos corticoides para que haga inhalaciones. —Se sentó a su mesa, sacó el bloc y extendió la receta.

—¿Nada más? —preguntó Maya asustada.

—Hombre —dijo sonriente—, si puedes llevarlo a pasear este fin de semana a la sierra, le vendrá de cine y, de paso, a ti también —añadió. Maya abrió la boca, iba a decir algo, pero el médico ya se había puesto de pie—. El fin de semana no estoy en Madrid, pero si se pusiera mucho peor, puedes llevarlo a urgencias para que le hagan una placa —añadió.

—¿Te importa darme el volante ya? Así no tengo que esperar…

El pediatra dudó, pero pensó que la madre era médico, se inclinó y en el bloc escribió el volante para la placa. Se despidió de ella e hizo

hincapié en que, por ahora, sólo debía estar vigilante.

—Ya sabes que los médicos somos muy malos pacientes —dijo mientras la acompañaba a la puerta.

Maya salió inquieta, y aunque el médico parecía capaz y experimentado, seguía preocupada. Sacó la receta y la miró. El facultativo había puesto la fecha en la parte superior del volante y se dijo que el cinco bien podía pasar perfectamente por un tres. Volvió a llamar al trabajo para avisar y se decidió a ir inmediatamente al hospital a solicitar la placa. Montó a David en el coche, se dirigió a urgencias pediátricas y le mostró el volante a la enfermera, que la hizo sentarse a esperar y tras un rato la mandó a radiología. Con la placa en la mano volvió a la sala de espera. La médico que la atendió, una mujer de unos cincuenta años, tenía aspecto de agotada y Maya supuso que llevaba de guardia toda la noche. Colocó la placa en la pantalla de luz, se volvió hacia ella y señaló un punto.

—Un principio de bronquiolitis, no ha empeorado. Continúa con el tratamiento recetado.

Maya se acercó, la miró con detenimiento y señaló otro punto.

—Más de lo mismo —dijo la mujer, seca, y regresó a sentarse tras su mesa—: corticoides y vaporizaciones. Si no mejora el lunes, acude al pediatra. —Maya abrió la boca para hablar, pero la mujer la interrumpió—. Comprendo que estés preocupada, pero no es, por ahora, nada grave. —Vio la cara angustiada de la madre y su voz se suavizó un poco—. Es normal, hay muchos niños con lo mismo en esta época del año… —Se levantó y fue junto a ella—. Tiene los bronquios un poco tomados, pero con el corticoide se liberarán. —Maya parecía tan preocupada que la doctora sonrió—. Mira, acabo de diagnosticar a un niño un problema de corazón: eso sí que es grave. Vete a casa, hazle las vaporizaciones y verás cómo mejora.

Maya suspiró.

—¿Me puedes dar el informe, por favor?

En ese momento, la enfermera entró y avisó a la médico. La mujer pulsó el botón de imprimir, lanzó una imprecación y le pidió a la

enfermera que cargase papel. Salió de la consulta y la ayudante le tendió a Maya las hojas tibias.

Sergio abrió la puerta, contento de volver a casa. El piso estaba silencioso y le extrañó no oír la perpetua radio de Josefina. Encontró a Maya dormida en la butaca del cuarto de David y al niño en la alfombra mordiendo un juguete. Le acarició la mejilla y David tosió. Maya se despertó al instante. Sergio la abrazó, le acarició la cabeza y la separó con cuidado. Se inclinó sobre el niño, pero Maya lo detuvo.

—Mejor que te duches, no vayas a traer algo de la calle.

—¿Cómo no está Josefina? —preguntó.

—Se ha ido a casa. Como estaba yo… He avisado en el hospital y no he ido a trabajar. He ido con David al médico y después a que le hicieran una placa. Sí que tiene una bronquiolitis —dijo con rencor—, por mucho que dijeras que exageraba. Le han recetado corticoides, nebulizaciones y el aire de la sierra.

Sergio se arrepintió de los reproches que le había hecho la noche anterior por preocuparse demasiado, por llevar a David de manera recurrente al médico. Bajó la cabeza avergonzado.

—Podríamos subirnos a El Escorial, entonces —propuso Sergio—. El tiempo que anuncian es bueno y seco.

Maya había heredado una casa de su tía y Sergio la había reformado utilizando sus mejores cuadrillas. Le encantaba la sierra, en parte tan parecida a su Ávila natal, y le permitía estar más cerca de sus padres. Maya no dudó. En fin de semana estaría en cuarenta minutos en Madrid y pensó que el aire puro podría mejorarle mucho. Asintió y empezó a buscar la ropa de David.

El domingo, Maya se imaginó volver al piso de Madrid, a la calle ruidosa, a la contaminación y a su consulta iluminada por la bombilla de bajo consumo mientras Josefina no oía llorar a David. Decidió alargar la baja y quedarse unos días más. Sergio, al ver la mejoría del niño, estuvo de acuerdo.

29

Madrid, abril de 2017

Entraron por Cuatro Caminos y Cano volvió la mirada hacia Guzmán el Bueno y se preguntó si Pablo estaría ahí. Karen observó su mirada.

—¿Estabas pensando ir a la Dirección General?

—No, no, claro que no —dijo nervioso—. ¿Padres o marido? —preguntó para cambiar de tema.

Karen lo miró extrañada, se preguntó si podría haber solicitado un traslado y sintió una tremenda desazón. No preguntó nada, convencida de que si el brigada no decía nada, era que no lo quería comentar con ella. Carraspeó.

—Marido. Vamos a acercarnos a su casa y tocamos al portal. Si está, lo sorprendemos, y si ha ido a trabajar, podemos ir a verlo al estudio sin avisar.

Aparcaron frente al mercado y se acercaron al edificio con forma de pirámide en el que vivía Sergio. Tocaron el telefonillo dos veces y nadie respondió. Se iban a marchar cuando una voz somnolienta contestó. Iban a decir algo, pero una señora con un carrito de la compra abrió la puerta y los dejó pasar. Se adentraron por el portal en penumbra y tomaron el ascensor. Desde el descansillo no se oía ningún ruido y tocaron el timbre. Oyeron el arrastrar de unos pasos y David abrió la puerta, todavía en camiseta y calzoncillos. Había adelgazado aún más, tenía los capilares de los ojos inflamados y unas ojeras oscuras que le hacían parecer enfermo y mucho mayor de lo que era. Los miró sorprendido, pero no dijo nada y se mantuvo en el umbral.

—Buenos días —saludó la teniente—, no sé si te acuerdas de

nosotros. —El chico asintió sin contestar todavía—. Investigamos la muerte de tu madre, estamos intentando esclarecer qué hizo el viernes después de salir de trabajar.

Se apartó para dejarles entrar, los condujo al salón y se dejó caer en un sofá de cuero marrón. Enterró la cara entre las manos. Karen recorrió con los ojos la estancia, amueblada en tonos arena, al igual que la casa de San Lorenzo, con un estilo sobrio y elegante. Su mirada se posó en un mueble sobre el que se exponían unas fotos y las miró con curiosidad aprovechando que David se mantenía con la cara tapada. La mayoría eran de la familia: la del chico en San Francisco que llevaba Maya en la cartera y varias de Sergio y ella, a menudo con David entre ellos. Había unas en las que aparecía retratada otra familia, que debía ser la de Sergio: un hombre muy erguido con barba entrecana, por el parecido, el padre de Sergio, y una mujer más baja y un poco gruesa con semblante feliz, rodeados por una buena cantidad de niños y jóvenes entre los que no pudieron localizar a primera vista a David. Otra mostraba a padre e hijo sentados en una peña con unas rocas a sus espaldas. En la foto se apreciaba la juventud y la felicidad, lo que agudizaba el estado desaliñado, el pelo sucio y la piel cetrina de David. El chico retiró las manos de la cara y se frotó los ojos. Karen tuvo la impresión de que sufría temblores y se preguntó si estaría medicándose.

—Lo sentimos mucho, David, pero podrías ayudarnos mucho. ¿Te llamó la atención alguien o algún coche que merodease por las cercanías de vuestra casa la semana pasada? ¿Escuchaste si tu madre tuvo alguna llamada extraña? ¿Habló con alguien que conocieras o no esos días?

El chico los contempló con la mirada perdida y negó. Karen intentó darle un tono amable a su voz.

—¿Cuándo la viste el viernes? —evitó decir «por última vez». David parecía doblarse cada vez más en sí mismo y los rasgos de su rostro se crispaban por segundos. Karen se preguntó si no debería llamar al servicio psicológico, pero se dijo que el joven podía ser menor y que ya rozaban la ilegalidad al hablar con él sin la presencia de su

padre.

—Me llevó al colegio, como siempre. —Un sollozo interrumpió la frase—. Después se iba a trabajar. —Tragó saliva con dificultad—. Luego me vine a Madrid.

Karen asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿no la viste cuando volvió del trabajo?

David rompió a llorar. No lo interrumpieron y esperaron a que se tranquilizase. El sonido de una llave los sobresaltó y el chico levantó la mirada. Se oyó el deslizarse de la puerta al abrirse y al poco Sergio apareció en el salón cargado con varias bolsas de comestibles. Las dejó en el suelo y los miró con sorpresa, seguida de animosidad.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó sin saludar.

—Veníamos, como quedamos, a verlo —explicó Karen poniéndose en pie—. Queríamos saber un poco más de los movimientos de su mujer el viernes. Estamos a la espera de la localización de su teléfono para poder avanzar. Le hemos preguntado a David —explicó para tranquilizarlo— si algo le llamó la atención la semana pasada, alguna persona ajena, algún vehículo o llamada.

—¿Y no podrían haber avisado que venían? No es que tenga nada en contra —dijo quitando acritud a sus palabras—, claro, pero si hablan con mi hijo, que es menor —recalcó—, quiero estar presente.

El chico apoyó la cabeza en las rodillas y empezó a respirar con dificultad. Su padre se acercó asustado hacia él.

—Tranquilo, David —dijo poniéndose en cuclillas. Apoyó las manos en sus hombros y susurró palabras tranquilizadoras.

—Evidentemente, perdone —se disculpó Karen mientras miraba preocupada a David—. Sólo queríamos acumular información. ¿Quiere que llame a un médico? —preguntó.

—Respira, hijo, respira hondo —dijo Sergio, inclinado hacia su hijo —. No hace falta, gracias.

El joven intentó tomar aire y aferró con fuerza la mano de su padre. Los nudillos se le quedaron blancos. Él le acarició el pelo, lo ayudó a incorporarse y le estiró la camiseta en un gesto que a Karen

le pareció tierno al ser el joven más alto que él. David empezó a respirar mejor, Sergio cogió las bolsas que había dejado en el suelo y se las colocó al chico, como si fuera un perchero, en las manos.

—Hazme un favor, hijo, mete estas cosas en la nevera. Te he traído *sushi*, a ver si comes algo.

Le dio un pequeño empujoncito, él reaccionó como accionado por una manivela y cogió la compra para desaparecer por el pasillo. Sergio se sentó en el lugar que había dejado David y enlazó los dedos sobre el regazo.

—Díganme, ¿qué han podido averiguar? Perdonen si mi reacción ha sido un poco brusca, pero estamos muy afectados, llevamos desde el sábado sin dormir.

—No se preocupe, es comprensible —se excusó a su vez Karen—. Deberíamos haber avisado, pero nos han llamado de la comisaría de Moncloa porque encontraron el billetero de su mujer abandonado en una papelera. Hemos venido a buscarlo y ya hemos aprovechado para acercarnos y preguntarle qué podía llevar dentro. No tenemos más novedades.

—¿Los ladrones no se lo quedaron?

—Se quedaron con el efectivo y las tarjetas. Los documentos, a no ser que sea una mafia dedicada a la falsificación, no les atraen tanto, son una prueba irrefutable del hurto si los encuentra alguien en su poder, por eso los tiran. Dejaron eso y unas fotos, que querrá recuperar, aunque le pediría un poco de paciencia hasta que investiguemos las huellas, si bien no somos muy optimistas. ¿Podría comprobar si de alguna de sus cuentas ha salido efectivo? ¿Sabe si Maya tenía apuntados sus códigos en algún sitio?

Sergio negó rotundo.

—De la cuenta común, no ha salido nada, la he mirado esta mañana. De la suya, no he podido comprobarlo, tendría que entrar con la aplicación, pero no tengo su móvil, aunque sí un programa de almacenamiento de las contraseñas y supongo que estará ahí, se la puedo buscar. ¿Qué ha pasado con su teléfono? —preguntó—. ¿Se lo llevaron también?

—No, los objetos electrónicos los dejaron ahí y los tenemos nosotros. Estamos intentando abrirlos, nos serán de gran ayuda esas contraseñas.

—¿Van a investigar su teléfono? ¿Qué tiene que ver su vida privada con el suceso? —preguntó entre asombrado y molesto.

Se oyó deslizarse un cajón de la nevera y David volvió con un vaso de agua en la mano y se apoyó en el marco de la puerta de entrada al salón. Sergio lo miró, se iba a levantar, pero el chico le hizo un gesto de asentimiento y regresó al interior del piso. Karen carraspeó.

—En un asesinato —recalcó la teniente—, tenemos que seguir el protocolo de investigación, y por mucho que nos parezcan poco viables, seguir todas las posibles pistas y comprobar todas las coartadas. ¿Usted qué hizo el viernes? —aprovechó para preguntar.

—¿Yo? —preguntó Sergio sorprendido—. Perdonen, pero me parece que han pasado años. Llegué de una obra en Mallorca por la mañana, después fui a trabajar, como siempre. Tenemos una obra importante, la sede de una empresa de paneles solares que debemos entregar en unas semanas y llevamos retraso. Trabajé en el estudio durante el día y después pasé por la obra para comprobar que habían hecho unos trabajos, hemos tenido problemas con el aislamiento. Después volví a casa y me quedé aquí.

—¿Sabría usted decirnos las horas, más o menos?

Sergio frunció el ceño, pensativo.

—Horas exactas, no, pero saldría del estudio hacia las seis porque ya estaba anocheciendo y me fastidió no tener buena luz cuando llegué a la obra. Llegué tan tarde porque había atasco, ya saben, viernes. —Se calló un momento—. Y después nada, volví a casa, donde ya estaba David. Tomamos algo, hablamos un rato, vimos una película y nos fuimos a la cama. David no se encontraba bien.

—¿Dónde está la obra?

—En Las Rozas —respondió mientras Cano apuntaba.

David apareció de nuevo y su padre se puso en pie.

—Les estaba contando lo que hicimos el viernes.

David lo miró con los ojos enrojecidos y volvió a marcharse.

—¿No se extrañaron de que su mujer no los llamase?

Sergio negó convencido.

—Nada. Habíamos hablado por la mañana y cuando salí de la visita a la obra.

—¿Y no pensaba bajar?

—No, el viernes no. Estaba cansada.

—David y usted estuvieron juntos desde que llegó —resumió Karen —. ¿A qué hora sería, aproximadamente? —preguntó mirando a David, que había vuelto y escuchaba desde la puerta.

—Hacia las ocho —respondió Sergio mientras David asentía—. A veces salimos a cenar, pero ese día, como David no estaba bien, decidimos ver una película. Vimos *Gladiator*, pedí algo de cena y nos quedamos aquí. ¿Qué más les podemos decir? Nos gustaría aportar toda la información que necesiten —dijo Sergio—. ¿Qué pruebas o indicios han encontrado?

Karen tomó el cuaderno y pasó las páginas.

—Estamos todavía al principio de la investigación —se excusó—. ¿Sabe de alguien con quien tuviese algún encontronazo, alguien de quien su mujer le hubiese contado algo fuera de lo común? —elucubró—. Hemos oído que tuvo un juicio con una paciente.

—Sí, claro —dijo Sergio como si fuese lógico y él no hubiese contado con ello—, Sonia Pérez. Maya lo pasó mal, muy mal. —Suspiró—. Al final, todo se arregló, pero tardó, y ella estuvo muy angustiada.

—Cuéntenos, por favor.

—Esa mujer era una paciente nueva, fue a ver a Maya, a ella no le gustó una mancha y pidió una biopsia. Tenía un sistema por el que los pacientes debían llamarla para explicarle si el tratamiento daba frutos o no, y ella no llamó. Tampoco fue a hacerse la biopsia que le había solicitado y, pasados unos meses, cuando fue por otra causa a su médico de cabecera, este la envió a hacérsela. Resultó que tenía un melanoma en estado avanzado y la mujer acusó a Maya de no haberlo detectado. Fue a juicio, pero perdió. A Maya le dio mucha pena porque no sólo el melanoma se había extendido, sino que

había afectado a otros órganos. Sé que la operaron, pero nada más. Aunque ya les digo, fue hace un tiempo. Llamó durante una temporada a Maya, le enviaba correos y notas amenazadoras… —y añadió al ver que Karen iba a preguntarle algo—, pero nunca quiso denunciarla. Evidentemente, no tenía ninguna culpa; no obstante, se sentía mal por no haberla perseguido, por no haberla llamado para saber si había ido a hacerse la biopsia. Mi mujer tenía hasta seis o siete pacientes en una hora y, a pesar de que tenía una cabeza privilegiada, era imposible que se acordase de todos los nombres y dolencias de cada uno de ellos. La denuncia fue desestimada, pues ella lo había apuntado todo y solicitado las pruebas, y fue la paciente la que no acudió a hacérselas. Fue un caso muy desgraciado, pero creo que ya no le llegaba ninguna carta de esa mujer.

—¿Están aquí los papeles del juicio?

—No. Todo lo relacionado con su trabajo lo guardaba en San Lorenzo.

—Una última cosa: ¿a quién pidió usted la cena?

Sergio los miró con creciente animosidad. Sin contestar, abandonó la habitación hacia el interior del piso. Tras unos minutos volvió con un tique con una mancha de grasa que dejó encima de la mesa.

—La pedí a las nueve y pico. ¿Les es suficiente o necesitan que les cuente cómo era el repartidor? Tuve unas palabras con él porque llamé varias veces, tardaron una barbaridad. Al final nos regalaron las bebidas. Se lo di al repartidor de propina.

—¿Le importa que nos lo llevemos? —preguntó Karen.

—Ustedes mismos. Como si quieren llamar a la empresa y hablar con el repartidor —dijo arisco.

Cogieron el tique, le agradecieron su ayuda y se despidieron. Al cerrar la puerta, oyeron cómo el padre hablaba con su hijo.

30

San Lorenzo de El Escorial, 2005

Sergio miró su teléfono y vio que Maya lo había llamado tres veces mientras estaba celebrando con los de la oficina que les hubieran dado aquel proyecto y se arrepintió de haberse dejado convencer. La llamó pero no contestó, y se dijo que se detendría a por unas flores. Aprovechó para comprar unos chicles de menta para que no notase que había bebido y, sobre todo, fumado. Aceleró en la carretera para reducir un poco el retraso.

Cuando llegó, Maya bajaba las escaleras con una palangana y sintió un leve olor a vómito y a desinfectante.

—Ya era hora —dijo—. David está fatal y no he podido ni salir a comprar los electrolitos… Te he llamado tres veces para que los compraras tú, pero no has contestado.

Él sintió remordimientos y recordó que se había dejado el ramo en el coche.

—Perdona, he tenido mucho lío… Tenemos en marcha el edificio de ocho plantas y la visita que he tenido que hacer esta tarde se ha alargado —mintió.

—Sergio, te había dicho que no estaba nada bien. Antes, por lo menos, si pasaba algo, venías rápido. Ahora ni eso.

—¡No es que esté en Madrid pasándomelo bien! —protestó—. Le he dicho a mi madre que te llamase…

Maya dejó el bol con un golpe en la encimera y apretó los dientes.

—¡Si justo se puso malo en Ávila!

—No me vas a decir que es culpa de mi madre.

—No estoy diciendo eso.

—Me ha dicho que ella nos daba agua con limón.

—¿Con ella sí que has hablado? —preguntó enfadada.

—Me ha dejado un mensaje —volvió a mentir.

Maya recogió la cocina y no contestó. Nieves la había llamado y le había dado todas las recetas antiguas contra la gastroenteritis. Era cierto que se había ofrecido a bajar a San Lorenzo, pero Maya volvió a notar en su voz que la consideraba una inexperta y rechazó su oferta para evitar el sentimiento de madre primeriza que su suegra, sin decirlo, le provocaba. «Maya —le decía con suavidad—, no me quiero meter, pero en mi época, y yo he tenido cinco…». Así empezaba todas las frases. Cada vez que le decía que había tenido cinco hijos era como si le clavara un puñal en el corazón. Y todos los síntomas que tenía David, Nieves ya los había visto. Y si no había sido ella, una de sus amigas, vecinas o cuñadas. No atendía a pruebas, no atendía a hechos ni quería escuchar que Maya quisiera hacer las cosas de manera diferente. Y si después no tenía razón en su diagnóstico, lo zanjaba con un «ya lo decía yo» sin sentido, o con un «pues, hija, eso no lo he visto jamás, y mira que de otra cosa no, pero de niños, para dar y tomar».

—Sí —dijo cansada—, a mí también me ha llamado. No es sólo cuestión de acabar con la diarrea y los vómitos, es cuestión de saber por qué los tiene. Lleva así desde el lunes.

—¿Ya estamos otra vez con que se pone malo en Ávila?

—No entiendes nada —replicó seca.

Se oyó la voz de David llamando y Maya subió a toda prisa. Sergio la siguió y entró en el cuarto del niño. Estaba pálido y sudoroso en la cama con una palangana metálica a su lado. Se acercó, se sentó en la cama y le cogió la mano.

—David, campeón…

El niño se la agarró y esbozó una sonrisa.

—Si me pongo mejor, ¿me llevas al pueblo?

—Claro, chaval. Toma todo lo que te diga mamá y si mañana o el domingo estás bien, podemos ir al pueblo.

Le guiñó un ojo y el niño agarró su mano con más fuerza. Se volvió y cerró los ojos. Salieron de la habitación, Maya apagó la luz y

susurró:

—Llama si me necesitas, estoy abajo.

Un movimiento desde la cama respondió sin palabras, Maya entornó la puerta y bajó las escaleras con cuidado.

—No me parece que esté tan mal —empezó Sergio—. Joder, no sé cómo ha podido salir con el estómago tan delicado, en mi casa no hay nadie así.

Maya no contestó, se fue al cuarto de la colada, desde donde se oyó la puerta de la lavadora. Volvió y se lavó las manos. Él abrió la nevera y cogió una cerveza, la abrió y dejó la chapa sobre la encimera. Su mujer la tiró y le tendió un vaso.

—Mira, Sergio —suspiró—, no sé cómo te planteas esto.

—Maya, no es justo. Cuando decidimos quedarnos aquí, sabíamos que sería más complicado para mí…

—No, Sergio, dijiste que subirías todas las noches salvo excepciones. ¡Incluso hablamos de vender el piso de Madrid! Ahora lo raro es que vengas un día entre semana.

Sergio sabía que Maya tenía razón, pero había sido un poco iluso al pensar que le resultaría fácil. Y cada tarde había algo, si no era de trabajo, era una copa o un partido. El atasco solía ser monumental, pero si salía tarde de la oficina para evitarlo, sabía que, cuando llegase, Maya ya se habría acostado. Y subirse para verla dormir no le merecía la pena. Pensó que era cierto que habían hablado de la venta del piso, pero ya hacía meses que no lo mencionaban. Además, el piso estaba en muy buena zona y los precios estaban empezando a subir como la espuma, y si lo alquilaba y alguna noche se tenía que quedar en Madrid, debería ir a un hotel, y los precios de los hoteles, ya se sabía cómo estaban. No, era mucho más juicioso conservar el apartamento.

—Si tuvieras a Josefina —propuso.

—Josefina no quería subir aquí y está ya mayor —exclamó Maya exasperada—. Ha vuelto como externa con mis padres.

—Podrías buscar a alguien que te alivie. Nos lo podemos permitir.

—¡Sergio! Cuando renuncié a mi plaza en el hospital y empecé a

trabajar en la clínica lo hice para adaptarme a los horarios del colegio de David. Tengo contratada a Adriana para la casa, sí, pero tiene otros trabajos y no los puede anular cada vez que la llamo y, además, creo que no le gusta quedarse con niños enfermos.

—No sé —dijo exasperado—, pues pon un anuncio en el mercado…, o pregunta ahí. Es lo que dice mi madre que hacía ella. Hay estudiantes que a lo mejor pueden…

—¡No voy a dejarle al niño a una jovenzuela sin la menor idea a la que sólo contrato si está enfermo! —Sergio hizo una mueca—. ¿Me estás reprochando que sea demasiado cuidadosa?

—No, si lo comprendo.

—¿No te das cuenta de que nunca me lo perdonaría si pasara algo?

Quedaron en silencio y Maya reflexionó. En Madrid las cosas serían distintas, seguro que encontraría a alguien, o incluso Josefina estaría dispuesta a volver. Pero la vida en San Lorenzo le gustaba: correr por el bosque por las mañanas, tener un trabajo que le dejase tiempo para David y el aire de la sierra era mucho mejor para los pulmones del niño. Levantó la mirada.

—Podríamos volver a Madrid. David es más responsable y a lo mejor… —empezó titubeante—. Podría recuperar mi plaza y vendríamos aquí los fines de semana… Con el colegio, buscaríamos una alternativa, aunque, la verdad, a mí me gusta mucho…

Sergio reflexionó. El colegio de David era estupendo, no obstante, si algo había en Madrid eran buenos colegios. Se preguntó cómo sería volver a casa y encontrarse con su familia todos los días. Llevaban varios años en aquella situación y se había acostumbrado a tener tres noches libres a la semana, a quedar con los compañeros de trabajo, ir al fútbol con sus hermanos o ponerse una película y comer cualquier cosa ante la pantalla si estaba cansado. Los echaba de menos, pero también apreciaba su libertad y era evidente que el niño en San Lorenzo estaba bien. Miró la foto de David de bebé y se avergonzó de sí mismo.

—A mí me parecería maravilloso —dijo seguro.

Maya lo miró de reojo.

—Será complicado cambiarle de colegio ahora. Si te parece, esperamos hasta el final del año escolar y decidimos.

—Podría trabajar un poco más desde aquí hasta entonces —propuso Sergio.

—Eso sería estupendo —dijo Maya contenta.

Él se acercó a abrazarla. Le besó la cabeza y le acarició el rostro.

—Perdona, lo siento, cariño. Estoy cansado y no he reaccionado bien. A lo mejor deberíamos hacerle a David alguna prueba más, para ver si tiene alguna alergia… ¿Qué te parece?

Maya asintió con la cabeza.

—Perdona tú también, no quería decir esas cosas.

—No, no, ha sido culpa mía. Llamaré a mis padres y les diré que no subimos el domingo, es mejor que David se recupere bien.

Su mujer asintió y lo abrazó.

31

Madrid, abril de 2017

Se dirigieron al bar en que se habían sentado el sábado. La terraza estaba ya montada y había varios clientes desayunando. Cuando salió el camarero, pidieron dos cafés y dos pulgas de jamón. Les sacaron las bebidas y Cano puso un paquete de tabaco en la mesa. Encendieron un cigarro y se miraron.

—No protestes, Cano —dijo Karen—, y déjanos por un momento pensar que ha podido ser un asesinato. Lo primero, ¿cuántos robos con asesinato hay en San Lorenzo? Pocos, además, suelen estar bien planeados y los que entran buscan algo que robar. No me parece que Maya tuviese, a primera vista, una fortuna que llevarse. Y estarás de acuerdo conmigo en que es muy raro que un ladrón entre en una casa habitada. E incluso si entra por error, en el momento en el que se percata de la presencia del dueño, suele huir con lo que encuentra. —Cano asintió de mala gana—. En casa de Maya —siguió la teniente—, los ladrones hubiesen tenido no una, sino dos salidas posibles: la de la terraza, por la que supuestamente entraron y que estaba abierta, y la de la puerta principal, antes de enfrentarse a ella. Sabemos que suelen llevar la cara cubierta y utilizan guantes para evitar una posible identificación, por lo que no es necesario asesinar a nadie, ya que no los pueden reconocer. Cano, yo veía a esa mujer correr por las mañanas y corría mucho más que tú o que yo. ¿Por qué no huyó? Y sí, puede ser un hecho aislado, pero también que nos encontremos ante un escenario en el que nos quieren hacer creer que se trataba de un robo y resulta que es un asesinato. Cuanto más lo pienso, más plausible me parece. Y Sergio nos ha dicho que estuvo en Las Rozas esa tarde.

—Sí —admitió el brigada—. Podemos comprobarlo, seguro que en la obra tiene un vigilante o cámaras; será más fácil que peinar la carretera de La Coruña un viernes…

—Pudo subir desde allí a San Lorenzo y bajar después para pasar la noche con el hijo, tendríamos que calcular los tiempos. Pero no es sólo eso —Cano la miró expectante mientras ella reflexionaba—. El sábado, cuando fuimos a verlo, recibió una llamada de su madre, ¿te acuerdas?

—Dijo algo de un cordero y que no iban —respondió Cano haciendo un esfuerzo por recordar—. Podrían tener planeado ir el sábado a Ávila a comer, por qué no.

—¿Y estaban aquí tan tarde? —dijo Karen extrañada.

—Joder, Karen, que son españoles —replicó Cano levantando las manos—. Los hay que comen pasadas las tres. Les daba tiempo hasta a recoger a Maya en San Lorenzo. Aunque puede que no: a lo mejor Maya era vegana…, le pegaría todo —dijo Cano divertido—, y el cordero le daba arcadas.

Karen se echó a reír.

—No me lo imagino… Los veganos, en San Lorenzo, deben de tener una vida complicada. —Hizo una pausa—. Podríamos llamar a los padres de Sergio para saber lo de Ávila. Y a los de ella, que mira que los tengo en mente, pero al final posponemos la visita…

—Karen, ¿no crees que nos estamos precipitando? —la interrumpió el brigada—. No digo nada de hablar con los vecinos, ni con Inés, que la encontró, ni con Adriana, para saber qué pudieron sustraer. Ni con Sergio y el chico, que pudieron ver algo antes. Pero ¿molestar a sus padres cuando su hija acaba de morir?

La teniente golpeó pensativa la mesa con el mechero.

—Tienes razón, pero si por lo que sea, el robo no es tal y no hacemos los interrogatorios ahora, perderemos información.

—¿Crees que pudo ser el marido? ¿Un asesinato tan chapucero? ¿Por qué? —preguntó el brigada—. A no ser que fuese un calentón —supuso—. Pero es que el calentón tampoco cuadra.

—No lo sé, pero si no es un robo, el marido sería el primer

sospechoso.

—Si hasta puede que se llevasen fatal —concedió Cano—. Pero si Benavides tiene razón, ya sea el palo de golf u otra cosa, no concuerda con un crimen planeado. Tendría que haber subido, discutido con su mujer, o yo qué sé, encontrársela en la cama con otro para cargársela.

—Lo de la cama no —protestó Karen—. ¿La mata a ella, pero no al presunto amante? ¿Y este se va a su casa y no dice ni pío mientras Sergio pone la casa patas arriba y le coloca un cuchillo cerca? No lo sé —confesó Karen dudosa—. Parece triste, no creo que tenga ningún problema económico que quisiera subsanar con la muerte de su mujer, aunque podríamos investigar —dijo ante la mirada escéptica del brigada—, y tienes razón: no me lo puedo imaginar planificando una chapuza semejante para matarla. Puede que una discusión acalorada por una tercera persona… ¿Has visto cómo ha tenido que dominarse cuando nos ha encontrado en el salón hablando con su hijo?

—Ha cerrado los puños —corroboró el otro—, y creo que se ha retenido con dificultades, aunque el hijo parece muy vulnerable y puede haber sido por instinto de protección. ¿Cómo te lo imaginas? Llega a casa, discuten y en un ataque de ira coge el palo y hace que parezca un robo. Su coartada es, además de la obra, su hijo. No sé hasta qué punto es válida —cuestionó Cano.

—Si sabemos algo hasta ahora es que David adoraba a su madre. ¿Te lo imaginas cubriendo a su padre? Aunque puede que tampoco le dijese la verdad, que el chico, que está malo, se hubiese dormido y que, cuando despertó, Sergio le dijese que llevaba horas ahí. Si estaba tan mal como la hija de Inés, sería posible.

—Y puede que el plan fuese ir a Ávila —contraatacó Cano—, pero como el chico estaba malo, pensaron en anularlo. No tenía aspecto de poder zamparse un cordero, la verdad. Y a lo mejor le dejó dormir para ver si se encontraba mejor y por eso todavía no había avisado a sus padres. Pero… no podemos descartar que unos descerebrados entraran sin pensar en la casa.

—¿Y por qué ella no salió corriendo? No me encaja. —Karen dio una palmada en la mesa—. Aunque vamos a molestarlos, eso seguro, hablaremos con los padres de Maya. Mejor eso que arrepentirnos. Y a ver si nos llama Beatriz para explicarnos por qué la doctora cambió la rutina del viernes.

32

Boadilla del Monte, 2006

Maya esperó en la cancela a que el vigilante abriese las puertas para que los padres pudieran recoger a los párvulos y a los niños de primaria, a los que las maestras acompañaban al patio, ya con sus mochilas a cuestas. No acababa de acostumbrarse a que el niño se quedase a comer en el colegio y las horas, a pesar de pasarlas trabajando, se le hacían muy largas.

Los niños esperaban en filas de a dos y, a medida que los recogían, la profesora tachaba sus nombres en una lista. Se cruzó con la secretaria de Dirección, se detuvo a cambiar con ella unas palabras y, cuando se despidió, vio que muchos niños salían ya por la cancela, solos o con sus madres. Avanzó a grandes zancadas en dirección al patio.

Bajo una marquesina que protegía a los alumnos del sol y de la lluvia, esperaba la clase de David. Apresuró el paso y se alegró, al ver todavía las filas de su clase repletas, de no haber perdido demasiado tiempo.

David hablaba con un niño y le tendía algo que el otro tomaba entre sus manos. Un enorme alivio le recorrió el cuerpo y se dijo que por fin había hecho un amigo. Los ojos se le llenaron de lágrimas, se reprochó llegar siempre tan pronto a recogerlo y se preguntó si Sergio tendría razón y sería culpa suya que el niño no hubiese hecho amistades al no dejarle jugar en el patio tras las clases. Desaceleró el paso para darle tiempo y se paró a hablar con la bibliotecaria, que salía del centro en ese momento, mirando hacia la calle para no coaccionar al niño con su presencia. Mientras hablaba, pensó en ese amigo de David e intentó acordarse por la lista de dónde vivía. Se

propuso hablar con su madre para invitarlo una tarde a casa; una tarde que podría ser aquella misma, si aceptaba.

Cuando la bibliotecaria se despidió, retomó el camino llena de felicidad. Se acercó al grupo y vio que los dos niños seguían juntos. Sonrió y buscó a la madre para preguntarle si podía llevarse al niño ese mismo día. Como excepción, haría un pastel, se dijo. Se volvió a mirar a la cancela para localizarla y no vio cómo el compañero de David tiraba un papel al suelo y se metía algo en el bolsillo. No vio cómo se echaba a reír y empezaba a saltar señalándole con el dedo y se alejaba de él.

Maya llegó junto a su hijo, se inclinó y besó el rostro caliente, que por la mañana había dejado fresco y con olor a colonia. Buscó al otro niño con los ojos, pero había vuelto al grupo y, excitado, saltaba entre los otros. David aferró la mano de su madre y tiró de ella.

—Mamá, ¿nos vamos?

No habían llegado las otras madres y Maya quería esperar a la del nuevo amigo de David para explicarle el plan. Le diría que harían los deberes, merendarían un pastel casero, los niños jugarían y después ella lo devolvería a su casa.

Una niña había pintado una rayuela con tiza en el suelo y estaba entretenida jugando. Se dijo que, para David, ahora que le habían aceptado, sería bueno participar y le señaló el juego. Vio cómo se quedaba quieto en el sitio y le dio un empujoncito. Se acercó a la profesora para no coaccionarlo.

—Buenas tardes —dijo.

La profesora le lanzó una mirada inquieta.

—¿Qué tal está? —preguntó sin mucho interés.

Maya empezó una conversación sobre los libros recomendados para darle tiempo a David a jugar. La profesora escuchaba sin responder y miraba por encima de su hombro. El niño ignoró el juego, siguió a su madre y empezó a dar saltitos.

—David, ¿tienes que ir al baño? —susurró ella.

—Me quiero ir a casa —respondió.

—¿No quieres jugar? —le preguntó cariñosa.

—Me quiero ir —repitió el niño con un deje de angustia en la voz.

Maya fijó su mirada en la maestra, que, encogiéndose de hombros, hizo una mueca que parecía una sonrisa.

—Está cansado, es normal —dijo.

David sacudió la mano de su madre, que se volvió y se fijó en que la mayoría de los grupos de niños del patio se habían disuelto. Miró a David, miró a la maestra y luego a los niños de su clase, todavía allí. Varios llevaban una bolsa en la mano.

—¿Hay una excursión? —preguntó sin comprender mientras un escalofrío le recorría la espalda.

La madre del nuevo amigo de David entró en el recinto con una gran sonrisa en la boca. Cuando estuvo más cerca y la reconoció, se le congeló el gesto y sus pasos se hicieron más lentos. El amigo de David se separó de la cola y corrió hacia ella.

—¡Mamá! ¿Está ya el autobús? —gritó.

Los otros niños, al verlo correr, lo siguieron y las dos colas se deshicieron. Los niños empujaron a la madre hacia la salida, que consiguió articular un «gracias» hacia la maestra y esbozar un gesto de despedida sin mirar a Maya.

En el patio quedaron David y su madre encima de la rayuela. La brisa llevó hasta sus pies el papel que había dejado caer el niño y Maya reconoció el que ella usaba siempre para los regalos. No le hizo falta preguntar nada. La mirada de Rebeca le vino a la mente y comprendió la incomodidad de la profesora. Aferró con fuerza la mano de David, apretó los dientes y se tragó las lágrimas. Se inclinó a colocarle la mochila.

—Van a un cumpleaños —dijo David echándose a los brazos de su madre—. Ha invitado a todos menos a mí.

33

Madrid, abril de 2017

Los padres de Maya vivían en un edificio brutalista de la segunda mitad del siglo XX en el barrio de Chamberí. Los recibió un portero vestido con un traje chaqueta gris, que les indicó el piso de los señores de Vargas y los miró con una cara de deferencia que les hizo pensar que estaba al corriente de la desgracia. Subieron en el ascensor y se encontraron ante una puerta blindada pintada de gris. Tocaron el timbre y oyeron unos pasos que se acercaron. Una mujer muy mayor, que ya debía haber pasado con creces la edad de jubilación, vestida con un uniforme blanco y un delantal impoluto, acudió a la puerta. Era bastante baja y tuvo que levantar la cabeza para mirarlos. Tenía los párpados un poco caídos por la edad, lo que le daba un aspecto de bulldog, y los ojos enrojecidos.

—Vienen a ver a los señores —dijo inmediatamente—. Pasen por aquí. El señor no está, la señora los recibirá.

Los condujo por unas estancias amuebladas con objetos que reconocieron como iconos de diseño del siglo XX. Karen se dijo, al ver unas famosas sillas de cuero negro, que la decoración habría apasionado hasta al mayor purista alemán, que, en general, adoraban los diseños del siglo pasado. Oyeron una voz hablando en inglés a lo lejos, pero «la guardiana-bulldog», como la bautizó la teniente, abrió una puerta y les dio paso a una estancia rodeada de estanterías. Al contrario que el resto de la casa, que se movía entre blancos, negros y colores primarios, aquella tenía una gran mesa de roble en el centro y tres sillas ergonómicas a su alrededor. Dos de los lados mostraban libros apilados y unos folios. En las paredes que no estaban cubiertas de libros colgaban diplomas enmarcados. Al

acercarse, vieron que unos eran de universidades extranjeras y estaban a nombre de los padres, así como el diploma de la carrera y de la especialización de Maya. La iluminación entraba desde unos tragaluces, el silencio era total y la estancia parecía el lugar de encuentro de una logia masónica o la sala de estudio de un monasterio. La mujer les señaló las sillas y salió cerrando la puerta sin ruido. No oyeron sus pasos alejarse ni el rumor del tráfico de Madrid, ninguna persiana cerrarse o el golpe de un ascensor. Sus pasos no resonaron sobre el suelo y las sillas se deslizaban con suavidad gracias a unas protecciones de fieltro. Se acercaron a las paredes forradas de libros y se pusieron a leer los títulos.

—Aquí tengo una biblioteca de medicina —dijo Cano.

—En mi lado está la de química —repuso Karen.

—Joder, menudo sitio para estudiar —exclamó Cano, sacando un volumen y hojeándolo.

No oyeron abrirse la puerta y sólo cuando una mujer de unos sesenta y muchos años carraspeó se dieron cuenta de su presencia. Cano dejó azorado el volumen sobre la mesa. La mujer era muy delgada, rubia, se mantenía erguida e irradiaba una elegancia que debía haber heredado su hija. Iba vestida con un traje pantalón en tonos grises y una blusa de seda clara y, aunque iba perfectamente peinada y maquillada, las ojeras oscuras bajo sus ojos denotaban la falta de sueño.

—Buenos días. Soy Silvia Salazar.

Se acercó hacia ellos y Cano pensó que iba a tenderle la mano, pero tomó el volumen que él había sacado, comprobó el lomo y se dirigió sin dudar a la estantería de donde lo había sacado el brigada.

—Perdonen, no me gusta el desorden. Si le interesa el tema, puedo apuntarle el título. No presto libros.

Empujó el volumen en su sitio y le dio un golpecito para alinearlo con los vecinos.

Movió una silla, se sentó en una de las cabeceras de la mesa muy erguida, con las piernas juntas, y les señaló los dos lados libres. Tomaron asiento y Cano sacó su cuaderno.

—¿Tienen ya alguna pista? —tomó Silvia la iniciativa.

En pocas frases le comunicaron el hallazgo del billetero de su hija en una de las papeleras de la Complutense. La mujer no se inmutó.

—¿Qué resultado ha arrojado la autopsia? —preguntó cogiendo uno de los folios que tenía delante.

Cano buscó entre sus notas —se alegró de las manías de Karen de transcribir— y releyó, usando los términos exactos del forense, las conclusiones de Benavides. Silvia asintió, hizo unas preguntas y solicitó que incluyesen dos pruebas más, que Cano apuntó.

—¿Habló con su hija el viernes? —preguntó Karen—. No queremos molestarla más de lo estrictamente necesario, pero seguimos un protocolo y…

—El viernes por la mañana, sí —confirmó interrumpiendo a la teniente—. Acababa de dejar a David en el colegio, eran las ocho y media.

—¿La encontró usted normal? —preguntó Karen—. ¿Le dijo algo fuera de lo común?

La mujer se movió imperceptiblemente en su silla y se enderezó un poco más.

—No creo que la conversación privada que tuvimos pueda ayudar en algo a resolver su muerte. Pero puedo afirmar sin dudar que no me dijo nada que me hiciese pensar que la seguían o la observaban. Lo que discutimos entra dentro del plano personal. ¿A qué conclusiones han llegado? ¿Tienen ya algún sospechoso?

Karen clavó su mirada en ella y se mantuvo erguida en su silla.

—Hasta ahora no tenemos muchas pistas que seguir —admitió—. Una de ellas es el robo con posterior homicidio, pero no es la única. —La cara de la mujer se endureció todavía más, achicó los ojos y una duda se mostró en el rostro que había permanecido hasta el momento impávido—. Investigamos todas las posibles ecuaciones. Estamos —evitó decir «interrogando»— hablando con todos aquellos que pudieron ver o hablar con su hija el viernes, además de seguir las pistas que hallamos en su casa.

—¿Me puede mostrar cómo la encontraron?

Karen la miró sorprendida y dudó. Tenían las fotos, pero las imágenes de la policía y el forense no estaban pensadas para que las viese un familiar. La madre de Maya vio su vacilación y la miró con desprecio.

—He perdido a mi única hija, ¿ cree usted que me voy a derrumbar al verla en el suelo o abierta en la mesa del forense?

Cano bajó la cabeza y, a pesar de sus dudas, Karen se dijo que los allegados reaccionaban de manera diferente ante la muerte, y que la de Silvia bien podría ser contemplar el aspecto criminalístico de la muerte. Abrió el móvil y se lo tendió pidiéndole que avanzara. Ambos observaron su rostro. Amplió unas de las fotos y giró el teléfono para ver otras con diferente perspectiva. Levantó las cejas en una y cerró los ojos cuando acabó.

—¿Quién ha hecho la autopsia?

—El forense del Anatómico —contestó Cano.

Silvia enarcó las cejas en silencio y miró a Karen.

—El doctor Sebastián Benavides —contestó esta.

—Probablemente es hijo de José María. Dele las gracias de mi parte. Por lo que he podido ver, aunque les pediría que me mandaran el informe completo, es tan concienzudo y preciso como su padre.

—¿Se conocen? —preguntó Cano.

Silvia lo miró como a un alumno que ha hecho una pregunta obvia.

—Estudié con su padre. Si pudiese elegir médico para una autopsia en un caso dudoso, me pondría en manos de él. Preciso y concienzudo —repitió—. Y sus puntos son iguales a los de su padre, no había cirujano que cosiera mejor. No hay señales de que la atasen, ¿han pensado por qué no huyó?

—Ese es uno de los hechos, que no huyese teniendo la puerta a sus espaldas —admitió Karen—, que nos incitan a pensar que podemos estar ante una cortina de humo.

—Mi hija corre desde joven. Es muy rápida y… —cerró los ojos, tragó e hizo una pausa al darse cuenta del uso del presente— tenía unos reflejos asombrosos.

—Si oyó algo cuando entró o entraron, no sabemos si fue más de uno, por la terraza, y dado que la puerta principal no está forzada, le o los tenía de frente y la salida a su espalda —coincidió la teniente —. También podía tener alguno a su espalda, en el caso de que hayan sido varios, pero aún no estamos seguros de nada. Por eso seguimos todas posibilidades y le pedimos que nos cuente de qué habló con su hija el día que la asesinaron y si hay algo que pudiese haber influido en un cambio de sus rutinas. Retrasó sus citas en el centro de salud, lo que es, según hemos podido saber, extremadamente inusual. ¿Sabe usted por qué lo hizo?

La mujer juntó las manos sobre la mesa y unió pulgares e índices. Tenía unos ojos extraños, claros pero no azules.

—En ese caso, y aunque no creo que sirva de mucho, les puedo decir sobre qué versó nuestra conversación. Había tenido una discusión con David y estaba disgustada.

Esperaron a que continuase y la mujer, al ver que no se daban por contentos, prosiguió tras lanzar un pequeño suspiro.

—David lleva muchos años preparándose para el ingreso en la Universidad de Stanford —dijo con un impecable acento inglés—. Es extremadamente inteligente y siempre ha ido por delante de su curso. Le gusta estudiar, ha heredado el placer por el saber de su madre. Hizo las pruebas y lo aceptaron, por lo que sólo tenía que sacar las máximas calificaciones en el curso actual. El viernes, en el camino al colegio, David le dijo a Maya que tenía dudas, que a lo mejor quería tomarse un año sabático, irse de Interrail, y puede que, estudiar otra carrera.

La mujer se detuvo mientras la pareja esperaba, pero no dijo nada más. Karen no se asombró, ya que lo que los alemanes llamaban un *gap year* era de lo más común en Centroeuropa, donde se consideraba que los jóvenes eran inmaduros al acabar el último curso escolar y elegían su vocación, supuestamente, con mayor fundamento si tenían un año libre para meditarlo, durante el que se dedicaban a viajar por el mundo mientras aceptaban trabajos con los que mantenerse durante esos meses.

—¿Eso le preocupaba? —preguntó Cano.

Silvia los miró incrédula y se volvió hacia él.

—¿Usted se da cuenta de las consecuencias? Stanford no le hubiese guardado la plaza.

—Pero habría podido optar a ella de nuevo, ¿no? —preguntó Karen.

—Sí, pero pasando otra vez las pruebas de admisión, que son, hoy en día, una lotería. Maya lo había planeado todo y un retraso de un año hubiese representado el abandonar el proyecto de toda una vida.

—¿De su vida o de la de su hijo? —preguntó Cano.

Silvia lo fulminó con la mirada e iba a responder, pero Karen se le adelantó.

—Entonces, David le comunicó en ese trayecto que los planes que habían hecho ya no lo convencían. Ella reaccionó asustada, me imagino —dijo comprensiva, lanzándole una mirada de advertencia al brigada.

—Maya ya tenía un trabajo apalabrado en una farmacéutica que investiga un medicamento para paliar una enfermedad congénita de la piel.

—¿La ictiosis? —preguntó Karen. Silvia la miró con creciente respeto y asintió sin decir nada—. Así que planeaba mudarse con él —concluyó Karen.

—David tenía unos años muy bonitos, pero duros por delante, y un entorno conocido y estable son fundamentales para crear un ambiente de estudio propicio.

Karen se preguntó qué pensaría el padre, que parecía tener su vida en España, del plan.

—Y Sergio estaba de acuerdo —inquirió.

La mujer levantó las cejas como si hubiese dicho algo obvio.

—Lo habían planeado los tres juntos. Sergio tenía interés por otras formas de arquitectura y había hablado con un estudio especializado en arquitectura ecológica para colaborar con ellos. Su socio se seguiría ocupando desde aquí y él participaría y aportaría las

novedades. California tiene un clima, en parte, similar al nuestro, y luchan con la misma falta de recursos acuíferos.

—Y David cambió de opinión —dijo Cano.

—David —precisó Silvia— tuvo un momento de duda, lo que no es lo mismo. No tergiversen mis palabras, intento ser lo más precisa posible.

—Perdone —respondió Karen—, sólo intentamos entender sus movimientos del viernes.

Silvia asintió levemente con la cabeza, como aceptando las disculpas.

—David es un adolescente, ese es el factor fundamental —dijo con un leve encogimiento de hombros—. Es una pena tener que tomar decisiones en una época tan insegura. Aunque yo estaba convencida de que, razonando con él, Maya podría encauzarlo sin problemas. La conversación que tuvimos versaba sobre esto. Como ven, ningún nexo con lo ocurrido.

—Pero su hija se alteró. ¿Cambió por ello sus rutinas? Llegó con retraso al trabajo, lo que era muy poco habitual —dijo Cano.

Silvia lo miró con genuino asombro.

—Mi hija no se alteraba nunca.

—Perdone, pero antes ha dicho que estaba disgustada.

—Sí. Disgustada. No alterada. No tiene nada que ver. Maya se controlaba perfectamente, en ningún momento se hubiese alterado, como dice usted.

—Se despidió de ella tras la conversación y ¿entonces? ¿Volvió a hablar con ella?

—Me llamó por la tarde al salir de trabajar, pero yo tenía una conferencia y no pude responder. Me dejó un mensaje en el contestador.

—¿Le importaría que lo oyésemos?

La mujer sacó el móvil, lo desbloqueó y buscó el icono correspondiente. Lo colocó en la mesa y pudieron ver que como fondo de pantalla tenía a su nieto ante un edificio con arcadas. Pulsó en el mensaje y puso el altavoz. Una voz tranquila y modulada llenó

la estancia. Silvia palideció:

«Mamá, soy Maya. Perdóname, siento mucho haber perdido los nervios esta mañana. Como siempre, tienes razón. Espero que la conferencia haya ido bien. Dile a papá que sé cómo se debió sentir él».

Pulsó el botón de nuevo y bloqueó el teléfono.

—¿Por qué se disculpa? —preguntó Cano.

—Ya les he dicho que estaba disgustada. Las emociones nunca llevan a una solución y Maya, a pesar de no alterarse, estaba dejando que decidiesen por ella. Se lo comenté.

—¿Qué consejo le dio?

—Justamente ese: no dejarse llevar por las emociones. Analizar el hecho con frialdad y, a ser posible, en su contexto. Intentar apartar sus propios sentimientos. No quiero parecer brusca, pero no sé qué puede tener que ver con su muerte nuestra conversación. Insisto, ¿tienen algún sospechoso?

—Dígame —la interrumpió Karen—, ¿creería a su yerno capaz de hacer algo contra su hija?

—¿Hay algo que apunte a que mi yerno haya podido tener algo que ver con su muerte?

—En un caso poco claro, como es este —dijo Karen—, debemos valorarlo todo y, desgraciadamente, lo primero a investigar es el entorno de la víctima, por mucho que nos parezca improbable.

Silvia asintió.

—Sí, es comprensible —aceptó—. A su pregunta sobre mi yerno mi respuesta es no.

—Se llevaban bien, entonces.

—Sí. Y antes de que lo mencionen, tendrían seguro sus diferencias, pero ambos estaban de acuerdo en que una familia unida es el mejor entorno para un niño.

—¿Cómo es su situación económica?

—¿La de Maya?

—¿Tienen separación de bienes?

—Sí, claro. Maya heredó la casa de San Lorenzo y también dinero.

Hizo con él las reformas de la casa e invirtió en un fondo para la universidad de David.

—Y Maya heredó de… —preguntó Cano.

—Su tía, mi hermana. Falleció hace años sin otra familia que nosotros. No entiendo la conexión…

—¿Cómo describiría a su hija? —siguió preguntando Karen, haciendo caso omiso.

—Maya era una mujer inteligente y ordenada. Una estupenda médico que podría haber llegado muy lejos si hubiese querido. —Levantó los ojos hacia ellos y por primera vez vieron algo parecido a la emoción en ellos—. Una capacidad de renuncia asombrosa, aunque posiblemente tenía razón y lo hubiese recuperado todo ahora. —Sonrió mirando en la lejanía—. Yo se lo echaba a veces en cara y le decía que no tenía ese cerebro y no había trabajado tanto para encerrarse en la consulta de un pueblo a determinar enfermedades comunes. No tengo nada en contra de las consultas, no me entiendan mal, pero Maya podría haber ahondado en temas más relevantes. Aunque comprendo que fue una buena idea alejarse de Madrid y concentrarse en David.

—¿Por qué se subió a vivir a San Lorenzo?

—Podía vivir donde quisiese, ¿no cree? —contestó arisca.

—Sí, claro, pero les tenía a ustedes aquí, se llevaba bien con su marido, hubiese encontrado trabajo —argumentó Karen— en la investigación.

Silvia carraspeó.

—Tenía un trabajo. Sacó uno de los números más altos del MIR, ganó una plaza en el Gregorio Marañón. No se confundan.

Karen la miró a los ojos.

—Tenemos que saber todo lo posible de su hija para encontrar a quien la mató. Y creo que es usted la más indicada para contárnoslo.

Silvia miró la estantería tras ellos y apretó los labios.

—David, de pequeño, tenía problemas respiratorios y Maya decidió que el aire de la sierra sería mejor para él que el de Madrid. Esa fue la razón principal de la mudanza. Ella ejercía en el Gregorio

Marañón, pero David era un bebé tan delicado que decidió dejar de trabajar hasta que el niño estuviese estable. Era, a lo mejor, un poco demasiado protectora, pero es comprensible si se tiene en cuenta que tuvo un parto muy complicado y perdió la posibilidad de tener otro hijo.

—¿Por qué dice su hija que sabe cómo se debió de sentir su padre?

Silvia cambió las piernas de sitio y los miró a los ojos.

—Me parece una pregunta personal que no sé qué puede aportar. —Karen y Cano no contestaron. Silvia suspiró—. Maya se había presentado a Stanford cuando era joven. La aceptaron, pero decidió acabar el MIR aquí. Tanto mi marido como yo —precisó— consideramos en su momento que cometía un error.

—Y ella vivía con David un *déjà vu* —dijo Karen. Silvia asintió con la cabeza—. Sabemos que su hija era muy amiga de Inés Puerto, una abogada que vive en San Lorenzo. ¿Conoce usted a alguna íntima más? —preguntó la teniente.

—Tenía amigas del colegio y la universidad, pero carecía de tiempo que perder. —Al ver cómo la miraban continuó—. No se me ocurre ninguna sin consultarlo.

—Jugaba, además de correr, mucho al golf, si hemos oído bien.

—Sí. Era el único deporte que David podía practicar sin problemas. Maya jugaba también; mi marido y yo somos aficionados.

Karen se levantó.

—¿No se le ocurre nada más que pueda ayudarnos respecto a la vida privada de su hija?

—Creo que están ustedes siguiendo una vía equivocada. Mi hija y Sergio se llevaban bien, los unía, además del cariño que se profesaban, el amor incondicional por David. Y si se preguntan qué pasará con el dinero de Maya y la casa, se lo puedo decir: es todo para David, Sergio no recibe nada.

34

San Lorenzo de El Escorial, 2007

Maya leía en la plaza disfrutando de los rayos de sol de otoño. Levantó la mirada y vio la cúpula del monasterio, que permanecía iluminada bajo la cálida luz. Bebió un sorbo de su té y se inclinó hacia David, que pintaba concentrado. Le acarició la cabeza y cogió el libro de nuevo. Un chirrido la sobresaltó y vio a una mujer un poco más joven que ella levantarse bruscamente de una de las mesas contiguas con el teléfono en la mano. Se alejó por la plaza discutiendo, mientras la niña que la acompañaba se quedaba sola en el café. Maya se fijó en ella. Era morena, llevaba el pelo cortado por debajo de las orejas y sujeto por una horquilla negra, sin los acostumbrados lazos o animalitos que adornaban las cabezas de otras niñas. Llevaba un vestido de cuadros con un jersey debajo y unos zapatos a los que les hubiera hecho falta un buen cepillado. La niña no se inmutó al levantarse la que Maya suponía era su madre y siguió pintando concentrada en una hoja arrancada de un cuaderno con un bolígrafo negro mientras sus piernas se balanceaban. Maya había bajado la mirada a su libro cuando volvió a oír el chirriar de la silla. La niña se había plantado ante ellos.

—Hola, ¿me dejas un lápiz? Mi boli hace manchones.

Maya buscó con la mirada a la madre, que seguía hablando por teléfono, casi en Floridablanca. Se dijo que era irresponsable, a pesar de que San Lorenzo fuese un pueblo, dejar a una niña de esa edad sola. Se inclinó y la miró de cerca. Se dijo que parecía una niña con personalidad y tuvo curiosidad por cómo reaccionaría su hijo. David la miró un momento, pero volvió a su dibujo. La niña no se inmutó y se acercó a él.

—¿Qué pintas?

—Los planetas del sistema solar —respondió él.

—Pues ese rojo parece un huevo —dijo crítica—. ¿Me dejas el azul?

David dudó. Le quedaba Urano y pensaba rellenarlo de azul. Ya había rellenado Neptuno con una mezcla de azul oscuro y el lápiz estaba un poco gastado. Le tendió el azul claro.

—No, el oscuro.

David apretó los dientes y miró a su madre suplicante. Maya se dijo que debía aprender a decidir por sí mismo. Guardó silencio, pero, al no contestar el niño, respondió por él.

—Puedes llevártelo mientras David acaba Marte. Creo que quiere pintar Urano de azul.

La niña tomó el lapicero, se volvió a su mesa y se afanó en rellenar una parte de su hoja con fuerza. David oyó cómo se gastaba la mina y esperó a que su madre reaccionase, ya que no había llevado el sacapuntas, pero ella parecía concentrada en la cabeza de la niña y de vez en cuando en la madre, que seguía dando vueltas con el teléfono por la plaza. David acabó Marte y miró a su madre. Hizo un pequeño ruido para llamar su atención. Se preguntó por qué no decía nada si sabía, lo había demostrado al comentárselo a la niña, que Urano tenía que ser azul. Se levantó y se acercó a la cría, que no le prestó atención hasta que acabó de colorear el cielo nocturno. Maya sonrió.

—Toma, ya he terminado.

—Me lo has gastado.

—¿No tienes sacapuntas? Si quieres, te lo afilo.

David, furioso, volvió a su mesa sin responder. Maya se inclinó hacia él, pero él se apartó y cogió otro color. Esperó la reacción materna y pensó que le hablaría con su voz dulce o solucionaría el problema consiguiendo un afilador. Sabía que había otras madres que lo solucionaban todo comprando dulces o juguetes, pero la suya no era así. No, iría a una tienda y pediría prestado un sacapuntas. Solucionaría el problema, le cogería de la mano como a papá y comentaría su dibujo. Las otras madres alababan los de sus hijos,

pero la suya era diferente. Ella sabía lo que había intentado pintar, no sólo decía «qué bonito», sino que entendía aquello que él ni siquiera había conseguido plasmar y le daba pistas para los siguientes diseños. La otra madre volvió tras colgar, le hizo una caricia fugaz a su hija sin comentar su obra y, sin dar explicaciones por su ausencia, se volvió hacia la mesa de al lado, ignoró a David y sonrió a Maya.

—Muchas gracias por prestarle los lápices. —Se acercó a su mesa —. Soy Inés, perdona, ni me he presentado.

Tenía una amplia sonrisa franca y unos ojos marrones que parecían reírse de la vida. Maya, que hasta el momento sólo se había fijado bien en la hija, sintió curiosidad.

—Me llamo Maya y este es David.

La niña abandonó la mesa y se acercó.

—Y yo soy Celia —dijo con seguridad.

David empujó su dibujo hacia el centro de la mesa e Inés lo observó.

—¿Has pintado los planetas?

David hizo un gesto afirmativo y pensó que comentaría algo más, pero empezó a charlar con su madre sin prestarle más atención.

—¿Estás de visita en San Lorenzo?

—No, llevamos un tiempo viviendo aquí. David tiene un problema pulmonar y el aire de la sierra es muy beneficioso.

—Qué bien, entonces a lo mejor seréis también compañeros de clase… ¿Cuántos años tienes? —preguntó Inés.

—Ocho —manifestó David cortante—, pero no voy aquí al colegio.

Ya se sabía las siguientes preguntas: a qué colegio, dónde y por qué. Pero Inés no pareció interesarse más por su escolaridad y señaló a Celia.

—Celia sí, va a los agustinos. Como este es un sitio pequeño, os encontraréis a menudo. ¿Dónde vivís? A lo mejor podéis jugar una tarde o el fin de semana.

Una pareja de extranjeros se sentó, sin darse cuenta de que estaba ocupada, en la mesa que habían dejado libre la madre y la

hija. Inés se volvió a decir algo, pero Maya les ofreció sentarse en la suya. Celia recuperó su dibujo, que había quedado abandonado, y se encaramó a una de las dos sillas libres. La camarera se acercó e iba a cobrar cuando Inés miró la hora y la detuvo.

—Casi ponme una caña.

—Mamá, ¿puedo yo también aperitivo? —preguntó la niña.

—Pero una Fanta, que, si no, no duermes. ¿Tomáis algo con nosotras?

Maya no bebía alcohol y jamás le dejaba pedir a David una bebida azucarada. El niño vio una duda en su rostro.

—Un té y un vaso de agua sin gas.

—¿No te gusta la Fanta? —preguntó la niña extrañada.

—Estropea los dientes, produce caries —recitó David—. El azúcar se mete entre los pliegues de las muelas y se come el esmalte. Un diente empastado ya no se recupera jamás y, si es de leche, contagia al nuevo.

Inés rompió a reír. Tenía una risa ligera y cristalina y no parecía que se burlase, sino más bien que reconocía una debilidad.

—Tienes razón… Tampoco la caña es sana. La próxima vez pediremos lo mismo.

—Tú vives también aquí, entonces —preguntó Maya curiosa.

—Desde hace casi un año, sí. Trabajo en un bufete de Villalba, soy abogada. Al principio subía y bajaba, pero cuando me separé, decidí que sería más fácil desde la sierra. ¿Y tú?

Maya la miró sorprendida y se preguntó cómo podía hablar con tanta ligereza de una separación y más delante de la niña. No sabía por qué, pero la mujer le caía bien y aún más: le importaba caerle bien a ella. Y su hija parecía una posible compañera de juegos para David, se dijo.

—Soy médico, dermatóloga. Trabajaba en Madrid.

La camarera apareció con las bebidas, un trocito de pastel para el té y un plato de patatas para la cerveza. Maya rechazó el pastel e Inés cogió una patata no sin haberles ofrecido una antes.

—Y ¿has dejado de trabajar? —preguntó.

—No. En Madrid tenía una plaza en el Gregorio Marañón —dijo orgullosa—, pero a David le descubrieron una dolencia cardíaca y no me hubiese sentido segura dejándole en manos ajenas, así que pedí la excedencia. Tuvimos un par de sustos y preferí quedarme yo con el niño. Ahora que va al colegio y está más estable trabajo en la clínica de la calle Velázquez.

Inés la miró intrigada. Se había arrepentido al momento de haberse sentado con ella, pensando que era una de esas madres maníacas que pocas veces se encontraba, ya que se acumulaban ante las extraescolares, que ella no pisaba, los parques temáticos y en los cafés por las mañanas para comentar los éxitos de sus retoños, y que dejaban de trabajar a pesar de tener unas carreras estupendas en aras de cuidar de la familia. Se dijo que, aunque parecía cumplir con todos los clichés, las uñas de manicura perfectas, la melena moldeada con secador, la ropa elegante pero cómoda, y el niño pintando los planetas bajo su supervisión, le caía bien. Tenía algo, a pesar de su sequedad, que le gustaba.

—Niños —propuso Inés—, ¿no queréis jugar un poco en la plaza?

Celia se levantó de un brinco y se acercó a David.

—Ven, podemos hacer una carrera.

Maya levantó la cabeza asustada.

—Carreras no, tiene un problema de corazón.

David hizo una mueca, pero Celia no le dio mayor importancia.

—Pues jugamos al escondite inglés —propuso la niña.

Celia, en un arranque de familiaridad, le agarró de la mano y tiró de él. David no se quería mover para escuchar la conversación entre las madres, pero Maya le dio un empujoncito con la mano y Celia tenía más fuerza de lo que parecía. Si no conseguía quedarse en el sitio, quedaría como un niño más débil que ella. Si se dejaba arrastrar, era voluntario. Se levantó a regañadientes y siguió a la niña hacia la plaza.

—Yo, cuando me separé —empezó a contar Inés—, en Madrid estaba desbordada. Entre los atascos y la dificultad de encontrar a alguien que no me fallase cada dos por tres y que pudiese recoger a

Celia en el parvulario, acabé destrozada. Por eso decidí mudarme a la sierra. Primero estuve viviendo en Villalba, pero un día tuve una vista en San Lorenzo y me encantó, así que busqué piso aquí. Todo es más tranquilo, los peligros prácticamente no existen y en un año Celia podrá ir sola a todas partes —zanjó tomando una patata y masticándola con placer.

Maya pensó que ella jamás dejaría a David volver solo del colegio. Ya no por sus problemas de salud, sino por todo lo que le podría pasar: un borracho al volante, David que no miraba bien la calle, una zanja mal asegurada, un pedófilo o simplemente un matón. Se estremeció. Iba a abrir la boca y a preguntarle si no tenía miedo de todas esas eventualidades cuando Inés vio su caña vacía y le preguntó si quería tomar algo más. Maya miró el reloj, observó a David en la plaza y dijo que tomaría un agua. Inés se levantó y fue a pedir. Cuando volvió y Maya le iba a preguntar por todos los posibles peligros, ella se adelantó.

—¿Tú también estás separada?

—¡No! —exclamó Maya—. Sergio sube y baja. Tiene un estudio de arquitectura y tenemos un piso en Madrid. Él se queda allí, la mayoría de las veces, entre semana y luego sube. Los fines de semana está siempre y hacemos planes en familia. ¿Hace mucho que te has separado? —preguntó.

Inés miró a Celia y pareció hacer un cálculo rápido.

—Tres años ya. Fase superada —dijo segura. Maya iba a preguntar si para Celia también, pero calló—. Celia era pequeña —continuó Inés como si le hubiese leído el pensamiento— y, además, una madre feliz cría hijos felices, creo yo. Seguro que hay cosas que echa de menos, no te digo que no, pero es lo que hay… —Rio—. Desde luego, no estaba dispuesta a seguir aguantando sus líos.

—¿Y Celia no pasa tiempo con su padre?

—Bueno, su padre se ha casado con la última causa de nuestra separación —dijo divertida—. Vive en un pareado perfecto, en una urbanización perfecta, con una mujer perfecta y ahora con un niño perfecto. Al principio sí quería ocuparse, pero pasado un tiempo me

anulaba más fines de semana de los que cumplía. En ningún momento decidimos que saliese de nuestras vidas, fue sólo una cosa paulatina. Y no, no lo echo nada de menos. ¿Tengo menos dinero? Sí. Pero hago lo que quiero, decido como me parece y no tengo que adaptarme a otros.

—¿Vives en el centro?

Inés se adelantó, cogió una patata y bebió un sorbo de su copa.

—Cuando busqué piso, quería un sitio desde el que Celia pueda andar al pueblo y al cole en el futuro, pero también tenía que aparcar, por eso evité tanto el centro como las afueras. Alquilé uno, que estaba en un estado lamentable, pero en muy buena zona, lo arreglé y ahora ha quedado bastante bien.

Maya la miró asombrada.

—¿Lo has renovado tú?

—¡Completamente! —Lanzó una carcajada—. Bueno, con ayuda de uno de mis sobrinos. Las últimas vacaciones mandé a Celia a casa de mi madre y empleé mis días en la renovación… Cambiamos el suelo, los baños y la cocina. Tenía uno de esos retretes marrones, ¿te acuerdas?, con la bañera a juego y el agujero para la pastilla de jabón en la pared. Los azulejos, además, llenos de taladros. Los cambiamos todos. El espejo estaba comido por el óxido; en la cocina, el módulo del cubo de la basura ya no tenía puerta y las de los otros muebles colgaban… ¡Ah! Y el suelo era de esas baldosas con manchas irregulares grises y las juntas negras. Ya te imaginas.

—Mi casa estaba también un poco anticuada —dijo Maya—, pero yo no soy tan manitas…

—La necesidad te hace sabia. —Rio Inés—. Ya sabes, si tienes un atasco, no hace falta que llames al fontanero: Inés, chapuzas a domicilio a tu servicio. Lo bueno que tuvo es que, después de la reforma, todo te parece muchísimo más fresco, más nuevo. Y es como si estuvieras empezando de nuevo —dijo bajando un poco la voz—. Fue como quedar limpia, no sé si me explico. Y para Celia, cuando volvió, fue también como comenzar una nueva vida. Está en Timoteo Padrós, no sé si la conoces. Además, he hablado con los

dueños y me han hecho una oferta de compra. Estaré un poco más atragantada, pero es una buena inversión, sobre todo ahora que ha quedado tan bien.

—¡Qué casualidad! —exclamó Maya—. Somos prácticamente vecinas. Una tía tenía una casa aquí, pero murió y nos la hemos quedado.

—Eso sí que es suerte… Me encantan esas casas con los muros de granito y la chimenea. —Sonrió.

—Podemos quedar una tarde a merendar —propuso Maya.

—A tomar una copa —añadió Inés—, como no tenemos que conducir…

35

Madrid, abril de 2017

Se despidieron y bajaron en el ascensor. Ya en la calle, anduvieron hasta la esquina, donde había un bar que había colocado sobre un trozo de césped artificial y entre unas jardineras unas mesas con sus sillas. Tomaron asiento y pidieron dos cafés.

—Madre mía, qué mujer más dura. He tenido escalofríos en esa biblioteca —dijo Cano—. Creo que es el primer familiar que nos encontramos que pide ver la autopsia y comenta las puntadas. Y dice que su hija no se alteraba… Como para alterarse con esa madre. ¿Te has dado cuenta de cómo habla Maya en su mensaje? Le pide perdón por estar «disgustada» —dijo dibujando unas comillas en el aire—, no vaya a ser que, ¿cómo ha dicho?, que sus sentimientos puedan con ella… Y yo que me quejo de mis padres…

—Cada uno se apaña con su dolor como puede; a ella a lo mejor le reconforta saber que hacemos bien nuestro trabajo y que Benavides ha sido…

—Concienzudo y respetuoso. ¿O era preciso? —la interrumpió Cano —. Joder, Karen, te matan a la hija ¿y te fijas en los puntos que da el forense para cerrarla? Por cierto, no hemos comentado lo de «José María».

—No sé de qué te asombras, estudiarían juntos y seguirían especialidades diferentes. A mí me ha parecido muy contenida: que no se derrumbe ante nosotros no quiere decir que no sufra. Nos ha dado muchas más pistas de las que teníamos.

—Pues no parece que quiera inculpar al yerno… —dijo Cano.

Karen negó con la cabeza, pensativa.

—Saca lo que nos ha dicho.

—Cuando le he preguntado si Maya estaba alterada, ha saltado —comenzó Cano mientras volvía las hojas de su bloc—. No, su hija no se alteraba, estaba sólo disgustada. Pues lo suficiente para llegar tarde a trabajar; debió de disgustarse mucho…

—Supongo que se enfadaría con el hijo, sí.

—Joder, pobre hijo. Le debía tener hasta la carrera elegida…

Karen se encogió de hombros.

—Puedes elegir una carrera, pero si al hijo no le gusta, nunca conseguirás que le apasione. Lo que sí debió de hacer es inculcar e incitar ese gusto por las matemáticas, acuérdate de lo que nos dijo Adriana, que trabajaban juntos. Con lo disciplinada y metódica que era, debió planificar todos los pasos —dijo Karen—. Puede que se arrepintiese de no haberse ido a Estados Unidos y no quisiera que su hijo cometiese el mismo error, ¿no crees? Por eso dijo lo del padre. A ver, qué más hemos aprendido de ella.

Cano carraspeó antes de leer.

—«Familia de médicos». Joder, Karen, qué casa, es de pesadilla.

—¿Por qué? —dijo asombrada—. Me parece muy clara, diáfana. He visto muchas así en Alemania.

—¡No hay nada personal! ¡La biblioteca! Ninguna cosa fuera de su sitio, nada absolutamente…

—Que pueda distraer de lo principal, el estudio. No me asombra. Lo que sí me asombra es que la casa de Maya sea tan… —buscó la palabra— acogedora.

—Clásico de hijos que se revuelven contra los padres, supongo… Cuando son tan extremos, los vástagos suelen tirar por el lado contrario.

—Sí, pero Maya parece continuar con las tradiciones familiares en muchas cosas. A lo mejor Sergio tenía más influencia de lo que pensamos —adujo Karen.

Cano consultó su cuaderno.

—«Hija única, no sabemos de más familia que la tía sin hijos que le dejó todo. Estudia Medicina»… Y ya comprendo que tenía que estudiar mucho, pero que la madre no sepa mencionarnos a ninguna

amiga es raro… Ni amiga, ni vecina, ni primos…

—Debió crecer en un ambiente singular.

—Joder, Karen —protestó Cano—, esto no es singular. Y dice que no presta libros…

—Tampoco exageres. Padres eruditos, hija única. Crece entre libros, probablemente bajo el cuidado de la guardiana-bulldog que nos ha abierto la puerta, que parecía muy afectada. A mí tampoco me gusta prestar libros —confesó con una sonrisa—. Maya era una mujer que hacía vida sana, impecable en su trabajo y una madre excepcional. Resumido, es lo que hemos conseguido saber de ella, ¿no?

—Bueno, a no ser que lo del profesor de golf sea cierto —repuso Cano.

—No olvides que por ahora son habladurías. Pero tenemos que hablar con él y puede que de nuevo con Inés. Parece ser la única amiga que tiene, lo que en este país es excepcional.

—Raro de cojones. Pero es que ella debía de ser rara de cojones. No sé cómo se casó con ese tío, que parece de lo más normal…

—Nos parece a nosotros normal, Cano. ¿Qué es lo normal? Pues siempre depende de a quién preguntes. A Silvia le debe parecer sumamente normal que su hija tenga un doctorado y decida irse a vivir al otro lado del charco. A la vecina de Maya que te cae tan bien —dijo sarcástica— le parece normal tener cuatro hijos. A nosotros nos parece normal no tenerlos.

—No sigas.

—A lo mejor, a la familia de Sergio, que por las fotos parece de esas tribales, no se lo parece tanto —continuó la teniente—. Pero a la de Maya sí. Yo no veo tan rara a su madre, sólo es un extremo que a lo mejor no estamos habituados a ver. El que no se haya deshecho en lágrimas no dice nada. Parece ser una familia acostumbrada no a esconder, sino a evitar las emociones. Cuadra con lo que sabemos de Maya.

—Coño, Karen, ¡que parecía que lo sentía más la asistenta que la madre!

—¿Te parece que estallar en llanto es sinónimo de sentir algo mucho? Las dos se parecen en muchas cosas: el amor al estudio y la implicación, el que sólo tuvieran un hijo. Aunque hay una diferencia entre ellas: la madre se vuelca en su carrera; Maya, por el contrario, se vuelca en el hijo, que es su prioridad, puede que llevada por la enfermedad o por el hecho de que fuese de manera involuntaria un hijo único, acuérdate de la histerectomía y que hasta su madre lo ha mencionado. —Karen miró el cielo azul y se volvió hacia él—. ¿Crees que repetimos patrones? —preguntó.

Cano lanzó una carcajada.

—¿Yo? Pues no, como te puedes imaginar.

—No me refiero a la sexualidad —protestó Karen—, me refiero a la manera de funcionar, de discutir, de querer también.

Cano reflexionó. Se terminó el café de un trago y suspiró.

—Supongo que adoptamos muchas más cosas de nuestros padres de lo que queremos. A veces me descubro hablando como mi padre, haciendo gestos que haría él. Y no es voluntario, te lo aseguro —dijo Cano levantándose para ir a pagar.

Karen lo miró alejarse y se dijo que era la primera vez que el brigada nombraba a su familia.

36

San Lorenzo de El Escorial, 2007

Maya llevó a David a clase de golf al club y se instaló, un poco alejada, en uno de los bancos que rodeaban el campo de prácticas. Observó a los otros tres niños y le fastidió que hiciesen el tonto con los palos. David se puso en posición de saque. Otro niño se acercó por detrás y levantó dos dedos tras su cabeza, lo que hizo reírse a carcajadas a los otros y provocó que él diera mal el golpe. Uno de ellos sacó una bolsa de gominolas y las repartió. El profesor le recriminó que no ofreciera a todos y señaló a David. De mala gana, el niño le tendió los dulces. David negó con la cabeza.

—Es verdad, que no come azúcar, no se vaya a enfadar mamá —dijo el otro niño con un falso lloriqueo antes de estallar en risotadas secundadas por los otros.

David bajó la cabeza. Maya, angustiada, se levantó para intervenir cuando un antiguo jugador profesional que daba clases particulares cruzó el campo. Maya se detuvo y se dijo que las clases particulares le evitarían tener que relacionarse con otros niños. Decidida, se colocó en su camino y le preguntó si estaría dispuesto a enseñarle. El hombre negó, dijo que no aceptaba niños como alumnos y se dispuso a seguir su camino. Maya le bloqueó el paso, insistió: si veía que el niño no avanzaba y no cumplía las expectativas tras las dos primeras clases, lo dejarían. Rodrigo aceptó más que nada por quitarse a la mujer de encima. Maya sacó su agenda y apalabró las dos clases directamente.

La clase acabó y David se acercó con su bolsa.

—No sé si me gusta el golf —dijo con una mueca—. Los otros juegan al tenis y al pádel…

Maya le acarició el pelo.

—Sabes que no debes forzar demasiado, puede ser peligroso.

—Mamá, yo no me noto nada…

Maya sonrió.

—¡Menos mal que no notas nada! Pero la lesión está ahí y, hasta que te puedan operar, debes tener cuidado. —Se acuclilló y se puso a su altura—. ¿Me prometes que tendrás cuidado? Confías en mí, ¿verdad? Sabes que nunca te obligaría si no fuese por tu bien.

David suspiró y asintió. Su madre siempre decía que era como llevar gafas, pero él no lo sentía así. Desde que tenía uso de razón, no podía correr ni jugar al tenis o al pádel. Podía nadar, pero no hacer competiciones; podía jugar, pero no acalorarse. David había preguntado ya varias veces cuándo podrían operarle, pero sólo era factible con el órgano completamente desarrollado, a partir de los dieciséis o diecisiete años.

—Tenemos que volver a casa —continuó su madre—, ¿te acuerdas de que vienen Inés y Celia a merendar?

David hizo un gesto contrariado.

—Mamá, ¿por qué has invitado a esa niña?

—¿A Celia? ¿No te cae bien? Es una niña simpática. —David no contestó—. Seguro que lo pasas bien con ella. Podéis jugar al ajedrez o hacer una construcción juntos. Vive muy cerca, a lo mejor podéis quedar más veces.

—No sabrá jugar al ajedrez…

—Pues nada como que la enseñes, David.

—Ganaré y no será divertido.

Maya se detuvo y se puso de cuclillas para estar a su altura y hablar con él. Desde el episodio del cumpleaños, Maya había cejado en sus intentos de encontrarle amigos en el colegio. Cuando conocieron a Inés y a Celia, se dijo que era de su edad y que, al ser niña, no era probable que estuviera obsesionada con el fútbol. Y vivía cerca.

—Cuando tú empezaste a jugar, también te ganaba siempre, David. Si sólo jugaras con los que son tan buenos como tú y los mejores se negasen a jugar contigo, nunca avanzarías. Y parece una niña lista, verás como aprende rápido. ¿No me dijiste el otro día que no tenías amigos aquí?

—Ya…

—David, sólo es una tarde. Que no os entendéis y es una pesada, pues no la volvemos a invitar. Vive muy cerca y os podríais ver a menudo. Intenta ser amable con ella.

—¿Sabes jugar al ajedrez? —le preguntó David a Celia.

—No, pero si me lo explicas, puedo aprender.

David la miró asombrado. Él nunca se hubiese atrevido, ante extraños, a jugar a algo que no conocía. Encontró que Celia tenía mucho valor y la miró con admiración. Abrió el tablero, separó con su ayuda las piezas y escondió en los dos puños dos peones de distinto color. Celia sacó negras y entre los dos las colocaron en sus sitios. David le explicó los movimientos de cada pieza y le preguntó si quería que se los apuntase. Celia negó con la cabeza y resumió:

—Los que más pueden son la reina, las torres, los alfiles y los caballos. El rey es un desastre y los peones son sólo protección.

La primera partida la ganó David. La segunda también, y cuando empezaron la tercera, se estaba empezando a hacer de noche y tuvieron que dar la luz. David levantó la silla con sigilo para no hacer un ruido que les permitiese a su madre o a Inés recordar su presencia. Jugaron la tercera y Celia lo sorprendió comiéndose a su reina con un caballo. Sintió la rabia subirle a la garganta, pero se mordió la lengua y continuó el juego. Intentó recordar todos los trucos que le había enseñado su madre para aplicarlos. Ganó y suspiró aliviado. Celia se echó para atrás y lanzó una carcajada.

—Sí que es divertido. ¿Jugamos otra?

David asintió y colocaron las piezas. Celia jugaba blancas y avanzó con un peón. David enfrentó el suyo negro y Celia hizo saltar a su

caballo. La partida avanzaba y los colores se iban mezclando. A su lado cada vez había más piezas, pero no conseguía atacar al rey blanco. David movió una torre y pensaba que en una jugada lo tendría a tiro cuando la puerta se abrió.

—¿Qué hacéis? —preguntó Maya.

David levantó irritado la cabeza.

—Mamá, estamos en mitad de una partida.

—Celia se va, su madre la espera.

—¿Podemos acabar? —preguntó enfadado.

Celia ya se había levantado y se dirigía a la puerta. La niña se volvió.

—La podemos acabar otro día.

—Pero… —Iba a protestar, a decir que había ganado, que estaba a punto de tumbar a su rey, pero apretó los dientes, se contuvo y se dijo que, si se enfadaba, a lo mejor Celia no querría volver. Guardó las figuras—. Mejor la empezamos de nuevo, ¿no crees?

Celia asintió y bajó trotando las escaleras. David la siguió al salón y vio extrañado una botella de vino de las de su padre abierta. Y la madre de Celia debía fumar: olía a tabaco.

—¿Vais a quedar otra vez? —preguntó Inés.

David asintió con ímpetu y Celia le tendió la mano.

—La revancha.

Se la estrechó con fuerza y se acercó a las escaleras cuando bajaron hacia la calle.

—Entonces, lo has pasado bien —afirmó Maya.

—Ha aprendido muy rápido a jugar. Es muy buena en el colegio —añadió—. La mejor de su clase.

Maya asintió con la cabeza sonriendo.

—Puedes invitarla otro día, si quieres.

37

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

El teléfono de Karen sonó y respondió al ver el nombre de Romero en la pantalla.

—Mi teniente, hemos desbloqueado el teléfono. Tenemos sus correos, sus mensajes y la localización. Nos hemos concentrado en el viernes. El primero…

—Espera, que apuntamos —contestó la teniente mientras pulsaba el icono del altavoz.

—Vale, el primer mensaje es a Inés. La relación parece que no pasaba por su mejor momento, Maya le escribe por la mañana de una manera casi amenazadora. —Karen miró asombrada a Cano—. «No te vas a salir con la tuya, te lo aseguro», le escribe a las ocho y veinticinco de la mañana. Debía de estar en el colegio del hijo porque las antenas la localizan en Boadilla. De ahí llama a la clínica, con los que habla unos dos minutos.

—Para decir que llega tarde: coincide con lo que nos dijo la enfermera —la interrumpió Karen.

—Llama a su madre después —continuó Romero—. La conversación dura veinte minutos, es la más larga que tiene durante el día. Después al marido, unos diez minutos. La siguiente llamada es de bastante más tarde y, según las antenas, en ese tiempo se va a Ávila, donde estuvo media hora.

—¿A Ávila? —preguntaron sorprendidos a la vez.

—Sí, tengo la dirección y a los dueños: fue a ver a sus suegros. —Cano y Karen cruzaron otra mirada de asombro—. En el camino de vuelta a San Lorenzo desde Ávila vuelve a llamar a Sergio. La siguiente antena ya es de aquí. No utiliza el teléfono durante el resto

de la mañana, pero a la hora de comer llama al hijo, que no contesta. Inés responde por mensaje y le propone quedar para hablarlo. Llama a su madre, pero unos segundos. A las seis tiene una conversación telefónica con Inés que no llega a dos minutos.

—El mensaje a la madre y sale de trabajar y llama a Inés para quedar —supuso Cano.

—Sergio la llama a las siete y media y hablan cinco minutos. Después, nada durante unas horas. El último que la llama es su padre a las nueve y media. Debía de estar ya muerta, no contesta. En cuanto a su localización: lo de Ávila ya os lo he dicho, después en San Lorenzo, en la zona de la clínica. Por la tarde cambia de antena y entra en la zona de su casa. No parece que estuviese en el pueblo ni que fuese a otro sitio por la tarde. Debió de salir de trabajar y volver a casa.

—¿Qué hay de sus correos?

—Sólo he mirado el viernes, ¿eh? Uno con una entidad americana. Por lo que he podido comprender, había pagado el adelanto del alquiler de una casa en Palo Alto, California. Y una empresa, también en Palo Alto, acusa recibo de unos documentos que parecen oficiales, tienen el membrete de inmigración. No sé, pero no me parecen unas vacaciones…

—Parece que se querían mudar con el hijo, que iba a estudiar en California, nos lo ha contado su madre —explicó Karen.

—Ah —respondió lacónica Romero—. Además, hay un médico que le responde a un correo suyo del día anterior con fotos de una mujer que parece quemada por el sol.

—Debe de ser el que lleva el estudio sobre la ictiosis —aclaró Karen.

—¿Ictioqué?

—Una enfermedad de la piel, viene de *pez* en griego. Porque la piel hace escamas.

—Ah. Pues sí, es justo lo que parecen, escamas. Pero tampoco da mi inglés para tanto y no me ha parecido importante para una primera criba. Un abogado, que le dice que ha solicitado al juzgado

la prohibición de comunicación, pero no especifica contra quién: lo voy a buscar en correos anteriores. Los clásicos correos de ventas *on-line* y no mucho más. En los mensajes de WhatsApp he mirado quién y a quién se los enviaba, pero todavía no los he leído: la asistenta, el profesor de golf y una tal Beatriz, pero ese, a primera vista, parece de trabajo. Y un grupo de la clase del hijo.

—Beatriz es su asistente en el centro de salud.

—Ah.

—¿Cómo es la relación con el marido a primera vista?

—Con el marido, en general, bien, diría yo.

—¿En general?

—Oye, ¡que lo acabo de abrir como quien dice y Suárez no ha llegado todavía! Sólo he mirado los del viernes y os quería informar; ahora me pongo con el resto.

—Su marido nos ha mandado el código de acceso a su banca *on-line* —dijo Karen tras consultar sus mensajes—; a lo mejor puedes entrar y mirar si ha habido alguna retirada de efectivo a través de las tarjetas o algún movimiento inusual.

Se despidieron de ella y se miraron. Cano repasó las notas que había ido tomando y recapituló.

—Coincide con lo que nos han dicho hasta ahora, más o menos.

—A la primera que escribe, no llama, es a Inés. Y le manda…

—«No te vas a salir con la tuya». ¿Qué querría decir? ¿A lo mejor algo sobre la carrera del hijo? —preguntó Cano—. Si, como dice su madre, David se lo acababa de decir, tendría sentido…

—Podría ser, se lo tenemos que preguntar.

—Llama al trabajo para decir que llega tarde —continuó el brigada —, habla con su madre y después con Sergio. ¿No te parece raro que llamase primero a su madre?

Karen lanzó una carcajada.

—No, en absoluto.

El brigada la miró con extrañeza.

—Pero si se llevaba bien con Sergio y tenía que ver con el hijo…

La teniente negó con la cabeza.

—La primera llamada, en muchos casos, suele ser a la madre o a una hermana. Habla con el marido y se va a Ávila, a lo mejor para consultar a sus suegros, puede que les pidiese que intercedieran, se lo tenemos que preguntar a ellos. —Se quedó pensativa—. Un consejo familiar en toda regla. Hemos de ir a verlos, fueron, probablemente, los últimos de la familia que la vieron con vida, según parece.

—Después, va al trabajo, curra todo el día, aunque en la pausa de la comida llama al hijo. Por la tarde, a Inés, a lo mejor para quedar, pero esta estaba trabajando y no podía. Entonces quedan para desayunar. Y llama a Sergio, que a esa hora debía estar ya en la obra.

—Pero ¿por qué Sergio no se sube con su mujer si estaban en pleno drama familiar? La situación obliga a Maya a faltar a sus citas, lo que, en ella, puede considerarse grave: según las enfermeras, sólo cuando el hijo enfermaba dejaba de ir a trabajar. No se lo guarda para ella, sino que lo habla con Inés, su madre, sus suegros y su marido. ¿Por qué Sergio no subió a San Lorenzo, más aún estando casi a medio camino, en Las Rozas, y si suponemos que iban el sábado a comer a Ávila?

—A lo mejor le quiso lavar la cabeza al chico en Madrid, recuerda que él se bajó. Y puede que David lo hiciera para evitar a la madre —repuso Cano.

—Sí —admitió Karen—, Maya no debió aceptar de buen grado sus «dudas», y a lo mejor quiso poner tierra de por medio y no enfrentarse a ella solo. Discutirían, Maya escribe a Inés, a la que puede considere culpable. Un clásico: la madre un poco más permisiva que se convierte en confidente del hijo. Se conocen desde hace años, acuérdate de las fotos de Inés, tendrían una relación de confianza.

—Vale —dijo Cano—, pero si no quería subir a San Lorenzo, ¿por qué se mete Sergio en la carretera de La Coruña a esa hora? Para ir a Las Rozas, tenía que meterse en la autovía —dijo mientras volvía rápidamente las hojas.

La teniente encendió un cigarro, pensativa.

—Puede que tuviera esa cita ya y que el plan original fuese seguir hacia aquí y que la bronca le trastocase la tarde.

—Por mucho que Maya fuese planificadora, un adolescente es todo menos previsible —concedió Cano.

—Nos falta Beatriz, y esperemos que Romero nos saque lo del abogado: una orden de alejamiento no es moco de pavo. Y solicitar la localización del teléfono de Sergio, a ver si el juez nos la concede, para confirmar sus movimientos y que de Las Rozas volvió a Madrid, como dice.

Su teléfono vibró y el número del abogado, enviado por Romero, apareció en la pantalla. Marcaron al móvil, pero el hombre, que se llamaba Miguel Arroyo, no respondió. Llamaron a su bufete, que estaba en Madrid. Les respondió una secretaria que les explicó que el letrado estaba en juicio y no volvería hasta pasada la hora de comer, aunque, si llamaba antes, le daría el recado. Y no, les dijo, desde luego que no les podía dar ninguna información sobre un cliente, ni siquiera confirmar que lo fuese.

—Volvemos a San Lorenzo —dijo Karen—, y al centro de salud, si no nos llama Beatriz de una vez.

38

San Lorenzo de El Escorial, 2007

Celia e Inés volvieron andando a su piso. Se había hecho de noche y la niña se agarró a la mano de su madre.

—¿Lo has pasado bien? —le preguntó.

—Es un poco raro, pero es simpático. Me ha enseñado a jugar al ajedrez.

Inés sonrió en la oscuridad.

—Era de suponer que jugase al ajedrez… —dijo para sí.

—Es divertido. Me ha ganado tres veces, pero la cuarta, si hubiésemos podido terminar, estaba a punto de atacarle el rey. ¿Sabes que la reina puede ir por varias casillas de golpe y el rey no se mueve más que de una en una?

—Por qué iba a ser distinto de la realidad… —murmuró Inés.

—¿Tienes que trabajar mañana? —preguntó Celia.

—Sólo revisar unos expedientes, pero podemos ir al pueblo a desayunar chocolate con churros, después trabajo un rato y por la tarde hacemos algo.

Celia no dijo nada, pero sabía que eso de revisar unos expedientes, en su madre, podía alargarse durante todo el día. Irían a desayunar por la mañana, tomarían chocolate con churros en la plaza y, tras un rato, su madre miraría el reloj y cambiaría al «modo trabajo». No diría nada, pero sus gestos se volverían más rápidos, su mirada más lejana, volverían a casa y se sentaría en el salón con el ordenador y un fajo de papeles. Comerían algo rápido, le propondría ver un rato la televisión, se sentaría junto a ella y caería en un sueño profundo del que costaría despertarla. Al final de la tarde, la sacudiría suavemente y ella murmuraría: «Dame cinco minutos más y ahora

mismo hacemos algo», pero se convertirían en veinte. Inés tenía que contenerse para no gritar que la dejase dormir, pero se obligaba a levantarse y dejaba el salón sin recoger y la lavadora sin sacar. Cuando despertase, la tarde estaría cayendo y saldrían de la mano a dar una vuelta por el pueblo.

Inés nunca había tenido mano con los niños. Era la pequeña de varios hermanos y su madre, que tras la muerte de su padre se había quedado sola, nunca tenía tiempo para juegos. No tenía casi ningún recuerdo de su padre, excepto el eterno olor a pescado que lo acompañaba por donde fuese y sus fuertes brazos, que la hacían volar por los aires. Su madre, al morir él, quedó, como supo muchos años más tarde, en una situación mucho más precaria de lo que ella percibió y tuvo que aceptar otros dos trabajos, además del que tenía ya en un restaurante de la carretera, en medio del Camino de Santiago. Su madre limpiaba un hostal de peregrinos, trabajaba en el restaurante para el servicio de comidas y por la tarde hacía unas horas en una residencia de ancianos. Inés volvía del colegio, comía lo que le había dejado por la mañana y se sentaba a hacer los deberes al lado de la ventana para no gastar luz. Cuando su madre volvía, terminaba de recoger la casa y preparaba la cena para los seis. Sus hermanos, que, además de sus deberes, cortaban la leña y atendían el corral y el huerto, no perdían el tiempo con la pequeña y la madre, agotada, muchas veces no hablaba en toda la noche. Había días en los que, si no era en el colegio, Inés no abría la boca, excepto para comer.

Cuando Celia creció, tuvo inmensas dificultades para jugar con ella a las tiendas o a las muñecas. Le compró un bebé de los que lloran y una tiendecita en la que se acumulaban las verduras, que era lo que le hubiese gustado a ella de pequeña, pero, a pesar de que lo intentó, nunca se divertía jugando. Nunca le decía que no los fines de semana, corroída por la culpa de no llevar a la niña a extraescolares ni al parque, ni organizarle tardes de juegos con otros niños, pero Celia notaba el poco interés que ponía al pedirle los calabacines y las berenjenas y acabó por no proponer más que

jugara con ella.

Pero empezó a preguntarle por lo que hacía. Inés la cogía de la mano, se la llevaba a dar un paseo, le contaba de manera simplificada algunos de sus casos y la llevaba a la plaza. Sentadas ante un aperitivo, le resumía su semana y le preguntaba a la niña por la suya. Desde que aprendió a escribir, Celia hacía una lista y, mientras Inés dormía, la repasaba para comentar con ella lo que le había gustado más o lo que no había entendido de los días pasados. Inés no le preguntaba por cómo se llamaban los otros niños, pero sí si lo había pasado bien con ellos.

Un día, Celia, al igual que le contó que Fátima la había invitado a su cumpleaños, le dijo que Daniel la había insultado y tirado al suelo. Inés anuló unas citas y ese lunes la fue a recoger a la lonja. Cambió unas palabras con el gallito que la había tumbado y desde entonces el niño no la había vuelto a molestar y, lo que era mejor, tampoco molestaba a las otras niñas de la clase. Cuando le preguntó por lo que le había dicho, Inés se rio y le dijo que se había aprovechado de lo que aprendía cuando visitaba la prisión.

Se había decantado por derecho penal y sus visitas a los centros penitenciarios habían sido parte de las razones por las que rompió con su marido, que consideraba que no era un entorno adecuado para trabajar. Pasados ya cuatro años de la separación, Inés se preguntaba cómo podía haberse casado y vivido con un hombre que consideraba que las prisiones eran como hoteles de lujo y que era partidario de la pena de muerte. Sólo se lo explicaba diciéndose que era el primer hombre que había hablado largo y tendido con ella.

Tras la segunda cerveza, Inés le cogía la mano y le preguntaba que si le apetecía cenar de picoteo. Celia adoraba quedarse con ella bajo la estufa de gas o la sombrilla, elegir los platos en la carta, compartirlos con su madre y quedarse con ella hasta que la mayoría de los niños habían desaparecido. Cuando volvían a casa, si no era muy tarde, Inés proponía ver una película. Se sentaban las dos en el sofá y solían llegar hasta la mitad, cuando a Celia, a la que no le solía gustar el principio, empezaba a interesarle. Entonces Inés, a la

que se le cerraban los ojos, proponía terminar de verla al día siguiente.

—¿Es simpática la madre de David? —preguntó Celia mientras subían la escalera.

—Al principio me parecía un poco rara, pero es simpática —respondió Inés—. ¿Y David?

—Me ha llevado al estudio, donde juega y trabaja con su madre. Tienen dos mesas y una para jugar. Me ha preguntado por papá —espetó.

—Ah —contestó Inés escueta—. ¿Y qué le has dicho?

Celia ya casi no pensaba en su padre. Se habían separado cuando era pequeña, él se había vuelto a casar y vivía con una mujer separada también que había aportado dos hijos al matrimonio. Cuando tuvieron un bebé, su interés por ella había ido exponencialmente disminuyendo a medida que este crecía y Celia, que no se llevaba bien con los hijos de su nueva mujer, tampoco lo echaba de menos. Repitió lo que le había dicho a David.

—Que os separasteis hace años y que papá tiene una familia nueva. Que lo veo a veces, pero no mucho. Él ve a su padre los fines de semana, vive aquí porque tiene un problema en los pulmones y otro en el corazón, pero no le pueden operar hasta que sea mayor. Dice que no nota nada, pero no puede correr ni hacer esfuerzos. Por eso no tiene amigos.

Inés asintió y fue a abrir la nevera.

—Bueno, pues ya tiene una, ¿no?

39

Las Rozas, abril de 2017

Salieron de Madrid por el túnel de Cristo Rey y tomaron la autovía A-6, que fluía sin dificultades a esa hora. Karen conducía concentrada y Cano repasaba sus notas.

—¿Me puedes repetir lo que nos ha dicho Sergio? —pidió.

Cano no tuvo que buscar y empezó a leer la página que tenía abierta sobre las rodillas. Karen se dijo que tenía una suerte tremenda de trabajar con el brigada.

—«Fue al edificio en construcción de la empresa de los paneles solares en Las Rozas» —recitó.

Karen frenó y se colocó en los carriles de la derecha.

—Busca una empresa que construya paneles, rápido. Lo mejor es pasar ahora.

Cano tecleó a toda velocidad en su móvil y, tras unos kilómetros, le dijo que tomase la siguiente salida. Abandonaron la autovía, atravesaron un barrio residencial y se internaron en un polígono industrial plagado de concesionarios, tiendas de colchones y muebles. En la última rotonda, que daba paso a un descampado, se dirigieron hacia lo que parecía una gran nave en fase de construcción. Aparcaron junto a los otros coches y se acercaron al contenedor oficina de la obra. El recinto estaba vallado y se oían ruidos de sierras y voces en el interior. Cano miró a lo alto, le dio un codazo y sonrió.

—Cámaras.

Empujaron la puerta y se encontraron a varios hombres con cascos de obra amarillos inclinados sobre un plano. Al oír el ruido levantaron la mirada sorprendidos. Uno de ellos, un hombre

bastante fornido, con una camisa que se le salía de los pantalones y un chaleco reflectante, avanzó unos pasos, decidido.

—¿Ya estamos otra vez? —dijo arisco—. Ya controlaron hace nada que todos los trabajadores estuvieran dados de alta; si quieren que los reúna de nuevo, me van a hacer perder la tarde… ¡Hay que joderse! Las calles hechas una mierda, plagadas de bandas, pero, eso sí, a tocarles los cojones a los que hacemos algo por este país.

Se acercó a un mueble de metal, abrió la puerta con violencia y sacó un archivador que lanzó sobre una mesa. Los otros hombres no se movieron, uno deslizó las gafas para mirarlos por encima de los cristales y otro sujetó los planos para que no resbalasen al suelo.

—Teniente Blecker, brigada Cano —dijo Cano avanzando hacia el hombre—. No venimos a controlar a sus trabajadores, pero, si quiere tocarnos los cojones, puedo solicitar al agente más lento que tenga para que revise uno por uno los permisos de trabajo, las condiciones, si tienen el puto extintor en el sitio adecuado y si los baños cumplen las normas de Sanidad —soltó de carrerilla.

El hombre que se había bajado las gafas se incorporó y se colocó entre el que había sacado el archivador y ellos. Lo miró por encima de las gafas y asintió.

—Javi, anda, ve a ver si ya han solucionado lo de la viga.

El hombre les lanzó una mirada de desprecio, murmuró unas palabras ininteligibles y salió del contenedor oficina.

—Perdone, vamos con retraso y los ánimos están un poco calientes. Tuvimos una inspección que nos costó varios días. Todo estaba en orden, les puedo mostrar el informe. Nos hizo retrasarnos y en el contrato tenemos penalización por aplazamientos injustificados y sus inspecciones se contabilizan como tales. Soy Ramiro Esteban, el encargado de obra. ¿Cómo puedo ayudarlos?

—¿A qué hora acabaron el viernes?

Ramiro no preguntó nada y tecleó en su ordenador.

—Los trabajadores se fueron a las cuatro, el viernes acabamos antes. Yo me quedé, tenía papeleo atrasado y tuve la visita de obra con el arquitecto, que vino hacia las seis. Salimos juntos y, cuando

estábamos fuera, se le ocurrió controlar unos valores de unas vigas que debimos cambiar, así que otra media hora —resopló.

No dijo nada más, pero era evidente que una visita de obra a última hora de un viernes no era como se imaginaba el principio del fin de semana.

—Entonces, estuvo con el arquitecto hasta pasadas las siete. —Karen miró un cartel que colgaba de la puerta y añadió—: Sergio…

—Gavilán, sí. Son dos socios, pero el que se está ocupando de este proyecto es él.

—Y ha trabajado con él en otras ocasiones —preguntó haciendo caso omiso a su cara de extrañeza.

—Sí, hemos hecho varios proyectos para ellos. Son buenos arquitectos, planean todo hasta el final.

—Entonces, estuvo con el señor Gavilán ¿hasta qué hora?

—¿Ha pasado algo? —preguntó amoscado—. Sergio tenía que haber venido hoy y no ha aparecido, y ahora vienen ustedes.

—La mujer de Sergio fue asesinada el viernes.

Ramiro los miró incrédulo.

—¿Perdón?

—No quiere decir nada, pero estamos obligados a comprobar todas las coartadas.

—Pero si Sergio a su mujer la quería muchísimo… —dijo atónito—. ¿Le ayuda si le confirmo que estuvimos juntos hasta pasadas las siete? Ya supongo que mi palabra no les vale, pero tenemos cámaras y nos debieron de grabar, por lo menos a la salida. Estuvimos todo el rato juntos, sólo nos separamos en la verja. No les podría decir el minuto exacto, pero su mujer lo llamó —recordó de repente—. Sí, lo llamó.

—¿Recuerda la conversación?

—Pues no, porque aproveché para cerrar el contenedor y los candados, que me quería ir a casa… Y él se alejó paseando un poco —añadió al ver sus caras—, pero no se piensen nada, ¿eh? Es una manía que tiene, siempre anda mientras habla.

—¿Cómo supo que era su mujer?

—Pues porque no iba a contestar, pero al ver el nombre me dijo que era ella y que tenía que responder. Y cogió la llamada y dijo: «Cariño, ¿te puedo llamar más tarde?». Ella le debió de decir o pedir algo porque hablaron un par de minutos y colgó.

—Entonces se despidieron y se fueron juntos.

—Juntos, sí. Bueno, no, cada uno en su coche, claro —especificó.

—¿Nos puede enseñar las grabaciones? Nos ayudaría mucho.

—Claro, vengan por aquí. Tenemos el servidor en un cuarto separado y la llave sólo la tenemos el arquitecto y yo.

Los llevó a un armario de metal en el exterior, lo abrió con una llave y conectó el ordenador a una de las placas que parpadeaban. Tecleó unos números que consultó en su teléfono y en la pantalla apareció la imagen borrosa y en blanco y negro de la obra. Retrocedió hasta el viernes y cuando llegó a las siete se detuvo y dejó que continuara. Durante unos segundos, no se vio nada, y entonces aparecieron Sergio y el encargado charlando ante la puerta. Ramiro tenía las llaves en la mano y por su postura apreciaron la prisa. Sergio tenía unos planos en la mano que había enrollado y señalaba con ellos a una parte del edificio. Una mancha blanca apareció en la mano de Sergio, que bajó la cabeza y respondió al teléfono. Ramiro hizo un movimiento de hastío cuando el arquitecto se volvió para dar unos pasos hacia el sitio donde había aparcado el coche. Colgó, se volvió hacia el encargado y se despidieron con un apretón de manos y una palmada en la espalda. Ramiro cerró el último candado, se acercó a su coche y se marchó. Sergio se montó en el suyo y por el destello de luz del móvil vieron que lo colocaba en el salpicadero, probablemente en una sujeción. Arrancó, siguió al coche de Ramiro y salió de cámara.

—¿Cuándo vio por última vez el coche de Sergio? —preguntó Cano.

—Fuimos juntos por todo el polígono. Después yo seguí recto por la carretera y él se incorporó a la A-6.

—¿Dirección Madrid o La Coruña?

—Ni idea, no me fijé, no les puedo decir. Otras veces también hablamos de algo más y me dice qué va a hacer el fin de semana,

pero esta vez, con los retrasos y la viga, el ambiente no estaba tan distendido.

Apuntaron las horas y se despidieron de Ramiro Esteban.

—A Sergio le habría dado tiempo a subir a San Lorenzo —calculó Cano—, matarla y volver a bajar a Madrid para recibir la cena en casa.

—Sigo sin tener claro el móvil. Por dinero no, eso es seguro.

40

San Lorenzo de El Escorial, 2008

Maya sacó el billetero para pagar la clase. Era la última del día, Rodrigo tenía tiempo y le relató una discusión que le había contado David que había tenido en el colegio. Maya enterró la cara entre las manos al oír los apelativos que le dirigían. Se desahogó, le habló de los detalles del problema médico de David y Rodrigo la escuchó paciente.

—No sé si hago bien protegiéndole tanto, ¿sabes? Mi marido me lo reprocha continuamente, pero no puedo evitarlo, siempre tengo pavor de que le pase algo. Esta semana hemos tenido una falsa alarma, pero nos ha recordado que el problema está ahí. Sé que se ríen de él, que no tiene amigos con los que hablar, y hacerlo con una madre no siempre es lo mejor —dijo a punto de llorar—. Tampoco quiero sonsacarle continuamente…

Rodrigo apreciaba mucho a David. Llevaba dándole clases más de un año, y aunque sabía que el niño tenía un soplo en el corazón, nunca había hecho cábalas sobre las consecuencias sociales de su dolencia. Una enorme pena por su alumno y por la madre lo invadió. Entendió mejor muchas de las cosas que le contaba el niño cuando iban solos por el campo de golf y entendió también la angustia que se pintaba en la cara de la madre cuando los esperaba.

Maya se secó unas lágrimas rebeldes.

—Perdona, no quería aburrirte con mis historias.

—Pero, Maya, cómo puedes decir eso, me alegro de que me lo hayas contado. Aprecio mucho a David, y si te puedo ayudar en algo, lo haré encantado. Puede que a mí me diga lo que no se atreve

a decirte a ti y le pueda echar una mano.

41

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

La carretera de San Lorenzo estaba envuelta en bruma y tuvieron la impresión de haber regresado al invierno. Karen frenó tras una caravana que intentaba virar en el *camping* saltándose el *stop*, pero que, al ver el coche oficial, continuó a paso de tortuga hacia la rotonda. Su teléfono sonó y Cano lo desbloqueó poniendo el altavoz.

—Perdonen —dijo Beatriz—, ha sido un día muy duro.

—Nos lo imaginamos, gracias por llamar. Queríamos saber qué nos puede decir del viernes.

Beatriz resopló.

—Fue muy raro. Los viernes, Maya sólo solía trabajar por la mañana, pero ese día llamó diciendo que tenía un problema personal y que llegaría tarde. Ya han visto lo que se acumula aquí, así que imagínense con lo que se encontró cuando llegó.

—¿A qué hora fue eso?

—Pues serían sobre las doce… Casi tres horas tarde y unos diez pacientes esperando. Había más, pero a los de las biopsias los atendí yo porque ella había dejado todo preparado, como siempre.

—¿No le explicó nada?

—No hicimos pausa para recuperar el tiempo. Con lo que había, no nos sobró para conversar, y eso que, cuando me avisó, ya cambié todas las citas que pude y mandé a casa a los que habían llegado, pidiéndoles que regresaran por la tarde. Sólo le pregunté si estaba todo bien y ella no contestó. Insistí en si David estaba bien, porque todas sus urgencias tenían que ver con algún problema de salud del chico, pero sólo me dijo que tuviese cuidado con las compañías de los niños. La verdad, pensé que podía haber tenido algún problema

en el colegio, algo con las notas, alguna discusión con los profesores, que se hubiese peleado con alguien. No pude preguntar más porque trabajamos sin cesar hasta la última hora, y a mí me mandó a recoger a los niños, a pesar de que quería quedarme. Lo único que me dijo —un sollozo resonó en el teléfono— fue que ni yo ni mis niños teníamos que pagar por sus errores. Salí a las cuatro y ella se quedó. Con todo el lío, salió casi a las seis, su último paciente vino a las cinco y media. No la vi más ni hablé con ella.

Las plazas de aparcamiento delante del cuartel estaban vacías y cuando entraron no había nadie esperando. Romero leía unos datos en el ordenador y bebía un batido amarillo. Levantó la cara al oírlos entrar y rebuscó entre unos folios. Se dirigieron al despacho de la teniente con la guardia y su batido tras ellos.

—Os tengo varias cosas. De su cuenta personal no han sacado nada, lo último que gastó fue en fruta el jueves. Además, he hablado con los pueblos cercanos. En Robledo de Chavela tuvieron una incursión, unos drogadictos que se metieron en una casa mal vigilada a colocarse, nada más. También he escarbado más en su teléfono. Habla a menudo con Adriana, su asistenta. Le dice lo que tiene que hacer y si puede llevarse algún *tupper* de la cocina, nada fuera del otro mundo. Varios mensajes con un tal Rodrigo, sobre el golf. Hablan, la mayoría de las veces, del hijo, o simplemente confirmar horas o pagos.

—¿Nada más personal?

Romero negó. Cano hizo chirriar una silla al retirarla de la mesa para sentarse.

—Puede que tuviesen una aventura y evitasen los mensajes comprometedores. Hemos pensado que podría ser un motivo para el marido, tenemos pendiente ir a ver al profesor de golf.

La guardia apoyó el batido en la mesa con cara de asco y buscó entre los folios.

—Sí —confirmó la guardia—. Sergio podía tener sospechas —dijo

buscando un mensaje determinado—. Una vez, cuando Maya le escribe que va a ver la clase de golf de David, él le dice que procure mantenerse al margen. Ese jueves, después de decirle Maya que va al campo, su marido le escribe que no piensa permitirlo. De ese día ya tenemos el registro de llamadas del teléfono: la llamó varias veces y ella sólo le respondió a la última, pero hablaron casi quince minutos.

Cano cambió una mirada con la teniente.

—¿Quién más como contacto asiduo? —preguntó Karen.

—Como estaba Inés Puerto en la escena, la he buscado a ella también, que, además, está en ese mensaje del viernes. El contacto es muy intenso. No lo he leído todo, son muchísimos, pero, por lo que he podido ver, eran muy amigas. Hace unos meses, la relación se enfría, aunque, a primera vista, no hay ningún reproche y tampoco mensajes borrados. Inés pregunta varias veces si pueden quedar y Maya responde que anda muy mal de tiempo, y sí que quedan alguna vez.

»Están sus padres, también. No tienen grupo familiar. Con ambos cambia unos mensajes escuetos y se envían entre sí publicaciones, en su mayoría científicas. Ni memes, ni chistes, ni cosas graciosas. Le manda a su madre a menudo artículos de periódicos y habla de su trabajo. Los padres le mandan, a su vez, fotos o *links*, en su inmensa mayoría, por lo que entiendo, médicos, con otros artículos con párrafos subrayados. No lo sé, porque yo no tengo relación con mi madre, pero si pienso las chorradas que se mandan mis amigas con sus madres, y son desde la bufanda que han visto en el mercadillo hasta la faena que te ha hecho el novio o el imbécil que ha aparcado mal, no tienen nada que ver.

»Lo único personal: fotos de David y sus notas. Y cuando digo lo único, es lo único… Exámenes con su calificación y, si no son de diez, los errores que ha cometido. Esto es más interesante: Maya se desahoga con su madre y, según los casos (supongo que si lo encuentra justificado o no), le envía comentarios sobre quién corrige. De uno escribe que copia todo en internet, de otro que es

incapaz de comprender una teoría y que por eso ni la explica. La madre comenta la corrección y no siempre le sigue la corriente ni protege al nieto —tomó aire—; es más, todo lo contrario. Le dice a Maya que David no lo ha leído bien, que se ha ido por las ramas o que no ha entendido el problema. Eso sí, si el profesor se ha equivocado (eso pasa con uno de matemáticas), las ametralladoras de las dos se unen.

Cano y Karen asintieron.

—Cuadra con lo que sabemos —dijo la teniente—. ¿Qué hay del calendario?

—Pero ¿vosotros os creéis que tengo poderes o qué?

—Sí, Romero, perdona —se disculpó Karen al darse cuenta de que ya había peinado una barbaridad en ese tiempo y que era imposible que hubiese recorrido todos los bajos fondos del teléfono—, pero es la primera información concreta que tenemos tras la autopsia…

—Ya, si yo lo comprendo, pero, si no lo miro bien, puede que me salte algo.

Karen miró a Cano y se levantó.

—Nos vamos. A ver a dónde llegas esta tarde y, si no, mañana. A lo mejor te puede echar un cable Suárez…

—No me hables de ese cabrón. Toda esta mierda es su culpa —dijo señalando ante sus caras atónitas el batido—. ¡Coño! Desde que estoy en San Lorenzo he engordado siete kilos. Y dice la de la farmacia que este brebaje es de vainilla, manda cojones. Vainilla, le voy a dar a ella…

—Eso es que te has acostumbrado a la vainilla de las pastitas de doña Nati, que esa sí que es de la buena —respondió Cano aguantando la risa.

—Encima cachondeo. Porque Suárez no está, que se iba a enterar. Por cierto —dijo mientras salía—, hemos quedado arriba para la copa de Jiménez. Trabajo un rato más y así no pico nada, pero no me llaméis continuamente, que me lío y ya no sé lo que os he dicho y lo que no. Nos vemos arriba.

42

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Karen empezaba a recoger sus cosas cuando Cano la detuvo.

—¿Te acuerdas de la copa de Jiménez?

—¿Perdona? —preguntó; no había prestado atención a las últimas palabras de Romero pensando que no iban con ella.

—Que sí, nos invita antes de su boda…

—Mierda —se le escapó a Karen.

—No te queda otra…

La teniente dejó la chaqueta de nuevo e intentó esbozar una sonrisa que le salió forzada.

—No creo que dure demasiado —intentó tranquilizarla Cano—, son sólo unos pinchos y unas copas. Hemos quedado arriba, en un sitio nuevo de tapas. Y ya llegamos tarde, habían quedado a las siete y son más de las ocho.

Karen resopló y se puso la chaqueta. Sintió un tremendo cansancio y el sofá de su casa, con el que llevaba horas soñando, le pareció cada vez más lejano.

Las celebraciones con muchas personas jamás la habían atraído y menos en combinación con el trabajo. Se dijo de nuevo que, a veces, le costaba todavía entender a los españoles, que eran capaces de combinar y unir el trabajo y el ocio. Aunque también ellos metían la pata porque siempre había algo, ya fuese un comentario desinhibido por el alcohol que jamás hubiese visto la luz en una oficina, o una aventura que sin el momento distendido jamás se hubiese consumado. Mientras cogía el abrigo, pensó que en todas las fiestas que se desarrollaban de la manera que se consideraba divertida pasaba algo que hacía que alguno de los participantes se

arrepintiera, o que incluso acababa con la pertenencia a la empresa de uno de los comprometidos. Con lo que les había contado Beatriz de Maya en mente, se dijo que la muerta tenía muchas cosas en común con ella.

Cano y ella subieron juntos, aparcaron cerca de su casa y Karen lanzó una mirada de desesperación a su calle.

—No te preocupes —dijo Cano divertido—: haces acto de presencia y, tras un rato, te largas; de todas maneras, estarán más cómodos sin nosotros.

Karen lo miró de reojo.

—¿Me quieres explicar por qué vamos si ellos están mejor y yo, por lo menos, no quiero ir?

—No tiene sentido, cierto. Pero si no vas, lo llevarán peor que si apareces y les jodes la fiesta con tu seriedad germánica.

Karen bufó. Una ráfaga helada barrió las calles y se estremeció.

—Creías que ya habíamos pasado lo peor, ¿verdad? —dijo Cano divertido.

—La verdad es que sí… Pensaba que con la Semana Santa entrábamos…

—En la primavera, sí. Olvídate. En San Lorenzo he visto nevar hasta en mayo.

—Voy a sacar el gorro y los guantes otra vez —dijo frotándose las manos.

—Ahí se nota que eres una turista… Ningún gurriato los guarda antes de junio…

El nuevo local estaba en una de las bocacalles de la calle del Rey y cuando entraron se encontraron a medio cuartel en mitad de carcajadas y bromas. Jiménez había cerrado el establecimiento para ellos y pedido unos pinchos que le recordaban a su Navarra natal.

Saludaron a los presentes, pidieron dos vinos y se incorporaron al grupo, donde todos gritaban para hacerse oír. Se colocaron al final de la barra y picaron unas gildas que habían encontrado su sitio

junto a las chistorras que les pasaron. El vozarrón de Suárez se levantó sobre los gritos.

—¡Por tus futuros hijos! —brindó en dirección a Jiménez.

Todos levantaron sus copas y, tras el brindis, Suárez se abrió paso hasta ellos con los ojos brillantes.

—Qué envidia le tengo a Jiménez —dijo.

Cano lanzó una carcajada.

—Suárez, no te puedes casar. ¿Qué sería del pueblo?

—¡No! —respondió el guardia asustado—. ¿Qué sería mi vida sin mujer y críos?

—Hombre, Suárez, se puede vivir sin pareja e hijos —argumentó Cano de buen humor.

—Como poder, claro que se puede, no te digo que no. Pero que eso sea una vida, pues me da a mí que no —zanjó el guardia.

Cano carraspeó y bebió un sorbo de su vino.

—Hay diferentes planteamientos de vida, Suárez —intervino Karen conciliadora—. No todos tenemos tus cualidades.

—Si a mí me da igual lo que elija la gente, sólo digo que yo creo que, si no se tiene ese afán de formar una familia, no se puede entender, nada más…

—Para entender la relación padres e hijos hay que ser padre —zanjó irónico Cano.

Suárez asintió sin notar el sarcasmo.

—Lo que quiere decir Cano —añadió Karen—, creo, es que él también es hijo y por ello capaz de comprender.

—Coño, sí —protestó Suárez—. Todos somos hijos. Unos se hablan con su familia, otros ni la mientan —dijo mirando de reojo al brigada —. Pero lo veo en los ojos de los compañeros: tener un crío te cambia la vida. No eres tú lo principal, sino que todo va por esa criaturita, que sin ti moriría. Pero acepto que, aunque es ley de vida, a muchos les parezca una responsabilidad que no quieren asumir.

El guardia tenía la cara enrojecida.

—En cuestiones de la vida privada, cada uno hace su propia ley —dijo Karen molesta— y una cosa no tiene que ser mejor que otra. No

todo el mundo puede tener hijos —zanjó.

Suárez meneó la cabeza con tristeza.

—Claro —dijo Suárez echándole una mirada comprensiva—, evidentemente, si no se puede, es una tragedia.

Karen lo miró atónita y comprendió que no se había expresado bien. Iba a responder airada cuando se lo pensó mejor.

—Suárez, ¿por qué quieres tener niños? —preguntó ante la mirada asombrada de Cano.

—¿Cómo que por qué?

—Sí, dime, los quieres para que quede algo de ti en el mundo, para ser inmortal, para cambiar algo… ¿Por qué?

Suárez se enderezó.

—Para hacer de este mundo algo mejor, para que lo que yo deje, por poco que sea, sea mejor.

—¿Y por qué dirías que tu hijo es tu hijo?

—¿Me estás preguntando por lo que significa la paternidad? —preguntó inseguro.

—No sólo. Explícame qué es lo que hace de tu hijo tu hijo.

—Es mi ADN, es…

—¿Me estás diciendo que si tuvieras que adoptar o someterte a un tratamiento de fertilidad ya no lo sería? —replicó la teniente.

—¡No! —protestó—, claro que no. Son los valores que le traspaso, es, aunque parezca antiguo, algo como mi legado, lo que dejo al mundo.

—Así que, si resulta que tu hijo se convierte en un cabrón, el que ha fallado eres tú y tu legado es malo, a pesar de que hayas sido una magnífica persona.

—Si no he conseguido transmitirle bien los valores, sí, en parte será culpa mía —respondió inseguro.

—Y si tienes dos, y uno te sale rana y el otro misionero, has fallado un cincuenta por ciento; tus hechos, tu vida dejan de contar. Y si tu hermano es un delincuente, los que fallaron fueron tus padres.

El guardia dudó.

—Los padres no podemos estar en todo, hay influencias externas

contra las que a veces no se puede luchar. Amistades que no son buenas, entornos. Hay que darles una estructura de valores que sea la que los mantenga, que los proteja contra esas influencias externas.

—Y esa ¿cómo se la das?

—Hablando con él, enseñando con el ejemplo, ocupándome de él.

—En la cena, en casa…

—Joder, sí, hasta jugando al fútbol.

—Así que los valores se transmiten también metiendo un gol.

—No —protestó Suárez levantando la voz—, no metiendo un gol, pero enseñándole qué se puede y qué no se puede hacer. Tener hijos es mucho más que eso. Y pueden cometer errores si saben que lo son…

—Y si se equivocan, extiendes la culpa a los padres.

—No sólo, pero también. ¡Si yo no critico! —exclamó exasperado—. A mí me parece todo bien, pero es que como vosotros no tenéis hijos, no lo podéis comprender…

Karen pensó en las palabras de Benavides ante el cadáver de Maya y sintió cómo una ira desconocida le subía a la cabeza. Suárez sonreía sin percatarse de la tensión. La música había empezado a sonar más alta y todos entonaban el estribillo. El guardia empezó a cantar también. Cano, que había asistido a la conversación sin abrir la boca, cogió el paquete de tabaco y, con una familiaridad desconocida, cogió a Karen del brazo y la empujó hacia la puerta. Ella se sorprendió tanto del contacto físico con el brigada que no dijo nada. Ya en la puerta, Cano la llevó hacia una callejuela que llevaba a Florida. El viento había amainado un poco, pero hacía frío y la calle estaba desierta. Los adoquines brillaban bajo la luz de las farolas y la del monasterio, escondido tras las Casas de Oficios, iluminaba el cielo con un falso amanecer. El brigada subió una pierna a un banco de granito, le tendió un cigarro y le dio fuego.

—Ahora —dijo mientras expulsaba el humo.

—Justo por lo que acaba de pasar odio estas reuniones —dijo Karen con rabia—. La gente se habla a voz en grito, se toma un par

de copas de más y al final cae una frase que nunca debería haber salido a la luz.

—Sabes que Suárez —respondió Cano—, con todo lo bueno que es, por dentro es un carca. No lo dice directamente, pero en su fuero interno también está convencido de que ser homosexual es una desviación antinatural. —Lanzó una carcajada—. Según él, nunca seremos personas plenas. Yo, por desviado, y tú porque has decidido no procrear para realizarte. Pero, normalmente —admitió con un gesto de la mano—, sin copas se controla.

—¿Te parece normal lo que ha dicho? ¿Consideras aceptable que alguien, sea quien sea, se meta en tu historial médico o intente deducir tus opciones de vida? —replicó Karen mientras andaba la longitud del banco y volvía.

Cano sonrió con amargura.

—Me lo vas a contar a mí… Para de dar vueltas, que me mareas.

Karen se detuvo ante él.

—No sé si te das cuenta de que ha deducido que no puedo tener hijos. Como si eso fuese la única causa posible. ¿Cómo osa siquiera pensar en si puedo o no puedo? —dijo enfadada.

—No tenía por qué hablar de ti —respondió Cano con suavidad.

—¡Sólo faltaría! —exclamó—. ¿Cómo cree que puede permitirse hablar de mis opciones de vida?

—Por eso te he sacado, porque, si sigues así, esto acaba como el rosario de la aurora.

Karen se volvió como tocada por un rayo.

—Mira, Cano, no voy a permitir que nadie, ni Gonzalo ni Suárez, entre en por qué llevo mi vida como lo hago. ¿Sabes? Nunca he querido tener hijos. Jamás. No siento palpitaciones cuando veo cochecitos, ni me apetece acariciar las cabezas de los críos. Nunca me he arrepentido de una decisión que tomé conscientemente para salvaguardar mi libertad. Para decidir yo misma, ni siquiera para poder trabajar en algo que me apasiona, porque esa no es la razón. Y nadie, absolutamente nadie tiene el derecho de cuestionarlo.

Cano la miró y volvió los ojos a la calle.

—¿Gonzalo? —preguntó con suavidad.

Karen resopló.

—No hace más que intentar juntarme con sus hijos y no quiere, o no puede, que para el caso es lo mismo, entender que no quiero, y que no tiene nada que ver con la maternidad. Quiere que quedemos a comer con ellos el sábado… No digas nada, Cano, no sé ni por qué te lo he contado. No quiero y ya está.

Cano esbozó una sonrisa.

—Karen, a lo mejor entiendes por qué no hablo de mi sexualidad.

—Pero, Cano —dijo exasperada—, las cosas no pueden ser así. Es una intromisión en la intimidad mucho peor que si me metieran la mano en el pantalón, ¿te das cuenta? Es creer que un modelo de vida, el suyo, es único.

—Por un lado, «los normales», como él, y por el otro, los otros, no válidos. Inválidos, tullidos. Como nos quieras llamar —dijo apretando los dientes antes de encender el cigarro—. Menos mal que no vamos a menudo a estos saraos… —Se echó a reír.

—No sé cómo te hace gracia —replicó seca.

—Si es que no hay nada más que decir. Se le ha soltado la lengua con los vinos y ha dicho algo inconveniente, sí. No es ni la primera ni la última vez, pero no te preocupes, mañana ni se acuerda —dijo con cierto deje de amargura en la voz—. No te puedes imaginar la cantidad de veces que a mí me dicen que es normal ser homosexual, no sabes cómo me tranquiliza que me consideren normal. Aunque nosotros, los amputados, los raritos, no podemos saber lo que es una vida y menos aún la paternidad —dijo con amargura.

—Lo que me molesta —replicó Karen— es que sean ellos los que deciden lo que es normal porque donde están ellos es delante. Su posición es el centro, y son tan magnánimos que hasta están dispuestos a aceptar que resulta que uno es…

—Maricón —acabó la frase Cano por ella con una carcajada.

—O que no tenga hijos, y no porque me hayan extirpado el útero, sino porque no me da la santa gana. Joder.

El brigada levantó la cabeza hacia el cielo.

—Mira la luna —dijo Cano—, está maravillosa.

—No cambies de tema —replicó irritada.

—Karen —dijo en voz baja—, no tienes por qué proteger a Maya. Ella no eres tú.

La teniente se volvió furiosa hacia él y vio cómo señalaba al cielo. Su enfado se disipó y se echó a reír.

—No me distraigas con la luna que es peor. —Cano la miró asombrado—. La luna se relacionaba con los ciclos femeninos —explicó Karen— y es, en casi todos los idiomas, un sustantivo femenino. Excepto en uno, que yo sepa: en alemán. En alemán, la luna es masculino y el sol femenino.

El brigada rompió a reír.

—Eso explica muchas cosas de ti.

43

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

—Suárez, joder, has estado a punto de cargarte el sarao —soltó Jiménez molesto.

El guardia bajó la cabeza, pero negó, terco.

—Coño, Jiménez, que no los has oído. Me importa una mierda que una no quiera tener hijos o que el otro, que bien calladito que ha estado, sea maricón. —Jiménez recorrió el bar con la mirada y apartó un poco al guardia—. Ya sabes que todo me parece bien, pero de ahí a soportar que por querer tener una familia soy un simple, pues no. Encima, me jode, porque a ver quién se creen que va a pagar su jubilación y que estén en una residencia como Dios manda. Porque, claro, el que ellos no quieran hijos no los obliga a pagar más para mantenerse en la vejez, ¿verdad?

Romero, que había presenciado el final de la discusión, se enderezó al oír la frase del guardia.

—Suárez —dijo sin acritud—, al final sí va a resultar que tienen razón. La jubilación de Cano, la de la teniente o la mía, para el caso, si no consigo encontrar a mi media naranja, la podríamos cubrir con todo lo que pagamos en vida por unos colegios y unas universidades que nunca vamos a utilizar. Para subvencionar la entrada al zoo de los críos de los otros, para pagarles las vacunas y el logopeda.

Suárez la miró asombrado.

—Pero, Romero, que me estáis cambiando las cosas, si yo no he dicho nada, sólo que la…

—Que ya, Suárez. Si yo en muchas cosas estoy de acuerdo contigo, y que yo me quiero casar y tener niños. Pero sólo si encuentro a la persona adecuada.

—¡Pues como todos! —exclamó Suárez.

—Yo creo que un poco diferente, Ricardo. Si mi pareja no quisiera hijos, creo que lo aceptaría. Los críos vienen después, no son el elixir. ¿Tú podrías unirte a alguien que abiertamente no quiera tener hijos?

—Hombre, los valores serían diferentes —respondió Suárez—, y eso por lo menos debemos tener en común. ¡Romero, que todo me parece bien! —exclamó—. Pero es normal que los que tienen hijos entiendan lo que es tenerlos. Joder, que otros, entre los que me incluyo, no los tenemos.

—Pero sí lo hemos vivido del otro lado, podemos entenderlo perfectamente porque somos hijos. Y, a lo mejor, algunos no quieren continuar en ese modelo.

—Pues bien por vosotros —exclamó Suárez—, lo cual no os da derecho a menospreciar.

—Suárez, a veces pienso que eres como esos que piensan que el deber cívico, lo que da sentido a la vida y debe ser el objetivo de todas las mujeres es tener hijos.

—Hombre, en parte, sólo que para mí no es una cosa sólo de mujeres, sino que es una responsabilidad conjunta, es el deber de la familia, da igual si del hombre o de la mujer.

Romero echó un vistazo al bar y observó a la gran mayoría de compañeros. No vio a la teniente ni tampoco a todas aquellas que tenían hijos, aunque los guardias padres estaban todos ahí. Miró la cara de Suárez, la de Jiménez y la de todos los otros. Estaban en su salsa, lo pasaban bien, entendían sus bromas. Se imaginó los comentarios en el cuartel si una de sus compañeras con hijos se desmelenase como lo estaba haciendo un guardia, padre de varios críos. Suspiró y se dijo que, a pesar de todo, los baremos seguían siendo distintos y las oportunidades continuaban difiriendo. El hablar de valores comunes, hijos comunes, tareas comunes o compartidas le pareció en ese momento una broma, una frase hecha para acallar a aquellas que protestaban, para declarar desde la superioridad moral que ellos eran diferentes a sus abuelos, que hasta limpiaban el

retrete y hacían la compra. Suárez estaba a su lado y Romero se dijo que no era justo descargar sus frustraciones con él. Le dio una palmada en la espalda y abandonó el local.

44

Ávila, 2008

Los días de fiesta se los repartían entre las dos familias, e iban la Nochebuena a Madrid, a casa de los padres de Maya, y la Navidad a Ávila, a casa de los de Sergio. Ese año, Silvia había sido invitada a dar una conferencia en San Francisco y, dado que no le daban especial valor a la festividad, habían decidido pasarla al otro lado del océano. Nieves y Jacobo, encantados de tener a su nieto en Nochebuena, propusieron que se quedaran a dormir en Ávila, pasasen la noche todos juntos, fuesen a la misa del gallo y se quedasen hasta el día de San Esteban.

Nieves les preparó la antigua habitación de Sergio e instaló a David en el cuarto más grande, con sus primos. Maya quería que durmiese con ellos, pero su marido se había negado, alegando que dormir con sus primos sería para el niño mucho más divertido que pasar la noche con ellos en una habitación, ya de por sí, estrecha. El niño, que no estaba muy contento con la decisión, insistió en acurrucarse entre sus padres hasta el último momento.

Cuando llegaron, todos los hermanos de Sergio ya estaban allí con sus familias y la casa, engalanada con luces y belenes, era un guirigay. Todos reían, los niños corrían y Nieves iba del salón a la cocina con bandejas de aperitivos que desaparecían en cuanto salían al salón. Martín había pasado por una tienda de artículos de broma y había hecho acopio de bombas fétidas, manchas que desaparecían de los vestidos de sus falsamente indignadas cuñadas y otras gracias. David, que al principio se había quedado junto a sus padres, tras sacarle el tío Martín una moneda de la boca y otra de la nariz, participó en los juegos de sus primos. Cenaron una empanada y

pavo relleno, y cuando todos decían que no podían más, Nieves sacó las bandejas repletas de turrón, mazapán y polvorones. Cuando abrieron los regalos y uno de los primos recibió el fuerte de los Clicks, David se fue con ellos a montarlo al cuarto de juegos mientras sus regalos, un microscopio y un laboratorio de química, quedaban olvidados al lado de los nuevos zapatos de golf. No los oyeron hasta que Nieves los llamó para ir a la misa del gallo. A pesar del frío, fueron andando todos juntos a la catedral.

Sergio, al oír el órgano, se dio cuenta de cómo echaba de menos su ciudad y hasta Maya parecía contenta. Cuando salieron, había caído una fina capa de nieve que los niños se apresuraron a juntar para una batalla. Maya había agarrado a David de la mano y no lo soltó a pesar de sus protestas, hasta que Sergio le pidió que lo dejara jugar un rato con sus primos. El niño se esforzó por no correr y acumular la nieve de los sitios todavía vírgenes. Volvieron a casa, todos con las mejillas arreboladas, y Nieves acompañó a los niños a la cama, dejando a los adultos tomándose una última copa en el salón ante la chimenea. Sergio disfrutaba del olor que desprendían los troncos de encina que ardían en la gran chimenea de piedra, del sabor del *whisky* de Segovia que servían sus padres y de la felicidad de estar rodeado de su familia, todos cansados por el paseo y la celebración, pero felices. Se alegró infinitamente del viaje de sus suegros. Los padres de Maya nunca iban a la misa del gallo ni tenían más invitados que ellos, así que sólo la vajilla y los regalos para David diferenciaban la Nochebuena de una de las comidas de los sábados.

Maya tenía la vista perdida en el fuego y Nieves relataba una de las Navidades de su infancia, en la que no habían podido salir de casa por la nieve, cuando se oyó el golpe. Maya se sobresaltó, pero sus cuñadas rieron y le dijeron que siempre había batalla de almohadas esas noches. Ya se había puesto de pie cuando apareció uno de sus sobrinos diciendo asustado que David se había caído. Todos se levantaron y subieron corriendo. El niño yacía en pijama sobre la alfombra de rayas de colores, pálido, sudoroso y con la respiración

agitada. Su madre se abalanzó sobre él, le tomó las constantes y lo colocó de lado. Levantó la cabeza atemorizada y le dijo a Sergio que debían llevarlo al hospital de inmediato. No vio cómo uno de los sobrinos mayores salía con el abuelo y cómo Jacobo le explicaba el camino a seguir y le dejaba su abrigo. Maya incorporó al niño, que estaba despierto, le pidió a Sergio que fuese a por unos calcetines y un abrigo y lo apoyó en la cama. Cuando le tenían vestido, se oyeron pasos por las escaleras y un hombre mayor con el pelo blanco revuelto, en pijama debajo del abrigo, entró en la habitación abriéndose paso. Sin decir una palabra, se inclinó sobre el niño y lo auscultó ante la mirada asombrada de la madre. El antiguo pediatra de la familia levantó la cabeza serio y emitió su dictamen: la enfermedad navideña —indigestión— y un chichón causado por una caída contra el suelo amortiguada por la alfombra. Soltó una carcajada diciendo que si querían invitarlo a una copa, ya podían haberlo hecho antes de que se pusiera el pijama. Todos respiraron aliviados y se dirigieron al salón con él, donde se le sirvió una copa mientras se reía con Nieves diciéndole que se estaba volviendo mayor.

Sólo Maya y Sergio se quedaron con David en su habitación, donde la madre lo tendió en la cama. A pesar de que se encontraba mejor, Maya insistió, por seguridad, en llevarlo a urgencias. Sergio intentó disuadirla, pero cuando dijo que iría sola, la acompañó ante la mirada atónita de sus padres y hermanos. Pasaron horas allí esperando hasta que Maya se enfrentó al joven médico que estaba de guardia y había cosido ya varias brechas, tratado un infarto y una obstrucción de las vías respiratorias a un niño que se había tragado una canica. Estaba cansado y consideró que si el doctor Gil, que había sido su profesor y era una eminencia en Ávila, ya había emitido un dictamen, no era él quién para rebatirlo y perder el tiempo con un crío que a todas luces no necesitaba más que un poco de dieta y hielo en la coronilla. Cuando Maya pidió una placa del tórax, intentó negarse, considerándolo una pérdida de fondos públicos por una nadería, pero, tras una discusión, se avino y llamó

a radiología. El médico volvió, le tendió la placa y afirmó que no veía nada. Maya tomó la radiografía y la miró con gesto experto. Se despidieron del médico, que no se dignó a responder a sus palabras y salió a ocuparse de sus otros pacientes. David dormía en el coche y Sergio no dijo palabra en el camino de vuelta. Cuando llegaron, había todavía luz en el salón y Nieves y Jacobo los esperaban solos junto al fuego. Habían recogido la cena y Nieves había aprovechado para poner la mesa para el desayuno. Maya metió a David en su cama y se negó a apartarse del niño, mientras Sergio se tomó una copa con su padre, que, tras escuchar lo que había dicho el médico del hospital, le recriminó que hubieran montado ese número para nada, cuando Gil ya había comprobado que todo estaba en orden.

—Sergio, vais a volver al niño un inválido. ¿Por qué te has empeñado en llevártelo al hospital? No me dirás que Gil no tiene experiencia…

Sergio meneó la cabeza.

—Ya sabes que Maya tiene pavor de que ceda la pared del corazón…

—Le he preguntado a Gil y me ha dicho que, si fuese su paciente, le haría pruebas de nuevo. Cuando vayas al médico con Maya se lo podrías decir.

Sergio bajó la vista. Cuando el niño era pequeño, se había esforzado en acudir a las revisiones más importantes, pero los médicos que a él le gustaban no solían ser los que le gustaban a su mujer. Cuando salían de la consulta, siempre tenían una discusión que se zanjaba con la frase «no me vas a explicar a mí mi carrera, ¿me meto yo en tus casas?». Al final, Sergio, que cada vez tenía más que hacer, había dejado de acompañarlos diciéndose que, al fin y al cabo, Maya era la competente en cuestiones médicas.

Cuando a David le diagnosticaron con dos años la comunicación interauricular, Sergio quiso ir al cardiólogo, ya que el problema distaba mucho de ser una vacuna y quería entenderlo bien. Maya organizó una cita y acudieron a uno privado, ya que el que se la diagnosticó era de la Seguridad Social y tenía una larga lista de

espera. Maya llevó el informe hospitalario y el hombre les explicó con mucha paciencia el síndrome y las posibles consecuencias. Los avisó de las señales de peligro y les instó a no tratar al niño como a un enfermo, aunque tenía que evitar los esfuerzos físicos. Hizo hincapié en la repetición anual de las pruebas y dándole unas palmaditas a Maya le dijo que, en algunos casos, la dolencia remitía por sí sola.

Sergio, con la mirada fijada en un tronco casi consumido, se dijo que iría a la siguiente cita anual.

45

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

El viento se levantó y Karen se frotó los brazos.

—Encima, nos hemos quedado sin cenar. Y no habíamos comido —dijo enfadada.

Cano señaló los Jardincillos y subieron hacia Croché. Empujaron la puerta, una bofetada de calor los recibió y entraron en el local decorado a la *belle époque*. Las botellas de la barra se reflejaban en los espejos en un juego de imágenes y las mesitas redondas de tablero de mármol con bancos de terciopelo hacían del local un refugio cálido ante el vendaval que se había levantado. Sacudieron sus chaquetas en la entrada y se dirigieron a una de las mesas del fondo. Cano fue un momento al baño y Karen se dedicó a leer las noticias del certamen de poesía que se organizaba en la cueva del local. Cuando el camarero se acercó colocándose los tirantes sobre la camisa blanca, Karen pidió una botella de tinto y esperó al regreso del brigada para ordenar la comida. Cano volvió secándose las manos y se dejó caer en el banco de terciopelo.

—No he pedido nada todavía, pero estoy canina.

El brigada tomó la carta, le echó un vistazo y asintió. Levantaron la mano al unísono y el camarero se acercó.

—Casi me voy a pedir de primero un caldo —empezó Karen, y se corrigió al ver los dedos del brigada levantados—, no dos. Y las albóndigas.

—Yo los calamares guisados.

—Venga, vamos a centrarnos en Maya, a ver si se nos olvida la conversación sobre la paternidad.

Cogió unas patatas con chorizo que les habían llevado de tapa y

lanzó un resoplido de placer.

—Joder, pobre Romero. Vamos a tenerla que sacar del cuartel, que se suba un par de cuestas. Todo mejor que esos batidos. O mandar a Suárez al exilio del Valle de los Caídos, que, la verdad, es tentador.

—Buena idea, pero no te quiero decir lo que puede pasar con nuestras valoraciones en Google si lo mandamos allí… Y no es que me den tanto miedo como tener que decirle al próximo del pueblo que nos llame que Suárez no está.

—Hombre, está a tiro de piedra.

—Karen, se te ha subido el vino. Todo seguirá igual, sólo que Suárez tardará más. Le seguirán mandando los dulces, y como no se los demos para que se los lleve al Valle y los reparta entre los visitantes… Imagínate, los próximos fachas que se acerquen —dijo Cano— y nos los sacan en la foto, ellos con el brazo levantado y Suárez con el brazo tendido y una rosquilla en la mano.

—Tienes razón. —Rio ella—. Podría ser un desastre nacional. No nos atrevemos a mandarlo allí porque si se lo ve dándole una rosquilla a uno sería una noticia de primera plana y podría perjudicar la imagen del Cuerpo, incluso si se la da a los que se manifiestan enfrente, lo que sería fotografiado por un diario de derechas con un comentario sobre el partidismo de la Guardia Civil. Un desastre nacional —repitió sarcástica.

El camarero les llevó los caldos en dos tacitas y los tomaron en silencio. Cuando los dejaron sobre los platos, el hombre volvió con los principales y les llenó las copas de nuevo.

—¿De verdad crees que puede haber sido el marido? —preguntó Cano.

—No lo sé, pero la banda de ladrones cada vez me parece menos probable, ahora más aún que sabemos que no se ha hecho un solo gasto con las tarjetas. Pero ¿por qué? El dinero y la casa ya los hemos descartado, irán al hijo. Nos queda el adulterio, pero no hemos podido hablar todavía con el profesor de golf: no nos ha devuelto la llamada y no tiene contestador.

—Eso tampoco es raro, cada vez hay más gente que no contesta a

números desconocidos. Podemos ir mañana al club, allí estará —replicó Cano pinchando un calamar—. ¿Y la paciente que la denunció, la del acoso?

—Eso también es una posibilidad. O Inés… Ese mensaje es…

—¿Te imaginas a Inés blandiendo el palo de golf —la interrumpió Cano—, cogiendo el coche y llevando la cartera a la Complutense para volver y descubrir el cadáver al día siguiente? —Negó con la cabeza, poco convencido—. Sergio, el profesor de golf, la paciente que la llevó a juicio o la banda desconocida. Vale, e Inés —dijo al ver el gesto de Karen—. Y sólo hemos interrogado a dos.

La teniente miró la botella de vino y vio que estaba vacía.

—Pero… ¿nos hemos pulido la botella? ¿Te parece si pagamos, salimos a fumar y damos un paseo? A lo mejor se ha calmado el viento.

Cano asintió, se acercaron a la barra a pagar y salieron del local.

Las ráfagas se habían detenido y había llovido un poco. La calle olía a humedad, la niebla se había extendido y la luna era invisible. Subieron las escaleras hacia la plaza desierta y alcanzaron el centro justo cuando las campanas del monasterio empezaron a tañer. Se volvieron a mirar la masa lechosa en la que se había envuelto el coloso iluminado y, sin decir nada, se dirigieron a la calle Floridablanca para subir hacia su casa. Karen miró hacia el monte.

—Tenemos que preguntar también si alguien vio al señor mayor del abrigo verde y a los dos tortolitos.

Cano iba a responder cuando sonó su teléfono. Lo sacó, su cara se iluminó con una amplia sonrisa y mandó un mensaje. Lo guardó de nuevo, apresuró el paso y se despidió. Karen lo observó alejarse y le pareció ver en los pasos del brigada una ligereza desconocida. Aquella relación iba viento en popa y se alegró infinito por su compañero. Se preguntó si la paciencia y la amabilidad de Cano los últimos días, que ni siquiera había lanzado grandes pullas contra Benavides, tendrían que ver con ella.

Comenzó la ascensión hacia su casa, abrió el portón y, ya dentro, pensó en escribir a Gonzalo, pero se dijo que no había contestado

todavía a la propuesta de comer en el club con sus hijos y decidió darse un poco más de tiempo.

46

Ávila, 2010

Sergio aparcó delante de la puerta de sus padres preguntándose qué habría impulsado a su madre a llamarlo para que fuese a hablar con ella. Bruno salió a recibirle, saltó sobre él y Sergio se agachó a abrazar la cabeza del labrador. Nieves había oído al perro ladrar y lo esperaba en la puerta secándose las manos en el delantal. Sergio se acercó a su madre y la abrazó.

—Mamá.

—Qué ilusión, hijo, hacía tiempo que no nos veíamos.

—Si iba a venir el domingo —dijo sintiéndose ruin.

—Ya, pero quería hablar tranquilamente contigo. ¿Te apetece un café? He hecho unas pastas.

Pasaron a la cocina y, mientras Nieves ponía las tazas en una bandeja, Sergio observó a su madre escogiendo las más gorditas, que siempre le habían gustado más, y sintió remordimientos de conciencia por no ir a verla más a menudo. Cuando estuvieron sentados en el salón, Nieves se armó de valor y empezó a hablar.

—Sergio, hijo, ya sabes que yo sólo quiero lo mejor para todos vosotros. —Sergio asintió y tuvo un escalofrío—. Llevo ya tiempo preocupada. Al principio, pensaba que era una cosa pasajera, pero ya no.

—¿Papá? —preguntó sin añadir nada más.

Nieves levantó la cabeza y Sergio vio un gesto de preocupación.

—No, no es tu padre. No, todo va bien. Es por David.

Sergio lanzó un suspiro de alivio.

—¿Por David? Si ya está bien, fue sólo una de esas diarreas brutales que coge. Estuvo dos días mal, pero el miércoles ya fue al

colegio.

—Hace casi dos meses que no lo vemos. A ti tampoco. No viniste ni por el santo del tío y tampoco los fines de semana. Que ya me despedí hace tiempo de que vengas todos los domingos, pero ya ves que Martín y Juan no fallan, y eso que vienen de Madrid y no de San Lorenzo, y tardan el doble en llegar.

Sergio hizo una mueca.

—Mamá… —Lanzó una risita molesta—. Ya sabes cómo es…

—Pues no, hijo, no lo sabía, porque si lo hubiera sabido, a lo mejor no estábamos aquí —dijo seca. La miró asombrado, pero su madre no le dejó seguir—. Si hubiese sabido cómo era, y no quiero insultarla, porque mira que a mí no me gusta meterme, hubiese dado mi brazo derecho porque no te casaras con ella.

Sergio se levantó airado, pero Nieves lo sujetó de la mano.

—No, déjame hablar. ¿Tú te das cuenta de que no nos vemos más que una vez cada dos meses? Hijo, ¿qué es lo que te pasa con nosotros?

Sergio se fijó en el salón. Vio los recuerdos que traían de los viajes y sus dibujos enmarcados, las fotos de cada uno de ellos en la cómoda y bajó los ojos.

—Mamá —explicó Sergio—, Maya es distinta, y el que no pueda tener más hijos no es fácil. Es normal que sea más protectora.

Nieves levantó la cara enfadada.

—Si yo eso lo comprendo, ¡cómo no lo voy a entender! No dije nada cuando David nació y no me dejaba quedarme con él a solas, que acuérdate cómo bajaba a Madrid para echarle una mano, que yo sé lo que son los recién nacidos. Y cada vez que cogía al niño en brazos era como si le pegase alguien. Y acuérdate del día que me lo llevé al parque con sus primos y después dijo que se había enfriado, que si los otros le habían contagiado no sé qué. ¡Dios de mi vida! —exclamó irritada—. Sergio, que los niños se ponen malos, a pesar de que los abrigues, que los niños tienen que estar en contacto con otros, y más con sus primos. ¿Qué le pasa a Maya con nosotros? Parece como si nos considerara incapaces de ocuparnos de él, es

más, hace como si quisiéramos hacerle daño. Hijo, yo entiendo que tienes mucho que hacer, unas cosas serán muy importantes, otras menos. —Él levantó la cabeza alarmado y se preguntó si su madre sabría más de lo que decía. Nieves, al ver su cara, lanzó un suspiro —. Me vas a contar a mí… Pero David es tu hijo también y no puede seguir así. Tiene abuelos, tiene primos. Tiene que jugar como un niño normal.

—Mamá —saltó irritado—, no sé si te das cuenta de que David tiene un montón de problemas de salud. Es normal que Maya se preocupe. Lo que en otros niños es un catarro, en él puede ser algo mucho más grave.

Nieves se preguntó si debía decirle a Sergio que las pocas veces que iba David y salía con sus primos, después de un rato con ellos, sí que corría y se comportaba como un crío normal. Había sido el mayor de Martín quien le había contado que una tarde en que todos estaban en una exposición habían ido corriendo a casa de un ganadero que los había avisado porque una de sus vacas había parido un ternero. Todos los niños habían salido corriendo y David los siguió. Cuando llegaron al establo, se puso malo, pero la mujer del ganadero le mojó la cabeza, le dio un vaso de agua y se le pasó. Pero miró a su hijo y se dijo que no era el momento.

—Si yo no digo nada —continuó con un tono más dulce y conciliador—, y seguro que hay que tener cuidado, pero cuanto más lo encierra, más malo está. ¡Fíjate en los hijos de Juan y en los de Martín! Son como erais vosotros, tienen alguna cosa, se pueden caer, cogen algún virus. Pero están mucho más sanos que David.

Sergio se levantó enfadado.

—¿Tienes que compararme siempre con mis hermanos? ¿Crees que nos hemos buscado que David sea delicado, que tuviese problemas de pulmón al nacer y que tenga un problema de corazón? A lo mejor Maya nota que no la aprecias, que prefieres a las mujeres de mis hermanos, que no compartes su preocupación, ¿no se te ha ocurrido? Me parece que estás siendo muy injusta con ella, mamá. Hasta yo me doy cuenta de cómo tratas a Carmen y a Margarita y de

cómo la tratas a ella. ¿A quién llamaste para que viniese a preparar la Navidad?

Nieves lo miró dolida.

—A Maya no le gusta mi cocina, no le gusta cómo guiso. No come azúcar y considera que todo lo que hago tiene demasiada grasa o calorías. Y se lo ofrecí —dijo con amargura—, como a tus cuñadas, pero ni respondió. ¿Sabes? Es eso lo que echo de menos. Tiempo. Porque, a lo mejor, así las cosas serían diferentes. Tiempo en la cocina, tiempo con la familia. Con tus cuñadas, entre desengrasar un caldo o extender una masa, es donde acabas conociendo a la gente, donde surgen dudas, confidencias y risas. Como Maya nunca ha querido estar aquí más de lo estrictamente necesario es imposible que la conozca mejor. Y claro que me siento más cercana de una que se me pone a llorar mientras me pela las patatas porque resulta que el marido ha sacado los genes casquivanos de tu padre, que de tu mujer, que no aparece y, cuando lo hace, no dice más que hola y adiós.

Sergio achinó los ojos un momento y se preguntó de quién de sus hermanos estaría hablando. Los escarceos de su padre, siempre limitados, nunca habían sido mencionados por Nieves, que hacía como si no hubiesen ocurrido. Se preguntó hasta qué punto tenía que estar dolida si era capaz de reconocerlos ante él, aunque fuese sólo por el calor del momento, involuntariamente.

—Mamá, no es cierto que Maya no quiera venir. Estuvimos aquí en Navidades.

—Pero, Sergio, ¿te parece tan extraordinario venir el día de Navidad?

—Piensa en el susto que nos llevamos hace dos años.

—¡Sergio! De verdad que no te reconozco. ¡Si no pasó nada! —siguió Nieves—. Hicieron una batalla de almohadas, como las miles que hacías tú. David se cayó, sí, pero no fue nada, un chichón sin importancia. Y porque era él y conocemos a Maya hasta llamamos a Gil, que ha sido el pediatra de todos los niños de Ávila. Y vino en Nochebuena a la una de la mañana y dijo que no tenía nada. Pero tu

mujer, porque, claro, ella sabe más que nadie —añadió con rencor—, se empeñó en llevarlo a urgencias. Para que le dijesen que le pusiera hielo en la coronilla…, que de verdad —dijo contrariada—, hay que ser exagerada. Y me molesta que tú no protestes, que te parezca todo normal, ni siquiera cuando le dijo esas cosas tan feas a Carmen, que Juan, porque quería tener la fiesta en paz, que también podía haber dicho algo. Para una vez… —Se mordió la lengua—. ¡Si casi ni conoce a sus primos! Pero, hijo —exclamó exasperada—, tú no ves ¿o no quieres ver?

Sergio se levantó.

—¿Qué me quieres decir? —dijo elevando un poco el tono de voz.

—Que esto no puede seguir así. No está bien para nadie. No está bien para David, que cada vez está más encerrado, ¡que vive en una burbuja! No está bien para ti, que cada vez te desligas más y pasas más tiempo en Madrid mientras tu mujer está sola en San Lorenzo con el niño. Ni está bien para Maya, que cada vez se obsesiona más. El niño ya no fue a una guardería y ni el colegio del monasterio le parecía suficiente. ¡No deja acercarse a nadie! Por favor, hijo, si hasta despidió a Josefina, que la había cuidado como una madre.

Sergio bajó los ojos y recordó la mirada de la niñera cuando Maya decidió quedarse en casa a cuidar del niño. No había hablado con ella y nunca supo lo que le dijo, pero recordó su mirada de profundo dolor cuando dejó de trabajar para ellos. Maya le había tranquilizado y le había quitado hierro al asunto, pero Josefina dejó de quedarse con David y si iba a verlo era como una visita. Borró de su cabeza esa imagen.

—Mamá, yo quiero a Maya —respondió dolido—. Intento subir todo lo que puedo a San Lorenzo, pero tengo trabajo. Y es verdad que el niño se puso mejor en la sierra, eso es un hecho, no me lo vas a negar. Y te recuerdo que el pediatra de Juan dijo que no tenía nada y después resultó que tenía una neumonía y no se dio cuenta del fallo en el corazón. No despidió a Josefina, estaba mayor, le costaba ocuparse. —Se reconoció repitiendo las palabras de Maya, que en su interior no creía, ya que la mujer estaba estupenda de salud y para

no quedarse en casa había vuelto a trabajar para sus suegros—. Maya es una mujer estupenda, pero a ti nunca te ha gustado, prefieres mil veces a tus otras nueras porque se parecen mucho más a ti —dijo dolido.

—No seas injusto. Hicimos todo lo posible por aceptarla, toleramos sus rarezas, que la pobre —dijo levantando la mano—, eso te lo concedo, con la familia que tiene, bastante normal es. Pero no puedo seguir viendo cómo le amargáis la vida al niño y, de paso, te separas de tu familia. Y tú lo ves y no haces nada, eso es lo que te echo en cara. No me meto en tus cosas, ni digo nada de lo que haces los fines de semana en Madrid cuando podrías subirte a San Lorenzo. Pero sí en que mi nieto viva en una campana de cristal. —Sergio iba a protestar, a contarle el trabajo que tenía, pero se calló —. Esto no puede seguir así. Yo no soporto seguir viéndolo.

Sergio se volvió y se agarró a la repisa de la chimenea y se quedaron en silencio. Nieves se levantó y se acercó a él. Posó sus manos sobre la suya.

—A lo mejor podrías ir con él al médico… Comprendo que Maya se asuste, pero Gil dice…

Sergio se levantó enfadado.

—Mamá, Maya es una médico fantástica. No sé qué puede decir Gil de la comunicación interauricular. Yo confío en ella y no voy a llevar al niño de extranjis a ningún sitio, pero si te quedas más tranquila, iré con ellos la próxima vez.

47

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Karen se levantó y se duchó, contenta de estar sola. Gonzalo había dejado un mensaje la noche anterior diciendo que volvería antes a Madrid. Suspiró y se dijo que, aunque no lo había preguntado, esperaba una respuesta para la comida del sábado. Clavó los ojos en la ventana y contempló los pinos del jardín, que con la luz del amanecer se teñían de dorado y parecían arder. Se dijo que Maya debía haber visto lo mismo el viernes pasado través de su ventana y que no se le ocurrió que pudiese ser la última. Y que también le gustaba estar sola. Recogió su desayuno, metió la fruta en la nevera y miró dentro. Estaba ordenada, aunque la cantidad de cosas que tenía era menor que la de Maya. Oyó la verja chirriar y se puso la chaqueta, y se alegró de ver que Cano se acercaba silbando.

Cuando llegaron al cuartel, se encontraron la calle llena de coches de padres que dejaban a los niños en el colegio. Una madre le gritaba desde uno de ellos a su hijo, que se había olvidado el bocadillo, y se lo lanzó como una jabalina desde la ventanilla. El niño lo cogió ante la mirada divertida de la pareja. No había nadie en la sala de espera y Romero estaba inclinada mirando el ordenador de Maya Vargas. Levantó la cabeza al oírlos entrar.

—¡Dos! —gritó radiante.

La miraron asombrados.

—Dos kilos desde principios de mes. Va a ser que el batido funciona… Bueno, y me quedé sin probar un pincho ayer… —Carraspeó—. A lo que íbamos: me lo he mirado todo esta mañana y

lo he apuntado. Os cuento: era muy metódica, tomaba nota de todo. Tiene dos calendarios, uno laboral y otro personal. En el primero están sus citas del centro, telefónicas con pacientes o reuniones (muy pocas) de trabajo. En el otro, los exámenes del hijo y sus extraescolares, como las reservas en el campo de golf, exposiciones o la lista de la compra. He abierto una y era la pera, ordenada por secciones y de una manera particular que al principio no entendía, pero a Suárez se le ha ocurrido que es por el recorrido dentro del súper. Además, tiene todas las citas médicas ahí apuntadas.

—Pero ¿las citas no están en el laboral?

—Las suyas y, sobre todo, las del hijo. El pobre no debe tener muy buena salud, se pasa el día en el médico.

—Sí, es celíaco, alérgico y tiene algo de corazón, nos lo dijo la asistenta —apuntó Karen.

—Pues eso. Y poco más…

—¿Cenas o comidas con alguien?

—Nada, ni una. Pero sí citas con los profesores del colegio. Justo el jueves tuvo una, con un tal Cofer. Pero hay algo mucho más interesante. ¿Os acordáis de la orden de alejamiento? Ya sé contra quién es: en sus correos hay una mujer, Sonia Pérez, que le escribió hace dos semanas esto: «Ganarías en su día, pero tú sabes que me dijiste que no era nada. Me han detectado metástasis en el sistema linfático. Ya me hiciste perder la cara, pero ahora ya no me queda nada que perder y voy a ir a por ti». Se lo pasó al abogado, a Miguel Arroyo. A ella no le contestó. Ya he hablado con él, antes de que me agobiéis: Sonia Pérez la denunció en su día por un fallo médico, la acusó de no haber pedido una biopsia. Cuando volvió a consultar pasados unos meses a otro médico, la cirugía tuvo que ser mucho más invasiva. Era en la cara y se conoce que, a pesar de los injertos, la mujer quedó como un cromo.

—Pero Maya ganó, de todo esto nos habló su marido —dijo Karen.

Romero bebió un trago del brebaje, que esa mañana era rosa, e hizo una mueca.

—Ah, vale. Pero sigo por si hay algún detalle del que podáis tirar.

Ganó porque le hizo un volante para la biopsia, a su nombre y con prioridad, me lo ha explicado el abogado. La acusación alegó —les tendió unos papeles todavía tibios por estar recién impresos— que Maya tuvo una urgencia, algo personal. Se marchó corriendo, pero, según la defensa, antes de hacerlo, rellenó el volante (tenían la copia) y la doctora lo apuntó en el historial de la mujer. La paciente afirmó que no se lo había dado, pero la copia estaba ahí y, como los volantes van numerados, cuando denunció, la copia apareció justo donde debía estar. Si la paciente no se lo llevó o no se lo tomó en serio no se sabe. Vamos, para la mujer una putada, pero a Maya esa copia la salvó. Lo que argumentó ella es que la doctora le dijo que no era nada y que por eso ella no se preocupó. Vivía en San Lorenzo y ahora vive en Las Navas.

Suárez entró en la sala saludando.

—Perdón, ha pasado de todo hoy…

—Suárez, eres un cabrón —espetó Romero enfadada.

El guardia la miró asombrado.

—Perdona, ya sé que te he dejado sola, es que… Pero —se interrumpió abriendo una bolsa de plástico que llevaba en la mano— mira lo que nos mandan, seguro que esto te anima. Son sobaos, de una señora que vivía en Santander y los hace muy bien. La del…

Un grito de rabia al que siguió una pelota de papel que se estrelló contra Suárez le cortó la frase.

—¡Suárez! ¡Ya está bien! —rugió Romero—. ¡No puedo más! Estos dos —dijo señalando a Karen y a Cano con rencor— porque salen y andan todo el día subiendo y bajando, pero ¡yo no! Ya no puedo ir más horas al gimnasio y cada vez que me quito un kilo, vas y haces otra de las tuyas. El día que no son los gorrinitos, son las rosquillas o el bizcocho, las pastas de almendras y ¡las putas torrijas! No puedo más, de verdad os lo digo. Suárez, o paras de hacer el bien o pido un traslado. ¡Coño, que no sabéis cómo sabe esto! —dijo señalando el batido.

Los tres callaron y Suárez escondió la bolsa de los sobaos detrás de su ancha espalda. Romero se giró en su silla y, enfurruñada, se

concentró en la pantalla. Los tres salieron sin hacer ruido. Suárez, abatido, se acercó a la minicocina y fue a guardar los sobaos en un armario. Lo abrió, pero estaba repleto de dulces. Cano ahogó una carcajada para no molestar al consternado guardia y se acercó a darle una palmadita en el hombro.

—A lo mejor es buena idea que te vayas unos días al Valle… Por lo menos así no aumentamos la despensa…

—Pero si no es culpa mía… —dijo el hombretón.

—Mira, Suárez, a todos nos encantan tus dulces, pero la pobre Romero lleva varios días con esos batidos asquerosos. Podríamos coger unos cuantos de los dulces acumulados y los llevamos al centro de mayores, ¿qué te parece? Sólo unos cuantos, para que quepan los sobaos… Todavía quedan torrijas y la teniente y yo ya nos llevamos unas cuantas.

Suárez enrojeció.

—Por cierto —dijo con la cabeza baja—, perdonad lo de ayer, me había tomado una copa de más. —Esperó a ver si decían algo, y al no hacerlo, se le iluminó la cara—. Es muy buena idea, a la gente mayor le encantan estos dulces. Podría llevar siempre parte y así, además, tienen una visita que les alegre el día.

—Eso, y a Romero le compras un kilo de manzanas.

Suárez sonrió encantado y, sacando unos paquetes de papel de un cartón, empezó a meter dulces.

Entraron en su despacho. Tuvieron que dar la luz y una ráfaga de viento hizo vibrar el cristal.

—No le des más vueltas —dijo Cano.

Karen no contestó, sacó los papeles que les había dado Romero y, tras echarles un vistazo, se los tendió. La guardia había separado los del abogado, que incluían el dictamen judicial y los correos de la antigua paciente a la dermatóloga. Al principio habían sido sólo fotos, después insultos, y con el tiempo, la amargura y un tono de amenaza habían sustituido a las imprecaciones. Hacía dos semanas le había escrito el último, lo que había llevado al abogado a solicitar la orden de alejamiento. Aunque ya los primeros correos eran

amenazadores, el más provocador era este. Suárez no tuvo dificultades en encontrarla.

—Tengo su móvil —dijo tras unos minutos—. Está empadronada en Las Navas del Marqués y hay un número fijo también en esa dirección.

Llamaron primero a Sonia, que no contestó. La voz de una mujer mayor contestó al teléfono fijo.

—No se puede poner —respondió arisca a su pregunta de si podían hablar con ella.

Karen pensó en insistir, pero se dijo que sería más fácil ir a verla.

48

San Lorenzo de El Escorial, 2012

Maya apuntó en la ficha cómo se había desarrollado el eccema del hombre que acababa de atender y miró el nombre de la siguiente. Era una nueva paciente y había pedido hora por una mancha. La puerta se abrió y una oleada de pachulí invadió la consulta. Maya se echó instintivamente hacia atrás y observó a la mujer. Tenía, según la ficha, cuarenta y seis años, pero iba arreglada como si tuviese veinte. Se despojó de la chaqueta y descubrió un vestido de lino blanco, apropiado para una fiesta ibicenca, pero no para una mañana de primavera en San Lorenzo, por mucho que el sol luciese en todo su esplendor. Tenía los músculos de los brazos bien definidos y una piel muy bronceada a pesar de la estación. Iba muy maquillada y Maya suspiró por la pérdida de tiempo que supondría retirarlo todo para ver la mancha, si esta estaba en la cara. Buscó automáticamente en la mesa auxiliar con los ojos una loción desmaquilladora.

La mujer se sentó y le explicó que llevaba meses con una mancha en el tabique nasal, que había probado de todo, pero que no había manera de que remitiese. Antes de examinarla, le hizo el cuestionario que había desarrollado. Al preguntarle si tomaba el sol con protección y cuántas veces acudía a las cabinas de rayos UVA, la mujer la miró asombrada. Maya intentó esbozar una sonrisa.

—No es ciencia infusa, se nota en la piel —dijo.

—Ya, ya veo que a usted no le gusta el sol —respondió la paciente mirándola con sorna.

—No es que no me guste —explicó Maya—, es que es muy dañino para la piel. Puede que nos guste fumar, pero sabemos que es malo

para los pulmones…

—Hombre, no me va a comparar.

Maya le explicó el efecto nocivo de los rayos UVA en la piel, el prematuro envejecimiento y los posibles peligros de una exposición a largo plazo. La mujer la observó con un gesto escéptico.

La médico se levantó, se sentó en un taburete con ruedas, empapó un algodón en loción y se acercó a ella. Retiró el maquillaje de la nariz y de parte de la mejilla y observó la mancha con una lupa de aumento mientras la mujer parloteaba y le contaba que había usado un corticoide que le había dado una amiga que parecía haberla reducido.

—No utilice jamás corticoides en la cara —dijo Maya concentrada en la lesión— y menos si toma el sol. Y no use medicamentos de otras personas.

—Oiga, que ni siquiera estaba caducado…

—No es por eso. Puede que no sean lo adecuado, como en este caso, o que usted, por lo que sea, no pueda tomarlos.

La mujer calló. Maya se volvió a sentar tras su escritorio, tomó unas notas y rellenó un volante.

—Hay que hacer una biopsia.

—Sí, pero…

—No le puedo decir nada seguro, quiero ver la prueba para saber más.

—¿Y por qué no me la hace ahora? Hoy puedo esperar.

—Prefiero desviarla a un hospital, tienen más medios. La voy a poner en prioritario.

—Oiga, que justo la semana que viene tengo un viaje, me voy con unas amigas a Cuba. —Hizo un movimiento rítmico con los hombros —. Es una oferta, en un hotel de cuatro estrellas…

—Mire —la interrumpió Maya seria—, debe hacerse esa prueba…

El teléfono de la mesa sonó y Maya levantó el auricular. Escuchó varios segundos, su rostro se endureció y respondió que iba hacia allá. Se puso de pie, tocó el timbre para que acudiera la enfermera y se quitó la bata ante el asombro de la mujer, que seguía sentada en

la camilla.

—Entonces… —empezó a decir.

Maya se inclinó sobre el escritorio y firmó el volante. Lo empujó hacia ella a través de la mesa.

—Vaya, es importante.

—Pero, oiga, que lo de Cuba es en un par de días, ya lo he pagado y no hay reembolso…

La enfermera entró en la consulta.

—Roberta, me tengo que ir —dijo decidida.

—Pero —dijo la paciente— ¿qué pasa?

Maya ya estaba en la puerta y se volvió hacia ella. No tenía ninguna intención de perder tiempo en explicarle a esa desconocida que David había tenido un desvanecimiento en el recreo y que estaba de camino a la clínica. La puerta de otra consulta se abrió y uno de los médicos llamó a la enfermera con apremio, que acudió y cerró la puerta tras ella.

—No es nada —dijo con una sonrisa, diciéndose que había juzgado mal a esa mujer mientras salía—. Llámeme cuando tenga la prueba.

Maya colgó la bata detrás de la puerta y se dirigió a la salida. En el mostrador, le explicó a la enfermera joven que tenía una urgencia y le pidió que le dijese a Roberta que había dejado el volante de la paciente sobre la mesa. Se montó en el coche y cogió la carretera para bajar a Madrid y ver qué le había podido causar a David el desvanecimiento.

49

Madrid, 2012

El niño estaba, acompañado del profesor de deporte, tumbado en la camilla del hospital. Al ver a su madre sonrió y levantó la mano.

—¡David! ¿Qué ha pasado? —preguntó ansiosa.

El niño negó con la cabeza, pero el profesor respondió.

—Han jugado a los relevos en el recreo y les faltaba uno… Han convencido a David para que corriera con ellos y con el calor y la falta de costumbre, yo creo que…

—¿Y dónde estaban ustedes para impedirlo? —preguntó Maya asustada.

El profesor iba a replicar, pero se dijo que la mujer, que siempre parecía contenida, tenía el rostro demudado por el miedo.

—Perdone, sí, se nos ha escapado —admitió—. El médico que ha venido a comprobar su estado ha dicho que está bien, que era una mezcla de alergia y calor.

—¿Le han entregado los documentos de David?

El profesor asintió, contento de haber seguido el protocolo instaurado por la madre. Llevaba muchos años en el colegio y sabía que el alumno tenía, además de varias alergias severas y una intolerancia al gluten, un fallo coronario desde su nacimiento y no podía hacer deportes de esfuerzo. Había hecho todo lo que ella les había indicado, había tumbado al niño de lado y llamado a una ambulancia, que no tardó más que unos minutos, en los que David ya empezó a recobrar el conocimiento. Se lo explicó a Maya, que asintió tras sentarse en el borde de la camilla de su hijo.

—No se preocupe, les he dado todo.

—Gracias, ya me quedo yo.

El profesor se puso de pie. Miró a David, que parecía, enganchado a los cables hospitalarios y desnudo de cuerpo para arriba, mucho más joven de lo que era. Le dio una enorme pena haber provocado ese incidente por falta de atención y se dijo que nunca más le volvería a ocurrir, que hablaría con los alumnos y les prohibiría terminantemente dejar a David participar en ningún juego que supusiera un esfuerzo en los recreos. Se acercó a la cama, le estrechó la mano y sintió una tremenda desazón cuando el niño se aferró a ella. Su madre le organizaba la cama y leía el resultado de los análisis y pensó, al verla, que David tenía mucha suerte. Maya irradiaba seguridad en sí misma y el amor que sentía por el niño era casi palpable. El profesor volvió a reprocharse la falta de atención, se excusó de nuevo con la madre y salió cuando un médico joven entraba en el box.

50

Las Navas del Marqués, abril de 2017

No encontraron tráfico en la subida del puerto que lleva a Las Navas. Cano se detuvo en un mirador tras la Cruz Verde, un establecimiento que había sido un pequeño bar que había crecido para dar albergue a los motoristas que apreciaban la carretera serpenteante. Se bajaron a observar la vista del monasterio desde arriba y Karen se frotó los brazos al notar el viento helado.

—Hace más frío, sí. Con un poco de suerte cae algo de nieve… —dijo Cano.

Karen se echó a reír.

—¿Quieres que se fastidien las procesiones?

—A más frío, más dificultad y penitencia —respondió el brigada—; es para echarles una mano. Además, que nieve aquí no quiere decir que la haya abajo. Estamos a bastante más altura.

Karen señaló la presa de La Herrería y la extensión de verde a su alrededor.

—Podemos parar a la vuelta en el club y hacerle una visita sorpresa al profesor de golf.

Cano asintió, se volvieron a montar en el coche y siguieron la carretera, que había sido incrustada en la roca y avanzaba sinuosa y vacía.

Las Navas de Marqués parecía más nuevo que San Lorenzo, pero los comercios con el cartel de cerrado por traspaso o jubilación se acumulaban en las calles. En lo alto de la localidad estaba el castillo,

que, como le explicó Cano, en su día había sido la residencia de los marqueses que le daban el apellido al lugar. Buscaron la dirección de la madre de Sonia Pérez y la metieron en el navegador. Aparcaron ante un edificio de los años cincuenta, se bajaron del coche y consultaron el piso. Una voz de mujer contestó tras el primer timbrazo. Se identificaron sin obtener más respuesta que la apertura de la puerta. No había ascensor y subieron hasta el tercer piso por una escalera de color arena con una barandilla de metal y paños de cristal esmerilado. Una mujer de unos setenta años con unas arrugas profundas en el rostro y ojos cansados los esperaba cruzada de brazos y con cara de pocos amigos. Iba, a pesar del frío exterior, en manga corta y se apartó para dejarlos entrar sin decir nada.

En el pequeño piso reinaba un calor sofocante y la mujer abrió la puerta a una salita que hacía a la vez de salón y comedor y les señaló un sofá. Una mujer yacía en él, envuelta hasta la cabeza en una manta y con un barreño a su lado. La que supusieron la madre de Sonia les señaló dos sillas y se colocó un poco apartada sin perderlos de vista. Sonia asomó la cabeza, hasta entonces oculta, y pudieron ver un rostro desfigurado, del que parecían haber cortado un trozo y remendado con restos de piel. Había perdido el cabello, las cejas y las pestañas, pero el impacto de la cara reconstruida era mayor que el de la alopecia. Karen recordó las imágenes de unos combatientes de la Primera Guerra Mundial a los que llamaban *gueules cassées*, o «caras rotas», y sufrió un escalofrío.

—¿Qué quieren? —preguntó la mujer haciendo un esfuerzo por vocalizar bien.

—Maya Vargas.

—Esa zorra se me ha adelantado —dijo en medio de un ataque de tos.

—Hemos encontrado unos correos amenazadores suyos y una solicitud de alejamiento por parte de ella —afirmó Karen.

—Mírenme y tienen su respuesta. —La tos la obligó de nuevo a interrumpirse—. Yo trabajaba de *esteticién* —continuó con dificultades—, disfrutaba de la vida, tenía amigos, me iba de

vacaciones. Tuve que cerrar mi centro y, con esta cara —se señaló el rostro—, en otros nadie me contrataba. Y todo por esa zorra.

—Hemos leído en el historial que la doctora Vargas rellenó un volante para una biopsia y que usted no fue a hacérsela —dijo Karen lo más suave que pudo.

Una risa estentórea brotó de su garganta, apagada por un acceso de tos.

—Eso dicen, sí. Yo le pregunté que si no era nada, tengo grabada esa frase en mi memoria. Y ella me dijo no, nada. Se levantó y se fue porque el hijo se había caído en el colegio. Me dejó ahí plantada, sin decirme nada más, excepto que no era nada. ¿Qué hubiesen hecho ustedes? Les dicen no es nada y ¿se van a pedir cita a otro dermatólogo? Debería haberlo hecho, pero no lo hice. No me digan que no lo estoy pagando con creces…

Unas náuseas la hicieron incorporarse. Su madre acudió a su lado y se sentó en el sofá mientras le sostenía la cabeza. Le limpió la cara con una toalla y cuando Sonia se volvió a recostar, se levantó para llevarse el barreño. La madre les lanzó una mirada de odio. Sonia había cerrado los ojos.

—¿Puede seguir? —preguntó la teniente.

—Si se creen que voy a mejorar —respondió todavía con los ojos cerrados—, se equivocan. Cada vez me dan menos esperanzas, ya ni siquiera hablan de curación, sino de cuidados. Ahora que he vomitado estaré un rato mejor, aprovechen —dijo con voz trémula mientras se arrebujaba de nuevo en la manta.

—Escribió a la doctora hace dos semanas.

—Le escribí, sí —suspiró—. No tengo nada que hacer y recordarle mi existencia es uno de los pocos placeres que me quedan.

—¿Dónde estuvo el viernes pasado por la tarde? —preguntó Karen.

—Aquí, con mi madre.

—¿Cuándo le dieron la última quimio? —añadió, sintiéndose ruin.

Sonia hizo un ruido gutural que debía ser una carcajada.

—Ayer, aunque, de lo habitual, no estoy como para irme de excursión.

De golpe, Sonia retiró la manta y descubrió su cuerpo hinchado y las uñas de los pies vendadas.

—¿Creen que me fui a San Lorenzo, me metí en su casa y me la cargué? ¿Saben que no salgo de casa porque casi no consigo subir las escaleras? Intenten andar en invierno sin las uñas de los pies. ¿Creen que conduzco bien? ¿O piensan que me llevó mi madre, que se esperó en la puerta hasta que me la cargué para traerme de vuelta? —Se echó a reír—. Y fíjense lo que les digo: me hubiese encantado hacerlo. O confesarlo, para que el santo que lo hizo quede libre. Al final, para lo que me queda… Dudo mucho que llegase al juicio…

Se levantaron, se despidieron y bajaron las escaleras en silencio.

En el exterior corría un viento helado, entraron en un bar cercano y vieron que ofrecía menú del día. Se sentaron sin quitarse las chaquetas en una mesa con mantel de papel y pidieron una sopa de cocido, unos filetes a la plancha y dos cafés. La televisión mostraba el canal de ventas sin sonido. El dueño del bar retiró el bidón de la cerveza y desapareció en la trastienda. Un empleado municipal con una chaqueta amarilla estaba mojando un pedazo de pan en su tazón y se inclinaba a comerlo. El sonido de una máquina tragaperras de fondo les hizo volverse y vieron a un hombre, con una copa de coñac en la mano, pulsando los botones. Llevaba una chaqueta raída, unos pantalones de pana pelados y su rostro parecía enrojecido y abotargado. Las monedas retumbaron en el metal y el hombre volvió a meterlas por la ranura. Karen se quedó mirando pensativa el edificio de Sonia. El brigada siguió su mirada y negó con la cabeza.

—No me la puedo imaginar blandiendo el palo…, no veo cómo podría hacerlo si no es con ayuda de alguien. Y Maya la hubiese derribado de un golpe.

Karen entrecerró los ojos.

—No estoy de acuerdo.

—Pero, Karen —dijo Cano convencido—, ¿tú la has visto?

—Le acaban de dar una sesión. Evidentemente, no está bien,

vomita, tirita en una habitación que parece una sauna y se debe sentir a morir. Pero el viernes estaba mejor, estaba al final de un ciclo, debía de haber recuperado fuerzas. ¿Tenía Maya más fuerza? No lo dudo, pero el odio suple bastante músculo.

—Pero… las uñas, has visto…

—Lo que no has visto tú, brigada, son las zapatillas de deporte que estaban en la entrada ordenadas. Sí, andar debe de ser un suplicio, pero si es lo único que deseas en la vida, muchas cosas son secundarias. La adrenalina cubre mucho dolor.

—No creerás…

Karen se encogió de hombros.

—La gente que sufre cáncer no tiene por qué ser buena. Un tratamiento doloroso no te convierte automáticamente en alguien bondadoso y agradable. Y sí, existirá gente que se vuelve buenísima ante un palo de la vida, pero no creo que sea la mayoría. Se quedan como son: normales, buenos o cabrones.

—Entonces, ¿crees que nos ha ofrecido una función de teatro?

Karen negó.

—Si le acaban de dar quimio, se siente mal, eso seguro. Pero no es un estado continuo, y pudo perfectamente ponerse las zapatillas que tiene en la entrada, a las que ha abierto la parte delantera, y montarse en el coche para bajar a San Lorenzo.

—¿Las zapatillas?

—Sí, me han llamado la atención porque mi abuela decía que los zapatos «tenían hambre» cuando se abrían la punta. ¿Viste la foto de ella que buscó Romero? Me ha recordado a esa mujer mayor que vimos el otro día cuando estábamos desayunando la tortilla en Madrid. —Cano la miró sin comprender—. Sí, esa señora que iba a las once de la mañana como si fuese a la gala de los Óscar, muy pintada, con una chaqueta de lentejuelas y una falda cubierta por una capa… Es verdad, que estabas con resaca. La foto que nos enseñó Romero es la de una mujer que intenta aparentar por lo menos treinta años menos de los que tiene, muy arreglada. —Se encogió de hombros—. Un melanoma en la cara es para cualquiera

un gran golpe, sobre todo si lo cogen tarde y te dejan desfigurado, pero para alguien que le da una importancia extrema al físico es demoledor. Y nos lo ha dicho: perdió su trabajo. El odio debe de ser muy fuerte. No creo que la debamos descartar, es más, está en lo más alto de la lista, según mi opinión. Lo que no me encaja es el método: supongo que si fue a verla, no era con buenas intenciones, y lo del palo es más bien un arrebato. Como la hemos visto, me la imagino más planificándolo, no creo que fuese a discutir con ella.

—Visto así…

Cano se puso de pie y cerró el cuaderno echando un último vistazo a la ventana del edificio de Sonia. Desde el tercer piso, alguien miraba por la ventana.

51

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Karen, que conducía ahora de vuelta, tomó la carretera.

—Vamos, pues, a ver qué hay de cierto en lo del profesor. —Miró la hora—. Debe de estar en el club.

Descendió el puerto de la Cruz Verde tras un coche con la «L» que no hacía más que controlar por el retrovisor el coche oficial, circulaba muy por debajo del límite de velocidad y frenaba sin motivo.

—Es un castigo del Señor —dijo Cano riendo.

La teniente gruñó y dejó más distancia entre ellos y el novato. Cuando llegaron al cruce de San Lorenzo y puso el indicador para tomar la carretera, el otro siguió recto.

—Lo has asustado. A él, y a la cola que llevamos detrás —dijo mirando por el retrovisor, donde los últimos de la fila de coches aún descendían las últimas curvas.

La carretera hacia San Lorenzo era un hermoso túnel de árboles. Antes de llegar al desvío del club de golf, Cano señaló una antigua entrada.

—Aparca aquí y vamos por la puerta de arriba. A lo mejor está dando clase en el campo de prácticas.

Karen detuvo el coche, se bajó y estiró las piernas. En las plazas de aparcamiento, sólo había otro par de vehículos. Se acercaron a una pequeña construcción de granito, probablemente una antigua garita, ahora en desuso, y avanzaron por el camino bordeando una pista de tenis vacía. A lo lejos se oían unos pelotazos desganados contra una pared. Una mujer de unos treinta años con semblante agradable y el pelo sujeto en una coleta subía a buen paso con una carpeta en la

mano y les dedicó una sonrisa y una mirada amistosa.

—Buenas, soy Icíar, ¿les puedo ayudar en algo?

—Sí, buscamos a Rodrigo Muñoz, el profesor de golf.

—¿A Rodrigo? Está en el campo de prácticas, sí —dijo consultando los papeles—, con una clase particular. Sólo tienen que continuar un poco más, torcer a la derecha y lo encontrarán. No hay casi nadie más a esta hora, no tiene pérdida. ¿Ha pasado algo?

—¿Conoce usted a Maya Vargas? —preguntó Cano sin contestarle.

La mujer bajó la cabeza un instante y luego los volvió a mirar.

—Sí…, ya lo he oído. Qué espanto, pobre familia.

—¿La conocía usted bien?

—¿Qué es bien? —preguntó encogiéndose de hombros—. Son socios desde hace años, ella, su marido y su hijo. Muy aficionada, pero no tenía tanto contacto con ella, ya que no jugaba ni a tenis ni a pádel, que es de lo que yo más me ocupo. Al golf jugaban muy bien, sobre todo ella y su hijo.

—Sí, hemos oído que daba bastantes clases particulares.

Icíar asintió.

—Ya sabe cómo son los expertos, siempre quieren mejorar algo. La verdad es que tanto Maya como David tenían un nivel de campeonato. Jugaban en los torneos que organiza el club y ganaban a menudo. —Sonrió—. Rodrigo estaba muy orgulloso, David empezó con él desde niño.

—Nos han dicho que se llevaban muy bien —tanteó Karen.

—¿David y Rodrigo? Fenomenal, sí. Lógico también. Pasaban muchas horas juntos y eso y la pasión por un deporte une mucho.

—¿Qué sabría decirnos de Maya?

—Siempre era muy educada, saludaba a todos, que, por imposible que parezca, no es lo habitual; nunca dejaba basura o restos de comida al lado del campo, recogía y se llevaba sus cosas y obligaba a su hijo desde pequeño a hacer lo mismo. No era una de esas madres que dejan aquí a los niños enfermos y se van, porque para algunos somos una guardería, y si contagian a los otros o a nosotros, allá tú. Ni perdían cosas… Creo que, en todos los años que

llevan aquí, nunca han tenido que ir a nuestro almacén de objetos perdidos. Acostumbrada a padres a los que no les importa que los críos pierdan gafas, jerséis, bañadores y raquetas, a mí me impresiona, no se pueden imaginar lo que nos encontramos por las noches… Y cosas caras: raquetas que valen un riñón tiradas en una pista o al lado de un banco. La bronca nos la llevamos nosotros o el profesor, que cómo no hemos prestado atención… Con ella, jamás. Y si pasaba algo, tampoco le gritaba a su hijo, hablaba con él como con un adulto. Lo corregía, escuchaba lo que decía con atención, comentaba su juego y no se distraía ni le decía que esperase un momento a que hablase con la amiga de turno. Sólo se enfadaba por la crema de protección solar, ahí, ni media broma. Nos hacía gracia, porque con el tiempo que pasaban en el campo, tendrían que haber estado negros como nosotros, que, a pesar de la crema, de estar todo el día fuera… Pero él siempre blanco como la leche. ¿Cómo está David?

—Mal —contestó Karen.

—Es de esperar…, tan unidos como estaban. Pobrecillo. Vayan a hablar con Rodrigo, él les podrá contar más que yo.

Se despidieron y se alejaron en direcciones contrarias. El ruido de la puerta de una de las pistas los sobresaltó, se volvieron y vieron entrar a un grupo de niños que tiraron sus cosas en una esquina. Uno de ellos estaba comiendo un bollo y dejó caer el papel en la puerta. Icíar se detuvo, se lo recriminó y el niño, con un gesto de hastío, obedeció y salió para recogerlo.

Se dirigieron al campo de prácticas, que estaba ocupado por dos parejas: una mujer entrada en carnes que parecía dar su primera clase, ya que cogía el palo como un bate de béisbol, acompañada por un joven de semblante aburrido, y un hombre de más de sesenta años, no muy alto y nervudo, que se mantenía erguido y observaba a uno más joven, al que corregía la postura.

Se sentaron en un banco de uno de los extremos a esperar el fin de las clases. La mujer hacía esfuerzos por colocarse como le decía el profesor y se volvía a sonreírle cada vez que este se colocaba

detrás de ella para corregirle la postura y le hablaba con el tono con que se habla a los niños. La otra pareja prácticamente no hablaba. El hombre miraba a su palo concentrado y, cuando se colocaba en posición, observaba al profesor, que, con un gesto o una palabra, le corregía algo. Pasados unos minutos, la pareja de la mujer y el profesor joven guardó los palos y se dirigieron charlando animadamente hacia el bar. Cuando pasaron a su lado, los detuvieron y preguntaron por Rodrigo. El joven señaló a la pareja que quedaba en el campo.

El alumno lanzó una bola con un estilo que a la pareja de guardias civiles les pareció de profesional y, tras consultar el reloj y cruzar unas palabras con el profesor, recogió sus cosas. Se despidieron con un apretón de manos. Rodrigo Muñoz se quedó mirándolos y se dirigió hacia donde estaban. Se pusieron de pie para colocarse en su camino, pero él no hizo amago de pasar de largo, sino que se detuvo.

—Vienen por lo de Maya —soltó sin saludar.

—Karen Blecker, Guardia Civil. Sí, venimos a hablar de Maya Vargas.

—Lo suponía —la cortó Rodrigo—. Seguro que alguien se ha encargado de chismorrear —suspiró—. No vamos a marear la perdiz —dijo—. Los conozco bien a los dos desde que David era un chaval. Hablaba a menudo con Maya después de las clases y a veces hasta tomábamos algo los tres. Como Maya vivía aquí y en invierno no hay tantos alumnos, teníamos más tiempo. No tengo hijos —dijo como excusándose— y David casi se ha convertido en uno.

—¿Mantuvo una relación con Maya?

Rodrigo se echó a reír.

—Ya han creído las habladurías… No. Nunca tuvimos un lío. Lo que nos unía es David. Hablo mucho con él. Desde que de pequeño volvía del colegio y se desesperaba porque no podía jugar al fútbol, porque no podía correr. Mientras dábamos la clase me contaba, soltaba su rabia y yo le enseñaba a contenerla.

—¿Y con Maya?

—Maya vivía por David. Sufría por el rechazo en el colegio y, a veces, cuando él no le contaba las cosas, pero sí a mí, yo lo hablaba con ella y le daba mi opinión.

—Hemos encontrado un mensaje de su marido en el que le exige mantenerse al margen del campo.

La cara de Rodrigo se petrificó.

—¿De Sergio? No lo entiendo —dijo asombrado—. Es más, nos llevamos muy bien, aunque nos hemos visto poco porque David no da clases en fin de semana. Los dos somos partidarios de dejarle más libertad. Puede que lo que nos separe es que yo comprendía que Maya, que vivía angustiada por la enfermedad del niño, sobre todo últimamente porque su marido viene menos a San Lorenzo, tuviese miedo de que le pasara algo. Puede que a lo que se refiera Sergio sea a eso, a que lo dejase más solo —dijo con el ceño fruncido.

—¿Cree que Maya y su marido se llevaban bien?

Rodrigo dudó.

—Se llevaban bien, sí. David me contaba que pasaban los fines de semana mucho tiempo juntos, aunque, como les he dicho, Sergio últimamente venía menos y el chico sufría por ello. No me pregunten qué ha cambiado porque no lo sé, pero David empezó a bajarse a veces a Madrid con su padre. Sé que si discutían era por eso. Sergio le echaba en cara a Maya ser demasiado protectora, pero, ya les digo: ella llevaba el peso y es normal que se angustiase. Cuando era pequeño, la protección no era un problema, pero David ahora quería quedar con chicas, quería salir. —Sonrió—. Y más desde que está con Celia. Normal a esa edad.

—¿Dónde estuvo usted el viernes por la noche?

Rodrigo hizo un gesto de amargura.

—Salí de aquí a las seis: después de que cae el sol ya nadie quiere clases. Hice la compra en el súper de abajo y me fui a mi casa. Me hice algo para cenar, vi una película y me acosté. No vi ni hablé con nadie.

52

San Lorenzo, 2016

Un joven sueco que pasaba en Madrid unos meses por el trabajo de su padre llegó al colegio con la pierna escayolada tras un accidente de esquí. David pasó los recreos con él, le puso al día con las materias y por primera vez lo invitaron a casa de un compañero de colegio.

Cuando a Nils le quitaron la escayola y empezó a jugar en los recreos con los otros, David sintió una enorme pérdida. En las semanas de su convalecencia, se había acostumbrado a su compañía y a no estar solo en los recreos y sufría la nueva soledad. Un día, al tenerlo delante en la escalera que bajaba al gimnasio, pensó en lo maravilloso que sería si tropezase y se volviese a romper la pierna.

Los padres de Nils decidieron celebrar la recuperación con un viaje a Sevilla e invitaron a David en agradecimiento por la compañía y la ayuda escolar. Él, emocionado, se lo contó a su madre, que cedió tras consultarlo con Sergio.

El miércoles, dos días antes del viaje, David ya tenía la maleta hecha. Llamó a Celia y le explicó que no podrían verse ya que se iba al sur con su nuevo amigo. El jueves volvió a mirar la maleta, metió las medicinas que le había dado su madre contra el asma, la alergia y el papel explicando su dolencia por si le pasaba algo.

Cenó con su madre y se fue a la cama.

Cuando le despertó una náusea, intentó contenerla, respiró, bebió un poco de agua en el baño y volvió a la cama. Se tumbó y sintió un horrible dolor en el vientre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y los apretó. Miró la puerta de la habitación y vio su maleta. Se volvió a reclinar y se obligó a cerrar los ojos. Aguantó unos minutos hasta

que la náusea fue tan fuerte que lo incorporó de golpe y le hizo expulsar el agua que había bebido y toda la cena. Se echó a llorar. Encendió la luz y al ver que la colcha blanca estaba teñida de rojo y plagada de pedacitos, se dijo que sería imposible esconderlo. Se levantó y, sintiéndose mejor, la quitó haciendo el menor ruido posible. Pensó que en el armario de la ropa blanca encontraría otra, la podría cambiar y esconder la sucia en el lavadero hasta que volviese. Su madre la encontraría, pero él ya estaría en Sevilla. Sigilosamente, llevó la colcha escaleras abajo, encendió la luz del lavadero y rebuscó en el armario. Encontró una limpia y subió con ella. Con cuidado, la tendió sobre la cama y se tumbó de nuevo. Se durmió hasta que otra náusea lo despertó. Esa vez no expulsó más que líquido y, como había tenido la precaución de subir una palangana de la cocina, no manchó nada. Intentó por todos los medios controlar su cuerpo, pero otra náusea le subió a la garganta y oyó los pasos de su madre. Los ojos se le llenaron de lágrimas, escondió la palangana tras la almohada y se sentó a esperar.

—David, ¿estás bien? —preguntó Maya solícita—. ¿Has vomitado?

—Estoy bien, mamá —respondió volviéndose a tumbar.

Maya se acercó a él y lo arropó.

—¿Has abierto del todo? —dijo mirando la ventana que el chico había abierto de par en par para que se fuera el olor a vómito—. No te vayas a enfriar… —Le colocó la almohada y descubrió la palangana—. ¿Qué es esto? ¿Te encuentras mal? —preguntó preocupada.

David intentó negar, pero su madre ya le estaba palpando el vientre con suavidad. Gimió ante la presión. Maya encendió la lamparita y le tomó la temperatura. Movió la cabeza desolada.

—David, no sabes cómo lo siento. Creo que tienes apendicitis.

David se despertó en una habitación soleada con la mano de su madre sujetando la suya.

—¿Puedo ir a Sevilla? —susurró.

Maya negó triste con la cabeza.

—Ya he llamado a Inge y se lo he explicado —dijo.

David apretó los dientes y volvió la cabeza. Una enfermera entró y le tomó las constantes. Maya le cogió la mano y David la rechazó de un golpe. La enfermera meneó la cabeza.

—David, no seas así, tu pobre madre lleva toda la noche aquí contigo —dijo dándole unas palmaditas—. Está agotada, no ha pegado ojo…

—Yo quería ir a Sevilla —dijo terco.

La enfermera rompió a reír.

—Ya tendrás otra oportunidad, cariño. Ya me ha contado tu madre que va a organizar el mismo viaje porque tenías tanta ilusión…

David volvió la cabeza hacia el otro lado y no contestó.

53

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Oscurecía cuando salieron del club.

—¿Le crees? —preguntó Cano.

Karen arrancó.

—Tiene sentido. Y, la verdad, no me cuadra con la personalidad de Maya que tuviese una aventura.

—Pero el mensaje de Sergio…

—Puede que la explicación de Rodrigo sea cierta y las cosas mucho más simples. Sergio comprende que su hijo quiera más libertad y la madre tiene miedo. Encaja.

—Pero podría estar mintiendo.

Karen asintió y miró el reloj.

—Vamos un momento al pueblo, tengo la nevera vacía —dijo.

Aparcaron cerca de casa de Cano y bajaron Florida hasta los Jardincillos. Subieron por las escaleras vacías y en la plaza del Alaska, a esa hora también desierta, vieron a Álvaro, el peluquero, un hombre de pelo plateado alborotado y unas grandes gafas de pasta negras, que salía de la galería donde tiene su local. Se detuvo un momento y prendió el cigarro que llevaba en la mano. Guardó el mechero en el bolsillo del vaquero, levantó la vista y los vio. Expulsó el humo, se quitó el cigarro de la boca y con un gesto irónico les tendió la mano.

—Qué, ¿otra vez persiguiendo asesinos?

Cano le estrechó la mano calurosamente.

—No se te escapa nada… ¿La conocías?

—Ya sabes cómo es este pueblo —dijo lacónico—. Claro, corto a David, es un buen chaval. Y mucho pelo. A ella no la peinaba yo, que ya sé que me lo vais a preguntar, pero creo que tenía una peluquería en Madrid y de ella no os puedo contar tanto. Llevaba una melena larga, rubia, muy cuidada, le debía dar buen trabajo. Pero fijaos cómo son las cosas que a la tía se lo cortaba mi padre… —Dio otra calada y sonrió—. Me lo dijo ayer cuando nos enteramos. Ya sabéis lo rápido que corren las noticias aquí. Y eso sin salir de la pelu —dijo riendo.

Karen pensó que tendrían que hacer un estudio de lo que tardaban en difundirse los rumores en San Lorenzo: cuándo llegaban a Quesada, la librería papelería donde se compraba el periódico, cuándo llegaban a la peluquería, al colmado de Guillermo o al banco de los ancianos del Alaska.

—¿A la tía de David? —preguntó Cano extrañado.

—No, no, a la tía de la madre, la que vivía aquí. Murió hace la tira de años. Yo ni me acuerdo de ella, pero mi padre sí.

—Se debía llevar bien con la sobrina, ya que le dejó la casa —dijo Cano.

Álvaro se encogió de hombros.

—Me ha dicho mi padre que era una pobre mujer. Se tiró un montón de años enferma, iba en silla de ruedas. —Señaló el escalón de la entrada—. Le gustaba venir a la peluquería, después se sentaba en la terraza del Alaska y se tomaba algo. Y fíjate cómo es la vida de jodida que, después de tirarse un montón de años en la silla, va y se cura.

Karen lo miró curiosa.

—¿Iba en silla y volvió a andar?

Álvaro lanzó una carcajada.

—Sí, como Lázaro… Mi padre se acuerda tan bien porque algunas beatas del pueblo dijeron que era un milagro de la Virgen. ¿Os acordáis de la mujer de las visiones de El Escorial? Pues como fue en esa época, las lenguas se desataron. Pero no, de milagros nada. No sé si había sido un fallo médico o qué, vete tú a saber, pero volvió a

andar. Con bastón, pero de pie.

—Y a David le cortas tú —insistió Karen.

—Bueno, lo de que le corto yo… La madre siempre venía con él, aunque después de tantos años ya le podía cortar con los ojos cerrados. Por eso me alegré mucho cuando vino el otro día solo. No sé si no se llevaría bronca, porque quiso cambiar y me dijo que le hiciera otra cosa. —Se echó a reír.

—¿Radical?

—No, hombre, no. Además, ya tuve yo cuidado, que tampoco quiero líos. Pero le rapé un poco —dijo pasándose las manos por los lados de la cabeza— y se lo dejé revuelto. No era muy distinto al corte clásico, pero entre el rapado y los pelos despeinados el chico se sentía otro. Salió feliz, no os imagináis… Estaba tan contento que hasta le regalé una lata de gomina, para que se lo pudiera arreglar él. —Apagó el cigarro y consultó el reloj—. Joder, os dejo, que tengo que ir a comprar unas cosas.

Se detuvo, se acercó a Karen y le observó con mirada crítica el corte.

—Si te pasas, te retoco, te ha crecido bastante —dijo antes de despedirse con la mano y alejarse a toda velocidad por el empedrado de la calle del Rey.

Los soportales estaban desiertos salvo por unos pocos que se acumulaban ante el bar Los Mariscos, del que salía el rumor de un partido de fútbol. Por las calles se veía a unas madres que metían prisa a sus retoños para volver a casa y se oía el golpear del cierre de las primeras persianas sobre la piedra. No tenía pinta de ir a llover y varios de los gastrónomos habían encendido sus estufas de gas para atraer a la clientela con el sucedáneo del calor hogareño. Se volvieron al oír un chirriar sobre la piedra y vieron cómo unos clientes movían una mesa para poder ver la televisión del local. Inés apareció entre las columnas de granito con unas bolsas y se detuvo al verlos. Se saludaron, y cuando se iba a marchar, Karen la detuvo.

—¿Tiene un momento?

Inés dudó, pero accedió. Anduvieron unos pasos y, bajo la luz de la farola, pensaron que, si bien no parecía tan enferma como el día anterior, seguía con las ojeras oscuras bajo los ojos. Miraron a su alrededor y vieron que en la plaza de la Cruz un local había instalado su terraza. Karen la señaló e Inés los acompañó con gesto cansado. Un hombre con perilla, en mangas de camisa y chaleco, lo que dejaba ver sus tatuajes, los saludó y, antes de que se sentaran, encendió con un chasquido la estufa. La llama iluminó por un momento sus caras y vieron que la abogaba parecía agotada. Se sentaron colocando las compras en la cuarta silla y el hombre se acercó a ellos de nuevo.

—¿Qué os pongo?

Inés suspiró.

—Una copa de verdejo.

Karen reprimió las ganas de tomarse un vino y pidió un agua con gas mientras que Cano se decantó por un refresco.

—Díganme cómo puedo ayudarlos—dijo Inés mientras encendía un cigarro y miraba la compra con el aire inequívoco de quien piensa en todos los pasos que le quedan hasta llegar a la cama.

Los días pasados le habían hecho perder algunos kilos y parecía demacrada y que el jersey le iba grande.

Karen pensó en el mensaje que le había enviado Maya el viernes, y si bien no dudaba de su amistad, la relación, durante largo tiempo muy intensa, se había enfriado si valoraban la cantidad de mensajes que se habían enviado en el pasado.

—Hemos abierto el móvil de Maya —dijo Karen. Inés asintió e hizo una mueca—. El viernes le escribió a usted un *whatsapp*…

—Sí —cortó ella—, le propuse que nos viésemos.

—Maya estaba muy disgustada: ¿por David? —preguntó Karen.

—¿Quién no tiene conflictos por sus hijos adolescentes? —respondió Inés—. Ya saben el dicho: niños pequeños, problemas pequeños, niños grandes… ¿Quién no dice a veces cosas de las que se arrepiente después? —Apagó el cigarro con ímpetu—. ¿Cuántas

veces se han dicho «a este tío me lo cargaría y el mundo sería mejor»? O «este tipo lo que se merece es una paliza como la que le ha dado a su mujer». ¿Lo hacen? Piensen en cuántas veces preguntan «qué tal». En el ascensor, en la panadería o por la calle. ¿Significa eso que les interese? Una frase hecha como tantas otras —dijo con desprecio—. Al llegar —miró al brigada—, usted mismo me ha lo espetado sin darse cuenta. ¿Le importa cómo me sienta? ¿Qué se siente al perder a una amiga? Una mierda —exclamó—. Está jodido porque quiere acabar, quiere tomarse una copa y ante un testigo y de servicio no se atreve. Y quiere quitarse el puto uniforme de una vez.

Cano ocultó una sonrisa y se dijo que Inés cada vez le caía mejor.

—No tenemos dudas de que se pueden escribir cosas que no se piensan, pero nos gustaría saber qué le llevó a Maya a escribirle «no te vas a salir con la tuya» —dijo Karen—. Intentamos saber qué le pasó y el viernes habló sólo con usted y con un par de personas más. Sabemos que estaba disgustada por las dudas de su hijo respecto a la universidad. —Inés los miró sorprendida—. ¿Tuvo eso algo que ver con el mensaje? —inquirió Karen.

—Maya y yo teníamos en algunas cosas diferencias de opinión, a eso se refería. —Suspiró—. Llevaba años planeando que David estudiara fuera. Es un estudiante excepcional y lo habían aceptado en una universidad americana de élite, pero él tenía dudas, lo normal a su edad. Maya era muy planificadora y no entraba —hizo una mueca— en sus planes que su hijo alterase la senda que le había trazado. —Se encogió de hombros.

—Y usted era de otra opinión.

—Digamos que comprendía que David quisiera valorar alternativas. Maya suponía que yo tenía algo que ver con el posible cambio de rumbo. Al hablarle él de Derecho y de Madrid, Maya supuso que había podido influir en él.

—¿Y acertaba?

—Es cierto que David me preguntó. Pero también lo hace mi hija. No me parece nada inusual, como tampoco su reacción.

Evidentemente, Maya estaba descontenta, ya que eso hubiese desbaratado muchos de sus planes. David no estaba seguro.

—Y propuso hacer el Interrail, nos lo mencionó la madre de Maya. ¿Con su hija? —tentó la teniente.

Inés asintió.

—Ella no estaba de acuerdo, aunque al final, probablemente, hubiese dado su brazo a torcer. David quería irse dos meses, Maya le habría permitido uno. Por eso se enfadó, creía que era cosa nuestra, que David se sentía presionado por Celia para hacer el viaje y que le había influido para estudiar con ella Derecho. Perdonen, pero estoy muerta y no sé cómo les puede ayudar esto, la verdad.

—¿Está segura de que no hay nada de cierto en una posible infidelidad con el profesor de golf?

Inés negó con la cabeza.

—No se crean todo lo que se cuenta por ahí…

Karen apoyó las dos manos en la mesa y se inclinó hacia ella.

—Mire, Inés, es usted abogada penal. No hace falta que le relate los procedimientos. Existe la posibilidad de que la teoría de una «banda de malhechores» —dijo trazando unas comillas en el aire— no sea la correcta. Hay muchas cosas que no encajan: que Maya no huyese, o que una mujer inteligente como lo era ella amenazase al intruso con un cuchillo, sólo por mencionarle unas pocas. No le asombrará que dirijamos la investigación a sus relaciones personales y, como bien sabe usted, en estos casos las personas cercanas son los primeros sospechosos.

Inés los miró desafiante.

—Que yo sepa Maya no tenía un lío con él. Les he dicho todo lo que sabía. Hablé con ella el viernes, pero no la vi. Estaba preocupada por la carrera de David, sí, pero no entiendo qué tiene eso que ver con que la matasen unas horas más tarde.

—Usted salió del juzgado a las ocho, si no me equivoco.

Inés se enderezó, toda ella en tensión.

—He colaborado con lo que podía. Pueden comprobar cuándo salí, que yo se lo diga no tienen el más mínimo valor. —Se levantó y

cogió sus bolsas—. Avísenme si les puedo ayudar con algo más.

Entró, pagó su consumición y se alejó por la calle.

54

San Lorenzo, 2016

El final del año se acercaba y el colegio había planeado una excursión de varios días con los alumnos mayores. Cuando se hizo la repartición de cuartos, David, angustiado, se preguntó con quién le tocaría, ya que nadie le había propuesto compartir habitación. Su tutor era el profesor de matemáticas y les propuso que lo decidieran antes de un examen. Nils, el chaval sueco, no entendía la geometría y su padre lo había amenazado con no dejarle salir si no aprobaba el examen. A pesar de que, desde que le habían quitado la escayola, la relación con él se había enfriado, David no le caía mal. Le estaba agradecido por su compañía y, aunque prefería salir y jugar al fútbol con los otros, nunca participaba en las risas y bromas contra David.

El profesor les preguntó si se habían decidido y sacó una lista. David se encogió en su silla. Nils miró a su compañero y cuando le preguntaron dijo que compartiría cuarto con él. La cara de David se relajó de golpe y se iluminó de felicidad. El profesor, satisfecho de no tener problemas, repartió las hojas de la prueba y los instó a callar. David rellenó sus folios y los dejó a su lado para que Nils pudiera copiar todas las respuestas.

Dos días antes de la excursión, David resbaló por la noche en el baño. No supo cómo le pudo pasar porque se había metido muy cansado en la cama y no recordaba haberse levantado, pero debió despertar y, todavía dormido, resbalar. En el hospital le diagnosticaron una fisura de peroné, no demasiado grave, pero que necesitaba inmovilización. Maya habló con el profesor, que, con la

boca pequeña, dijo que intentarían arreglarse con él en la excursión, pero no protestó ante la negativa de la madre.

55

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cuando Inés se fue, Karen levantó la mano y pidió dos vinos, que el camarero les sirvió con una cestita de patatas fritas y unas aceitunas. Karen bebió un sorbo, encendió un cigarro y miró a su segundo, que repasaba las notas que había tomado.

—Tenemos a Rodrigo sin coartada, a Sergio con la coartada de su hijo y a Sonia sin coartada.

—Y a Inés con una coartada tambaleante —dijo Karen—. Tenemos que hablar con su hija.

—¿Piensas que Inés pudo matar a su amiga? —dijo Cano extrañado—. A mí me parece una mujer estupenda, no me la imagino…

—Posible es —señaló Karen encogiéndose de hombros—. Motivo dudoso, te lo concedo. Pero todos tienen motivos poco claros. A lo mejor deberíamos preguntarnos quién sería capaz de matarla en un ataque de rabia.

—A mí, si me preguntas, el profesor de golf me da mala espina.

—¿Crees que tenían un lío y mienten?

Cano se encogió de hombros.

—Vete tú a saber. ¿Quién te dice que no tuvieron un lío y Maya quiso dejarle? Puede que no se lo dijera a Inés y que el hombre actúe por despecho. Va a verla, ella le rechaza y él, con su orgullo lastimado, reacciona y se la carga con su instrumento de trabajo.

Karen lo miró escéptica.

—Sonia tiene un motivo, suficiente odio acumulado y su coartada es su madre, por lo tanto, no es firme. Rodrigo: amor no correspondido, despecho, sin coartada. Sergio: ¿podría ser el motivo

la aventura con el profesor de golf?

—Si Sergio se hubiese enterado, tendría un motivo —aceptó el brigada—. El repartidor de la cena con su hijo en Madrid lo comprobó Romero —dijo consultando sus notas—. Se acordaba porque Sergio se enfadó bastante. Lo sitúa en Madrid, además de a David, que lo confirma, y la visita a la obra. En cambio, Rodrigo…

—Para, Cano. Inés: ¿motivo? Coartada a través de la hija.

—¿Qué motivo podría tener Inés? Con los otros, me lo imagino, pero ella… Sergio sí, y, si me apuras, pudo hacer el pedido de la cena desde la carretera. Pero, joder, ¿te cargas a tu mujer, te montas en el coche y pides en el chino de la esquina? No sé, Karen, no me encaja. Sonia también —concedió Cano—. ¿Pero Inés? No nos ha mentido, no ha intentado ocultar nada. Yo la pondría como lejanamente posible. O los supuestos ladrones…

Karen no contestó. Vio sus copas vacías y buscó con la mirada al hombre que los había servido. Un grupo se había acercado a la puerta del local y el camarero la abrió casi chocándose con ellos. Karen se sobresaltó.

—¿Y si fue al revés?

—¿Al revés? —dijo Cano perdido.

—Sí, si fue Maya la que abrió la puerta a un conocido, la que discutió y la que amenazó. Coge el cuchillo y…

—¿Y el otro se defiende con el palo? —preguntó Cano, pensativo —. ¿Con lo que sabemos de ella te la imaginas como una furia amenazando con el cuchillo de trinchar?

—El palo tendría sentido si fue ella la que amenazó primero. No es premeditado, el amenazado lo coge para mantenerla a distancia, para quitarle el cuchillo sin acercarse demasiado. ¿A quién amenazaría Maya con un cuchillo? ¿A quién le abriría la puerta? —preguntó Karen mientras Cano recorría la lista.

—A Rodrigo, seguro, y el palo de golf le pegaría. Sergio entraría con su llave, supongo. Pero ¿por qué? Y ¿por qué le daría el hijo entonces una coartada? A Sonia no, está demasiado desesperada. ¿A Inés? No sé, Karen, te repito que no me la imagino blandiendo el

palo y cargándosela.

—Maya era muy racional. Si fue ella la que amenazó, tuvo que ser porque se sentía contra la espada y la pared.

—Los ladrones.

—No, Cano, creo que habría huido. No hay nada en su casa que valga la pena morir por no perderlo. No sabemos cuánto llevaba en el billetero, pero aunque fueran dos mil euros. ¿Se arriesgaría a enfrentarse con un maleante por dinero, por cualquier cantidad? ¿Te arriesgarías tú? Yo no, desde luego.

—Esta teoría tuya supone que Maya dejó entrar a alguien, discutió con esa persona, la amenazó y esta tuvo que matarla para protegerse. Cambiaría de homicidio a una posible defensa propia —dijo pensativo—. ¿Y después ese alguien se dedicó a revolver la casa?

—Para que pareciera un robo. Se asusta, no es premeditado. Encajaría también. Le quita la cartera, le da la vuelta al frutero. —Sonrió ante las cejas alzadas de su segundo—. Que sí, Cano, el frutero… Tira los cojines por el suelo y fuerza la puerta. Le quita el reloj y los pendientes…

—¿Te imaginas a Inés quitándole los pendientes y llamándonos a la mañana siguiente? Yo no.

—Olvídate de quién y déjanos pensar en el porqué —dijo excitada —. Esto explicaría que Maya no huyera. Sonia pudo llegar hasta San Lorenzo y conducir, no lo dudo. Pero Maya era una mujer entrenada y todo menos tonta. ¿Le hubiese abierto la puerta? Una persona que tiene ventanas de seguridad y una mirilla, la utiliza antes de abrir, y cuando te encuentras a alguien delante que no tiene nada que perder, lo reconoces. Si Maya la miró a la cara, lo tuvo que ver e imaginarse el peligro. No hubiese abierto jamás; es más, nos habría llamado, a nosotros o a su abogado.

—Sonia pudo entrar por la ventana de la terraza —propuso Cano.

—Sí, pero ¿por qué entonces Maya no salió corriendo por la puerta principal? Está claro que no habría podido alcanzarla.

—Si era ella la que amenazaba, cobra sentido el que no escapase

—contestó Cano—. Joder, tengo la cabeza como un bombo.

—Tenemos que dormir —zanjó ella—, mañana lo veremos más claro. —Levantó la mano hacia el camarero, que se estaba fumando un cigarro en la puerta, y pedía la cuenta cuando sonó su teléfono.

—Mi teniente —dijo Romero—, he seguido mirando la agenda electrónica por si acaso, ya sabe. Ya os dije que el jueves estuvo en el colegio del niño, tenía hora por la tarde con un tal Cofer. No hay nada más, por eso he pensado…, y como cambia algunos correos con él…, ya os dije que se implicaba mucho en las notas…

—Genial, Romero, muchas gracias. Puede que sea interesante. Cierra ya, que has empezado prontísimo.

—Estoy mejor trabajando, en casa no hago más que soñar con el olor de la grasa de la panceta… Y, además, Suárez me ha traído unas manzanas asadas y, la verdad, son mucho mejores que el batido.

Karen colgó y sonrió.

—Suárez le ha dado de nuevo la vuelta a la tortilla. No sé de dónde las habrá sacado, pero le ha llevado unas manzanas asadas a Romero, está como la seda —explicó ante la cara de asombro del brigada—. Maya estuvo una hora en el colegio el jueves por la tarde. Puede que no sea nada, pero…

—A falta de pan, buenas son tortas. Entonces, mañana a Boadilla.

Pagaron, se levantaron y se dirigieron a la plaza en silencio. Karen miró la tienda de Guillermo cerrada.

—Mierda, nos hemos quedado sin compra.

56

Ávila y San Lorenzo, 2016

Nieves celebraba su cumpleaños y toda la familia acudió a la comida que organizaron. David, que seguía escayolado, pasó el día con su prima, que no se encontraba demasiado bien, y aceptó a jugar al parchís con él en vez de salir con los otros.

Dos días más tarde llamó la tía diciendo que su hija tenía la fiebre aftosa, que no era peligrosa, pero que provocaba la aparición de ampollas en manos, pies y boca. Maya, furiosa, le reprochó a Sergio los pocos conocimientos médicos de su cuñada y la escasa consideración que había tenido al llevar a la chica enferma a la celebración.

Maya examinó a David todas las noches y a los cinco días suspiró aliviada y empezó a hacer las maletas. Volaría con él a Los Ángeles, le dejaría en el campus preparatorio de la universidad y, al día siguiente, ingresaría a su vez para hacer un curso sobre el tratamiento de la ictiosis. Sergio se quería unir a ellos más tarde y pasarían una quincena los tres juntos viajando por Estados Unidos. Salió a hacer las últimas compras y, cuando volvió, se encontró a Adriana junto a David, que se había echado en el sofá.

—A mí que este chico tiene fiebre —dijo la mujer.

Maya se abalanzó sobre él, le miró las manos y descubrió las ampollas en la piel.

Los organizadores del campus preparatorio, que ya habían protestado por la férula que llevaba por la rotura del peroné, se negaron rotundamente a aceptarlo y Maya tuvo que buscar una alternativa. David necesitaría por lo menos dos semanas de recuperación y todos los cursos que comenzaban la segunda

quincena estaban completos. Habló con sus padres, pero habían planeado un viaje unido a un ciclo de conferencias y no podían quedarse con él más que al final del mes. El chico se trasladó con su padre a Madrid.

El fin de semana fueron a Ávila. David estuvo jugando con una de sus primas, que se había contagiado también. El domingo, cuando Sergio propuso partir, su hijo protestó y dijo que prefería quedarse con los abuelos. «De todas maneras, mañana te irás a trabajar y estaré todo el día solo». Sergio aceptó. Nieves saltó de alegría y se apresuró a hacer la cama de David en el antiguo cuarto de su hijo. Cuando este partió, lo hizo con la imagen del chico levantando los brazos para despedirse junto a su prima.

Una mañana, Nieves escuchó unos gritos en el salón. Cuando llegó, se encontró a sus dos nietos enfrentados, a David con la cara enrojecida y a su nieta resoplando.

—¡No sabe perder! —exclamó Anita.

—¡Ha hecho trampas! —contraatacó David.

Nieves disimuló la sonrisa y con un par de palmadas los obligó a callarse.

—¡Ya está bien! ¿Qué escándalo es este? Una tontería más y os mando a cada uno a vuestra habitación.

Ambos callaron.

—A ver, ¿qué ha pasado? Anita.

—Es David, le he ganado y me acusa de hacer trampas.

—Ha movido la ficha y ha contado diez de más —protestó David.

—Bien, se ha acabado el parchís. Anita, tú a coserle los botones de la camisa al abuelo…

—Jo, abuela, que no sé coser.

—Así aprendes. Y David, a pelar las hebras de las judías a la cocina conmigo.

Ambos se movieron refunfuñando y el nieto se instaló en la gran mesa de la cocina mientras Nieves manipulaba una masa y la colocaba en montoncitos en la bandeja del horno. David suspiró y se puso a pasar el cuchillo por los laterales de las verduras. Nieves

canturreaba mientras sacaba las bandejas del horno y él protestaba de su prima. La abuela colocó las pastas en un plato.

—¿Haces de las mías también? —preguntó David.

Nieves se volvió con una sonrisa y señaló una esquina de la mesa donde había un paquete de harina de maíz. Le dio la espalda y rebozó las últimas que habían salido en azúcar y, cuando se giró de nuevo, vio la cara de David con restos de azúcar en las comisuras. Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cuáles has comido? —preguntó asustada.

—Las que me has dicho —dijo él con la boca llena.

—Virgen Santísima —exclamó Nieves.

—¿Está mal? —dijo David con miedo.

Nieves iba a gritar pero se contuvo. Alarmar al chico no iba a mejorar la cosa, así que intentó sonreír y negó con la cabeza.

—No, claro que no. ¡Pero había una bandeja llena!

David sonrió, acabó con las judías y cuando Anita llegó con la camisa, los dos estuvieron de acuerdo en volver a jugar sin pelearse. Se fueron al porche y Nieves aprovechó que estaba sola para llamar a su antiguo pediatra.

—Gil —dijo angustiada—, me ha pasado una cosa horrible. Tengo al nieto en casa, ya sabes, el chico de Sergio, el que es celíaco. No, no, sin sus padres. Se ha comido una bandeja de pastas. ¡Claro que llevan harina!, ¿con qué crees que las hago? Virgen Santa, se me va a poner malo y la madre me mata, no me lo dejarán jamás otra vez… ¿No le puedo purgar, darle algo como aceite de ricino? No, hará un cuarto de hora. ¿Cuántas? No sé, unas diez o quince… ¿Diarrea? ¿Sólo eso? Y no hago nada más. Bien, bien; sí, te mantengo informado.

Nieves no le quitó los ojos de encima a su nieto durante toda la tarde, pero el joven no parecía sentirse mal. Cuando se levantó al día siguiente y su abuela le preguntó cómo se encontraba, hizo una mueca.

—Abuela, pareces mamá… No me duele nada.

Por la noche había croquetas. Nieves iba a hacer la bechamel de

las de David con harina de maíz, pero sus ojos recayeron en una foto de su madre, que siempre decía que, si algo sienta mal, hay que tomarlo de poco en poco para acostumbrar al cuerpo. Se dijo que, si había sobrevivido a las pastas, las croquetas eran una broma a su lado. Las rebozó con coco, pero utilizó la misma bechamel que para los otros. A la mañana siguiente, no le preguntó a David cómo se sentía, pero al ver que no parecía quejarse de nada, le dijo que había encontrado unas tostadas para celíacos y se la hizo a la plancha con mantequilla y mermelada. Dejó de usar harina de maíz, aunque les dijo a todos que, para tener menos trabajo, hacía sólo las que podía tomar David.

Tras unos días, la abuela les permitió meterse en la piscina y, aunque tuvo mucho empeño en untar a David con la crema indicada por Maya, la otra enferma mejoró sin nada y dejó de dársela.

Pasada la primera quincena, llegaron los primos y Anita, cansada de los juegos de mesa, se alegró de poder hacer carreras en la piscina y salir con los otros por el campo. David seguía escayolado y se tuvo que quedar en casa. Una mañana que un primo le arrebató una rosquilla, el chico, furioso, apoyó ambas piernas y salió en su busca. Nieves volvió a llamar a Gil, que propuso hacerle de nuevo una radiografía.

Estaba sentada con Jacobo bajo el emparrado cuando apareció el médico.

—¿Tenéis una copita para este anciano? —preguntó.

Nieves se levantó y fue a la cocina a buscar una copa de anís. Cuando volvió, Jacobo sonreía.

—Gil le ha hecho la radiografía a David, dice que está perfecto. Se puede quitar la férula.

Nieves palmoteó de alegría.

—¡Es una noticia maravillosa!

El médico dio un sorbo a su copa.

—¿Cuándo se lo rompió?

—No lo sé, la verdad… Maya dijo que era una fisura, pero no sé cuándo fue. ¿No se ha recuperado bien?

—Todo lo contrario, no veo ni la rotura. Que se mueva para que se le recupere el músculo lo antes posible.

Maya llamaba todos los días y David se organizaba para estar siempre presente a esa hora, pero el resto del día corría con sus primos por las eras, jugaba al fútbol y se bañaba en la piscina.

Sergio iba el fin de semana y observaba el cambio. Cada vez que hablaba con Maya, se proponía decirle que David estaba en mejor forma que nunca, fuerte, seguro de sí mismo, había engordado y, lo que era más importante, estaba feliz. Cada vez se decía que le mandaría una foto, y cada vez se echaba para atrás. Comprendía el miedo de su mujer y, aunque no siempre estuviese de acuerdo con su forma de llevar la enfermedad del niño, se decía que él no era médico. Pensó que David parecía haberse acostumbrado a contarle una verdad selectiva, por lo que tampoco era necesario angustiarla estando tan lejos.

57

San Lorenzo de El Escorial y Boadilla del Monte,
abril de 2017

Romero les envió los correos que había cambiado Maya con el profesor y el director del centro de David. Se sentaron a la mesa de Karen con el sol de primavera entrando por la ventana y los leyeron mientras se tomaban el café. Maya siempre escribía de manera educada, pero el tono era todo menos cordial, y acompañaba sus misivas de enlaces con ejercicios de matemáticas. Se quejaba de que el docente utilizara esas fuentes para poner los deberes. El hombre respondía con una cordialidad tan marcada que rayaba la impertinencia, a lo que ella contestaba con documentos en los que lo acusaba de no haberlos calculado, adjuntando una corrección a uno de ellos que, según ella, estaba mal. Karen le echó un vistazo al ejercicio y abandonó al instante.

—No me mires —dijo Cano—, era un desastre en matemáticas…

—Ya, es sólo por curiosidad, me gustaría que alguien que sepa lo mire.

—Suárez…

—No me lo imagino…

—¡No! Él no, pero tiene un primo agustino. No perdemos nada, porque lo que es yo, no tengo amigos matemáticos… —Sacó el teléfono y le reenvió el ejercicio a Suárez con las dos soluciones, la del profesor y la de Maya. Suárez respondió al instante con un emoji de un pequeño monje con un libro.

Cogieron la carretera de Valdemorillo y llegaron a Boadilla del Monte,

al colegio de David, en media hora. Aparcaron ante un recinto cerrado al que se accedía por una garita. Se anunciaron, pidiendo ver al director, y un hombre con los rasgos de la cara muy marcados y completamente calvo, vestido de traje y corbata, los guio por un patio en el que los alumnos, todos vestidos de uniforme, disfrutaban del recreo. Estos lo saludaban al pasar y el portero contestaba a cada uno por su nombre y con una amplia sonrisa.

—Están más despendolados por las vacaciones; normalmente, el colegio es más ordenado —comentó.

—¿Conoce usted a David Gavilán?

—Claro —contestó el hombre—. Pobre, he oído que su madre ha muerto. Tuvimos el martes un minuto de silencio por ella.

—¿La conocía usted?

—¿A la rubia? Claro, conmigo siempre fue muy educada. —Al ver sus caras, añadió—. No se crean que todos lo son… Simpática no era, todo hay que decirlo, pero saludaba, nunca aparcaba mal y conmigo, a pesar de lo que digan los otros, todo en orden.

—¿Alguien tenía problemas con ella? —preguntó Cano.

El hombre abrió una puerta con una tarjeta y entraron a un pasillo desierto.

—Los chavales están fuera, por eso hay este silencio —explicó—. Problemas no sé si los llamaría…, pero algunos profesores se quejaban, aunque tampoco sé mucho porque conmigo no hablan. Ya les digo, un colegio tan progresista y los profesores son más clasistas que los padres… Muchos ni saludan, hacen como si el que les abre la puerta fuese un robot. La rubia no era así. Siempre una o dos palabras, no más, pero amable. Y en Navidad me traía una botella de vino, y no del malo. Sé que tuvo problemas porque dos profesores estuvieron discutiendo porque la mujer había protestado por las clases. No oí mucho, pero estaban cabreados porque —esbozó una sonrisa de satisfacción— había encontrado un sitio en internet del que sacaban los ejercicios y tenía un rebote monumental. Los profesores, que si quiere que le diga la verdad, los hay muy implicados y los hay más vagos que la cigarra, estuvieron

echando pestes de ella un buen rato.

—Maya Vargas vino el jueves.

—Sí, la vi, antes de que acabaran las clases. Pero no sé por qué.

Una puerta se abrió al final del pasillo y un hombre y una mujer salieron de ella. El conserje hizo con la barbilla un gesto discreto hacia el hombre y les sonrió. Se detuvo y señaló el final del pasillo.

—El despacho del director está al final —dijo levantando la voz para que lo oyeran los dos profesores que se acercaban—, la última puerta a la derecha, del lado del jardín —les indicó y señaló hacia allí.

La pareja de profesores avanzaba por el pasillo y a veces se detenían a discutir y a comparar unos papeles y no se dieron cuenta de su presencia hasta que estuvieron a su altura. La mujer tenía unos cincuenta años, un rostro plano y el pelo recogido con un pasador en forma de estrella; el hombre era bastante bajo, llevaba perilla y unas gafas de acero. Vestía una camisa a cuadros y unos pantalones chinos.

—Buenos días, Guardia Civil. Teniente Blecker, brigada Cano —se presentó Karen—. Tenemos unas preguntas.

—No será por lo de las drogas, ¿verdad? —protestó la mujer—. Eso ya estaba zanjado.

—No, no. Es algo diferente. La madre de uno de sus alumnos ha sido asesinada en San Lorenzo. —Los miraron asombrados y, antes de que pudieran repetir la palabra *asesinada*, Karen continuó—. Maya Vargas, la madre de David.

La mujer, cuyo rostro se había contraído en una mueca de horror, se tapó la boca, pero lanzó una mirada rápida al profesor, que se levantó las gafas de leer y se las colocó sobre la frente.

—¿Asesinada? —no tardó en repetir, en efecto, la mujer—. Pero… creíamos que había sido un accidente…

Karen la interrumpió antes de que le preguntasen si estaban convencidos y se dijo que, si todos los crímenes eran distintos, las reacciones eran muy similares: sorpresa, repetición, pregunta sobre si estaban seguros. Tuvo la tentación de contestar que no, que la

Guardia Civil enviaba a sus agentes de paseo para estudiar cómo reaccionaba la gente ante un posible asesinato, pero calló y dio las explicaciones habituales.

—Desgraciadamente sí, la hemos encontrado en su casa.

—Asesinada —repitió esta vez el hombre, acariciándose la perilla.

—Tuvo una cita aquí el día antes de su muerte —dijo Karen.

—Conmigo no —dijo rápidamente la mujer, que tenía el aspecto de querer salir corriendo.

—Yo tuve una cita con ella por el temario —respondió el hombre de la perilla.

—¿El jueves? ¿Es usted Ramón Cofer? —El hombre lanzó un suspiro y asintió—. ¿Qué nos puede contar?

Carraspeó y miró a su compañera, que miraba, violenta, al suelo.

—Mire, no voy a engañarles… —empezó.

—A mí, si no me necesitan… —dijo la mujer.

—¿Nunca ha tenido a David en clase? —la detuvo Karen.

—Hace años ya, la verdad. Yo doy matemáticas en los cursos anteriores.

—Si no le importa quedarse un momento, no le robaremos mucho tiempo. ¿Podemos ir a algún sitio más privado?

Los dos profesores se miraron inquietos, pero el hombre sacó una tarjeta electrónica y abrió una clase. Era grande, luminosa y tenía ordenadores en las mesas. Cerraron la puerta y se sentaron sobre los tableros.

—Miren —empezó el hombre—, David es muy buen chico, pero, para qué nos vamos a engañar: su madre era un coñazo. Es verdad que está muy dotado para las matemáticas y la física, pero él no es el único alumno y no todos han recibido clases extracurriculares desde que nacieron. Supongo que han oído hablar de nuestra discusión, pero sólo fue porque la señora Vargas se empeñaba en que fuéramos más rápido, que abordásemos temas que son de la carrera de Ciencia Exactas —dijo enfadado—. No tenía nada en contra de que David fuese tan avanzado, pero de ahí a obligarme a que hiciese del programa un curso universitario hay un trecho. Sobre

eso discutimos, sobre el tipo de ejercicios, que a la señora Vargas siempre le parecían demasiado simples. Pero eso desde el principio —dijo buscando la confirmación de su compañera, que asintió.

—Creo que discutieron por una plataforma digital —tentó Cano.

—Claro —dijo con una mueca sarcástica—. Ya sé cómo suena eso. Los profesores somos unos vagos y ni siquiera somos capaces de hacer los ejercicios nosotros mismos. Tenemos de las mejores calificaciones de la Comunidad de Madrid y eso se consigue trabajando y haciendo trabajar a los alumnos. Es imposible plantear todos los ejercicios desde cero, y lo que esa mujer no comprendía es que los chicos deben tener la suficiente madurez para no copiar si lo que quieren es aprender. ¿Que algunos lo copian? Claro que sí. —Se encogió de hombros—. Pero el día de las pruebas de acceso a la universidad no tienen las soluciones y se las han de apañar solos.

—Eso lo comprendemos, sí. ¿Era lo único sobre lo que protestaba?

—Lo voy a decir yo, Ramón —interrumpió la profesora—. Esa mujer era una plaga. Todos los ejercicios los hacía y rehacía con su hijo y protestaba si no habíamos tenido en cuenta una resolución que los otros todavía no podían hacer porque no habían llegado aún a esa parte del temario. Quería que adaptásemos las clases a los conocimientos de David y eso es imposible. Al principio, cuando lo explicaba en las reuniones, había padres que la seguían en las modificaciones del programa que proponía: podía ser muy convincente. Es más, cuando David era pequeño, ella era la representante de los padres. Después, ya no la elegían. Sabían que era una lianta y que, en el fondo, no buscaba el bien de los otros, sino sólo el de David. Estaba en la Asociación de Padres de Alumnos y no se puede imaginar las que montaba ahí, pregúntele a cualquiera. Y si se le metía un profesor entre ceja y ceja, pobre de él —dijo mirando a su compañero—: amenazaba con denunciarlo a la Junta, buscaba pruebas de sus supuestos errores… Era el terror. Cuando se repartían las clases, ese era siempre un punto por discutir: quién se quedaba con David. Pero no por él, no se crean, que el chico, el pobre, ya bastante difícil lo tiene, sino por ella.

—Entonces, él no daba problemas.

—¡No! Para nada —dijo ella, que se había soltado—. Pero su madre sí. Cualquier profesor sabía que, si lo tenía en su clase, el año sería un infierno. Había que estar permanentemente alerta, ya no sólo por lo que se dijese, sino porque, además, le podía pasar cualquier cosa, tiene muy mala salud, es alérgico, celíaco y con un problema de corazón. Y él no decía nada, pero ella… Ramón, ¿te acuerdas cuando se desmayó en el recreo?

El otro asintió con la cabeza.

—¿Nos pueden contar? —pidió Cano.

La mujer había dejado los libros sobre la mesa y se había olvidado de sus reticencias iniciales.

—David no puede hacer deporte normal, no puede correr, jugar al vóley ni al baloncesto ni en los recreos al fútbol. Entre eso y que es un cerebro de las matemáticas, mucho éxito entre los alumnos no tiene, la verdad. Lo veíamos cuando le teníamos que cambiar de clase: siempre preguntamos quiénes son sus amigos, para por lo menos dejarle con uno. Con David, ese problema no existía: no tenía ninguno —zanjó la mujer.

—¿Y qué pasó el día del desmayo? —preguntó Cano, para reconducir la entrevista.

—No sé cómo, pero en un recreo, tendría unos diez o doce años, no me acuerdo bien, se debió de saltar las órdenes de no correr. Jugó al fútbol o a algo con los otros. Hacía calor y tuvo un desvanecimiento. El profesor de deporte que vigilaba el patio siguió el protocolo instaurado por la madre, porque, claro —dijo sarcástica —, los nuestros no servían para él, y llamaron a la ambulancia, que llevó al niño a una clínica elegida por la madre. Al final no era nada, un golpe de calor, la falta de costumbre, vaya usted a saber. Pero ella se volvió loca. Fue al hospital y, a pesar de haber visto que el niño estaba bien, se plantó aquí y le echó la culpa al profesor de deporte. No paró hasta que —dibujó unas comillas en el aire— «se prejubiló».

—Así que era complicado tener conflictos con ella.

Ambos rieron.

—¿Complicado? Imagínense, y no es nada contra él, de verdad que no: la fiesta de los profesores de este año tiene como título «Adiós a la Vargas», así que…

—Y ese profesor de deporte…

—¿El que tuvo que irse? No sé qué habrá sido de él, era un buen tío, pero lo pasó mal por las acusaciones de esa mujer. Al final, no le quedaban muchos años, estaba cansado y se dijo que para qué meterse en ese embolado si podía evitarlo.

Un timbre sonó y ambos se pusieron tensos.

—Perdonen, pero tenemos que ir a clase.

—Una última pregunta. ¿Hay alguien a quien consideren amigo, aunque sea de manera superficial, de David? ¿O alguien que conociera a su madre en otro entorno? A lo mejor otros padres…

Ambos se echaron a reír y negaron.

—Ya se lo ha dicho Julia —dijo el profesor—: lo que no impedía los cambios de clase era que no tenía amigos. No se crean, nadie le hacía el vacío ni lo marginaba: en nuestro centro no permitimos el acoso escolar. Buscaban su ayuda para los ejercicios, pero no tenía a nadie con quien intimase. Es más, un día le esperó una chica en la puerta, una joven de su edad, y fue la comidilla de la semana.

—¿Saben si por casualidad se llamaba Celia?

—Ni idea. Levantó comentarios, pero más que nada porque nadie se lo imaginaba. No creo ni que nadie le preguntase cómo se llamaba. Perdonen, pero ahora sí que nos tenemos que ir; si nos necesitan de nuevo, vengan en otro momento.

Los profesores desaparecieron entre los chavales que inundaron los pasillos y que los observaron con curiosidad. Entraron en las clases, el silencio se hizo de nuevo en los corredores y ellos se dirigieron al despacho del director, un hombre de unos cuarenta años que había sido nombrado hacía un año y conocía a Maya de manera fugaz y, sobre todo, por lo que le habían contado los profesores. No pudo añadir mucho más, excepto que su antecesora en el cargo le había avisado de que era una madre problemática y le había recomendado

que evitara su presencia en los gremios escolares, y que tuviera siempre un testigo en sus citas con ella. No había tenido problemas, pero sí había oído que los años anteriores había sido un incordio. Sólo había mantenido una conversación con ella por una nota de David que no era la que se imaginaba. Filosofía, creía recordar. Pero había sido un mal momento del chico y creía que se había solucionado con un trabajo extra.

Salieron y se acercaron a la garita. Cano sujetó a Karen del brazo y señaló el tejado de la construcción. El vigilante leía el periódico en su mesa.

—Perdone, ¿es usted quien controla las cámaras?

—Es un circuito cerrado, sí. Se borran pasado un mes, ya saben, protección de datos…

—¿Podría enseñarnos las imágenes de Maya Vargas el jueves y el viernes?

El hombre lanzó un resoplido, pero se volvió hacia la pantalla.

—Lo del jueves será fácil, vino antes de la salida —dijo mientras movía el ratón. Esbozó una sonrisa y se apartó de la cámara.

Se inclinaron y vieron a Maya salir de su coche. Tenía un paso elástico y seguro, parecía llena de vitalidad y ambos pensaron que parecía imposible que le quedaran poco más de veinticuatro horas de vida. Se detuvo, como ellos, en la garita, y entró en el colegio con un portafolios y un ordenador en la mano. Salió aproximadamente a la hora; antes de irse se volvió con un gesto de contrariedad hacia el edificio y sólo apreciaron el saludo, un poco más rápido que una hora antes, en dirección al vigilante. Ya fuera, un adolescente que podría ser David se acercó a ella y la besó. Maya le rozó la mejilla y, aunque no podían ver sus caras, el gesto demostraba un enorme cariño. Se alejaron del recinto y Maya se detuvo y le tendió al chico unos papeles. Él se montó en el coche y se alejaron.

—Déjenme mirar el viernes… —dijo el vigilante—, como la rubia llegaba de las primeras, no será largo. —Deslizó el ratón por la superficie y chasqueó la lengua—. Ahí, ahí la tienen. Llegaba la

primera, aparcaba y se quedaba con el chico en el coche.

El vehículo de Maya estaba en el aparcamiento vacío. Otros coches empezaron a llegar y de ellos salían los alumnos mientras los conductores se iban.

—La primaria empieza más tarde y acaba antes —explicó el hombre—, para que no se junten las entradas.

Llevaban ya un rato y David seguía sin salir. La cantidad de vehículos era menor cuando un todoterreno les tapó la visión. Un chico salió con prisa de él, el coche se marchó y vieron que David, que había salido al fin del de su madre, se unía a él para entrar. El coche de Maya se quedó un rato más en el aparcamiento antes de irse.

Se dirigieron a su coche. Un todoterreno entró en el espacio de aparcamiento a toda velocidad sin verlos, se detuvo y la puerta del copiloto se abrió. Un joven de unos dieciocho años se bajó gesticulando y gritando.

—Joder, mamá, te lo he dicho mil veces. El grupo no lo he propuesto yo, han sido los primos. Y no quieren que estén los padres, es un chat de primos. Primos somos nosotros, ni tú ni la tía Rosa.

La madre contestaba desde dentro, pero no alcanzaban a oír lo que decía.

—No, no pienso decirles que es una buena idea meteros porque no lo es. ¡Mamá, déjame en paz! —gritó exasperado—. Que ya lo sé, que te podíamos haber dicho que íbamos al cine, pero no se nos ocurrió.

Se hizo una pausa en la que Karen y Cano esperaron, divertidos, y el joven se volvió para dirigirse al colegio. Se oyó la puerta y una mujer al final de los cuarenta, bien entrada en carnes, descendió del vehículo. Llevaba un vestido tan corto que, si se inclinaba, dejaría ver la ropa interior, y que era más adecuado para una jovencita que para alguien de su edad y tamaño. Se acercó con paso decidido al

chico y le agarró por el brazo mientras sus pulseras tintineaban. Vieron brillar varios anillos en sus dedos.

—Estoy muy disgustada, Pablo, no me esperaba esto de ti. Confianza, ¿sabes?

—Mamá, voy a llegar tarde —dijo el joven desesperado.

—Ya llegas tarde, qué más da un minuto más o menos, esto es importante. No sé si es la influencia de tus amigos, pero no me parece nada bien y quiero que te quede claro.

—Tengo clase de matemáticas, el recreo ha acabado —dijo el chico sacudiendo el brazo sin éxito.

—Te da igual todo lo que hago por ti, ¿verdad? Estoy todo el día de aquí para allá, llevándote, recogiéndote, atenta a que tengas la comida, la ropa y aconsejándote. Y ni las gracias. ¿Quién te regaló la camisa la semana pasada? ¿Y quién te compró la consola?

—Mamá, me tengo que ir. Si quieres, vuelvo en el autobús, así no tienes que recogerme.

—Encima esto. He planificado todo mi día para venir y ahora decides que no. Estupendo.

Karen y Cano observaban fascinados a ambos: la madre plantada como un buque de combate agarrando al joven por el brazo y el chico intentando soltarse de la mano repleta de anillos de la madre. Se zafó al fin y avanzó hacia el colegio protestando, seguido por ella. Al ver a la pareja, se detuvieron y dejaron de protestar.

—¿Vienen por Maya? —exclamó la madre con un gesto de preocupación—. Ya nos hemos enterado, es terrible. ¿Saben algo? ¿Ha sido un asesinato? Todos estamos conmocionados.

—Buenos días —dijo Karen presentándose—. Teniente Blecker, brigada Cano. Debería usted conducir más despacio en las cercanías de un colegio.

—Perdonen, es que el niño me ha puesto de los nervios… Díganme, ¿saben algo nuevo? Dicen que ha sido una banda y, como comprenderá, eso es preocupante…

—Estamos barajando varias posibilidades y una de ellas es el robo, sí. ¿Conocía bien a la señora Vargas?

La mujer hizo un enérgico gesto de asentimiento.

—¡Claro que la conocía! —Su hijo se volvió asombrado hacia ella—. Éramos muy buenas amigas, sí.

—¿No hablaría con ella por casualidad la semana pasada?

La mujer hizo un gesto de profunda concentración.

—No. —Suspiró—. La semana pasada… —hizo una pausa—, eeeh…, estuve muy liada y no la vi… Pero dado que, eeeh…, éramos buenas amigas, creo que tengo derecho… —volvió a hacer una pausa para enfatizar—, eeeh…, a que me den alguna información. Yo, personalmente, estoy francamente preocupada —dijo levantando el busto.

El hijo los miró y habló antes de que pudieran decir nada.

—¿Cómo está David? No es muy amigo mío —admitió—, pero está en mi clase.

Karen lo miró con simpatía, asombrada de que la genética permitiese que una criatura tan empática proviniera de alguien tan insensible como parecía su madre.

—Lo está pasando mal. No sé si lo ayudará o no que lo llames, si no tenéis mucha relación, pero puedes intentarlo y preguntarle si quiere o no hablar de ello.

La madre volvió a hinchar el busto.

—Podríamos pasar esta tarde a verlo… —pausa—, así le doy el pésame a…, eeeh…, su marido. Si nos dan su dirección…, he cambiado de móvil…

Karen le regaló una amplia sonrisa y la miró a los ojos.

—Podemos llamarlo ahora mismo, así lo saluda y le pregunta si le viene bien. —Sacó el teléfono e iba a marcar cuando la mujer miró su reloj y se volvió.

—¡Tengo una prisa tremenda! Lo llamaré desde casa, seguro que ahí tengo su número apuntado. Muchas gracias por todo. Cariño —dijo estampándole un beso que sonó como una pisada en un charco —, luego te vengo a buscar.

Se montó en el coche y salió del aparcamiento, dejando a la pareja y al joven solos.

—Lo siento —dijo el chico.

Cano le dio una palmada en el hombro.

—No te preocupes, mi madre me las ha hecho peores. Haz eso, llama a David y le preguntas si quiere hablar. A veces hablar con alguien que no sea tan cercano ayuda. Es duro perder a alguien al que estás tan unido.

El joven, que había asentido todo el rato, levantó la cabeza sorprendido, pero no dijo nada.

—¿Te pasa algo? —preguntó la teniente.

—No, no. Nada.

—Hay algo que hemos dicho que…

—No, si no es nada, es que me ha extrañado y he pensado en mí y en mi madre, y en lo que piensa la gente. Perdonen, da igual, me estoy haciendo un lío. Me voy a clase.

Karen posó una mano sobre su brazo sin sujetarlo.

—¿Por qué has pensado en tu madre?

El chico meneó la cabeza.

—Ya sé que suena fatal, pero cuando han dicho que estaba tan unido a su madre, he pensado si de mí se diría lo mismo… —Soltó una risa seca y amarga que le hizo parecer mucho más mayor de lo que era.

—¿Conocías a la madre de David? —preguntó Karen con suavidad.

—Todos la conocíamos… Cuando era pequeño, entraba con él de la mano en el colegio y siempre hacíamos apuestas sobre con quién se iba a pelear. David lo pasaba fatal y la verdad es que todos nos reíamos de él. —Bajó la cabeza avergonzado—. Su madre protestaba por los ejercicios de matemáticas y, claro, todos necesitamos la media y, si no están las soluciones, las medias se desploman y lo pagamos con él. Ramón, el de matemáticas, siempre nos lo dice: «Este es un ejercicio «especial David», entonces ya sabíamos… David intentaba ayudarnos, pero, si era un examen, sólo se salvaban los que estaban cerca de él y el cabreo era general. Un día estalló y nos dijo casi llorando que él no pedía esas cosas, que era su madre, y que a ver quién era el guapo que conseguía parar a la suya propia.

Unos se rieron de él y le llamaron de todo, pero yo pensé en la mía y a partir de ese día me callé.

—Entonces, ¿crees que David no se llevaba bien con su madre?

El chico suspiró.

—No es tan fácil. No sé tanto de él, pero yo no soporto a la mía, me avergüenzo de que grite en público, de cómo se viste y de las cosas que dice. Pero ¿saben? A pesar de todo, cuando pasa algo y alguien la pone en evidencia —miró a la teniente—, lo paso mal por ella, no me puedo alegrar. Es mi madre…

Calló y miró hacia la puerta del colegio.

—Llamaré a David.

Blecker y Cano asintieron con la cabeza.

—¿Nos podrías dar tu teléfono por si se nos ocurriera algo con lo que nos pudieras ayudar?

El chico se lo dio, hizo un gesto de despedida con la cabeza y se giró para entrar. Cuando iba a tocar en el portón, se volvió hacia ellos.

—No sé si les sirve de algo, pero el viernes, cuando vino al colegio, David estaba raro. Nadie le prestó mayor atención, pero yo le había visto gritar en el coche con su madre y secarse los ojos al bajar.

—Muchas gracias, sí. Perdona, ¿cómo te llamas?

—Pablo. Pablo Ruiz.

—Gracias, Pablo.

58

El Escorial, abril de 2017

Karen enfiló la carretera bordeada de encinas.

—A lo mejor no se llevaban tan bien —dijo Cano.

La teniente guardó silencio un momento y miró pensativa el campo.

—Tampoco es raro: muchos adolescentes no se llevan bien con sus padres, es la edad —dijo.

—Ya, pero como se supone que estaban tan unidos…

Karen se echó a reír.

—También esa horrible mujer ha afirmado ser íntima de Sergio y de…

—Karen, ¿estás segura de que vives en el país adecuado? Aquí mucha gente es íntima de…, de toda la vida con…

—Tú no. —La teniente se rio—. No generalices… ¿Por qué no hay muchas encinas en Abantos, Cano? —preguntó mientras observaba el paisaje.

El brigada cerró su cuaderno y miró el monte.

—Originariamente había, pero la montaña se quedó casi pelada por la utilización de madera y el pastoreo. En el xix trajeron aquí la Escuela de Ingenieros de Montes, que la reforestó. Se probó con varias especies y la que mejor resultó fue el pino. Plantaron un montón, que son los que ves ahora, aunque no son los árboles autóctonos —señaló el monte— ni demasiado bonitos.

—Qué visión más ecologista para la época —dijo la teniente admirada—. ¿Por qué se mudaron los ingenieros? Me parece un sitio maravilloso para una escuela así.

—Las historias de este pueblo —respondió el brigada—. Los

ingenieros, después de las clases, salían por el pueblo y hacían lo lógico: ligar. Se empezaron a ennoviar con las chicas de aquí, que estaban con los estudiantes encantadas, lo que no les sentó muy bien a los mozos del lugar. Hubo un enfrentamiento entre quintos e ingenieros que acabó en el juzgado y, al final, se llevaron la Escuela…

—Menos mal que ya había problemas antes de que llegásemos… —dijo Karen divertida—. ¿Qué te han parecido los profesores?

El brigada releyó sus notas.

—En resumen, Maya debía ser una plaga para ellos, pero no me los imagino cargándosela.

—No, eso no. Supongo que mucho coincide con lo que sabemos ya de ella, debía ser como un tanque cuando se le metía algo en la cabeza. Obsesionada con la educación de David…

—Y con su salud: no quisiera haber estado en la piel del profesor de deporte.

—Ya. ¿Sabemos exactamente lo que tiene David?

Cano rebuscó en su libreta.

—Joder, pregunta más bien qué no tiene… Lo del corazón debe ser lo peor, creo que alguien…, espera, creo que fue o Beatriz, o su abuela, mencionó una malformación que sólo se puede operar cuando el órgano esté completamente desarrollado.

—Y por lo que parece, no tiene demasiados amigos. Excepto Celia.

—Debe de ser el empollón y no hace deporte: no es de extrañar que sea un solitario. Y su nivel de universitario en matemáticas tampoco ayudará.

—Pero Celia sí es su amiga y parece que incluso algo más. —Cano asintió—. Dime, ¿cómo crees que reaccionaría una madre como Maya ante una novia de su hijo? Además, es de suponer que es ella la que le metió en la cabeza el viaje, y probablemente David se quiere quedar en Madrid para no separarse de Celia. Y Maya, que reacciona a un rayo de sol, a una nota de filosofía, ¿no dice nada?

—Por eso se peleó Maya con Inés, sí. Podríamos hablar con Celia, quizás sea más sincera sobre los defectos de la madre de su novio.

—Cano sacó el móvil y tecleó con rapidez—. Voy a pedírselo a Romero.

—¿Sabes qué edad tiene?

—Ni idea, pero debe de ser de la quinta de David y, si fuese mayor de edad, nos podemos saltar a Inés.

Vieron el cartel de El Escorial y Karen volvió a pensar en lo extraña que era la división de los dos pueblos.

—Mira, ese es el prado donde se suponía que se aparecía la Virgen… —dijo Cano—. Ya sabes, lo que nos dijo Álvaro.

La teniente miró con curiosidad un recinto vallado.

—¿Alguien que tenía visiones?

—La verdad es que no conozco tanto la historia, pero seguro que Suárez se la sabe al dedillo, le podemos preguntar.

—Cano, me he propuesto conocer un poco más El Escorial.

—¿El Escorial?

—Parece mentira que estemos sólo separados por una calle: ¿te das cuenta de que nunca, pero nunca, bajamos a tomar un café o a comer? Es más, he ido más veces a Ávila que a la Leal Villa…

—Supongo que, a pesar de que los pueblos se vayan acercando, las fronteras siguen claras y la gente aquí es muy terca. Como con los ingenieros de Montes…

—El elemento extraño. Como Celia en la vida de David. Creo que estamos dejando algo de lado. De todo lo que sabemos de Maya, su prioridad absoluta era su hijo. Antes de su carrera, de su marido, de sus padres, de ella misma. Todo en su vida está dirigido al hijo. ¿Y no reacciona ante la usurpadora del sitio principal? —Miró a Cano y continuó—. Celia es, si no adulta, casi. La intrusa, la que hace que David se aparte del camino que lleva toda una vida trazando. ¿Y lo acepta así como así?

Cano se encogió de hombros.

—A lo mejor no era consciente, se conocían desde pequeños…

Karen negó, segura.

—No, brigada, no creo. Maya era demasiado lista para no verlo.

59

San Lorenzo de El Escorial, febrero de 2017

David se presentó en la puerta del monasterio con su madre a la hora acordada. Los hicieron pasar a una sala de visita con vistas a la lonja. El suelo era el mismo que el del resto del edificio y formaba unas cruces grises sobre fondo blanco. Los muros, también blancos, y los sillares de granito convertían el lugar, con la mesa colocada en el centro, en un espacio en el que se podía imaginar a alguien firmando un tratado de paz. Los alumnos y los profesores empezaron a entrar y David sintió las palmas de las manos humedecerse. No estaba, como Celia, habituado a diario a él y el monasterio le imponía.

Había mucha gente, entre alumnos y aficionados que se agolpaban alrededor de la mesa. Las partidas anteriores habían tenido lugar en distintas aulas y no habían despertado tanta expectación como la partida final. Tanto David como Celia habían ido eliminando a los otros participantes y se enfrentaban el uno al otro. David no soportaba perder, pero deseaba también que ganase Celia. Esta apareció por una puerta que conectaba con el colegio, y cuando David la miró, sintió calidez en el estómago y sonrió. Iba seguida de varios compañeros y cuando uno de los chicos se acercó a ella, sintió aversión por él.

Se sentaron frente a frente, como miles de veces antes, y ella le sonrió confiada. David vio a la gente con los ojos fijos en ellos: los alumnos, los profesores, los sacerdotes y hasta el prior, que había abandonado su biblioteca para no perderse el espectáculo. Entre ellos, su madre le sonreía confiada. David recibió el peón negro, Celia tuvo la ventaja de la salida y durante dos horas, él ya no vio

nada más que el tablero y el rostro de la joven. Se fijó en su juego y pensó que estaba empleando movimientos que habían hecho miles de veces y con horror se preguntó si le estaba dejando ganar. La rabia le subió a la garganta y atacó a su reina. Celia le sonrió y se comió un caballo. David, furioso, se dijo que no se había concentrado y dejó de mirarla para fijar sus ojos en las piezas. Vio que, en un par de movimientos, la tenía y sonrió confiado, levantó los ojos y los fijó en su madre, que lo miraba con atención y en alerta. Y leyó en ella un aviso.

Maya había estado con los ojos fijos en el tablero, observando confiada el juego de David para poder alabarlo tras la partida y comentarle los errores que no debería haber cometido hasta que Celia atacó el caballo de David. Iba a sonreír y a apuntar el error en su mente para decírselo a su hijo y que aprendiese cuando vio la mirada de la chica. Estaba tan acostumbrada a verla que nunca había pensado en ella como otra cosa que eso, una niña. En la sala hacía calor y Celia se había quitado la chaqueta que siempre llevaba en su casa, donde la temperatura era bastante baja. Se fijó en sus curvas y en que le había crecido el pecho. Sus piernas bajo la falda del uniforme estaban bien torneadas, su melena corta, que al principio de la partida le había recordado al momento en que la vio por primera vez, sujeta con una horquilla, seguía retenida, pero el pelo era lustroso y fuerte. Su rostro, en el que esperó ver la blandura de las adolescentes, o por lo menos unas señales de acné, era delicado y su piel lucía jugosa y joven. Su corazón empezó a bombear más rápido.

David volvió los ojos al tablero y cuando el clic del reloj avisó de que era su turno, creyó reconocer el juego de su contrincante y movió una torre. Miró a su madre para tranquilizarla, pero ella había achicado un poco los ojos y lo miraba con miedo. Volvió a fijarse en el tablero y entonces lo vio. Supo que Celia iba a ganar. La joven movió un caballo y David se dijo que había sido un iluso, que Celia adoraba el movimiento de los caballos, y se preguntó por qué no habría renunciado a la reina, por qué no había atacado a sus

caballos desde el principio. La miró a los ojos, pero no se atrevió a mirar a su madre y dejó caer con furia su rey. Apretó los puños, intentó controlarse, pero sintió la misma rabia subirle a la garganta que cuando Celia le ganó la primera vez. Iba a barrer el tablero, los ojos se le habían nublado, cuando sintió que alguien cogía su puño y abría uno por uno sus dedos. La forma de un peón se deslizó entre ellos, abrió los ojos y vio que Celia le había cedido un peón blanco. Consiguió sonreír y el público estalló en aplausos.

Maya estaba petrificada mirándolos cuando el prior, que la había visto entrar con David, se acercó a ella.

—Una partida estupenda —comentó—, son una pareja maravillosa. Me hubiese gustado que tuviera lugar en la biblioteca. —Al no obtener respuesta por su parte, continuó—. Sabrá que tenemos aquí el *Libro de ajedrez*, de Alfonso X el Sabio, y habría sido impresionante, pero eran demasiados los que querían ver la partida para celebrarla ahí. —Maya miró al hombre anonadada y consiguió asentir. El prior continuó—. Fíjese que creía que iba a ganar él, el movimiento de la torre era genial, no sé por qué el caballo le ha hecho pensar que todo estaba perdido. —Maya seguía sin hablar y el prior pensó que estaba desilusionada por el desenlace—. Ha sido una partida de categoría. Si le interesa, tengo un facsímil del *Libro del ajedrez*, a lo mejor les apetece a estos dos campeones recrear alguna de las partidas.

David y Celia se habían levantado y recibían las felicitaciones de los presentes. Uno de los profesores intentaba poner orden para decir unas palabras sin conseguirlo y el prior avanzó unos pasos. Tenía una voz tranquila, pero imponente, y su presencia junto a la mesa acalló el barullo. Felicitó a los profesores que lo habían organizado y a los ganadores, y se colocó junto a ellos para sacarse una foto. Maya se acercó a una seña suya y se puso junto a David. Notó el brazo de su hijo y lo cogió. Intentó olvidar su desazón y se dijo que debía estar muy desilusionado y querría volver a casa rápido. Tiraba un poco de él para sacarlo de allí cuando el prior se acercó de nuevo a ella y le dijo unas palabras. Tuvo que soltar su brazo y David se

colocó junto a Celia y sostuvieron el trofeo juntos mientras la joven mantenía el diploma y el sobre con el premio del viaje a París para participar en los minitorneos que acompañaban al mundial. Maya se dejó llevar por el prior unos pasos, observó la mirada de los dos separada por el trofeo, y sintió un odio profundo.

60

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

—Teniente —dijo Benavides—, tengo los análisis de las huellas y de toxicología. Había huellas de la muerta y de los que supongo el hijo y el marido por todas partes. El análisis toxicológico no aporta nada, no debía medicarse. Ahí tengo mis dudas, porque en la caja fuerte que encontraron tenía una farmacia completa y me extraña que en ella no encontrásemos rastros de ninguna sustancia.

—No olvide que era médico —dijo Karen—, a lo mejor estaba preparada para eventualidades…, y su hijo sufre una enfermedad congénita del corazón, alergias y, además, es celíaco.

—Lo de las alergias me lo había imaginado, tiene corticoides y adrenalina, pero en el baño. Lo que tenía a punta de pala en la caja fuerte son tranquilizantes, ansiolíticos y relajantes musculares, así como pastillas para dormir. Y colchicina. Los paquetes estaban usados, pero, o los había dejado de tomar, o los tomaba otra persona. Ahora les mando la lista completa. Ella, los últimos días, no. Lo siento, pero no tengo nada más. ¿Qué enfermedad tiene el hijo?

Karen miró a Cano, que buscó en su cuaderno y negó con la cabeza.

—No sé, sólo nos han dicho que es congénita… —continuó Karen al teléfono—. ¿No se lo puede imaginar por la medicación? La tendrá el hijo en su cuarto o en su baño, me imagino. Y la colchicina…

—Sí, se usa para la gota. También los niños la pueden sufrir, aunque no es lo habitual. Es un medicamento muy eficaz, a pesar de que tiene efectos secundarios molestos, como vómitos y diarreas. También encontramos unos pastilleros en la cocina y he mandado a

analizar lo que hay dentro, aunque por ahora no he encontrado nada que apunte a una dolencia cardiaca.

—Muchas gracias.

Karen colgó y miró a Cano.

—¿Te cuadra que se forrase a tranquilizantes?

El brigada sacudió la cabeza.

—Le podemos preguntar a Sergio, o a su madre…

Karen cogió el teléfono, marcó y puso el altavoz.

—¿Señora Salazar? Karen Blecker. Llamamos porque ya tenemos el análisis toxicológico y, como pidió usted los valores, hemos pensado que le interesaría.

—Sí, dígame.

—Nada. No hay rastros de ninguna sustancia. Lo que nos extraña un poco, ya que su hija tenía ansiolíticos, relajantes musculares, pastillas para dormir y un medicamento contra la gota, colchicina, en su caja fuerte. ¿Sabe usted si ha estado en tratamiento psiquiátrico? ¿O si sufría de gota?

—¿Maya? ¿En tratamiento psiquiátrico? —respondió inmediatamente— No. —Hizo una pausa—. No que yo sepa, desde luego, pero, claro, puede que no me contase todo. —Se percibió una duda en su voz—. ¿Benzodiazepinas? ¿Y colchicina? —dijo extrañada.

—Exacto.

—Que yo sepa, ni Maya ni David sufrían de gota. —Hizo una pausa —. ¿Sergio?

—Le preguntaremos, evidentemente, pero ¿lo tendría en San Lorenzo?

—¿Podrían enviarme una lista de lo que han encontrado? —preguntó.

—Desde luego —contestó Karen—. En cuanto la tengamos completa, se la mandamos. Por cierto, ¿nos podría explicar la dolencia cardiaca de David?

—Comunicación interauricular —contestó Silvia—. Es una enfermedad traicionera porque puede provocar un accidente cerebro

vascular, pero también puede desaparecer por sí sola con la edad.

Sergio contestó inmediatamente al teléfono. Tampoco sabía que su mujer tomase pastillas para dormir, creía que no visitaba a ningún psiquiatra y les aseguró que él no se medicaba y no sufría de gota. Colgaron y se miraron.

—Vamos a tomar un café al pueblo —propuso Karen.

—¿Ahora? Si acabamos de llegar…

—Quiero ir a la farmacia. ¿Cuántas hay en el pueblo?

—Tres, creo. La de Pozas, la de Florida y la de los soportales. Y la de aquí, claro.

La farmacia del Zaburdón no reconoció a Maya en ninguna foto y no tenían ficha suya. En la que está en la esquina de la Cañada, y la más cercana a la clínica, sí la conocían, pero sólo recordaba unos antibióticos como medicamentos sujetos a prescripción. La farmacia de los soportales estaba vacía cuando llegaron. Se acercaron a Paloma, una de las farmacéuticas, que los recibió con una sonrisa.

—Maya Vargas, sí, claro… La pobre —dijo la mujer apenada—. Venía bastante, su hijo tiene varios problemas de salud. Alergias, una barbaridad, además es celíaco —dijo mientras consultaba el ordenador—. Sí, fijaos: adrenalina, corticoides, es lo que más se llevaba.

—¿Psicofármacos? —preguntó Karen.

Paloma negó con la cabeza.

—Psicofármacos, no. Y de esos tendríamos constancia: desde la nueva ley debemos apuntarlos todos.

Ya fuera se miraron a los ojos.

—¿No te parece extraño? —dijo Cano.

—Lo más raro es que no los comprase en el pueblo y de algún lugar los tuvo que sacar. Por la prescripción, no nos hagamos ilusiones: siendo médico le bastaba con extenderse ella misma las recetas. Pero ¿por qué irse a una farmacia de fuera?

—A lo mejor temía el estigma de los psicofármacos, el pueblo es

pequeño y si estás esperando a que te saquen el ibuprofeno, te enteras de todos los males de los que entran mientras te cobran. Si yo tuviera algo serio y no quisiera que se enterase nadie, jamás iría aquí a la farmacia —afirmó el brigada.

—No entiendo lo de la gota. Los tranquilizantes, si me apuras, los pudo tomar alguna vez, como las pastillas para dormir. ¿Pero gota? —Meneó la cabeza, atónita—. Sergio no nos ha podido ayudar, Silvia tampoco. ¿Te parece que vayamos a ver a sus suegros? Es un trecho, pero no se me ocurre nada mejor y hemos pospuesto ya bastante la visita. A lo mejor Maya sí que se abrió con ellos.

Cano asintió y se acabó su café.

61

San Lorenzo de El Escorial, marzo de 2017

Inés llegó y se sirvió una copa de vino. Se dejó caer con un suspiro en el sofá y se alegró de que Celia ya hubiese puesto la mesa. Esta había oído la puerta y salió al salón. Saludó a su madre con un beso, se sentó a su lado y se acurrucó con ella como cuando era una niña. Inés inclinó la cabeza y besó el pelo oscuro de su hija.

—¿Qué tal te ha ido?

—¿El examen? Bien, creo que muy bien. ¿Y a ti?

Inés resopló.

—El tío es más culpable que Caín…

Celia sonrió sin levantar la mirada.

—«No es cuestión de que sean culpables o no, sino de que tengan la mejor defensa posible» —recitó.

—Joder, Celia, ser cazada por mis propias redes. —Rio Inés y le besó la frente.

—He comprado una empanada, me imaginaba que llegarías tarde.

—Eres un tesoro. ¿Has acabado de estudiar?

Celia asintió.

—Marta se ha enfadado conmigo.

Inés le levantó la barbilla y la miró preocupada.

—No, no ha pasado nada —la tranquilizó—, pero me ha llamado David y no he subido con los otros al pueblo. Pero es que estaba solo, le ha mentido a su madre —Inés la miró sorprendida— para quedarse en casa y no jugar al golf con ella. —Celia sonrió e Inés dejó caer la cabeza hacia atrás, tranquila—. Y como hacía una semana que… Bueno, da igual. Mamá, ¿no podrías hablar con Maya? A ti te escuchará.

Inés se levantó, se rellenó la copa, abrió el balcón y salió a fumar un cigarro. Celia cogió una chaqueta, la siguió y continuó.

—Yo se lo dije el otro día y se enfadó una barbaridad conmigo. Cada vez lo vigila más…

—No es cierto, ha mejorado. Acuérdate de que el año pasado estuvo de acuerdo en que se fuese con el chico sueco que estuvo aquí a Sevilla.

—Ya, tuvo apendicitis y no pudo ir. ¡No le deja hacer nada! —dijo Celia exasperada—. No hablo de ir a merendar o al cine a Villalba, ¡no quiere ni siquiera que quedemos entre semana porque dice que se desconcentra! Y tiene casi mejores notas que yo…

Inés suspiró.

—Ya sabes cómo es… No lo hace con mala intención.

—Mamá, tus clientes, muchas veces no lo hacen con mala intención, eso me lo has dicho mil veces. Tienen un colocón, o un pronto, y se cargan al de al lado. Que la intención no fuese mala, no quita que causen una víctima. —Sonrió.

—Me parece que he hablado demasiado contigo de mi trabajo —replicó Inés divertida—. Celia, el que tiene que hablar con Maya es David, no yo. En todo caso, Sergio. Yo ya he hablado varias veces con ella, pero —se justificó— es que también comprendo que se inquiete, imagínate que le pasa algo.

—¿Qué le va a pasar dando una vuelta por el pueblo? ¿O en el cine? Es menos peligroso que ir a jugar al golf con ella. —Inés meneó la cabeza—. Ya ha hablado con su padre —protestó Celia—, pero hace siempre lo mismo: lo escucha, le dice que tiene razón y después, cuando habla con su mujer, se echa para atrás. Y a David no le hace caso. Mamá, no ha dormido jamás fuera de casa sin sus padres, ¿te lo puedes imaginar?

—No exageres tampoco. Anda que no habéis dormido veces juntos…

—Siempre en su casa, él nunca se ha quedado aquí.

Inés dudó, pero se dijo que David, que había ido miles de veces a su casa, nunca se había quedado a dormir, ni cuando eran

pequeños. Se preguntó el porqué, pero pensó que, probablemente, ella tampoco lo propuso por miedo a que al niño le pasara algo. Tampoco había cenado muchas veces allí, pero iba al colegio, se quedaba en el comedor y participaba en las excursiones.

—Ha ido a las excursiones del colegio —argumentó.

—Al esquí nunca por lo que le pueda pasar. Antes eran sin noche y, a la del año pasado, de varios días, no fue porque se rompió la pierna justo un día antes.

Inés levantó la cabeza triunfante.

—Fue cuando se quedó todo el verano en Ávila y Maya se fue a Estados Unidos. Pasó todo el mes con sus abuelos.

—Y acuérdate cómo se puso su madre a la vuelta y todo porque estaba moreno. Mamá, ¡que son sus abuelos! ¿Cuántas veces he dormido yo con la abuela Nerea?

—No tantas…

—No, sólo en vacaciones y fines de semana largos. Y porque vive en Oyarzun, que si viviera cerca…

Inés suspiró, entró y cerró el balcón. Celia se fue a la cocina y volvió con la empanada. Se sentaron a cenar y la joven no dijo nada.

—¿Cómo te lo imaginas?

—Mamá, es tu mejor amiga y yo la quiero —Inés levantó las cejas —, bueno…, la quiero porque a ti te cae bien. A mí me odia.

—¿Cómo te va a odiar? —protestó Inés—. No digas bobadas.

—Me odia, lo veo en cómo me mira. Y el otro día, cuando le dije lo del cine, se enfadó muchísimo conmigo, me dijo que era una cría inmadura y que no tenía ni idea de lo que era la vida, y que había cosas que tenían consecuencias que no me podía ni imaginar.

—No seas exagerada: que se enfadase no quiere decir que te odie. ¿Cómo no le vas a gustar? Si te conoce desde que eras una enana…

Celia la miró insegura.

—Creo que no me odiaba antes, me odia ahora. Cuando era pequeña, no le caía especialmente bien, pero ahora no me soporta. ¿Sabes que nos escucha detrás de la puerta? ¿Que le quita el teléfono a David y se lo registra?

—Yo también te digo que tengas cuidado en internet.

—Maya le quita el teléfono por las noches y le mira todos los mensajes.

—Es más cuidadosa que yo.

—¡Mamá! No es cuidadosa, es una controladora. El otro día le escribí a David y me contestó ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque anuló una cita para hablar y me dijo después que no había sido él.

—¿Le ha dicho David lo del Interrail?

Celia bajó la cabeza. Inés se levantó, fue a la cocina y se sirvió otra copa.

—Cariño, esto es como el tango, cosa de dos. David es casi mayor de edad y comprendo que ella es una madre más estricta que yo, pero es él el que tiene que hablar con ella, no yo. Maya es inteligente y lo comprenderá. El hecho de que mienta, que se esconda tras su padre o detrás de ti no es un signo de madurez. Es inteligente, y no me vas a decir a mí que no lo quiero —dijo levantando la mano—, porque lo quiero como a un hijo, pero tiene una relación muy especial con su madre que a lo mejor le cuesta cambiar. —Suspiró—. Es cierto que a mí me parece que Maya podría ser un poco más flexible, pero que yo intente convencerla no cambiará nada si David no quiere.

—Pero él quiere, sólo es que… No sé, es como si tuviera miedo. Habla conmigo, se va a su casa, su madre le come la cabeza y al día siguiente estamos igual.

—Lo único que te puedo ofrecer es que, si él habla con ella, yo lo haga también.

—Maya está empeñada en que vaya a Stanford, ya le está haciendo todos los papeles. Sabes que me gusta David y no diría nada si…

—Venga ya, Celia, tú no quieres que se vaya. Y es normal, habéis crecido juntos, erais como hermanos y ahora… Por si crees que soy tonta y no me he dado cuenta.

—¡No es eso! De verdad que si él quisiera, me aguantaría, te diría que quiero ir también…

Inés la miró asustada.

—Hay becas, podría pedir una, pero no es la cuestión. No me quiero ir, quiero hacer Derecho aquí. Y él tampoco quiere irse.

Inés sonrió más tranquila.

—Sabes que Maya debía ir a Stanford y al final no fue, ¿verdad? Puede que la historia se repita: los padres de Maya estaban empeñados en que estudiara ahí y ella prefirió hacer el MIR y acabar aquí. Si David no quiere ir puede usar ese argumento. Pero no esperes que lo haga yo.

Celia se levantó de la mesa y se fue a su habitación dando un portazo. Se tiró en la cama y apretó los dientes. Pensó en Maya y en su madre, y en cómo podían ser tan amigas siendo tan diferentes. Sentía rabia contra su madre por no querer ayudarla, pero en el fondo sabía que esa rabia no era contra ella, sino contra David. Había hablado con él miles de veces, le había sugerido que cambiara la contraseña del móvil, que mintiera más a menudo y se revolviera contra los cuidados maternos. Seguía esperando a su madre en la puerta del colegio; si querían ir a algún sitio, Maya los llevaba y esperaba fuera. Todo lo que le decía a David, este lo recibía con una sonrisa encantadora que ella ya llamaba, de manera irónica, «la sonrisa de mamá». Enterró la cabeza en la almohada ahogando un sollozo y se dijo que su madre tenía razón, que David era un inmaduro. Se obligó a pensar en Javier, lo visualizó en su mente, alto, guapo y el único de los chicos que se leía los libros que mandaban y no buscaba el resumen en internet. «Lo que eres es idiota, Celia —le dijo una voz en su cabeza—. Eres imbécil, podrías quedar con él y, a lo mejor, así David, al que evidentemente se lo tendrías que decir, porque no se entera de nada, reacciona y muestra algo más de independencia».

Apartó la cara de la almohada y abrió los ojos decidida. Su mirada recayó en el mural de fotos, similar al que tenía David en su habitación. Vio la que les había sacado su madre en La Herrería

cuando los llevaron a hacer un pícnic de pequeños. La foto de los dos concentrados sobre el tablero de ajedrez con diez años. La imagen que sacó el padre Marcial cuando se celebró el torneo de ajedrez en el monasterio y ganaron. Pensó con rabia en el viaje a París y se fijó en David, en sus ojos dulces y mansos, en su pelo ordenado, peinado con la raya al lado. Vio la última, una foto que se habían sacado tras una de las pocas batallas que había ganado, cuando fue a la peluquería solo y se rapó los lados. Sonrió al recordar el furor de Maya al verlo, que había llevado a su primer enfrentamiento. Se fijó en su mirada y creyó reconocer una determinación antes inexistente. Suspiró y se dijo que hablaría otra vez con él, que tenía razón y que estaba dando unos pasos que hace unos meses habrían sido impensables.

Inés salió de nuevo al balcón a fumar. Se preguntó qué era lo que hacía que David, un joven extremadamente inteligente, fuese tan dependiente de su madre. Se dijo que si bien todo lo que le acababa de decir a Celia era cierto, la relación de Maya con el joven no había avanzado. Se preguntó cuándo había aceptado ella que Celia era una adulta y que debía y podía tomar sus propias decisiones, aun equivocándose, y, con cierto remordimiento, recordó que hacía muchos años ya. Celia había sido siempre responsable, pero su hija no tenía los problemas de salud de David. Y había tenido que aprender a ser autónoma desde que ella decidió separarse.

Maya y ella tenían muchas cosas en común, ambas querían trabajar y les gustaba su trabajo, ambas tenían sólo un hijo. Se preguntó si ella hubiese seguido con Sergio tal y como estaba con Maya y no supo qué contestarse. Ella decía que su marido no quería subir a San Lorenzo porque tenía un lío en Madrid, pero Inés siempre pensó que, si fuese el caso, no había razón alguna para no separarse. Ella lo había hecho cuando no llevaban más de tres años casados, con Celia muy pequeña, y nunca se había arrepentido, a pesar de las estrecheces económicas que pasaba y de que el peso

de la educación de la niña hubiese recaído sobre ella. Bueno, sobre ella y sobre Maya, se reconoció, porque cuando se mudó a San Lorenzo, optimista, las cosas no fueron tan fáciles como se las había imaginado, y había sido Maya la que había recogido a Celia del colegio cuando ella no podía, quien se quedaba con la niña si estaba enferma y la asistenta no podía acudir. Había sido Maya la que esperaba el autobús de Celia a la vuelta de una excursión cuando ella estaba con un cliente en prisión. Y la que había enseñado a David y a Celia a la vez a dividir.

Maya siempre había estado para ella, nunca le había fallado. Había sido a la vez abuela, niñera y amiga. La había escuchado cuando lloraba desesperada porque no llegaba a fin de mes, le había hecho un préstamo sin intereses cuando tuvo que cambiar de coche. Con Maya compartía confidencias, las largas noches de invierno de San Lorenzo ante la chimenea, Inés con un vino, Maya con un té, mientras los niños jugaban arriba o veían una película. Inés sólo tenía hermanos y Maya era lo más parecido a una hermana que había tenido jamás. Se dijo que podría intentar hablar con ella, pero en los últimos tiempos, estaba extraña con ella. No desagradable, pero no tenía tiempo como antes ni la llamaba por las noches para tomar algo. Había tenido tanto que hacer que no lo había pensado, pero algo había cambiado. Pensó en las palabras de Celia, «ahora me odia», y se preguntó si habría algo de cierto, si el cambio de la relación entre ellas era una consecuencia del cambio de la relación entre los dos jóvenes. Miró las fotos del mueble donde salían los dos niños juntos y se propuso hablar con su amiga.

62

Madrid, abril de 2017

La calle estaba atascada, Martín miró el reloj y las luces de freno de los otros coches y metió la dirección del cliente en el sistema de navegación. Cuando puso los ojos de nuevo en la calzada, un coche aparcado aprovechó el espacio que había dejado para salir. Frenó y miraba la calle irritado cuando vio una espalda conocida alejarse por la acera del brazo de una mujer. Ella tenía el pelo rizado, llevaba un chal floreado que arrastraba por la calle e inclinaba la cabeza sobre ese hombro tan familiar. Un pitido le hizo reaccionar y, sin pensárselo dos veces, aparcó en el sitio que había quedado libre. Siguió a la pareja, que no andaba rápido y se paraba a menudo, hasta estar seguro, cruzó la calle y, a grandes zancadas, se alejó por el otro lado. Volvió a atravesar la calle y retomó el camino en dirección contraria hasta casi chocarse con la pareja y poder reaccionar con estupor.

—Hombre, Sergio, qué sorpresa.

Su hermano se sobresaltó.

—Martín, ¿qué haces por aquí? —dijo soltando inmediatamente el brazo de la mujer—. ¿Te acuerdas de Sofía? —dijo señalándola.

—Claro, Sofía, hace mil años —dijo antes de besarla.

—Estábamos con un proyecto, colaboramos en la remodelación de un edificio por aquí cerca —dijo Sergio nervioso, consciente de que cuantas más explicaciones diese, más culpable parecería. Se preguntó si los habría visto besarse ante el escaparate.

—Qué casualidad, fíjate que yo también tengo un cliente por aquí —explicó Martín, todo inocencia.

Sofía los miró, buscó nerviosa algo en su bolso y se dirigió a ellos.

—Bueno, a mí me vais a perdonar, tengo que llamar a unos proveedores… —Y añadió dirigiéndose a Sergio—: Hablamos luego y te paso los precios.

Sergio asintió con la cabeza, la mujer se alejó a toda prisa y los dos hermanos se quedaron solos. Martín miró el reloj y a la calle, que seguía atascada.

—Cómo me alegro de encontrarte, macho, hacía tiempo que no nos veíamos. ¿Te parece que nos tomemos una caña? Tenía una cita, pero dado cómo está el tráfico la voy a posponer…

Sergio miró el reloj e iba a negarse, pero su hermano mayor ya le había cogido del brazo.

—No sé, ando liado…

—Pues damos un paseo hasta donde tengas que ir, así charlamos un rato.

No le dio opción y echó a andar.

—¿Cómo te va, Sergio? No se te ve el pelo…

—Martín, si es para recriminarme…

—¿Recriminarte? Pero ¿qué dices, tío?

—Que nos conocemos, y si es por lo de Sofía, que sepas que trabajamos juntos y…

—Mira, Sergio, batallitas, a otro.

Sergio se detuvo y lo miró a los ojos. Por un momento, le pareció verse en el espejo con la barba canosa.

—¿Y qué? ¿Me vas a amenazar?

—¿Sabes, Sergio? Lo que más me molesta de la situación es esto. ¿Te acuerdas de cuando te cargaste las ventanas del invernadero del párroco? ¿Te delaté entonces? ¿Por qué lo iba a hacer ahora? Hace tanto que no estás con tus hermanos que ya ni sabes cómo funcionamos. —Señaló una terraza y se sentó.

Sergio se mantuvo un momento al lado de la mesa, cedió y tomó asiento también. El camarero salió y Martín pidió dos cañas sin que el otro protestara. Sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Has vuelto a fumar? —preguntó Sergio asombrado.

—Nunca lo he dejado, sólo que no se lo digo a Margarita. —Sonrió y abrió el paquete. Sergio cogió también uno y lo encendió.

—Maya no lo soporta tampoco. —Dio una calada con placer.

—Ya.

—¿Qué ibas a decir? —dijo susceptible.

—Nada.

—Venga, suéltalo, que te vas a atragantar.

—No, nada, que hay pocas cosas que soporte tu mujer. No soporta el tabaco ni el alcohol —dijo señalando la caña—, ni el fútbol, ni nos soporta a nosotros. No soporta a mamá ni a papá, no soporta a los primos de David, no soporta a sus cuñadas, ni a Bruno ni el campo. Ni la grasa ni el cocido. Perdona, no sé si me olvido de algo —dijo irónico. Sergio volvió la mirada—. Lo que no sé —siguió Martín— es si a ti también te pasa. ¿No nos soportas tú tampoco, Sergio? Porque la verdad es que lo parece, puesto que lo que es Juan y yo no te vemos el pelo. Ya no hablo de los otros. Pero, coño, que éramos los tres mosqueteros.

—Mira, Martín, no exageres, porque nos vimos hace un mes en la comida.

—¿Vernos cada dos meses a ti te parece normal? ¿Te das cuenta de que cada vez que te llama alguno dices que no puedes? Ahora empiezo a comprender, claro, aunque hay cosas que no me entran.

—¿Qué quieres decir?

—Ya me imagino que si estás trabajando tanto con Sofía, no tengas tiempo para el puto fútbol con tus hermanos, y que no te apetezca echar una partida de pádel con nosotros. Todo eso, a malas, lo entiendo. Pero lo que no me entra en la cabeza es que hagas sufrir así a mamá, porque puede que Juan y yo seamos unos cabrones, pero ella no se lo merece.

—Martín, yo no…

—Mira, Sergio, que me importa una mierda con quién folles. Es más, lo entiendo. Pero no comprendo cómo te has podido volver un calzonazos así. —Sergio levantó la mirada enfadado—. Sí, calzonazos. Maya dice, Maya no dice, Maya no quiere ir a Ávila, pues

no vamos. Maya no quiere pasar las Navidades con nosotros, pues nos vamos de viaje. Maya no quiere que mi sobrino, al que casi no conozco, juegue con sus primos, pues que no juegue. Mira, hermano, casi prefiero pensar que eres un calzonazos y que te tiene dominado porque las otras opciones son peores.

Calló y apagó el cigarro con fuerza.

—Para ti todo es muy fácil —respondió Sergio—, claro. Margarita conoce a mamá y papá desde pequeña y la mayor discusión que tienen es la cantidad de almendras que hay que meter en las pastas. Tus hijos tienen en Ávila no sólo a los hijos de Juan y Felipe, sino a todos los sobrinos de Margarita. Y, lo más importante: no están enfermos, Martín, que parece que te olvidas de eso. Es fantástico lo de correr por las peñas como hacíamos nosotros si no tienes un problema de corazón. —Martín lanzó una carcajada—. Mira —añadió molesto apagando el cigarro—, si eso te hace gracia, lo dejamos aquí.

Sacó la cartera y un billete para marcharse, pero su hermano le agarró del brazo.

—Sergio, me río porque eres un iluso. ¿Tú te das cuenta de que hacéis a David mucho más enfermo de lo que está?

—¿Pero qué coño estás diciendo?

—Cuando todavía le traías a Ávila los domingos, el crío volvía siempre repeinado y sin una mancha, ¿verdad? ¿Sabes por qué? Que sepas que yo me enteré más tarde, que nos habíais contagiado la histeria ya, pero me lo contó Pedrito, mi pequeño, un día que se mojó la camisa y la casa estaba cerrada. Va el tío y me dice que puede coger la camiseta del primo. Y yo como un imbécil: «¿Qué primo?». «Pues la de David», que me suelta. —Se echó a reír—. Fíjate que David escondía su polo detrás de la tinaja, corría con los otros, se manchaba y, cuando volvía, lo escondía. Te puedes imaginar quién la lavaba cada semana… —Sergio lo miró entre enfadado y asombrado—. Que sí, que ha corrido y ha saltado y no le ha pasado nada.

—No voy a entrar en eso y es como si no me hubiese enterado. La

cuestión es que cada vez, cada puta vez —levantó la voz— que David sube a Ávila se tira media semana en la cama malo. No sabemos lo que es, pero estoy hasta los cojones de que me llame Maya cuando estoy en una obra y me eche la bronca por el puto fin de semana. Y puede que tengas razón, soy un calzonazos, tengo que trabajar y no puedo estar todo el puto día anulando citas porque resulta que mi mujer está muerta de miedo porque el niño está malo otra vez.

—Sergio, David, si recuerdo bien, porque ni eso sé ya, acaba de cumplir diecisiete años, ya no es un crío. Y el que se ponga malo cada vez…

—¡No me lo vas a contar a mí! Estoy hasta la puta polla del olor a vómito.

—Coño —estalló el otro—, ¡vomitará en San Lorenzo, porque en Ávila se ha tirado todo el mes sin estar malo ni una puñetera vez, que cuando llegaron mis hijos este verano casi ni le conocían!

—No me lo recuerdes, que no sabes lo que he tenido que escuchar porque el niño volvió como los de las pateras, joder.

—No, Sergio —le agarró del brazo como para que no se escapara —, que se ha tirado todo el verano sin vomitar.

—Porque mamá, por una vez, ha seguido la dieta. ¿Sabes? —dijo con amargura—. Si lo ha conseguido durante un mes, no entiendo por qué no lo ha hecho antes, que parece que lo hacéis a posta.

—¿A posta dices? ¡Una mierda! David hizo dieta la primera semana, que me lo ha contado mamá. A la segunda, mamá estaba haciendo pastas y David se equivocó y se zampó un plato de las normales. —Sergio lo miró espantado—. Sí, de las normales. Un plato de los grandes. A mamá casi le da un infarto, avisó a Gil, que le dijo que no había nada que hacer, que el mal estaba hecho y que le daría diarrea, pero nada más. ¿Y sabes qué? Ni diarrea ni vómitos ni nada. Así que le dio unas croquetas. Y siguió. Por eso David engordó, porque mamá lo cebó con todo lo que el chico no había podido comer en su vida. Y no pasó nada. ¡Nada! Lo que me alucina es que Maya se diese cuenta de que el niño estaba moreno y no de

que debía pesar seis kilos más. —Sergio se quedó mudo. Martín encendió un cigarro y lo miró con rabia—. Es tu mujer la que está enferma, es ella la que encierra al chico.

—Martín, no te permito que hables de…

—¿No? No me lo permites, claro. Para ti es muy fácil. Te quedas en Madrid entre semana, «trabajas» —dibujó unas comillas en el aire— con Sofía y, de cuando en cuando, subes a San Lorenzo. Y para no tener broncas, ni apareces por casa de mamá. Y claro, el imbécil que se traga las lágrimas, las llamadas de «no veo a Sergio, no veo al niño» —dijo imitando una voz llorona— soy yo. Pues, ¿sabes que te digo? Que el que está hasta los cojones soy yo. Habla tú con mamá y dile que no te da la gana subir y que no quieres pasar la Pascua con nosotros, porque yo no. —Resopló—. Sergio, ¿no te das cuenta de que os ha encerrado? A ti y a David. Y claro, como tú te escapas a Madrid, ni te enteras, pasas una semana estupenda, de proyectos con Sofía, y el fin de semana, si apareces, tragas. Y a David que le parta un rayo.

—David está bien —susurró Sergio.

Martín se inclinó hacia él.

—¿Te parece que David está bien? ¿De verdad? No lo sé, no lo veo desde agosto, pero espero que tú sí. —Sacó el móvil y le colocó el aparato delante. El salvapantallas mostraba a un grupo de chicos que se lanzaban todos a la vez en bomba a la piscina. Sergio reconoció a David entre ellos con dificultad. Intentó ampliar la imagen y no pudo—. Es David, si quieres te la mando. Moreno y como los otros, no una flor de estufa. —Sergio bajó la cabeza, encendió un cigarro y no dijo nada—. Todos tenemos nuestros más y nuestros menos con nuestras mujeres, hasta mamá y papá. Nos peleamos, nos gritamos, lo que tú quieras, pero nunca, nunca en ninguna de nuestras familias, da igual las broncas, hemos cortado el contacto como tú. Aramis, tú no eres así.

Sergio levantó la cabeza ante el antiguo mote y sonrió. El teléfono de Martín vibró y la imagen de Nieves apareció en la pantalla.

—¿Mamá? —respondió—. No vas a adivinar con quién estoy

sentado tomándome una caña. Que no, que no estoy fumando —dijo mientras expulsaba el humo—. No seas pesada, mamá, que ya sabes que me cae bronca. Estoy con Sergio. Sí, claro, menuda alegría, no lo sabes tú bien. Sí, que sí —dijo irritado—, que claro que le he preguntado por David. Está bien, sí. Dice Sergio que va a subir…; no, bueno, espera, mejor te lo paso. —Le tendió el teléfono alzando las cejas.

—Mamá —dijo Sergio—. No, no, todo bien. Sí, fenomenal el haberme encontrado con Martín. Sí, mucho trabajo… Ya, es que no hemos podido, pero sí, este fin de semana —dudó, miró a su hermano, que asentía—; sí, lo voy a intentar. —Una patada de su hermano le hizo soltar una imprecación—. No, mamá, no era por ti —dijo lanzándole a Martín una mirada furiosa—. Que sí, que el sábado subimos. Ya, el domingo no, que tenéis una boda. Sí, el sábado. David bien, sí. No sé si ha adelgazado, no le he pesado… Mamá, por cierto… —una mirada de aviso de Martín le hizo cerrar la boca—, sí, claro, sí, cordero está bien. Sí, ya sabes que me encanta. ¿A David? —Se detuvo un momento y pensó que no lo sabía—. Sí, claro que sí —mintió—. Que no, que no hace falta, pero si quieres comprar un filete…; que no, que ya sé que siempre tienes, que sí, que vale. ¿Arroz con leche porque no tiene gluten? —Miró enfadado a su hermano—. Sí, sí, está bien. Que sí, mamá, que seguro. Que no, que no te anulo en el último momento. Que ya, que el cordero no se puede recalentar. Que sí. Un beso muy fuerte, sí.

—¿Ves? Ni tan difícil. Ni se te ocurra —levantó el dedo amenazador — dejarme con el cordero.

Pagaron, se levantaron y Martín encerró a su hermano en un abrazo de oso.

—Venga, Aramis —susurró—. Ya lo sabes, uno para todos y todos para uno.

Sergio se despidió de su hermano y se dijo que debería hablar de nuevo con Maya. Suspiró y miró su agenda. Tenían una obra en Mallorca y Sofía se iba con él. Tampoco iba de un día, y si subía el sábado a Ávila, ya iría el viernes a San Lorenzo. Además, tenía una

cita en la obra de los paneles solares, que le pillaba de camino. El viernes, que Maya salía pronto de trabajar, sería un buen día para hablar con ella y, si se enfadaba demasiado, siempre podría subirse pronto a Ávila y bajar por la noche. Satisfecho, llamó a Sofía para quedar en el aeropuerto.

63

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

David salió sigilosamente de su cuarto, bajó la escalera con cuidado de evitar el tercer escalón, se detuvo en el salón a escuchar si su madre se movía y, aliviado, abrió la puerta de la terraza. Le apetecía ver a Celia, pero le producía pavor que su madre lo pillase escapándose por las noches. Ya en el jardín, oyó un ruido en la casa y aterrado echó a correr en cuanto estuvo en la calle. Al llegar a la esquina, sintió el bombear de la sangre, se dijo que los pulmones le iban a estallar y se agarró a Celia, que había acudido a su encuentro. Supo que iba a morir, que era el momento, que la pared no iba a resistir y no habría tiempo para llamar a su madre y llegar al hospital. Se imaginó la cara angustiada de Maya antes de verlo todo negro.

Celia no había querido gritar al verlo correr. Algunas de las casas estaban habitadas y no tenía ningún interés en que Maya descubriera cómo desde hacía unas semanas se escapaban por las noches para verse, disfrutar de la compañía del otro y andar cogidos de la mano. Al verlo derrumbarse, pensó que se moriría en sus brazos. Lo sujetó, lo apoyó en un muro y fijó su mirada en él.

—David, respira, respira. Voy a buscar a alguien.

El chico sentía que el aire no le llegaba, no podía hablar y decirle a Celia que era demasiado tarde, que su madre se lo había descrito mil veces. La pared se rompería y el tiempo era limitado. No tenía el móvil por si su madre miraba la localización, y Celia nunca llevaba el suyo. Negó con la cabeza y se dispuso a morir. Celia lo obligó a bajar la cabeza sin parar de decirle, con voz angustiada, que respirara, que no dejara de respirar. David lo intentó, más que nada por dejar

de oírla, cuando el problema era esa maldita pared que por fin se había desgarrado, tan cerca de que pudieran operarlo. Celia le acariciaba la cabeza y le hablaba suave y repetía: «Respira, respira». Lo intentó de nuevo y notó cómo el aire de la noche serrana le entraba en los pulmones. El corazón dejó de dolerle. Notó frío en el sudor acumulado en su frente. Empezó a ver las luces de la calle, el nombre de la casa y la pinaza acumulada en el suelo. Giró la cabeza y leyó la matrícula de un coche aparcado. Si la pared hubiese estallado, ya tendría falta de riego en el cerebro. Respiró de nuevo y levantó la cabeza. La cara de Celia estaba surcada de lágrimas. Se incorporó un poco y esbozó una sonrisa. Ella estaba en cuclillas y David, con dedos temblorosos, le secó las lágrimas con los pulgares. Acercó su cara a la suya y la besó como la primera vez.

—¿Estás bien? —le preguntó.

David, inseguro y tembloroso, asintió.

—No siento nada…

—¿Te duele el pecho, ves negro?

—No, ya no.

—Hay que llevarte a urgencias —dijo Celia.

David dudó. Ir al hospital sería confesar ante su madre.

—¿Y si se lo decimos a mi madre? —propuso Celia al ver que se negaba—. No estás bien…

David se incorporó con dificultad.

—Tu madre llamará a la mía.

—No lo sé, no sabe de medicina, pero sí qué hacer. ¿Puedes andar?

Las piernas le temblaban un poco, pero podía andar. El piso de Celia estaba cerca y anduvieron los metros cogidos del brazo, deteniéndose cada poco tiempo. Subieron en el ascensor y la chica abrió la puerta. El piso estaba en silencio y Celia instaló a David con un vaso de agua en el salón mientras iba a despertar a Inés.

Entró en el dormitorio de su madre y oyó su respiración acompasada. Se acercó a la cama y la sacudió mientras la llamaba. Inés se incorporó asustada.

—¿Celia? ¿Ha pasado algo?

Encendió la lamparita y le explicó lo ocurrido. Inés se levantó, se puso el albornoz a toda prisa y salió al salón peinándose con los dedos el cabello corto. Se acercó a David y le levantó la cara.

—David, tenemos que avisar a tu madre.

Los ojos del joven se llenaron de lágrimas y negó con la cabeza.

—Si se entera, ya no podré hacer nada, no me dejará irme de viaje —dijo con rabia—. No ha pasado nada, ya estoy bien.

Inés dudó y lo observó. Conocía el problema de David, pero también sabía que habían pasado por varias falsas alarmas y que cada una de ellas había llevado a su amiga a proteger un poco más al joven. Y después de aquella conversación con su hija y de saber que Maya los vigilaba y hasta que le registraba el móvil al chico, había intentado hablar con ella, pero estaba tan obsesionada con que Celia obligaba a David a correr riesgos que, desde que tuvieron esa conversación, la relación se había enfriado todavía más.

—A tu padre —propuso.

—Está en Mallorca con un proyecto, vuelve mañana.

—Mamá, no podrías tú… —empezó a decir Celia.

—¿Qué? ¡Yo no soy médico! —exclamó—. Lo de David es peligroso —dijo sin saber qué hacer.

—Ya me ha pasado otras veces —dijo él, cada vez más tranquilo—. Una vez de pequeño, con los primos en Ávila. Después una Navidad, también en Ávila, cuando me caí de la cama. Y en el colegio, una vez que corrí en un recreo.

—¿Qué hicieron entonces?

—La primera vez estaba con los primos en un establo, se me pasó y no dijimos nada. Las otras, mamá me llevó al hospital, me hicieron una radiografía y dijeron que todo estaba bien. Tuve suerte.

Inés reflexionó y pensó que no parecía estar en peligro, hablaba normal, su pulso era un poco agitado, pero nada más. Pero podía tener algo. O podía haberse salvado de nuevo. Si despertaba a Maya, se llevaría un susto monumental y no les perdonaría jamás la salida nocturna. Miró a los dos jóvenes, que se mantenían de la

mano, y se dijo que podría llevarlo a urgencias y si ellos veían algo, siempre habría tiempo de llamar a Maya. Cogió las llaves del coche, se puso los pantalones y un jersey sobre el pijama.

—Vamos a urgencias.

—Llamarán a mamá.

—No, si decimos que yo soy tu madre.

El médico le hizo un reconocimiento rápido y escuchó atentamente lo que decía Inés, a la que David había aleccionado en el coche.

—¿Esto ha pasado ya alguna vez? —dijo serio.

Relataron las ocasiones y el protocolo que habían seguido.

—Voy a pedir una placa, así estaremos más tranquilos.

David salió tras una enfermera y se sentaron a esperar. Inés se acercó a la entrada a fumar y, al poco de regresar, una enfermera las avisó. Dejó a Celia en la sala de espera y entró.

El médico observaba la placa con atención. Miró a Inés extrañado.

—¿Cuándo le diagnosticaron la comunicación interauricular?

—Con tres años —dijo Inés.

—¿Y le han hecho pruebas desde entonces?

—Sí, claro, vamos al cardiólogo cada año.

—¿La última ecografía la tienen? ¿Un TAC?

Inés miró a David suplicante. El joven negó con la cabeza.

—Yo le he hecho una ecografía, además de la placa. Y no veo nada.

—Pero… —empezó a decir Inés.

—No sé quién es su cardiólogo, pero si no le ha hecho en todos estos años un TAC… —Iba a añadir algo, pero se calló—. Yo no veo nada. Un corazón completamente normal. La comunicación interauricular puede desaparecer, supongo que su cardiólogo se lo diría —dijo con cierto sarcasmo en la voz—, por eso hay que hacer pruebas cada cierto tiempo.

—Pero David sentía que se moría —protestó Inés—, creía que el corazón le iba a estallar, no podía respirar.

—Un ataque de pánico, ansiedad. En el corazón no veo ninguna lesión. Si quiere quedarse tranquila, vaya al cardiólogo y que le hagan un TAC. Tome la radiografía y los resultados de la ecografía y lléveselos.

64

Ávila, abril de 2017

Karen dirigió a Cano en la salida de la carretera tras el cartel de Ávila.

—¿Tú crees que los suegros van a podernos decir algo? —preguntó el brigada.

—Ni idea, pero, por lo que parece, son los últimos de la familia que la vieron con vida —dijo Karen.

—O fue Sergio, antes de cargársela…

Karen no contestó. Aparcaron delante de una puerta de hierro forjado negra y bajaron del coche. Empujaron la hoja y entraron en un jardín muy cuidado. La casa estaba rodeada por un porche y vieron varias tinajas antiguas que en verano debían de contener flores y que ahora estaban llenas de una tierra grasa y fértil. Tocaron el timbre y esperaron. Una mujer acudió a abrir la gran puerta de madera con tachuelas limpiándose las manos en un delantal.

La madre de Sergio era una mujer ni demasiado alta ni demasiado baja, ni gorda ni flaca, y Karen se dijo que encajaba con una de esas descripciones en las que los testigos repiten «ni ni», pero nada más lejos de la realidad. No habría sabido calcular la edad de Nieves, si no fuera porque sabía la de Sergio: la mujer tenía una presencia que no supo en un principio cómo definir, excepto como lo que comúnmente se denomina *maternal*, aunque el adjetivo era demasiado limitado. Karen la observó y pensó que, a pesar de no existir dos mujeres más diferentes que Silvia Salazar y Nieves Vega, algo tenían en común. Se podía imaginar a Nieves en un quirófano, pero la imagen que le venía a la cabeza era la de una de esas mujeres que habían retirado con sus manos los escombros de las

ciudades alemanas tras la Segunda Guerra Mundial.

—Buenas tardes, ¿Nieves Vega, la madre de Sergio Gavilán? Venimos por su nuera, Maya Vargas.

Nieves hizo una leve mueca de disgusto, pero no se deshizo en los habituales lamentos ante la muerte de un familiar. Sonrió, dejando ver unos dientes blanquísimos, y se apartó del vano para dejarlos pasar. Entraron en un recibidor en el que había un gran perchero con abrigos y chaquetas acumulados, una mesa alta de madera con una fuente de estaño donde había llaves y varios sobres sin abrir. La casa olía a madera quemada, levemente a mantequilla, y rezumaba limpieza sin tener ese olor a antiséptico que reinaba en la casa de los padres de Maya.

—Pasen, sí, claro. ¿Quieren tomar algo? ¿Es tarde para café? —preguntó solícita.

—No, estaría fenomenal.

Los dejó solos y desapareció en el interior de la casa tras señalarles una puerta abierta al final del pasillo.

—Ahora mismo se lo traigo, pasen al salón.

La pareja echó a andar por el pasillo, adornado por múltiples fotos familiares. Se detuvieron y reconocieron en varias de ellas a Sergio y a los que, por el parecido, debían de ser sus hermanos. La última mostraba a unos jóvenes saltando en bomba a la piscina, los colores eran brillantes y debía de ser reciente. Cano se acercó a ella.

—¿Es David? —dijo extrañado.

Karen la observó con detenimiento.

—No, debe de ser un primo. Se parecen, pero no creo que sea él.

Nieves volvió con una bandeja y sonrió.

—Son mis nietos, este verano.

—¿Ese es David? —preguntó el brigada señalando a uno de los chicos.

La mujer asintió y echó a andar hacia el salón. Colocó la bandeja en la mesa central y sirvió dos tazas. Señaló el azucarero y la jarrita y los miró interrogante. Cano cogió la leche y Karen tomó la taza sin añadir nada. Se sentaron en unos sillones que se hundieron bajo su

peso.

—Venimos por la muerte de su nuera. —Nieves cogió también una taza, se sirvió, los miró a los ojos y asintió con la cabeza.

—Maya vino a verlos el viernes pasado.

—Sí, no era habitual —dijo encogiéndose de hombros—. Mi marido no estaba.

Karen la miró, asombrada de no escuchar ninguna exclamación de pesar o tristeza, y se planteó si ya estaba tan condicionada por todos los testigos que repetían «¿asesinada?» que todo lo que difiriese le extrañaba.

—¿Nos podría contar por qué?

Nieves revolvió con parsimonia su café tras añadirle azúcar.

—No les puedo decir lo que se le pasaba a mi nuera por la cabeza, eso no lo sabe nadie, pero vino porque creía que nosotros teníamos algo que ver con que David hubiese decidido no ir a estudiar a la universidad esa —dijo con desprecio.

Cano parpadeó y Karen intentó disimular su asombro.

—Sí, sabemos que Maya estaba preocupada…

—¿Preocupada? —interrumpió—. No sé, ustedes sabrán…

Se calló de nuevo. Karen pensó en la mujer que aparecía en las fotografías del pasillo abrazando a sus hijos y se dijo que sus palabras, que mostraban más indiferencia que pesar, no coincidían en absoluto con la imagen que daba. Pensó que, aunque la relación entre suegra y nuera nunca fuese fácil, lo normal hubiese sido mostrar tristeza por una muerte violenta. La miraron con extrañeza y Nieves esbozó una sonrisa sarcástica.

—Miren, si esperan una escena de llantos y lamentos, se han equivocado de sitio. A Maya no la veía desde diciembre. Vinieron a comer el día de Navidad. La vez anterior fue en agosto, cuando recogió a mi nieto, que había pasado un mes aquí. Le pareció que no le habíamos cuidado bien y desde entonces, excepto ese día en Navidades, no los hemos visto. Ni a él ni a mi hijo. Así que, si me preguntan si estoy rota por el dolor, pues no.

Cano carraspeó.

—Entonces, no se llevaba bien con ella.

—Ni bien ni mal: no nos llevábamos. No teníamos relación con ella, ya se ocupó bien de ello. Desde que se casó con mi Sergio ha intentado apartarle de su familia. No sólo de nosotros, también de sus hermanos. Al principio, venían los domingos, pero Maya se empeñó en que el niño se ponía malo cada vez. Pues se pondría por otra cosa, porque ya le han visto en la foto. De malo nada.

—¿Cómo se explica que viniese aquí el viernes?

—Maya pensó que habíamos hablado con David y que podía haber sido yo la que dio alas para negarse a ir a Estados Unidos. Por eso vino a pedirme cuentas y a exigirme que no me inmiscuyera.

—Entonces, discutieron.

—No. Discutió ella. Le dije que a ella no tenía nada que explicarle, y menos aún le iba a rendir cuentas de con quién hablaba o dejaba de hablar. Son mi hijo y mi nieto —dijo enderezando el busto—. Y antes sí podía decirme que estaba durmiendo o estudiando; desde que David tiene móvil, ya no.

—Así que usted habla con él, pero no con su nuera.

Nieves resopló y Karen se fijó en que Cano tomaba nota.

—Antes, a David le veíamos de Pascuas a Ramos, porque no venían, con suerte, más que cada dos meses, y eso porque Sergio se empeñaba, pero este verano cambió mucho las cosas. David se quedó aquí porque se había contagiado de un virus que provoca ampollas en los pies y las manos y los americanos no le dejaron participar en ese cursillo. Maya se había apuntado a un curso de trabajo y no podía decir que no. Buscaron otro y su madre decidió que, hasta que lo encontrase, se quedaría en Madrid. No hace falta que les diga el calor que hace ahí en julio y, además, no encontraban ninguno, estaban todos llenos. Maya intentó que se quedase en casa de sus padres, pero la chica que tienen, que había cuidado a Maya de niña —Karen y Cano recordaron a la mujer que les había abierto la puerta—, dijo que tenía miedo de hacer algo mal —lanzó una carcajada— y se negó. Como para no tenerlo…Ya les digo que nadie, absolutamente nadie hacía las cosas bien. Mis

consuegros —dijo levantando las cejas—, que muy normales no son, no iban a dejar de trabajar por un virus sin importancia del nieto, porque no era grave, pero, eso sí, escandaloso, porque las manos, los pies y la boca se llenan de llagas, así que David, mientras Sergio trabajaba, pasó los primeros días solo en Madrid. Al no estar Maya, subieron el fin de semana a vernos y cuando se iban a volver el domingo, David, que se había tirado los dos días en la piscina y al fresco del porche, dijo que no quería y decidimos que se quedase aquí. Como su madre no estaba, no le podíamos preguntar —dijo con una sonrisa sibilina—. Se quedó, se recuperó, porque a la semana no se le veía ni una ampolla, y a mediados de mes, cuando ya estaba casi bien, me llegaron los otros nietos, que sus padres me los mandan para poder trabajar antes de irse de vacaciones en agosto. Llegué a tener aquí a ocho —sus ojos brillaron—, todos de las mismas edades, más o menos, y David, que el pobre no tiene hermanos, debió encontrar esto como la Ciudad de los Muchachos. Sergio subió el fin de semana, y al ver lo contento que estaba y el buen aspecto que tenía, decidió que se quedara. De esos días es esa foto. No sé a ustedes qué les parece, pero el chico estaba como nunca. ¡Cómo lo pasaron! No se pueden imaginar. —Miró a lo lejos y su rostro se iluminó—. Fue maravilloso. Pero llegó Maya —dijo con rencor— y todo se acabó. Se llevó a David y desde entonces no hemos vuelto a verlo más que en Navidad. Pero —dijo dándose un golpecito en el bolsillo—, fíjense que a mí no me gustan los aparatitos nuevos, pero el que David tenga móvil me ha permitido seguir en contacto con él, por mucho que su madre no quisiera.

—¿Maya no quería que tuviese contacto con ustedes?

Nieves se rio.

—Le controlaba el teléfono, y aunque David me decía que borraba siempre los números, alguna vez le pillaría.

—¿Por qué se enfadó después del verano? —preguntó Karen—. La verdad es que David tiene un aspecto inmejorable…

Nieves se echó a reír de nuevo.

—Se enfadó con nosotros porque el chico estaba moreno, porque

le habíamos quitado una férula que traía por una rotura demasiado pronto, aunque le hicimos una radiografía para comprobar si estaba curada, y ni siquiera fue capaz de ver el buen aspecto que tenía, que había perdido ese aspecto que traía de desnutrido.

—Está magnífico —afirmó Karen.

—Y tanto —replicó orgullosa—. Engordó seis kilos. Pero en eso Maya no se fijó. Aunque mejor también…

La miraron extrañados y la mujer esbozó una sonrisa traviesa.

—No fue a propósito, no se vayan a creer, fue un accidente. Bueno, la verdad es que no pasó nada… Estaba haciendo unas pastas y el chico estaba conmigo en la cocina. Yo, concentrada con la masa, no le vi, y va y se zampa una bandeja. Lo menos quince que se comió… No saben el agobio que me entró, hasta llamé a nuestro pediatra, pero… Bueno, da igual: lo que pasó es que me di cuenta de que cosas que antes no podía comer ya no le sentaban mal, así que poco a poco, que no se crean, tuve mucho cuidado y fui aumentando la dosis, empezó a comer como los otros. Maya no cocina más que unos purés, ensaladitas y pescados a la plancha. Y aquí comió lo que comemos todos, lo normal. Y engordó, claro, cómo no iba a engordar.

—¿Lo habló con Maya?

—¿Con Maya? —Soltó una carcajada—. Ustedes no la han conocido; como para decirle algo. Se lo intenté decir a Sergio, pero en esas cosas su mujer le tiene comida la cabeza. Hasta su hermano habló con él y ni con esas, no le quiso escuchar.

—¿Recuerda lo que hicieron el viernes por la noche?

Nieves sonrió con dulzura.

—Tuvimos una noche en familia. Mi hijo Martín, el hermano mayor de Sergio, tenía que trabajar en Segovia y se vino aquí ya el viernes. Cenamos mi marido, Martín y yo.

65

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

El viernes Maya se levantó y se obligó a no pensar en el día anterior. Salió a correr cuando todavía no había amanecido y volvió a casa cuando el cielo se estaba tiñendo de rosa. Vio el cenicero en el exterior y pensó en Inés. Se preguntó cómo podía haberse equivocado tanto. La había querido como a la hermana que nunca tuvo, había compartido confidencias con ella, había sido su paño de lágrimas y hasta la había sacado de sus apuros financieros. Recordó todas las veces que se había hecho cargo de Celia y sintió un escalofrío. Apretó los dientes y se arrepintió de cada momento pasado con ella. Maldijo la hora en la que había aficionado a David al ajedrez, ya que eso había sido lo que le había unido más a ella. Si lo pensaba fríamente, el cambio lo notó por primera vez en el torneo, cuando David la miró y decidió dejarla ganar. O ella lo distrajo quitándose la chaqueta. Cuando Celia tomó su mano y colocó el peón en ella, lo vio claro. Y las cosas que le echó en cara esa tarde. Claro, que eso no había sido nada en comparación con las palabras que mantuvieron el último día, en el que la acusó de entrometerse en su intimidad y no permitir a David vivir su vida. «¿Y todo por qué?», se preguntó. Porque sin mala intención había respondido a uno de sus continuos mensajes en un momento en el que David no podía contestar. Respiró profundamente y se dijo que no tenía que aguantar más que unos meses, hasta que David pasase las pruebas de acceso a la universidad y se mudasen a California. El sol salió y la cegó. Sonrió y se dijo que la primavera estaba ahí, que ya quedaba poco. Subió a despertar a David.

David entró en el coche y se puso el cinturón de seguridad. Maya maniobró para salir y le preguntó si se encontraba bien. Él asintió.

—Pues tienes ojeras. ¿Han salido las fechas de los exámenes?

—Te lo hubiese dicho, mamá —contestó David.

—Claro.

Guardaron silencio y cuando estaban en el Valle de los Caídos, David se decidió a hablar.

—Mamá, he estado pensando…

—Me alegro, hijo. Es sano pensar —dijo alegre.

—He estado pensando que cuando acabe el curso, ya sabes, cuando acaben todas las pruebas, me gustaría hacer el Interrail.

Maya frenó involuntariamente, pero mantuvo los ojos fijos en la carretera.

—¿El Interrail? —repitió.

—Sí, me gustaría mucho. Es el primer verano que tendría libre y…

—David, hablas como si hubieras estado encerrado. Dudo que muchos chicos de tu edad hayan viajado tanto como tú.

—Sí, claro, pero no es cuestión de ver los museos, o sí, también, claro…, pero me gustaría unirme a un grupo y…

—David, lo entiendo —dijo intentando mantener la tranquilidad—, pero ¿cómo lo harías con el curso preparatorio de la universidad? Empieza en agosto y deberíamos instalarnos…

—Mamá —tragó saliva—, no sé si quiero ir.

—Ya sé que estás adelantado, pero…

—No sé si quiero estudiar en Stanford. Sí —se armó de valor y pensó que no quedaban más que diez minutos hasta el colegio, donde podría salir del coche—, sé que no quiero. Me quiero quedar en Madrid. Me gustaría estudiar aquí.

Maya guardó silencio durante el resto del trayecto. Cuando llegaron al aparcamiento, eran el primer vehículo. Su madre seguía sin decir nada.

—Mamá, por favor, di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé.

—David —puso el freno de mano—, comprendo que dudes, comprendo que te apetezca viajar. Pero no puedes dejar pasar una oportunidad como esta. Te han aceptado, eres uno entre los miles que pidieron el ingreso. Ahí encontrarás a gente como tú, serás feliz. Es complicado cambiar, lo sé, por eso quiero ir contigo, estar a tu lado y hacerte la vida lo más fácil posible. ¿Que no funciona y no eres feliz? Volver siempre puedes.

—No quiero ir. Quiero llevar una vida como los otros, quiero ir en metro a la universidad…

Maya se rio.

—Pues hasta que llegue el metro aquí…

—Me gustaría vivir en el piso que tienen los abuelos en Madrid y utilizan los primos.

Se volvió hacia él asombrada.

—¿Has hablado con tus abuelos?

David no contestó.

—Sólo quiero vivir en Madrid, como un estudiante más —susurró.

—No eres como los demás. Tienes un cerebro matemático…

—No quiero hacer Exactas. He pensado en Derecho.

Maya tragó saliva.

—Has hablado con Inés.

El aparcamiento se había empezado a llenar y los niños salían de los coches y entraban en el recinto. David no dijo nada, pero cogió su mochila.

—David, tienes un examen y debes concentrarte, hablaremos esta noche.

—Mamá…

—Déjalo.

—Es porque esta tarde quería…

Maya, que había intentado contenerse durante todo el trayecto, estuvo a punto de gritar.

—¿Qué me quieres decir?

—Que esta tarde iba a ir…

—Haz lo que tengas que hacer. Supongo que entonces no necesitas que te recoja —dijo al borde de las lágrimas.

David miró el rostro tenso de su madre y sus ojos húmedos. Sintió una enorme pena y se arrepintió de sus palabras. Iba a retractarse cuando sintió vibrar su móvil: sería un mensaje de Celia. Recordó sus reproches y decidió mantenerse firme. Asintió con la cabeza, la besó, abrió la puerta y salió con la convicción de haber herido a su madre.

Maya se quedó en el coche. Sintió el sabor de la sangre en la boca, se miró en el retrovisor y vio que se había herido el labio al mordérselo. Cogió el teléfono y llamó a Inés, a pesar de haberse jurado, tras sus reproches, no volver a hablar con ella. No contestó. Le envió un mensaje diciéndole lo que pensaba. Llamó a su madre y se desahogó con ella. Marcó el de Sergio y, antes de que pudiese hablar, él le dijo que quería subir a Ávila el sábado. Se fijó en la carretera y se preguntó cuánto tenía él que ver y, sobre todo, sus suegros en el cambio de planes de David. Se sintió como la pareja engañada, que es la última que se entera. Llamó al trabajo, dijo que llegaría tarde y puso rumbo a Ávila.

66

Ávila, abril de 2017

Se despidieron de Nieves y salieron al coche. La teniente cogió las llaves, arrancó y, tras un trecho, se detuvo en un ensanchamiento de la carretera y miró a Cano, que estaba en silencio.

—Cano…

—No me lo puedo creer.

Karen resopló.

—Madre mía, la odiaba a muerte. Dime lo que nos ha dicho.

Cano volvió las últimas hojas del cuaderno.

—Maya apartaba a Sergio y a David de su familia, estaba obsesionada con su salud, pero eso ya lo sabíamos; este verano, la relación cambió y se conoce que los abuelos, gracias al teléfono del chico, mantuvieron el contacto con él sin que Maya pudiera inmiscuirse.

—Más, Cano: también ha hablado de la niñera de Maya.

—Sí, no se atrevió a quedarse con el chico, ¡pero no entiendo nada! Si la cuidó a ella, debía confiar, además, David es un adolescente y, si lo entiendo bien, era un virus sin importancia. No me entero.

Empezaba a anochecer y Karen puso rumbo a San Lorenzo. Cano iba releyendo la entrevista y sólo paró cuando la escasa luz exterior no le permitió ver las líneas. Comenzó a llover y las gotas se convirtieron en aguanieve.

—Tenía razón Suárez con el tiempo —masculló la teniente mientras los copos se hacían cada vez más compactos.

Al llegar a las curvas de la Cruz Verde, la calzada presentaba ya una capa de nieve derretida y Karen se alegró de ver una

quitanieves en la rotonda. Le cedió el paso y bajó el puerto de montaña tras ella. Sintieron el sabor de la sal en los labios y se separaron de ella en la carretera de San Lorenzo, en la que sólo llovía. El arco del monasterio estaba cortado y, con una expresión de disgusto, Karen viró ante la Universidad y subió por el otro lado.

—¿Crees que arriba nevará? —preguntó la teniente.

—Lo limpian rápido, ya has visto la máquina. ¿Querías ir a La Horizontal?

—Estaremos más tranquilos —contestó.

Subieron la calle y, cuando llegaron arriba, la lluvia era más densa, pero aún no nevaba. Aparcaron en una de las muchas plazas vacías y entraron en el restaurante, en el que la chimenea crepitaba. No había muchos clientes y varios camareros se mantenían en la zona del bar. Tomaron asiento cerca del fuego y pidieron unos vinos.

—Vale —dijo Karen cogiendo un trozo de morcilla que les trajeron de aperitivo—, ahora.

Cano sacudió la cabeza.

—Algunas cosas coinciden. El que Maya fuese muy controladora casa con la idea que tenemos de ella. Protectora, preocupada por el hijo.

—¿Ha dicho preocupada u obsesionada? —preguntó Karen.

—Sí, obsesionada. Pero, la verdad, no me la imaginaba como un monstruo, que es lo que nos ha pintado la suegra.

—Ha dicho que desde que se casó no hizo otra cosa que apartar al hijo de su familia.

—Sí —dijo Cano—, pero eso también habría que cogerlo con pinzas… A mí me da que la familia de Sergio debe de ser tipo clan; a lo mejor esperaban que Maya fuese todos los fines de semana y se plegase a sus costumbres y ella no quiso. Comprensible también: no me la imagino desayunando granola en casa de la suegra, si te digo la verdad.

—No —admitió Karen—, debía tener sus propias ideas, que probablemente no coincidían con las de Nieves. Pero ¿tanto como para apartarlos? No sé, a lo mejor la hubiese podido ayudar, vivía

cerca, y conciliar, y más con un hijo enfermo, no es fácil. Pero parece que odiaba a su nuera y me puedo imaginar que era recíproco.

—¿Crees que la pudo matar?

—Me lo llevo preguntando desde que hemos salido de ahí. Y sí, creo que sí. Cuando la he visto, he pensado en una orca.

—Joder, Karen, ¿una ballena asesina?

La teniente sonrió.

—Eso creía yo también, pero el otro día vi un documental y son unos animales increíbles. ¿Sabías que hacen una especie de escuela para enseñar a las crías a cazar? Les ponen algas en la playa, para que parezcan focas, y les enseñan.

Cano sacudió la cabeza divertido.

—Más bien entonces «la orca Maya», ¿no?

—No, Cano: en todo caso, «la orca Nieves». Son las abuelas las que enseñan mientras que las madres se ocupan de las crías. A lo mejor por eso he pensado en ellas. Cano, ¿te parece el aire de Ávila mejor que el de San Lorenzo?

—¿Vas en serio? Lo dices porque se puso mejor, supongo… No sé, a lo mejor la abuela tiene razón y el meter poco a poco harina…

—No —interrumpió Karen—. Si fuese tan fácil, ¿crees que habría tanta historia con el gluten? Tenía una conocida en La Haya y comer con ella era complicadísimo, porque es cada vez. Y no es como las alergias, contra las que a veces se pueden sensibilizar.

—¿Quieres decir que se curó?

—Que no, Cano, que los celíacos no se curan. Quiero decir que a lo mejor no es celíaco.

—Pero si no es celíaco…

—Y la rotura de la pierna. La abuela hace que lo vea el pediatra de Ávila y el chico está bien, curado.

—¿Crees que Maya pudo mentir? —preguntó Cano—. ¿Qué sentido tiene decir que es celíaco si no lo es?

—Espera, Cano. Hemos ido a las farmacias, ¿no? —El brigada asintió—. No hemos preguntado en el sitio más evidente, en el

hospital. Avisa a Romero, que llame y pregunte si hay algo de Maya Vargas allí.

Cano envió un mensaje a la guardia y miró el fuego.

—Pero sigo sin entender el porqué. Maya adoraba a David, tendría que estar feliz de que el hijo hubiese mejorado.

—Todas las enfermedades del chico conllevan la vigilancia total de la madre —dijo Karen excitada—. No puede correr, no lo pueden invitar. No se puede separar de la madre.

—Un niño enfermo y dependiente.

—Y ahora imagínate que llega una jovencita y desarrolla una relación más íntima con él.

—Maya lo llevaría mal, sí, estoy de acuerdo, pero ¡eran amigos desde hacía años! —adujo Cano.

—Amigos, sí. Cuando era pequeña, no era un peligro. Ahora, que le impulsa a salir, a viajar, a estudiar algo que no ha planeado Maya, ahora sí es un peligro.

—La relación con Inés…

—Se enfría —lo interrumpió Karen—, no como creíamos por Inés, sino por Celia. Lo teníamos todo el tiempo ante los ojos y no nos hemos dado cuenta.

—¿Crees que Celia la pudo matar?

—No lo sé. Pero creo que es posible que Maya amenazase a Celia y eso cambia mucho las cosas. Le daría un motivo claro a Inés.

Cano silbó.

67

Ávila, abril de 2017

Las ruedas chirriaron un poco al tomar una de las curvas de la Cruz Verde. Reflexionó en lo que le había dicho su madre. Tenía razón, David estaba en mala edad y cualquier influencia negativa podía llevarle a tomar una decisión equivocada. No tenía miedo, sería la primera vez que no conseguía de él lo que quería y sabía que acabaría en Stanford. En cuanto al Interrail, por mucho que le molestase, podría aceptar un mes en vez de las seis semanas que quería. Se imaginó al joven solo en tren o con un grupo y un escalofrío recorrió su espalda, pero recordó las palabras de su madre y se dijo que es más inteligente quien cede. Con David se apañaría, se dijo, pero lo que no podía apartar de su pensamiento era la traición de Inés, la indiferencia de Sergio, la intromisión de sus suegros y, lo peor, la influencia creciente de Celia. Inconscientemente se mordió de nuevo el labio y se empujó la cutícula del pulgar.

Recorrió los kilómetros que la separaban de Ávila y aparcó ante la puerta de sus suegros. Se bajó y cerró la puerta de golpe. Abrió la cancela de hierro y vio movimiento en la casa. No había llegado al porche cuando la puerta se abrió. Nieves la miró asombrada.

—Habéis hablado con David —dijo sin saludar.

—Buenos días, Maya —dijo Nieves con amabilidad—. Hace tiempo que no nos vemos. —Se apartó de la puerta y la dejó pasar.

—Habéis sido vosotros los que le habéis metido en la cabeza que se quede aquí.

—¿Quieres tomar algo?

—Nieves —dijo sin levantar la voz—, ¿te das cuenta de lo que

habéis hecho? ¿Te das cuenta de las consecuencias?

—Maya, nosotros no hemos hecho nada. Lo más, escuchar. David duda, y a su edad es lo normal. Si se decide por estudiar aquí, le apoyaremos en lo que podamos, al igual que lo haríamos si quisiera irse fuera. Pero si podemos contribuir a ayudarle a llevar una vida más normal, no dudes de que lo haremos.

—Nieves, ¿me estás diciendo que David no lleva una vida normal? Te refieres como normal a lo que vosotros encontráis normal, ¿verdad?

Nieves meneó la cabeza.

—Maya, hay muchas de las cosas que haces con las que no estoy de acuerdo, aunque nunca he dudado de que no quieras lo mejor para David. Pero —dijo intentando ser suave— hay un momento en que los hijos deciden por sí solos y no podemos hacer nada, excepto adaptarnos. Es ley de vida, puede que algunas cosas no nos gusten ni sean como nos habíamos imaginado, pero hay que intentar, por la cohesión de la familia, aceptarlas y sacar lo mejor de ello.

—Nieves, el que tú aceptes todo, incluidas las infidelidades de tu marido sin pestañear, no quiere decir que esté bien.

A Nieves se le llenaron los ojos de lágrimas. Jacobo era un buen marido y padre y sus escarceos nunca se mencionaban en voz alta, y Nieves había vivido siempre con la convicción de que de lo que no se habla, no sucede.

—Puedes atacarme a mí, pero no cambiará el que David quiera ir por otro camino —dijo tragándose las lágrimas y sintiendo un intenso odio hacia su nuera.

—Ese camino, como tú lo llamas, le cerrará un montón de puertas en el futuro. ¿Es eso lo que queréis? ¿Que por un capricho convierta en obsoleto todo el trabajo de una vida?

—Maya, ¿es el trabajo de tu vida o de la suya?

La mujer sintió palpitar la vena de la frente y un agudo dolor en la piel del pulgar.

—Nunca lo he obligado a hacer nada que no quisiera, siempre he velado por él intentando que su enfermedad no fuese un lastre. —Se

enfadó consigo por aquel intento de justificación.

—Hacía tiempo —empezó Nieves— que quería hablar contigo de eso. Este verano, David…

—¿Eres consciente del peligro que podría correr sin vigilancia? No, claro que no. Habéis corrido riesgos todo el verano, y sólo porque os ha salido bien ¿crees que no tiene nada?

Nieves tragó saliva y se preguntó si Sergio habría hablado con Maya del cambio de alimentación que había seguido en julio. Quería haberlo hablado con su nuera, pero cuando llegó y vio a David moreno, su enfado había sido tal que no tuvo oportunidad.

—Maya, hicimos unas pruebas y…

Maya enrojeció de ira.

—¿Que hicisteis qué? ¿Qué pruebas?

—Mira, Maya, hablé con Gil y él…

—¿Cómo te atreves a consultar a un médico sin mi permiso?

—Gil —dijo Nieves, cansada de que la interrumpiese cada vez— dijo que no pasaba nada, que según…

—¿Gil? —exclamó Maya— ¿Un medicucho de pueblo que no ha visto un corazón en su vida?

Nieves sintió un escalofrío. Recordó el accidente de aquellas Navidades y el informe de urgencias. Miró a su nuera, el rostro tenso, y percibió su nerviosismo.

—Maya —intentó controlar el temblor de la voz—, Gil le hizo una batería de pruebas y no vio nada —mintió.

—Dudo que Gil en su consulta tenga los medios. Siempre hemos sabido que el síndrome podía remitir —respondió tranquila—, es posible, aunque no es lo habitual. Te agradezco tus atenciones, pero que sea la última vez que llevas a mi hijo al médico sin mi presencia. Lo llevaremos a la revisión al cardiólogo y sabremos exactamente lo que hay. Hasta entonces te prohíbo acercarte a él.

Maya dio media vuelta y salió de la casa. Cerró la cancela con cuidado, se montó en el coche y volvió a San Lorenzo para ir a trabajar.

Nieves se quedó petrificada en la puerta preguntándose si había

entendido bien lo que acababa de oír. Una voz en su interior le dijo que tenía que preparar la comida y que dejase de pensar, que lo que tuviese que pasar, pasaría. Pero desde lo más profundo de sus entrañas, desde el sitio del que surgía su amor incondicional por Jacobo y por sus hijos, el sitio donde guardaba el recuerdo de sus padres, subía la náusea de la culpa. Empezó a temblar y notó cómo su corazón bombeaba más rápido. Se sentó con las manos en el regazo y los ojos secos. El salón se nubló y vio a David de pequeño, apartado de sus primos. A David escondiendo la camiseta. A David aferrando su mano. A David con cara de felicidad tras zamparse la bandeja de las pastas. Y se vio a ella misma sin hacer nada. Comprendió que había estado a la vista de todos, que todos habían participado y que ninguno de ellos había reaccionado. Y supo que nunca expiaría la culpa.

68

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Llegaban al cuartel cuando llamó Romero.

—Os tengo la información de Celia. Cumple los dieciocho en febrero. Está empadronada en San Lorenzo desde 2006, con siete años, y desde entonces va al colegio de los agustinos en el monasterio. Ya los he llamado, está en clase. Dan las vacaciones mañana, pero los alumnos mayores tienen unas horas extra para prepararse para el acceso a la universidad. Me han dicho que si vais para allá, la pilláis. Suárez ha llamado a su primo agustino para enterarse un poco, le ha preguntado y le ha dicho que os paséis. Ah, y por cierto, me ha dicho que, en el ejercicio de matemáticas, Maya tenía razón.

Cano giró en la rotonda y cogió de nuevo la calle que subía al pueblo. El aparcamiento del supermercado ya estaba lleno y los carteles con un Cristo abrumado por el peso de la cruz anunciaban las procesiones de Semana Santa. Aprovecharon que un coche salía para dejar el suyo delante del monasterio y cruzaron la lonja. Supusieron que encontrarían al primo de Suárez en la parte del colegio y se dirigieron a la entrada lateral. El hombre que los recibió hizo una llamada y negó con la cabeza.

—El padre Marcial ha ido un momento a ver al prior a la biblioteca, ¿saben dónde está?

Cano asintió y salieron de nuevo a la lonja para dirigirse a la entrada principal. En el arco de seguridad, se identificaron ante los vigilantes y estos les señalaron la puerta lateral. Karen se detuvo un momento y observó el enorme patio con las esculturas de los reyes de Israel. Subieron las escaleras y, cuando llegaron a la biblioteca,

una vigilante en una mesa les señaló una puerta del pasillo. Tocaron, la abrieron, y encontraron una sala con varios ordenadores y, entre otros, a una mujer con velo afanada en uno de ellos. Oyeron unas voces y una puerta se abrió. Un hombre de unos cincuenta años salió acompañado de otro un poco más mayor y se dirigieron hacia ellos.

—¿El padre Marcial?

El más joven asintió y el otro los miró con curiosidad.

—Ya me ha avisado Suárez, sí, vienen por Celia Sáenz Puerto —se dirigió al otro hombre—. Perdonen, que no les he presentado: el padre prior.

Karen y Cano le tendieron la mano, que el hombre estrechó con fuerza.

—¿Quieren pasar a mi despacho? Así no molestamos —dijo señalando a los que trabajaban en los ordenadores— y estaremos más tranquilos.

Les hizo pasar a un despacho repleto de libros, con varias mesas ante las estanterías, en las que había grandes volúmenes acumulados.

—¿Les apetece un café?

Negaron y se sentaron en las sillas que les señaló. El padre Marcial empezó a hablar.

—Celia lleva en el colegio de toda la vida y nunca ha dado un problema. Es una chica lista, muy lista, yo diría que, si no la mejor, de las mejores de su clase. Sé que sus padres están divorciados, pero hace años y no parece que le afecte. La madre es abogada, pero la verdad es que a ella no la he visto mucho, no es de las que se meten en las asociaciones o participan en preparar las fiestas… No es que no se ocupe, no me entendáis mal.

—¿Qué más nos puede decir de ella? —preguntó Cano.

El agustino reflexionó.

—Se lleva bien con los de su curso, aunque yo diría que es más madura que el resto y eso la hace un poco diferente. Daba clases a los más pequeños, pero este año, con las pruebas de acceso, lo ha

dejado.

El prior, que escuchaba en silencio, pareció recordar algo.

—¿Es la joven del torneo de ajedrez? —preguntó.

El padre Marcial asintió.

—Organizamos un torneo aquí, sí, y ella llegó a la final.

—Ella y su amigo, ¿no? —añadió el prior.

—Sí, claro —explicó el padre Marcial—. Era un torneo abierto que propuso la asociación de ajedrez y podía participar quien quisiera. Se apuntaron muchos porque había un premio: un viaje a París para dos para ver la final del mundial de ajedrez y participar en algunos minitorneos y, quieran que no, eso tira. Celia y el chico habían ganado a los otros participantes y se enfrentaron en la final. ¡Y qué final! —dijo excitado.

El prior había juntado las manos y escuchaba.

—Fue una final de categoría, sí —dijo con una sonrisa.

—Fue increíble de ver —empezó a relatar emocionado el padre Marcial—, ¿recuerda, padre? Estuvieron casi dos horas y se nos pasaron como si nada, son buenísimos los dos.

—¿Quién ganó? —preguntó Karen curiosa.

—Ella —dijo el prior—. Ganó, pero podía haber ganado él; es más, la situación de sus piezas le daba ventaja.

—¿La dejó ganar?

—¡No! —exclamó el prior—. Creo que se distrajo, no debió ver el movimiento o calculó algo que podía haber sido, pero no tenía por qué. Abandonó. Dejó caer su rey sobre el tablero.

—Fue un momento de tensión —añadió el padre Marcial—, porque el chico no debe de tener muy buen perder, estuvo a punto de barrer el tablero.

—Ella manejó muy bien la situación, me acuerdo perfectamente, con mucha madurez —relató el prior—. Él se levantó y parecía que iba a estallar, pero ella le cogió la mano, le abrió el puño y le colocó un peón blanco. Consiguió detener el conflicto y a partir de ahí todo fue como la seda. Al final parecía que lo sentía más la madre que él —dijo pensativo.

—¿Su madre estaba? —preguntaron al unísono.

El prior asintió.

—Estuve con ella, sí. Sufrió una gran decepción cuando vio que el chico abandonaba. Cuando hablé con ella, casi no me escuchaba. Y eso que intenté distraerla proponiéndole recrear con ellos el *Libro del ajedrez*, de Alfonso X… Ya saben, es una de nuestras joyas. Lo estamos digitalizando y le propuse que los dos chicos disputaran alguna de las partidas —dijo con el ceño fruncido.

Karen observó su rostro concentrado.

—Padre, ¿se está acordando de algo?

El prior juntó los dedos y cerró un momento los ojos. No lo interrumpieron.

—Sí, pero no lo entiendo.

—Díganos, por favor, todo es importante.

—Ella, la madre, estaba muy decepcionada, eso es cierto. Lo que no sé es…, perdonen, no es muy estructurado —reflexionó de nuevo —. Creo que ya lo sé: la decepción, o lo que yo traduje como decepción, no fue cuando el chico dejó caer su rey, fue antes, mientras jugaban y nada estaba decidido.

—A lo mejor lo vio venir.

—No —dijo rotundo—. Yo juego y en ese momento parecía tener él todas las de ganar. El hijo la miró, vio su cara y debió ver algo, un aviso, no sé… Fue ahí cuando abandonó, creo. No sé, toda su expresión corporal cambió, estaba tensa, con los ojos medio cerrados. Pero debió de ser otra cosa: la partida, en ese momento, estaba del lado del chico.

Guardaron silencio y el prior miró por la ventana, todavía con el ceño fruncido.

—No lo sé, creo que hay algo que se me pasa. Hay veces que duermo y después veo claro. Si me dejan su teléfono y se me ocurre algo, los aviso.

Karen le dio una tarjeta, se despidieron del prior y salieron con el padre Marcial, que apresuró el paso tras consultar el reloj y los dejó en la lonja.

—¿Fueron a París? —preguntó Karen mientras se alejaba.

El padre Marcial se detuvo.

—Hubiesen ido los dos, pero él se puso enfermo y al final lo tuvieron que anular… Fue una pena.

—Muchas gracias.

69

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

David volvió del colegio y quedó con Celia, que tenía que comprar unas cosas en el pueblo. Dejaron la compra en el piso y cuando salieron había empezado a anochecer, hacía frío y la chica subió de nuevo a buscar una chaqueta. Él la esperó sentado en un muro de la calle.

—¿Has hablado con tu madre de lo de ayer? —dijo Celia tras besarle en la boca. —David bajó la cabeza. Celia lo miró consternada —. David, no te entiendo. Tienes que pedirle que te lleve de nuevo al cardiólogo. Se ha tirado toda la vida angustiada y parece que has mejorado, es cruel no decírselo. No sé cómo puedes hacer como si no supieras nada. Parece que no quieres que las cosas cambien —dijo con amargura.

—No comprendería que haya ido al médico sin ella. Sería una falta de confianza. ¿No lo entiendes? Ha sacrificado toda su carrera por cuidarme, se vino a vivir aquí por mí, por mi salud. Siempre ha vigilado lo que me podía pasar, lo que podría hacerme mal. Ir a urgencias sin ella, ya no es que me escapara para estar contigo, es decirle que no confío en ella, que no ha hecho bien su trabajo. La destrozaría.

Celia resopló.

—Pues parece que no lo ha hecho tan bien… Te has tirado la vida sin correr, siempre con el terror de que te podía pasar algo. ¿Y ahora resulta que no se ve nada? ¡Puede que no te hayas curado ahora, sino hace años! Joder, David. También se empeñó en que eras celíaco y te tiraste años sin comer un bocadillo normal, sin tomar ni un bollo ni un rebozado. Y este verano en Ávila se te pasó. Pero has

pasado años haciendo dieta.

—No estarás insinuando que miente, ¿verdad? Es cierto que soy alérgico a las picaduras de avispa y que muchas de las cosas con harina me sientan mal. Me he pasado la vida con problemas de estómago.

Celia le acarició la cara.

—No digo eso, claro que no. Pero que tu madre se angustia más que otras es cierto. Y que te tiene encerrado en una burbuja también. ¡Si la semana pasada que te dejó salir se dedicó a seguirnos con el coche!

David sonrió.

—Es que se preocupa mucho por mí. Sigo siendo un niño pequeño para ella.

—Para tu padre no lo eres…

—Mi padre es distinto, creció en una familia distinta. ¿Sabes que la tía de mi madre tuvo una de las últimas polios? No la vacunaron porque estaba con un catarro y luego se les olvidó y se contagió. Mis abuelos nunca se lo perdonaron.

—Sí, lo sé. Bueno, pues espera a la siguiente revisión, irás antes del verano. —David asintió con la cabeza. Celia sacó el móvil—. Tenemos que empezar a sacar los billetes, ya vamos con retraso y las plazas en los albergues buenos se llenan. —Esperó una contestación, y al no recibirla, continuó exasperada—. Si no quieres hacer el viaje, dímelo. A mí sí que me gustaría, lo quiero hacer contigo, pero, si no puedes, encontraré un grupo.

—Sí que quiero —protestó él inmediatamente—, claro que quiero.

—¿Le has dicho que te estás planteando no ir a Stanford?

—Esta mañana, sí. También le he dicho lo del Interrail.

—Las dos noticias a la vez… —dijo Celia asombrada—. ¿Cómo ha reaccionado?

David se encogió de hombros.

—Es la primera vez que me ha dicho que me las apañe para volver a casa solo —añadió con una sonrisa traviesa.

Bajaron la calle cogidos del brazo y se cruzaron con un hombre

mayor con un abrigo verde que subía a buen paso y les deseó buenas tardes. El rumor de una conversación llegó hasta ellos y se volvieron asustados al oír una imprecación, pero sólo era una pareja inclinada ante un coche. David miró el reloj y suspiró.

—Tengo que volver, ya debe de estar pensando que me ha pasado algo.

—Mirará en el móvil dónde estás —dijo Celia con rencor.

—No, lo he dejado antes en casa. Me subo.

Celia iba a torcer hacia su casa cuando se detuvo.

—Si quieres, te acompaño. Ya sé que últimamente no me puede ni ver, pero te caerá menos bronca. ¿Viene tu padre esta noche?

—Sí, mañana vamos a Ávila. Ha llegado esta mañana de Mallorca, tiene esta tarde una visita de obra y luego viene, puede que ya esté. Pero vente.

David le tendió la mano y comenzaron la subida juntos.

70

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cruzaron la calle que rodea el monasterio y se encontraron con un repartidor que miraba las Casas de Oficios. Se acercó a ellos y los detuvo.

—Perdonen, ¿me pueden ayudar? Tengo que entregar un paquete en el número uno, y en las observaciones han puesto «el Chaletón». No lo encuentro… ¡No hay ninguno, todo son pisos! —dijo exasperado.

Cano se echó a reír.

—Sí, hombre, sí. Date la vuelta —le dijo.

El hombre se volvió y lo miró irritado.

—Si es una broma… —dijo molesto—, ¿sabe? Tengo un montón de paquetes que entregar…

Cano señaló el monasterio.

—Ese es el uno, el monasterio. Seguro que es para el convento. Hay tres puertas grandes —explicó para no liarlo—. Muy grandes. Pues la de la derecha es el convento. Pruebe ahí.

El mensajero miró anonadado el monumento.

—¿Pero eso de ahí es una casa?

Cano asintió.

—No me tomarán el pelo, ¿verdad? —preguntó desconfiado.

—Que no, chaval. Por eso te han puesto «el Chaletón»…

El joven se alejó volviéndose hacia ellos sin parecer del todo convencido. Karen miró el interior del bar de las Casas de Oficios y el banco de la puerta. El sol había salido y el banco de madera parecía caliente, a pesar del frío reinante.

—¿Una caña? —preguntó.

Cano se miró y vio que el abrigo tapaba el uniforme. Sonrió y asintió. Karen entró a pedir y el brigada se sentó en el banco con un cigarro en la mano. Su teléfono vibró.

—Romero.

—Os va a dar algo. Tengo una novedad.

—Suelta.

—Sergio estuvo en San Lorenzo, tenemos la localización de su teléfono. Todo lo que ha dicho es cierto, excepto que ha olvidado —dijo irónica— incluir que entre la obra y la cena en Madrid estuvo en su casa, aquí. Después debió apagar el móvil porque la siguiente antena ya es de Madrid. Ah, y el forense ha llamado: ya no necesita nada más de la casa; Sergio se alegrará, pues parece ser que ha llamado varias veces a preguntar por si podía entrar. Y el golpe, lo ha comprobado haciendo pruebas, coincidiría con el palo que falta: del seis y diestro.

Karen salió con dos cervezas en la mano y se detuvo al ver su cara.

—Espera, Romero, espera —bajó la voz y le contó a la teniente lo que acababa de oír.

—¿Qué hacemos? —preguntó Cano tras colgar.

—Lo mejor sería citarlo con una excusa e interrogarlo de nuevo.

—Como Benavides ha dicho que ya ha acabado con la casa, podemos decirle que venga a recoger las llaves —propuso el brigada.

—Podemos probar, sí. Y lo tendremos aquí.

Se acabaron las cañas y anduvieron hacia el pueblo protegidos por los muros de las Casas de Oficios. Karen se detuvo.

—Vaya, viene Gonzalo.

Cano la miró extrañado.

—¿Sigues con lo de los hijos?

—No, se lo expliqué, o por lo menos, se lo intenté explicar al teléfono. Creo que jugó a ser comprensivo, ya sabes, con ese tipo de tono de «te daré tiempo para que te acostumbres». —Se encogió de hombros—. Supongo que no me escuchó, que no quiso entender por qué no quiero. Pero no lo decía por eso, es que esta semana no he

ido a la compra y, por no tener, no tengo ni huevos. Si no te importa, pasamos un momento por donde Guillermo.

La Carpetana estaba ya llena de clientes haciendo acopio para sus neveras en la tienda *gourmet* del pueblo. Esperaron y, cuando les tocó, hubo un momento de respiro, pues la mayoría estaban en ese momento escogiendo vino en el fondo del local y sólo ellos esperaban ante el mostrador. Guillermo los saludó con un parco «buenos días» y Mariana, más locuaz, los llamó por su nombre. Karen pidió unos huevos y un poco de jamón y Mariana salió del mostrador para atender una duda sobre el vino. Guillermo colocó la paletilla en la máquina y suspiró.

—¿Algo nuevo? —preguntó.

Karen sonrió y se dijo que sería extraño que no se hubiese enterado. Siguiendo la costumbre parca serrana, negó con la cabeza, aunque se dijo que a lo mejor el hombre sabía algo sobre la familia y se animó a preguntar.

—Creo que compraba también aquí, ¿no?

Guillermo asintió y señaló los cereales en la estantería.

Cano observó el género y escogió unas empanadillas que había en el aparador.

—Están muy bien, las estoy empezando a traer —dijo—. Las hay de varios tipos —añadió cogiendo tres—. Yo sólo he probado las de ternera, pero, por lo que me dicen, están todas buenas. Fíjate que el viernes se llevó el hijo de ella unas. Bueno, él no, que no come harina. Celia, su amiga. Son inseparables desde pequeños. Pero vinieron juntos, ella se había olvidado el dinero y pagó él. Quién iba a decir que unas horas más tarde matarían a su madre.

—¿El viernes? ¿No sería otro día? —preguntó Karen extrañada.

Guillermo dudó.

—Podría ser el sábado, sí. Pero antes no. Las empanadillas me llegan el viernes por la mañana, para el fin de semana. Pero sí, pudo ser el sábado.

Ya en la calle, se miraron.

—Llama al vigilante del colegio, que nos diga a la hora que salió David.

71

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Sergio y David entraron en el cuartel. El hombre preguntó en el mostrador de la entrada mientras el joven contemplaba la montaña.

—Buenas tardes, soy Sergio Gavilán; y este es mi hijo David. He recibido una llamada para que viniese a por unos efectos de mi mujer y a por las llaves de la casa. ¿El brigada Cano o la teniente Blecker?

Suárez, que cubría las entradas, los acompañó al despacho de la teniente, que ordenaba con el brigada unas declaraciones. Saludaron y les señalaron unas sillas.

—Qué bien que hayan encontrado tiempo —dijo Karen afable—. A lo mejor así nos pueden explicar ciertos aspectos que tenemos todavía abiertos.

Se quitaron los abrigos y el padre colgó ambos en un perchero de la entrada. Al volverse, posó su mano sobre el hombro huesudo del chico, que seguía con un aspecto ceniciento. El pelo, que como les había explicado Álvaro, en vez de estar ordenado y peinado con raya al lado, estaba revuelto, pero más que una transgresión parecía consecuencia de la desidia. Karen lo miró y pensó en una planta a la que le faltaba agua, y se dijo que, si pusiera la foto de Ávila al lado del chico, nadie lo reconocería. Se inclinó hacia ellos.

—Hay una cosa que no comprendemos —empezó—. Parece ser que te vieron, David, en San Lorenzo el viernes.

Sergio levantó la cabeza alarmado y David los miró petrificado.

—¿En San Lorenzo? —repitió el joven.

Karen y Cano asintieron y se echaron hacia atrás en sus sillas.

—Por la tarde —explicó la teniente, por la información que les

había dado Guillermo sobre cuándo recibía las empanadillas y por las cámaras del colegio, que mostraban a David salir solo a las cuatro—, y creíamos haber entendido que estabas en Madrid. ¿Puede ser que volvieras a San Lorenzo?

David tragó saliva y Sergio se puso de pie.

—No creo que puedan interrogar a mi hijo así —dijo nervioso.

Lo miraron fijamente y él se sentó de nuevo

—¿Tiene usted algo en contra? Estando usted presente… —repuso Cano.

—Subí un momento y me bajé a Madrid —dijo el chico, inseguro.

—David —le advirtió su padre con un tono seco y colocándole una mano en el hombro—, no digas nada más.

—Así que subiste y volviste a bajar a Madrid —dijo Karen sin mostrarse incisiva—. ¿En autobús?

David miró a su padre y asintió.

—David, cállate —insistió, alterado—. ¿Nos han hecho venir para esto?

—Mire, Sergio, ya le dijimos que tenemos que seguir todas las líneas de investigación y David es su *coartada* —subrayó—, así que, sí, tenemos que comprobarla —dijo Karen. Sergio se puso pálido—. ¿Y a qué hora fue eso? ¿No verías a tu madre? Nos parece extraño que no pasaras por casa —continuó la teniente preguntándole al chico.

—David, no digas nada más. Si quieren alguna información, nos gustaría avisar a un abogado —insistió el padre.

—Claro, están en su derecho. Aunque sólo nos lo tiene que explicar.

—Subí sólo un momento —susurró—, pasé por el pueblo y después me bajé en el autobús. No hay nada más. Llegué a casa y estuve con mi padre.

El hijo estaba cada vez más pálido y Sergio más nervioso. Sacó el teléfono y los miró.

—Voy a llamar a mi abogado.

Ambos asintieron con la cabeza y Sergio marcó un número. No

contestaron y marcó otro. Se levantó y se apartó un poco de ellos para hablar con alguien llamado Juan. Karen y Cano aprovecharon para seguir preguntándole al chico.

—¿Qué autobús cogiste? —le preguntó Cano

—No estoy seguro —dijo David—. ¿El de las cinco? —aventuró.

—Complicado —adujo el brigada—. Saliste del colegio, como muestran las cámaras, a las cuatro, y La Carpetana, donde compraste con Celia unas empanadillas, no abre hasta las cinco. No acabaríais hasta las cinco y cuarto, suponiendo que donde Guillermo no hubiese nadie un viernes. Yendo a la parada rápido, el de las cinco y media como pronto.

—Sí, ese sería —dijo David.

Sergio, que había colgado, se volvió hacia él enfadado.

—No digas ni una palabra más —dijo—. Miren, voy a llamar a Inés para que se quede con David hasta que llegue mi hermano.

Marcó de nuevo y, mientras hablaba, Cano insistió.

—Las cosas serían mucho más fáciles si nos contaras la verdad. ¿Por qué volviste a San Lorenzo? Estuviste con Celia, eso seguro.

David volvió la mirada hacia su padre, que seguía al teléfono, hablando todo lo rápido que podía.

—Y después de comprar las empanadillas, ¿no pasaste por tu casa?

David miró a su padre suplicante; ya había colgado.

—No digas nada más. Inés viene a por ti.

El chico se puso en pie y se acercó a su padre.

—Le preguntaremos a Celia entonces —dijo Karen simulando decepción—. Tardaremos un poco más, pero en el pueblo también hay cámaras, así como en la estación de autobuses.

David se volvió hacia ellos asustado y se deshizo del brazo de su padre.

—Celia no tiene nada que ver con esto —afirmó con seguridad.

—Miren —dijo Sergio irritado—, ya les he pedido que esperen a la presencia de nuestro abogado. Quiero salir de aquí ahora mismo hasta que llegue. —Cogió los abrigos y tomó a su hijo de nuevo por el brazo.

—Si no quieren hablar con nosotros, están en su derecho, pero deberán esperar aquí —dijo el brigada.

—¿Nos están deteniendo?

—Ya le he intentado explicar que intentamos corroborar las coartadas de todos los que pudieron tener que ver con su mujer esa noche —le explicó Karen—. Y la suya y, por ende, la de David contradicen a los hechos comprobados en los datos que arroja hasta ahora la investigación.

—David estaba en Madrid, se lo hemos repetido hasta la saciedad. Estaba enfermo y se quedó en casa. Maya a las cinco estaba trabajando, ¿qué más da dónde estuvo él a esa hora? Ni se nos ocurrió que fuese importante.

—El problema es, Sergio, que parece ser que usted también estuvo aquí —aprovechó Karen para dar un golpe de efecto—. Y no a las cinco, sino al salir de su visita a la obra. Su mujer ya no estaba trabajando.

Sergio se volvió hacia ellos como si le hubiesen atacado por la espalda.

—Si lo que quieren es cuestionar mi coartada, no sé por qué atacan a mi hijo. —Se puso delante de él, protector. David enterró la cara entre las manos y sus hombros empezaron a sacudirse por los sollozos—. ¿Se dan cuenta cómo está? —Miró a su hijo, se inclinó hacia él y con un gesto torpe le alisó el pelo—. ¿Puede salir un momento? —preguntó.

Cano se puso en pie y salió a buscar a Suárez, que acudió y acompañó al joven a otra sala. Sergio dejó los abrigos en una silla vacía y se sentó muy erguido.

—Díganme qué quieren saber.

—Usted sabe que David estuvo en San Lorenzo. Los autobuses tienen cámaras, no tardaremos en saber si se montó en uno o, por el contrario, estuvo toda la tarde aquí.

—David no estaba ahí.

Lo miraron incrédulos.

—¿No? ¿Cómo lo sabe? Estuvo en la obra de Las Rozas hasta las

siete y media.

—No volví a Madrid directamente. Vine a buscar a David.

—Y antes de recoger a David, pasó por su casa y vio a su mujer. ¿O fueron los dos?

Sergio, cuando enunciaron la pregunta, los miró directamente a los ojos.

—No. David no estaba. Llegué a las ocho y vi a Maya.

—¿Suponemos bien que su mujer estaba viva cuando llegó? —Sergio asintió con la cabeza—. ¿Por qué se pelearon? ¿Por la supuesta aventura con el profesor de golf?

El hombre los miró sorprendido y, lo que les resultó más extraño, casi aliviado.

—Sí, por una aventura, pero no de ella con Rodrigo: Maya me acusó de tener yo una en Madrid.

—¿Es cierto?

Sergio lanzó un resoplido.

—Una antigua amiga de la facultad, sí. Maya lo había descubierto. Conocía a Sofía desde la facultad, estaba obsesionada con ella en esa época. Después, Sofía se casó y pareció dejar de pensar en ella. Pero ahora…, cuando ella se separó y Maya se enteró de que nos habíamos encontrado de nuevo… ¡Fue un accidente! Maya cogió el cuchillo y me amenazó. Di unos pasos hacia atrás sin mirar y la bolsa de palos de golf cayó a mis pies. Cogí uno para mantenerla lejos hasta que se tranquilizase, nada más, no quería hacerle daño. Ella se acercó demasiado —enterró la cara entre las manos— y le di sin querer; yo sólo quería mantenerla alejada.

—¿David llegó y vio a su madre en el suelo?

Sergio dudó un instante, pero no tardó en negarlo.

—No, lo llamé y se lo expliqué. Le dije que era mejor que nos bajáramos a Madrid y eso hicimos.

—¿Y su hijo le creyó? ¿No dudó de su versión?

Sergio sonrió.

—Nunca le he mentido.

72

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Salieron a la calle a fumar y dejaron a David y a Sergio en dos habitaciones separadas a la espera de la llegada de su abogado. El brigada meneó la cabeza.

—¿Te explicas que Sergio se cargue a su mujer y que David se preste inmediatamente a encubrirlo? No sé, Karen, no me lo imagino quitándole los pendientes…

—Puede que en un momento de afecto —empezó a decir ella cuando un coche que ascendía rápido se detuvo en la otra acera. Inés salió a toda prisa del vehículo y los saludó con un gesto.

—¿Dónde está David? Es menor y no le pueden interrogar sin la presencia de un tutor o de un abogado.

Ambos asintieron con la cabeza.

—Está con el guardia Suárez dentro. Inés…

—Si tienen algo que preguntarme, por favor, por escrito. Me voy a llevar a David y mi oficina les mandará en breve el poder a nombre de los hermanos de Sergio para que él lo firme.

Sin decir más, entró en el cuartel y salió tras unos minutos acompañada del joven. Inés le cogió del brazo y se colocó de tal manera que su cuerpo estuviera entre ellos y el joven, y apresuró el paso.

Iban a entrar de nuevo cuando vieron a Romero, que se acercaba hacia ellos y les hacía señas con el brazo. Se detuvo a su lado y resopló. Su cara estaba enrojecida y bañada en sudor.

—Vengo del hospital —dijo recuperando aire.

—¿Te encuentras mal? —preguntaron preocupados.

—¿Pero vosotros estáis bien de la cabeza? ¿No me dijisteis que les

preguntara por los medicamentos de Maya?

Cano y Karen se miraron y recordaron.

—Perdona, Romero, es cierto. Es que Sergio acaba de confesar el homicidio de su mujer.

La guardia se limpió el sudor de la frente y resopló.

—¿Entonces ya no os sirve? —dijo desilusionada.

—Todo sirve, Romero. Cuenta, ¿te has enterado de algo importante? —preguntó la teniente.

Romero asintió, contenta como un niño ante un árbol de Navidad.

—Me costaba que me cogieran el teléfono —empezó a contar— y pensé que era más fácil ir. He ido andando, a ver si así adelgazo un poco más… —Sonrieron—. Bueno, pues me ha tocado una enfermera un poco borde, pero al final se ha avenido. De Maya no tienen nada, pero…, no os lo vais a creer: David estuvo el jueves de la semana pasada por una urgencia. Como el chico está malito —continuó la guardia—, no me ha extrañado, pero como tampoco sabemos exactamente todo lo que tiene, le he preguntado a la borde, que ya no era tan borde. —Los dos pensaron que si la enfermera era arisca haría muy buenas migas con la guardia—. Pues me ha contado que había ido el jueves con su madre por un problema del corazón, lo que nos habían dicho, pero yo seguía sin enterarme de qué era. Entonces, Mari me ha dicho que el cardiólogo que los atendió estaba de guardia en urgencias. Y para que no me digáis que dejo cabos sueltos, le he pedido que fuera a buscarlo. Además, estaba muerta por el paseo y quería descansar un poco… Bueno, a lo que voy: David fue por una urgencia cardiológica. Me he sentado con el médico para que me lo explicara. Y me lo empieza a contar, yo venga a apuntar, que no me enteraba de nada, pero para poder contároslo, y de repente se para y va y me dice que no entiende por qué demonios quiero apuntar todo eso si el chico no tenía nada. Yo, de piedra. Pues no, no tiene nada, dice. Le hicieron una ecografía y una placa, le recomendaron a la madre llevarle a hacer un TAC y punto pelota. Dice el médico que el cardiólogo que le trata debe de ser un caradura, porque el chico dijo que no recordaba

haberse hecho un TAC…

—¿Se acordaba de algo más? —preguntaron anonadados.

—Que la madre estaba de piedra, con la boca abierta. Pero el médico dice que no lo entiende, porque si tienes una enfermedad así, congénita, vas a revisión por lo menos una vez al año, y el cardiólogo le debería haber mandado eso, un TAC. Y ahí se hubiese visto. Le he dicho que a lo mejor, como la madre era médico… Y atentos, que entonces sí que me ha mirado alucinado. Y claro, yo, ya que estaba ahí, a preguntar. Pues me ha dicho que le extrañaba mucho y que lo que tenía el chico era un ataque de ansiedad, nada del corazón, y que eso, aunque la mujer fuese dentista, que tampoco lo creía, lo tendría que haber diferenciado. Pues eso —concluyó desilusionada por el silencio de sus superiores.

—Romero, eres genial —dijo la teniente—. ¿Te has quedado con el número?

—Del médico no, pero de mi amiga Mari sí, que nunca se sabe.

—¿Le puedes mandar a tu amiga una foto de Maya para que se la enseñe al médico y preguntarle si era ella la que estaba con David?

—Pero ¿cómo no iba a ir ella? —dijo asombrado Cano, pero no tardó en comprender—. Voy a ver si te encuentro una foto de Inés y se la mandas también.

No habían pasado ni diez minutos cuando llegó la confirmación del hospital: el médico reconoció a Inés como la mujer que acompañaba a David.

73

San Lorenzo de El Escorial, abril de 2017

Cuando cayó la tarde, cerraron los ordenadores. Juan Gavilán había ido a firmar los papeles pertinentes y Sergio se había quedado en uno de los calabozos del cuartel, como autor confeso de un homicidio involuntario.

—¿No te bajas a Madrid? —preguntó Karen.

—No, hoy me quedo aquí. Tengo un rato todavía. ¿Cuándo llega Gonzalo?

—Esta noche, creo.

Cano no hizo ningún comentario.

—¿Te parece que tomemos algo en La Horizontal? El pueblo debe de estar hasta los topes, ya han empezado las vacaciones. A esta hora puede que encontremos una mesa.

Se despidieron de Romero y de Suárez, que salía con una bolsa de la que surgía un capirote.

—Es que después hay una procesión… —explicó—. ¿No os apetece venir?

Les dijo contento de dónde salía y se despidió de ellos.

Era pronto, el aparcamiento del restaurante estaba todavía vacío y no tuvieron dificultad para dejar el coche entre dos árboles. Entraron en el bar y se dejaron caer con un resoplido en unas de las sillas de cuero. La chimenea estaba encendida y olía al carbón de la parrilla, que se encontraba tras el bar. Pidieron dos cañas.

—Hay algo en todo esto que no me cuadra —observó Cano con la mirada fija en el fuego—, pero no sé el qué. Me creo lo de la amante y que se pelearan, pero…

—Demasiado fácil y evidente —apostilló Karen.

—¿Por qué ha confesado tan rápido? Es como si en un momento lo hubiese decidido. No sé. Pensar que hemos entrevistado hasta a la suegra y al final era el marido es como de chiste, como de novela mala. Tienen una discusión, se pelean y por accidente, o no, la mata. Se asusta, decide que parezca un robo, revuelve la casa y se baja a Madrid… con el hijo, al que dice que llama después de todo el sarao. Cuadra, sí, pero… —Karen miraba el fuego—. ¿Por qué confiesa antes de que llegue su abogado, si ni siquiera le hemos dicho por qué sabemos que estaba aquí? ¿Qué es lo que le hace pensar que está todo perdido? ¿Que sepamos que su coartada no es válida y que estuvo aquí?

—Lo decide cuando le preguntamos a David cuándo bajó a Madrid. Entonces confiesa que vino a buscar al chico, que vio a su mujer, la discusión, que la mató por accidente, que llamó a su hijo para contarlo y se lo llevó a Madrid porque pensó que era lo mejor —respondió Karen—. Pero, mientras todo esto sucede, ¿dónde está David? ¿Con Celia? El chico solo ha reaccionado cuando hemos mencionado que hablaríamos con ella…

—¿Y por qué lo involucra como su coartada?…

—¿Por qué no su amante? ¿O su madre? ¿Cómo se le ocurre meter al chico? —insistió Karen—. No tiene sentido.

—A lo mejor porque todos sabemos que David adoraba a su madre… Era la mejor.

—Venga ya, Cano. ¿Y David no dice nada? Es un chico joven, muy unido a su madre. Tampoco concuerda con lo que sabemos de Sergio. ¿Lo llama y le dice: «Me he cargado a tu madre»? Y el chaval le dice que estupendo, podemos decir que estábamos juntos. No tiene ningún sentido, a no ser… que el joven hubiera estado presente en la discusión… Entonces podría ser.

—¡A lo mejor, como estaba enfermo, estaba en el piso de arriba! —exclamó Cano.

—Los oye discutir, baja y lo ve. Cree a Sergio porque lo ha visto. El padre revuelve la casa y se bajan a Madrid, tiran el palo y el billetero. ¿Pero David va en el coche con el palo manchado con la

sangre de su madre?

El teléfono de Karen sonó. Lo miró y vio que era Romero. Sacó el paquete de tabaco, se puso de pie y salió seguida por Cano. En las mesitas de fuera no había nadie y contestó. La voz de la guardia llegó excitada hasta ellos.

—¡Mi teniente! —exclamó—. Tengo algo y no lo entiendo… Os acordáis de que hablé con Benavides.

—Sí, claro, nos lo dijiste cuando salimos del monasterio —dijo juntando su cabeza con la de Cano para poder oír los dos sin tener que poner el altavoz.

—Suárez estaba ocupado y me ha tocado hacer el papeleo de Sergio Gavilán. Ha firmado la declaración y me ha llamado la atención porque, como yo soy zurda, me fijo en los que lo son también. El palo que mató a Maya es de un diestro, nos lo dijo Benavides, ¿os acordáis? Y le dio en el lado izquierdo de la cabeza. He llamado a Benavides y me lo ha confirmado: un zurdo le hubiese dado en el lado derecho, no en el izquierdo. Ya sé que…, pero a mí me parece que no puede ser —zanjó insegura—. Le he preguntado si un zurdo puede jugar con un palo de diestro porque a lo mejor es como con las tijeras, que no te queda otra y te acostumbras. Pero no, me ha dicho que golpea diferente.

Karen colgó y se miraron estupefactos.

—Pero si no ha sido Sergio… —empezó el brigada—, ¿quién coño ha sido?

La teniente apagó el cigarro y lo miró.

—Somos idiotas, Cano. Tanto decir lo carca que es Suárez y nosotros somos iguales. Lo hemos tenido todo el tiempo delante y no lo hemos querido ver.

—¡No te entiendo! No sé de qué hablas. Si se ha acusado es porque… ¡no! —dijo tras comprender de repente—; no creerás que ha podido…

—Hemos pensado hasta en Celia, en Inés —continuó Karen—. Y sólo hay una persona por la que Sergio iría a prisión, alguien por el que no dudaría en incriminarse. Hemos estado planteándonos todas

las escenas de celos, la de la amante, la posible con Rodrigo. Y todo porque las convenciones sociales nos dicen que el amor o el desamor de pareja es el motivo más fuerte. Y no hemos estudiado bien a la víctima, la hemos mirado mal.

—Pero —dijo Cano espantado— ¿de verdad crees que fue David? ¿Su hijo? ¿Un hijo que mata a su madre?

—No se me ocurre otra cosa. Y lo peor es que si Sergio no llega a ser zurdo, aquí seguimos los dos diciendo que algo no cuadra, pero sin verlo.

—Pero ¿por qué?

—Creo que la clave está en el hospital el jueves por la noche. A partir de ahí las cosas tenían que cambiar entre madre e hijo. Le pondremos una medalla a Romero, que es quien lo ha resuelto. David se pudo preguntar si su madre le ha mentido durante años tras hablar con el médico; pasa de una confianza ciega en ella a las dudas.

—¿Mentido? ¿Sobre su enfermedad? —adujo Cano—. Se ha podido recuperar por sí solo, lo han dicho todos, hasta la madre de Maya —añadió—. Es una enfermedad que puede desaparecer con el tiempo, tal vez entre una revisión y la siguiente…

Karen encendió un cigarro.

—Sí. Pero no es sólo eso. ¿Te acuerdas de la foto de Ávila? Casi no lo reconocimos. Pasa un mes con los abuelos y está estupendo, ¿por qué? ¿El aire de Ávila? ¿La alimentación de la abuela? Es celíaco y resulta que se forra a pastas y engorda. Los de verdad no mejoran.

—Entonces, no es celíaco… —empezó a comprender Cano.

—Es como lo del corazón, una enfermedad que lo limita, pero no demasiado. Hay un perfil psiquiátrico para esto, lo oí una vez en Colonia: Münchhausen, ya sabes, por el barón mentiroso. Se lo diagnostican al que ve enfermedades inexistentes. Hay una variante, mucho más común de lo que se cree, llamada «Münchhausen por poderes»: cuando se provocan enfermedades a propósito a una persona dependiente, normalmente, un hijo. Hay, como en todo, diferentes grados: desde la madre que lleva a los niños

continuamente a urgencias por un simple vómito o les hacen una batería de pruebas porque se empeñan en que tienen algo que no encuentran, hasta quienes los medican para que enfermen.

—Hipocondríacos hay, claro, pero ¿enfermar a un hijo?

—A veces es para llamar la atención de los otros, para que se los considere unos cuidadores abnegados. Aunque no creo que fuese el caso de Maya; probablemente, lo que buscaba era mantener a David atado a ella. A menudo son personas con conocimientos médicos suficientes para poder discutir con el personal sanitario. Coincide…

—Creo que he leído sobre ello —dijo Cano horrorizado—, pero… ¿ha mentido, con todo?

—Probablemente hasta a ella misma. No sé cuándo y qué le diagnosticaron a David, pero si te lo repites muchas veces durante mucho tiempo, te lo crees. Y todas esas enfermedades lo unían a ella, lo hacían vulnerable y dependiente. Algunas podían ser ciertas, otras no. O las exageraba. O las provocaba para atarlo más.

—Pero, Karen —dijo Cano—, David iba al médico, iba a hospitales. Alguien lo hubiese notado antes. Coño, que tiene diecisiete años.

—Ni la madre de Maya, que es médico también, duda. Busca, o tiene una enfermedad que es a lo mejor complicada de ver u oír en un examen superficial. Sabemos que no le hizo un TAC en el que se hubiese visto que, si alguna vez tuvo esa comunicación interauricular, ya no la tenía. Puede que ese arsenal de psicofármacos lo usase con él.

—¿Y el medicamento contra la gota?

—Nos lo dijo Benavides: los efectos secundarios provocan… ¡vómitos y diarrea! Pero no hemos caído hasta ahora: ¿qué le pasa al chaval cuando quiere hacer algo que a su madre no le gusta? Le da una pastilla con la cena, al día siguiente está vomitando en casita. Cuidado por mamá.

—Por eso en Ávila no tuvo ningún problema estomacal… Vale, pero si en la confesión del padre, lo sustituimos por el hijo, ¿por qué amenazaría Maya a David? ¿Para que no hablase? ¿O pudo ser el chico quien le dio con el palo y después le colocó el cuchillo en la

mano? Se entera de que su madre lo ha convertido toda su vida en un enfermo. David pudo, en un arrebato, coger el palo y colocarle el cuchillo después.

—Pero ¿por qué no el jueves en caliente? No cuadra, Cano. Si fue un arrebato, la habría sacado de la cama y la habría acusado. No. Se calla, se monta en el coche con ella y habla de la universidad y del viaje.

—¿Y si no lo amenazó a él? —exclamó Cano.

La teniente levantó la mirada.

—David a las cinco del viernes estaba con Celia —dijo excitada—, comprando las empanadillas. Supongamos que vuelven juntos a sus casas, tienen tiempo antes de la cena. Lo raro sería que se hubieran separado, más aún después de la bronca con Maya por la mañana. Inés no está, se van a casa de ella.

—Y salen juntos más tarde. ¡Los tortolitos que vio la mujer del forofo de la bici! Van a casa de David y se encuentran con… David es débil, puede que no se atreviese a enfrentarse solo a su madre, después de la discusión de la mañana. Va con Celia.

—Pueden pelearse por la universidad, por el viaje. Maya considera a Celia culpable del cambio operado en su hijo…

—Y la amenaza a ella —continuó Cano.

—¡Pero tampoco tiene sentido! No arriesgaría jamás la relación con su hijo. Por nadie. Tragaría, como ha tragado Nieves con ella, le haría la vida imposible a Celia, intentaría que David la abandonase, pero no rompería la relación con el hijo. Pero sí puede que David se envalentone en presencia de Celia y le exija explicaciones a Maya por la enfermedad del corazón. Celia, que no tiene la relación de dependencia que tiene David, mete baza. Es una adolescente, por muy madura que sea, no puede calcular las consecuencias. Maya pudo sentir que lo perdía. Debió de amenazarla a ella, ¡y por eso David la quiso sacar en cuanto la mencionamos de la ecuación!

—Y reaccionó. Blandió el palo y la golpeó y la mató. —Karen asintió —. ¿Y Sergio?

—Debió de llegar y encontrarse con la situación.

—¿Sabría que su mujer estaba como un cencerro y mentía sobre las enfermedades del hijo?

La teniente se encogió de hombros.

—Probablemente no. Si tienes una médico en casa, ¿dudarías de su parecer?

—No sé, puede que sí al ver que su hijo, cuando está separado de su madre un tiempo, mejora en vez de empeorar…

—Cano, nos llega una mujer como Inés, por no usar a Maya, al cuartel, y nos dice que su hija tiene una enfermedad congénita. ¿Le pides el informe médico? No, te lo crees si no tienes a una loca delante. Imagínate a Jiménez, su futura mujer es enfermera. ¿Le ves yendo al médico con los críos? No, probablemente se lo dejará a ella.

—Sergio llega de la obra a casa —resumió Cano— y se los encuentra a los dos con el cadáver. David le explica y Sergio lo cree. Manda a Celia a casa, que se pone mala del estrés. Se decide a escenificar un robo, se lleva a David y une su destino al suyo haciendo de su coartada la suya y viceversa. No lo sé, a lo mejor tiene mala conciencia y se dijo que era el momento.

—O simplemente es un padre que protege a su hijo.

—Es menor… y pudo ser en defensa propia…

—Seguro que hay atenuantes.

Un coche aparcó entre los árboles y un hombre de unos cuarenta años salió de él. Cerró el vehículo y miró el local. Vio a Cano y su cara se iluminó con una amplia sonrisa. Se acercó y se percató de la presencia de Karen. El brigada se alejó unos pasos hacia él y juntos se acercaron a la teniente.

—Karen, te presento a Pablo. Pablo, la teniente Karen Blecker.

Ella se fijó en cómo se enderezaba, se acercó, lo besó y se echó a reír.

—Y yo preocupada porque quisiera trasladarse a la Dirección General…

Se sentaron dentro y pidieron una copa más. Pasado un rato, Karen se levantó.

—¿Te vas? —preguntó Cano.

—Ya os fastidié el sábado pasado. Gonzalo no llega todavía y quiero pasar por el cuartel a organizar la detención de David. ¿Tú te has fijado si es zurdo? Es casi el único cabo suelto.

—Mañana… —empezó a decir Cano.

—Mañana me temo que tengo la comida de madrastra. —Suspiró —. He decidido ir.

Maya

La casa estaba silenciosa cuando entraron.

—¿No está? —preguntó Celia.

—Sí, debe de estar duchándose, el coche está en la puerta.

Abrió la nevera y observó el interior. Hizo una mueca. Oyeron el crujir de la escalera y a Maya que llamaba desde arriba.

—¿David?

—Soy yo, mamá.

Maya bajó a toda prisa y se detuvo al ver a Celia junto a él.

—Eres tú la que le has metido todo eso en la cabeza —dijo sin saludar.

—Lo hemos… —empezó a decir Celia.

—Lo hemos decidido los dos, mamá —la interrumpió David—. No es ella la culpable. Puede que dos meses sean demasiado —dijo conciliador—, lo podríamos reducir a seis semanas. ¿No ha llegado todavía papá? —preguntó con la esperanza de tener el apoyo de Sergio.

—Acabo de hablar con él, está saliendo de la obra. —Se acercó a la cocina, sacó un vaso y se sirvió agua. Bebió un sorbo—. Comprendo que os apetezca el viaje y, evidentemente, Celia, no soy quién para decirte lo que tienes que hacer. Pero David correría un peligro tremendo —se acercó a él y posó una mano en su antebrazo— si le pasara algo lejos de un hospital especializado —dijo con dulzura—. Es más, sería juicioso esperar a la operación. Dos años no son tanto y entonces…

—¿Dos años? —estalló David— ¿Dos años? Me dijiste al principio que a los dieciséis, después que a los dieciocho, ¿y ahora veinte?

—Hasta la completa formación, David —explicó Maya tranquila—: no soy yo quien lo decide.

—Esa es una buena pregunta —replicó con rabia contenida—,

¿quién lo decide?

Maya se volvió hacia la chica.

—Celia, ¿no tienes que irte a casa?

La joven dio un paso atrás, pero David la agarró con decisión.

—No, mamá, Celia se queda. Dime, ¿quién lo decide?

—Evidentemente, el cardiólogo; ni tú ni yo.

—Quiero ir a otro cardiólogo, quiero una segunda opinión.

—¿Otro cardiólogo? —preguntó más extrañada que enfadada—. ¿Por qué?

—¿Hace cuánto que no me hacen un TAC?

—¿Un TAC? —repitió. Reflexionó—. Hace años, es cierto. A lo mejor deberíamos pedir otro, tienes razón. Lo evitamos por el contraste, es innecesario someterte a radiación sin necesidad. Con tus alergias, el contraste…

—Mamá —dijo David haciendo un enorme esfuerzo por controlarse —, no sé si te das cuenta de cómo me ha limitado la enfermedad. Un poco de radiación habría sido un buen precio que pagar si se hubiese detectado una mejoría.

—¿Tan tremenda ha sido tu vida, David? —preguntó dolida. Su hijo la miró incrédulo. Maya se encogió de hombros—. Bien, pediremos hora. ¿Cenamos? —Sacó dos cubiertos y los puso sobre la encimera.

—Quiero ir a un cardiólogo de la Seguridad Social.

—Tendremos que esperar a la cita, seguro que no nos dan una hasta dentro de unos meses, pero no tengo nada en contra. Comprendo que te hagas mayor y tengas más preguntas.

—Estuve en urgencias. No vieron nada.

Maya se volvió hacia él asustada.

—¿Cuándo? ¿Cómo no me han dicho nada en el colegio?

—No fue en el colegio —dijo David seco.

Maya se dirigió a Celia.

—Esto es cosa tuya —dijo con rencor—. Estaba contigo, ¿verdad? ¿Ves como no se puede confiar en ti?

Ella iba a replicar, pero David la detuvo con un gesto.

—No, es mía. Me encontraba mal, había corrido y fui yo a

urgencias. Y no vieron nada, dijeron que mi corazón estaba perfectamente normal.

—Supongo que si fuiste con otra persona —dijo señalando a Celia —, fue con ella. ¿No se te ocurrió avisarme? —dijo dolida.

—Fui solo porque no quería asustarte —se justificó.

Su madre se acercó a él.

—David, iremos al cardiólogo que más te guste. Si dice que estás bien, nadie se alegrará más que yo —dijo mirándolo a los ojos.

—Mamá, me he pasado la vida supeditado a esa enfermedad. No sé si te das cuenta de cómo me ha coaccionado, siempre con miedo a morir, siempre con cuidado. El lisiado de la clase —levantó la voz —, el enfermo entre los primos. —Maya sintió un nudo en la garganta—. ¿Te das cuenta de lo que es vivir siempre con miedo? —continuó—. Y ya ni siquiera hablo del corazón, hablo de las alergias, de la intolerancia al gluten, que sólo mejoró después de que la abuela se equivocase.

—¿Me estás echando en cara ser demasiado cuidadosa? ¿Prestar demasiada atención? ¿Tú te das cuenta de lo que he hecho por ti? No, ¿verdad? Nos vinimos a vivir aquí por tus pulmones, renuncié a mi carrera. Abandoné todo por lo que había luchado por ti, para venirme aquí contigo y que tus pulmones se recuperaran —su voz se quebró—. Tú dices que has estado supeditado a tu enfermedad. Yo dejé mi trabajo, dejé de investigar para que te desarrollaras bien. Acepté el puesto en una consulta para poder llevarte y recogerte, para poder pasar las tardes contigo, para estar cerca, para darte todo lo que yo no tuve. ¡Y dices que la enfermedad te ha coaccionado! ¿Has pensado alguna vez cómo sería tu vida sin tu enfermedad?

—¿Mamá? ¿Pero es que no lo ves? —preguntó David dolido.

—Imagínatelo: no habrías avanzado en matemáticas hasta donde estás, y en vez de jugar al ajedrez, jugarías al fútbol. Ni siquiera conocerías a Celia porque fui yo quien os juntó, yo la que te buscó y encontró una amiga cuando en el colegio no los tenías.

David la miró perplejo.

—Yo no te pedí nada de todo eso.

—¿Sabes, David? Supongo que es típico de la ingratitud de los hijos decir frases así. No me lo pediste, claro que no. Siempre es fácil protestar después y decir que la culpa es de los padres. Mucho más fácil que aceptar nuestra parte de responsabilidad, ¿verdad? ¿Qué crees, que hubieras tenido más amigos sin estar enfermo?

—Mamá, nunca tuve amigos porque no podía hacer lo que hacían ellos…

—No, David —replicó con tristeza—. Eso es lo que te gusta pensar. Es una buena excusa, ¿verdad? Tu madre malvada hace que no tengas amigos. No. No tenías amigos porque eras el raro de la clase. No los tenías porque notaban que eras distinto. Y a la sociedad no le gusta la gente diferente y menos si son más inteligentes. Ahí no hay compasión, no hay empatía que valga. ¿Por qué? Nunca lo he entendido. Reírse del niño con dificultades de aprendizaje es cruel; reírse del listo es hacer justicia, hacer que baje de su pedestal y se una a los otros. Y cuando se le tiene abajo, le dejamos de lado de nuevo. No te engañes, aunque, si te hace feliz, puedo acarrear con la culpa.

—Estás mintiendo, Celia…

Maya se echó a reír.

—David, las mujeres somos distintas. Mucho más adaptables, intentamos no destacar y adaptarnos al grupo. Por eso Celia lo ha tenido más fácil. —Suspiró—. Has superado el colegio, que, para un niño como tú, es un infierno. En Stanford por fin encontrarás gente como tú, por fin tendrás amigos que no te encuentren raro. Te arrepentirás toda tu vida si lo desprecias.

—Podría haber tenido las dos cosas. Yo sólo quería ser normal, quería jugar al fútbol, saltar con mis primos, ir a las excursiones del colegio.

Maya lanzó una carcajada amarga.

—¿Crees que si le hubieras pegado un par de patadas a un balón te hubiesen aceptado? No, David, habría sido igual. Sólo que no tendrías la posibilidad de salir de aquí. Y ahora que la tienes, ¿la

quieres dejar por ella? —dijo señalando a Celia.

—David, vámonos —dijo la chica.

El joven miraba petrificado a su madre.

—¿Cómo crees que fue mi infancia? —siguió Maya—. Mi madre no se ocupó en absoluto de mí, tuve que hacerlo todo sola. Nunca fue a una función del colegio, nunca se implicó en mi vida escolar. Sólo exigía resultados —dijo afligida—. He estado toda la vida a tu lado, en todos los hospitales, cuando no dormías por la noche por la tos, cuando te rompiste la pierna, cuando te operaron de apendicitis, cada vez que había que ir a urgencias, cada maldita prueba.

—Me operaron de apendicitis sin razón, lo dijo el médico. Era una pequeña inflamación y me quedé sin ir a Sevilla. ¡Tenía un amigo y no pude ir!

—¡Ese niño estaba sólo seis meses aquí! ¿Sabes lo que hubieses sufrido cuando se fuese? Lo hice por tu bien, para que no lo pasaras mal después.

David enterró la cara entre las manos. Recordó esa noche, lo feliz que fue al ver que había lasaña de cena y no el sempiterno puré de verduras y el pescado. Su maleta, preparada desde hacía días al lado de la cama. Las náuseas que tuvo por la noche, cómo bajó la colcha en silencio. Celia sintió un escalofrío. Iba a decir algo cuando David gritó.

—¡Tampoco pude ir a la excursión y era la primera vez que tenía un compañero de habitación! ¡Me había elegido a mí!

—David, te eligió para que le dejaras copiar. Tú mismo me lo dijiste. No te eligió a ti, eligió tus dotes académicas.

El joven soltó un sollozo. Recordó la ilusión de aquella excursión y esa noche fatídica, de la que todavía no entendía cómo pudo levantarse por la noche y resbalar. No recordaba más que la lasaña que cenaron y que se fue a la cama agotado pero feliz. Pensó en la lasaña y sintió las náuseas de nuevo. Siempre había sido su plato favorito y Maya lo preparaba en ocasiones excepcionales para cenar, ya que decía que era demasiado pesado. Recordó cómo había mirado a su madre feliz por celebrar con él la invitación a Sevilla, el

que un chico de su clase le hubiese elegido, el torneo de ajedrez, al que no pudo asistir porque tuvo un virus intestinal. Levantó la cabeza.

—Lasaña. Cenamos lasaña cuando la apendicitis, con la rotura del peroné…

—David, haz memoria —dijo Celia asustada—, piensa en las veces que has cenado lasaña. —Maya se volvió sorprendida hacia ella, como si hubiese olvidado su presencia—. Piensa, David —repitió Celia—. ¿Te acuerdas del viaje a París al que no pudimos ir? ¿Cenaste lasaña?

Maya se volvió hacia ella.

—Eres tú la que le ha vuelto contra mí.

—¿Yo? No, Maya, lo has hecho tú solita. Estás loca. David, vámonos, ¡está loca! ¡Vámonos, David! —dijo agarrándole el brazo.

David miraba con los ojos vidriosos a una y a otra. Maya estaba pálida tras la isla de la cocina, con las manos apoyadas en el borde y los nudillos blancos por la fuerza que estaba ejerciendo. Celia retrocedió y tiró de él. David dio unos torpes pasos hacia atrás sin dejar de mirar a su madre. Tropezó y la bolsa de palos de golf cayó al suelo.

—¿Crees que te puedes llevar a mi hijo?

—No me lo llevo, se va él. ¿Verdad, David? —dijo Celia suplicante.

David la miró perdido y asintió.

Celia se volvió y se dirigió a la puerta cuando un grito la hizo volverse. Vio algo brillar bajo la lámpara, pero no cómo David tomaba uno de los palos de golf y lo blandía con fuerza para establecer una distancia entre el cuchillo que sujetaba su madre y la chica. Maya se acercó a ellos con los ojos brillantes.

—¡Mamá, apártate! —gritó David sin dejar de mover el palo.

Maya avanzó hacia ellos. El impacto la hizo caer al suelo.

Epílogo

Madrid, 2008

Maya salió de la consulta del médico exultante de felicidad. Cuando el cardiólogo le dijo que la ecografía había mostrado que la comunicación interauricular se había cerrado no se lo podía creer y pidió ver las ecografías e hizo que el facultativo se lo repitiese varias veces. Se montó en el coche y se echó a llorar de felicidad. Por fin David podría ser como los otros, por fin podría jugar y le invitarían a los cumpleaños. Se dirigió a toda prisa al colegio a recogerlo y a anunciarle la buena noticia. Sergio volvía de un viaje por la noche y lo podrían celebrar todos juntos.

Llegó un poco más tarde de lo habitual y tardó en encontrar sitio para aparcar, pero su felicidad era tal que ni siquiera las madres que aparcaban en segunda fila pudieron estropear su alegría. Se bajó del coche y se acercó a la verja.

Apresuró el paso al verlo, pero un escalofrío recorrió su espalda cuando vio que su rostro estaba pálido y tenía los ojos enrojecidos. Buscó con la mirada a la maestra, pero en el patio sólo estaba la jovencita que hacía las suplencias. David, al verla, echó a correr hacia ella con los brazos abiertos. Maya echó a correr también, se arrodilló ante el niño y lo abrazó. El cuerpo de David empezó a temblar y tuvo la impresión de tener un pajarito moribundo entre los brazos. Le apretó, le besó la cara y el pelo y mezcló sus lágrimas con las suyas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El niño hipaba y no podía responder. Maya buscó con la mirada a algún profesor, pero el patio estaba vacío. Se puso en pie, le quitó la mochila y le tomó de la mano para llevarlo a la seguridad del coche.

David caminaba a su lado sin parar de llorar. Abrió la puerta, se sentó y le colocó sobre sus rodillas. Lo rodeó con sus brazos.

—David, mi sol, dime qué ha pasado.

El niño levantó los ojos hacia ella.

—Ha sido en el recreo…

Maya se mordió el labio y sintió el sabor de la sangre en la boca.

—Zoé… —empezó a decir.

Maya la conocía. Era una niña muy lista y, cuando la pusieron en su clase, tuvo la esperanza de que se hiciese amiga de David, pero había resultado ser una criatura malvada que aprovechaba cualquier ocasión para reírse de él. Sintió cómo sus músculos se tensaban. Lo besó de nuevo y esperó a que quisiera hablar.

—Zoé ha hecho una pancarta y la ha llevado al recreo —unos hipidos interrumpieron su relato— para que la firmasen todos.

Maya le levantó la barbilla y le secó las lágrimas. El corazón se le encogió.

—Ha hecho un club contra David y los niños tenían que poner por qué me odian. La han firmado todos, excepto dos.

Empezó de nuevo a sollozar. Maya lo rodeó con sus brazos e intentó formar una coraza protectora. No supo qué decir, no supo qué preguntar. Se dijo que debería salir y hablar con el director, pero antes tendría que hacerlo con la profesora y no quería dejar solo a David, ni que estuviese en la conversación. A su lado pasó el vehículo de la familia de Zoé, un modelo francés de color burdeos. Vio al padre al volante y a una de sus hijas que sacaba la lengua. Sintió un odio profundo y se dijo que sería capaz de matarlos a todos. El niño seguía llorando.

—David —dijo intentando que su voz pareciese segura—, los dos que no han firmado valen mucho más que todos los que lo han hecho. ¿Qué ha dicho la profesora?

—Me ha hecho levantarme y explicar cómo me sentía. A Zoé la ha puesto a copiar verbos irregulares.

Maya estuvo a punto de salir, entrar en el colegio y exigir el despido inmediato de esa estúpida mujer, pero se dijo que, si lo

hacía, David se daría todavía más cuenta del horror de la situación. Se tragó las lágrimas, ayudó al niño a bajar, pasó el alzador al asiento de delante y le cogió la mano. Arrancó y puso rumbo a San Lorenzo. Sólo lo soltó para cambiar de marchas y, cuando llegaron a casa, a pesar de que hacía buen tiempo, encendió la chimenea para llenar la casa de calor. Bajó el ajedrez y lo montó ante el fuego. David se sentó frente a su madre y aceptó el peón blanco. Los rasgos del niño se empezaron a relajar. Maya miró sus manos y vio que había vuelto a hurgarse en las cutículas hasta separarlas de las uñas. Recordó sus propias manos de niña y vio el mismo daño.

David pareció tranquilizarse y se concentraba en el juego. Maya pensó en si darle la alegría y contarle que el defecto del corazón había desaparecido. Iba a abrir la boca cuando pensó en las consecuencias. Hasta el momento, cada vez que no lo invitaban había una explicación fácil: nadie quería correr el riesgo de que le pasase algo. David lo tenía tan asumido que ya no esperaba que nadie lo hiciese. Si anunciaba su curación, esa excusa dejaría de existir.

Maya pensó en la cara de la hermana de Zoé y se dijo que nada cambiaría, que su hijo sería el último en ser elegido en los deportes, y el único al que no invitaban a los cumpleaños. Si anunciaba su curación, podría correr con sus primos. Pero sus primos no estaban en el colegio. Se fijó en la cara concentrada de su hijo y supo que un cambio de colegio tampoco ayudaría. Si David hubiese tenido hermanos, lo hubiesen podido proteger, pero ni eso podía darle. La única protección que podía ofrecerle era la suya.

Movió su torre para atacar a su rey y descubrió a la vez su reina. David esbozó una sonrisa y en dos movimientos venció a su madre. Maya puso una cara contrita, se levantó y se sirvió un vaso de agua. David colocó de nuevo las figuras y la miró expectante. Ella sonrió y avanzaba hacia él cuando sus ojos se posaron en el sobre con el informe del médico. Se acabó el vaso de agua, lo metió en el lavaplatos. Cogió el sobre, lo tiró a la basura y se sentó de nuevo delante de su hijo.

Agradecimientos

A mi madre, Montse Suárez Cardona, que desgraciadamente, no pudo leer este libro.

A mis tíos, Alejandro Suárez Cardona, Mónica Suárez Cardona, Francisco Parras y Maite Serrats, por su continuo apoyo. Es maravilloso saber que lo leerán en su lugar.

Sin Pedro Martín-Caro esta novela, como las otras, no habría llegado hasta aquí.

Mis gracias a Cristina Sangro, que es capaz, en una conversación, de darle un giro al argumento. Sin la paciencia y saber del profesor universitario doctor Bodo-Eckehard Strauer y de la doctora Gudrun Strauer en las explicaciones de las dolencias cardíacas y psiquiátricas, nunca habría podido describir las enfermedades presentes en este libro. Cécile Migozzi ha hecho, como siempre, una maravillosa y fundamentada relectura. Patricia de Miguel no sólo relee, sino que aporta ese detalle que cambia el libro. Kiki Garcimartín no sólo me enseñó a leer, sino que mejora todos los textos que escribo y me salva de agujeros negros. Enrique Cavero siempre me presta con generosidad sus preciosas expresiones y esta vez, además, su saber sobre el golf. Mi agradecimiento también a aquella lectora que se dio el trabajo de encontrar los sitios por los que saldría Cano. A Guillermo Sánchez Abasolo y Álvaro García Aparicio, que siempre se prestan a salir en mis libros y con sus historias hacen volar mi imaginación. A Carlos González Ximénez, por sus maravillosas fotos, que no sólo lucen en las portadas de mis novelas, sino que me inspiran nuevas historias. A Félix de Azúa, por enseñarme el género de la luna.

A mi agente, Catherine Passion, por creer desde el principio en mí. A Ofelia Grande de Andrés y a todo el equipo de Siruela por su

continuo apoyo. A María Casas Robla, por sus acertadas correcciones.

Al Real Sitio de San Lorenzo, que sigue paso a paso las investigaciones de Blecker y Cano. Y al cuartel de la Guardia Civil de San Lorenzo, por estar siempre ahí.

A mis hijos, Philipp, Georg, Ana y Marie, por todo el tiempo que les han quitado mis libros.

A Kay, por obligarme siempre a ir más lejos.